

LA MADUREZ DE MASAS

Julio Pérez Díaz

Ganador, en accésit, del XV Premio «Dr. Rogeli Duocastella» de Investigación en Ciencias Sociales, convocado por la Fundación «la Caixa»

Septiembre de 2002

MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES
SECRETARÍA GENERAL DE ASUNTOS SOCIALES
Instituto de Migraciones y Servicios Sociales

El Instituto de Migraciones y Servicios Sociales no comparte necesariamente las opiniones y juicios expuestos, y en ningún caso asume responsabilidades derivadas de la autoría de los trabajos que publica.

Primera edición: 2003

© Instituto de Migraciones y Servicios Sociales (IMSERSO), 2003

Edita: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales

Secretaría General de Asuntos Sociales

Instituto de Migraciones y Servicios Sociales

Avda. de la Ilustración, c/v Ginzo de Limia, 58

Tel. 91 347 89 35 - 28029 Madrid

NIPO: 209-03-044-9

ISBN: 84-8446-065-7

Depósito Legal: M. 94.450-2003

Imprime: **ARTEGRAF, S.A.**

C/ Sebastián Gómez, 5

28026 Madrid

Este libro ha sido posible gracias al apoyo institucional del Centre d'Estudis Demogràfics y a la prodigalidad humana e intelectual de su directora, Anna Cabré.

Durante su redacción tuvo dos mujeres de referencia: Inés, que se ha quedado a sólo unos meses de los cien años que ya nunca cumplirá, y Julia, que hasta los siete años ha podido explicar a todo el mundo que ella tenía una bisabuela. A las dos, a mi abuela y a mi hija, va dedicado este libro.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	11
1. LA VIDA BREVE DEL PASADO O LA INEFICIENCIA DE LOS SISTEMAS DEMOGRÁFICOS	21
1.1. El difícil equilibrio entre vida y muerte en la historia de la especie humana	27
1.2. La vida malbaratada: España 1900, un magnífico ejemplo	39
2. LA SUPERVIVENCIA HASTA LA MADUREZ, UNA OLEADA DE DIMENSIONES PLANETARIAS	51
2.1. La transición de la mortalidad y la transición demográfica. Una perspectiva histórica	52
2.2. Comparación internacional en los ritmos y en la actualidad	57
2.3. La reproducción de los años de vida y la eficiencia de los sistemas demográficos	68
3. LA PRECIPITACIÓN DE LOS CAMBIOS (SUPERVIVENCIA Y TRANSICIÓN EN ESPAÑA)	73
3.1. El retraso histórico y la mortalidad infantil	75
3.2. La rapidez de los cambios en la última mitad del siglo	79
4. LARGA VIDA... AL COMÚN DE LOS MORTALES. SUS EFECTOS EN LA DISTRIBUCIÓN POR EDADES	91
4.1. El envejecimiento demográfico mal entendido: alarmas y esperanzas	101
4.2. Madurez demográfica y reequilibrio social entre las diferentes edades	123

5. LA INFLEXIÓN EN LOS PERFILES GENERACIONALES: UN PIE EN EL PASADO, EL OTRO EN EL FUTURO	131
5.1. El recurso «tiempo» en las perspectivas vitales	140
5.2. El cambio de perfil en la madurez	149
6. FAMILIA, REPRODUCCIÓN Y NUEVAS PERSPECTIVAS EN EL CICLO VITAL	159
6.1. ¿Y después de los hijos?	160
6.2. Nuevas relaciones entre generaciones: de la horizontalidad a la verticalidad	168
6.3. La mujer: la auténtica vejez de la España actual	174
7. EL FUTURO: LA CONQUISTA DE LAS GRANDES EDADES	205
8. CONCLUSIONES	219
BIBLIOGRAFÍA CITADA	225

PRESENTACIÓN

Son todavía escasos los estudios que, partiendo del análisis de datos demográficos, nos ofrecen una reflexión global sobre el conjunto de transformaciones que está experimentando nuestra sociedad, condicionando los márgenes de su desarrollo y evolución.

Es responsabilidad de los poderes públicos ejecutar y planificar políticas de futuro que contemplen el desarrollo de infraestructuras y servicios para dar satisfacción a las necesidades de la población, cobrando para ello una especial relevancia las proyecciones demográficas que permiten evaluar la sostenibilidad, calcular potenciales o prever nuevas necesidades y demandas. Y es precisamente en este terreno, en el que el IMSERSO se enorgullece al editar este estudio.

Se presenta aquí un trabajo verdaderamente creativo en sus planteamientos que nos incita a la reflexión. Reflexión que va mucho más allá de la baja natalidad, el envejecimiento demográfico o los cambios en las formas de familia o relaciones de pareja. Todos sabemos de la alarma que en las últimas décadas está provocando este cambio en las tendencias de evolución de la población, tratada hasta ahora desde un enfoque que pone la atención en la evolución de la sociedad por su composición en edades, más que en el acontecimiento histórico que supone una de las transformaciones sociales contemporáneas más positivas, uno de los mejores logros humanos y de más altas consecuencias para nuestro futuro: el aumento de la duración de la vida.

La madurez demográfica nos señala el fenómeno de democratización de la supervivencia mínima necesaria para completar la fase adulta de la vida. Restando importancia deliberadamente, desde un enfoque intachablemente científico, a la

preocupación por el ente abstracto de la población y centrando el interés en las personas que la componen. Y quizá es esto lo que resulta aún más novedoso, más oportuno y especialmente necesario en estos momentos, el que esta reflexión se nos presente enfocada a las consecuencias positivas que el conjunto de estas transformaciones tiene sobre las personas, sobre los seres humanos que componemos las poblaciones.

El autor, Julio Pérez Díaz, de una consolidada y espléndida trayectoria ha sido reconocido por este trabajo con el accésit del XV Premio «Dr. Rogeli Duocastella» de Investigación en Ciencias Sociales auspiciado por la Fundación «La Caixa».

El IMSERSO con esta publicación quiere sumarse a todas aquellas iniciativas que promueven cambios positivos de las imágenes negativas que han acompañado a la vejez. Este estudio nos ofrece una nueva perspectiva de enfoque que abre grandes posibilidades al tratamiento de este maravilloso fenómeno que es la prolongación de la vida.

Madrid, noviembre 2003

La Dirección General del IMSERSO

INTRODUCCIÓN

«Incluso ideas tan abstractas como las del tiempo y el espacio están, en cada momento de su historia, en estrecha relación con la organización social correspondiente».

E. Durkheim y M. Mauss (1903)

El objeto de este libro

Este libro trata de un acontecimiento demográfico y de sus consecuencias, que afectan en la actualidad a todos los ámbitos de las sociedades avanzadas y que abren unas perspectivas de futuro propias de la mejor ciencia-ficción. Se trata de *la madurez de masas*. En pocas palabras, consiste en que la mayor parte de los integrantes iniciales de una cohorte de nacimientos (una generación) sobreviva al menos hasta su madurez. Por extraño que pueda parecer, se trata de una novedad histórica que muchos países del mundo aún no han experimentado y que en España sólo viene aconteciendo desde hace escasas décadas. Hay otros países más precoces que el nuestro en esta revolución vital, pero, en general, puede decirse que ha sido a lo largo del siglo xx cuando la historia del ser humano ha empezado a integrar tal maravilla.

Si el lector busca otras referencias a dicho fenómeno en los tratados de sociología o de demografía no las encontrará. El motivo no es que los recientes cambios demográficos hayan pasado desapercibidos para los especialistas. Por el contrario, todo el siglo xx ha abundado en constataciones de la profunda transformación que estaban experimentando las dinámicas poblacionales. Se ha escrito mucho sobre cambios como los experimentados en la distribución por edades, las relaciones de pareja o las formas de familia. Se ha prestado gran atención al descenso de la fecundidad o al aumento de la esperanza de vida. Pero cada uno de tales fenómenos ha recibido mayor o menor atención según los intereses del momento y, en conjunto, el cúmulo de transformaciones es de tal calado que hemos llegado a perder de vista su punto de arranque y su condición de posibilidad: la democratización de la supervivencia mínima necesaria para completar la fase adulta de la vida.

En general, el interés por los fenómenos demográficos ha coincidido siempre con las alarmas que provoca su evolución. Arrastra la demografía una perniciosa tendencia a fijar en cada momento sus objetivos de estudio en función de los «miedos demográficos» imperantes, y los miedos más recientes son aquellos suscitados por la baja natalidad y por el envejecimiento demográfico. Quizá ello explique que, mientras tanto, se ha producido el «advenimiento» de la madurez de masas sin que apenas se le haya prestado ninguna atención.

Como espero mostrar en este libro, la madurez de masas no puede suscitar alarmas porque se trata de uno de los mayores logros humanos, quizá el de mayores y más positivas consecuencias para nuestro futuro. Puede, por tanto, estar ausente de las noticias de prensa y del interés coyuntural de los especialistas, pero constituye, como se verá, una auténtica llave conceptual para abrir las puertas a la comprensión de la mayor parte de las profundas transformaciones demográficas que el mundo experimenta en la actualidad.

El concepto de «madurez» que se maneja aquí es escasamente técnico y se aproxima mucho al del lenguaje común, pero puede que resulte peculiar en ciertos aspectos que atañen al uso demográfico. De momento, convéngase en que la madurez de las personas es la culminación de la vida adulta y la antesala de la vejez. Aunque sus límites de edad son imprecisos y pueden ser muy diversos tanto en las personas concretas que componen una población como en diferentes momentos y lugares, algunas características de la madurez son, además, bastante universales: la parte de la vida que la antecede es una fase de construcción, de acumulación, de esfuerzo por cumplir ante las propias expectativas y las de los demás; para desarrollar esa parte de la vida hace falta tiempo, y ese tiempo, como ocurre con todas las cosas de las que se puede decir que maduran, es limitado, no puede estirarse indefinidamente; lo que hay que hacer debe hacerse en su momento.

Hay, en los años que anteceden a la madurez, una especie de pulsión hacia adelante, hacia el futuro, que obliga a subirse a los trenes cuando se tiene la oportunidad, que impide sentarse en el andén a verlos pasar. Los niños están sujetos a infinidad de influencias que los preparan para ser adultos, los jóvenes sueñan con alcanzar y poseer todo aquello que les parece deseable en la vida de los que tienen algunos años más, los adultos luchan por prosperar, por consolidar su trabajo, por criar a sus hijos... Sólo la madurez viene a romper esa tiránica atracción del futuro. Sólo entonces resulta posible hacer balance, considerar hasta qué punto se cumplieron las expectativas, mirar hacia el futuro como un sujeto ya hecho, ya con-

solidado, elegir si se toman los nuevos trenes o no. La vida no se detiene para las personas maduras, pero el paso del tiempo adquiere para ellas un nuevo sentido. No les está prohibido emprender nuevas empresas, pero, si lo hacen, su decisión ya no está condicionada por las abrumadoras exigencias que pesan sobre quienes inician el camino por primera vez. Esta vez ya hay un camino recorrido a las espaldas, esta vez hay también frutos por recoger.

Ésa es la etapa de la vida se conoce comúnmente como madurez y así se va a usar la palabra también aquí. Por no dejar en el aire algún tipo de delimitación respecto a la edad en la que se inicia, vamos a conceder una especial importancia a las edades en que ya se ha definido totalmente la configuración de la familia propia, es decir, aquellas en que las personas fecundas ya han tenido todos sus hijos.

De hecho, ésta es la principal concesión a los tecnicismos propios del análisis demográfico: consideraremos maduras a las personas que ya han cumplido alrededor de cincuenta años, a efectos estadísticos el límite de la vida fecunda femenina¹.

El motivo para conceder a las edades fecundas este lugar privilegiado en la delimitación entre la vida adulta y la madurez no es arbitrario. No es sólo que la reproducción ocupe un lugar fundamental en los estudios demográficos, sino que la familia constituye uno de los puntales sobre los que se construye la vida de las personas y el ámbito social básico que organiza los esfuerzos, los proyectos, los recursos y las relaciones a lo largo de las sucesivas edades. Quien la tiene sabe que la familia no es una cosa que se consiga de repente, casualmente, de un día para otro. Hay que construirla, hay que formarla, desarrollarla, mantenerla y evolucionar con ella. Los pasos para hacerlo son hartos conocidos, y suponen constantes exigencias para sus protagonistas: la obtención de la formación y los recursos que permitirán independizarse de los propios padres; el complejo y laborioso proceso que conduce a la consolidación de una relación de pareja estable; el trabajo necesario para poder formar y mantener un hogar propio; los desvelos y esfuerzos constantes que conlleva el criar hijos. El haber pasado por todas esas etapas, el haber cumplido con todas esas exigencias, es lo que caracteriza comúnmente (o ha caracterizado hasta ahora) a la mayor parte de quienes ya han cumplido los cincuenta.

¹ En realidad hay personas que tienen hijos incluso más tarde, y muchas que dejan de tenerlos mucho antes o que no tienen ninguno. La fertilidad, es decir, la capacidad biológica de procrear, tiene otros límites, especialmente en los hombres, pero lo que interesa a la demografía son los hijos efectivamente tenidos y las edades a las que se tienen.

Pero éste no es un libro sobre psicología sino sobre poblaciones. Si nos interesan los maduros es por su relevancia demográfica y porque los cambios demográficos han hecho también que cambie la significación de la madurez. Los que cumplen cincuenta años constituyen un colectivo de interés crucial, porque son los que han tenido el tiempo suficiente para «reproducir» la población.

Por eso, el advenimiento de la madurez de masas ha revolucionado las dinámicas demográficas. Ha hecho que las poblaciones humanas experimenten una transición sin precedentes en la manera de perpetuarse y, por lo tanto, en la manera de organizar el tiempo de vida.

Nunca hasta ahora había llegado nadie a la madurez sin haber visto morir por el camino a la mayor parte de los demás miembros de su propia generación. Podemos retroceder en el tiempo tanto como queramos, a la madurez sólo llegaban unos pocos afortunados en el sorteo de la vida. Ya no. En la actualidad los maduros se consolidan como una parte importante de la pirámide poblacional, y su mera presencia obliga a reformular todas las relaciones verticales entre personas de diferente edad tanto en la familia como en el conjunto social.

Transición en la manera de reproducirse, y reformulación de las relaciones entre las distintas edades; ¿sorprenderá que la novedosa situación así creada constituya una de las claves más importantes para comprender el modo en que están cambiando las sociedades contemporáneas?

Por su parte, la alusión al carácter masivo del fenómeno no hace más que seguir un uso harto extendido. Existen muchos precedentes de privilegios minoritarios que, con el tiempo, han dejado de serlo y han acabado por extenderse a la mayor parte de la población. Piénsese, por ejemplo, en la posibilidad de ir a la escuela y tener estudios, en la de elegir a los gobernantes, en el derecho al descanso y al ocio o en la posibilidad de comprar objetos como lavadoras, coches o televisores. Se alude a las nuevas situaciones así creadas mediante expresiones como «consumo de masas», «ocio de masas» o «cultura de masas».

El mismo criterio se ha aplicado aquí, pero conviene insistir en que la democratización de la supervivencia hasta la madurez es un logro de mucha mayor trascendencia para el futuro de las sociedades humanas y hace realidad, además, una aspiración mucho más antigua. Su posibilidad ha estado siempre en la mente de los seres humanos, pero tan improbable parecía que llegara a convertirse en reali-

dad que sólo se atrevían a prometerla los profetas o los utopistas. «Todos los que nazcan vivirán todos sus días...», profetizaba Isaías, aunque dicha profecía sólo había de cumplirse cuando el reino de Dios se implantase definitivamente en este mundo. No sabemos si, finalmente, dicho reino ha de llegar alguna vez a este mundo y, en cualquier caso, esperarlo o no depende de las creencias religiosas de cada cual. Pero la madurez de masas ya ha llegado.

Me interesa por tanto el proceso, la manera y las consecuencias de que en las últimas décadas, por primera vez en la historia humana, quienes llegan a las edades maduras sean la mayor parte de los nacidos de cada generación. Lo que vamos a hacer en este libro es describir, centrándonos en el caso de España, cómo ha evolucionado la mortalidad hasta hacer posible la supervivencia generalizada hasta la madurez, examinar los efectos de dicha evolución sobre la reproducción de las generaciones y sobre el sistema demográfico en general, y reflexionar sobre las consecuencias de tales cambios sobre las relaciones entre las personas y sobre la significación social de las edades.

Lo que no es el objeto de este libro

Isaías acababa la frase antes mencionada diciendo «... y *no será extraño que lleguen a los cien años*». Esta última parte de la profecía todavía no se ha cumplido, pero lo hará en las próximas décadas. Sin embargo las grandes edades sólo van a centrar nuestra atención en un capítulo final. No es que carezcan de interés; probablemente el libro que aquí presento tendrá como desenlace obligado una segunda parte que bien podría titularse «El advenimiento de la vejez de masas». Pero el tratamiento de las edades avanzadas en los estudios de población parece haberse encerrado en el mal llamado «envejecimiento demográfico», un tema que hace correr ríos de tinta pero que oculta en realidad el núcleo de la gran transformación demográfica en curso y al que pretendo, deliberadamente, restar protagonismo.

Mi particular cruzada para alertar sobre los peligros de la propia denominación «envejecimiento» referida a las poblaciones empezó hace ya bastantes años, y sus argumentos principales podrán encontrarse más adelante, pero conviene insistir en que el llamado «envejecimiento demográfico» poco tiene que ver en realidad con el envejecimiento de verdad, el de las personas. Es reversible. Depende de la natalidad. Nada impide, en principio, que las poblaciones avanzadas rejuvenez-

can en el futuro por un aumento del número de nacimientos y, de hecho, es bastante probable que tal cosa ocurra en las próximas décadas. En cambio, todo eso es perfectamente compatible con la consolidación de la madurez de masas. Lo es porque ambos fenómenos tratan de cambios diferentes y resultan de dos maneras completamente distintas de estudiar la edad de las personas, la transversal y la longitudinal, que conviene exponer también desde el principio.

No es lo mismo observar las diferentes edades congelando el tiempo en un corte arbitrario, «transversal», como el que pueda realizar un censo de población, que dejarlo transcurrir y observar a los nacidos en determinados años (generaciones) a medida que van cumpliendo diferentes edades en «longitudinal». En el primer caso las edades contienen personas diferentes, mientras que en el segundo caso son las personas las que van cumpliendo edades diferentes. Pues bien, cuando se habla de envejecimiento demográfico es la primera óptica la utilizada, mientras que en este libro se adoptará la segunda. La madurez de masas es un fenómeno generacional, no una cuestión de reparto por edades en un año determinado.

Por tanto, lo tratado aquí no es el modo en que los cambios demográficos han hecho disminuir el peso de las edades infantiles o juveniles a la vez que aumentaban el de las edades avanzadas. Lo que nos interesa es el modo y las consecuencias de que, por primera vez en la historia humana, existan sociedades enteras en las que la inmensa mayoría de los recién nacidos tiene por delante el tiempo suficiente para crecer, para jugar, para experimentar, para formarse, para «relacionarse» y, claro está, para dedicarse a la producción y a la reproducción. Para, en suma, hacer efectivas sus potencialidades, para madurar.

La óptica demográfica

La comprensión del proceso que conduce a la madurez de masas y de las consecuencias que ya está teniendo no puede limitarse a los indicadores demográficos. Sus causas hay que buscarlas en el modo en que han cambiado las condiciones de vida en su sentido más amplio, y sus efectos también rebasan ampliamente los simples indicadores poblacionales. Pero también es cierto que la demografía toca de pleno el núcleo de esta auténtica revolución, y que es en la dinámica poblacional donde resultan más inmediatamente visibles sus efectos. Ya se habrá notado que el foco sobre el que confluyen los cambios y del que emanan las consecuencias que se van a investigar es la supervivencia de las personas; la traba que ha impedido

el advenimiento de la madurez de masas hasta muy recientemente ha sido la muerte. Vivir y morir, he ahí probablemente el par de opuestos de mayor presencia en la historia del ser humano, en la representación del mundo, en las religiones, las culturas y los diferentes sistemas de pensamiento. Pero también es ésa la clave de los comportamientos demográficos, y no es difícil comprender el motivo.

En el difícil equilibrio que mantiene y perpetúa a las poblaciones en el tiempo todo puede reducirse, en último extremo, a entradas y salidas. Entradas en forma de nacimientos e inmigración, salidas en forma de emigración y de defunciones. El más involuntario de todos ellos, aquel que no tiene vuelta atrás y al que deben adaptarse todos los demás, es la muerte. Es en función de la mortalidad por lo que las poblaciones del pasado han tenido más o menos hijos, y los han tenido a ciertas edades o en ciertas estaciones del año, han ajustado las proporciones de casados y de no casados, han cargado más o menos las tintas en la función reproductora femenina, han necesitado o no del trabajo de niños y de ancianos, han tenido más o menos movilidad geográfica.

No es sólo una cuestión de saldos entre quienes viven y quienes mueren. Lo realmente relevante para el equilibrio y buen funcionamiento de los sistemas demográficos, lo que hace de la mortalidad el eje en torno al que se mantiene ese equilibrio, no es el balance actuarial entre vivos y difuntos. A lo que se adaptan todos los demás comportamientos no es al hecho fatal de que a todos nos ha de llegar nuestra hora, porque en eso no ha habido cambios. Lo que de verdad hace importante a la mortalidad no es, paradójicamente, la muerte, sino su contrapuesto, el tiempo de vida que la antecede, el tiempo durante el cual todo nacido va a formar parte del conjunto de la población. Es ahí donde se han producido los cambios, es ahí donde debe buscarse el punto de partida de la madurez de masas.

Del mismo modo en que la escasa esperanza de vida, la elevada mortalidad infantil, el carácter impredecible del momento de la propia muerte, y la de los demás, condicionaban el resto de comportamientos humanos, así también la supervivencia generalizada hasta la madurez está siendo acompañada de cambios correspondientes y adaptativos en todos esos comportamientos. Los roles dentro de la familia, las relaciones de pareja, la actividad femenina, la duración de la infancia y la juventud, los apoyos entre generaciones y, sobre todo, los comportamientos reproductivos, han visto radicalmente conmovidas las estructuras sobre las que operan.

Es por todo ello por lo que, asumiendo la analogía, propongo utilizar también el término «madurez» para resumir en una sola palabra el nuevo estadio en que se sitúan las dinámicas poblacionales. Como en las personas, para llegar a la madurez demográfica ha hecho falta el transcurrir del tiempo. Como en las personas, las condiciones para la madurez ya estaban prefiguradas, latentes, preparadas para emerger. Ni en las personas ni en las poblaciones la madurez es una etapa más en el transcurrir uniforme del tiempo. No es un poco más o un poco menos de lo anterior, que se va acumulando progresivamente. Es un auténtico salto cualitativo que marca el antes y el después.

Calificando de «madurez demográfica» a la nueva situación se consigue restar protagonismo a esa otra consecuencia de la evolución poblacional contemporánea, el envejecimiento demográfico, cuya denominación tanto éxito ha tenido y que tantas confusiones provoca. Si se consiguiese esa simple sustitución de palabras, cambiaríamos las connotaciones negativas por otras positivas, la atención dejaría de dirigirse a la composición por edades para dirigirse a lo que realmente importa, la duración de la vida, perderían fuerza los alarmistas para traspassársela a una comprensión mejor y a una valoración más ecuánime de las grandes transformaciones sociales contemporáneas. La madurez de masas implica una mejora sin precedentes en la efectividad con que el conjunto social se beneficia de la existencia de sus integrantes. Una población madura ya no desperdicia los recursos humanos que le son necesarios para mantenerse en el tiempo. En este sentido, la madurez demográfica conlleva eficiencia, economía de medios, buen aprovechamiento de los recursos. El hecho de que prácticamente todos los recién nacidos lleguen a edades reproductivas, y todos vivan lo suficiente para formar parte activa y contribuir a la crianza de sus propios hijos, nos sitúa en un nuevo estadio en el desarrollo de la humanidad, hace realidad una utopía.

* * *

A estas alturas ya debe ser evidente que, además de tratar de un fenómeno demográfico, este libro ha sido escrito por un demógrafo. Que las dos cosas vayan juntas puede parecer lo más natural, pero, sin embargo, no es nada corriente. De nosotros suelen esperarse los datos y poco más. Si alguna vez se trata de un libro completo es porque el volumen de datos resulta demasiado grande. De comentarlos ya se encargarán otros especialistas para los que resulta más habitual la literatura de divulgación, como los sociólogos, los economistas o los historiadores. No

hace falta decir que, en tales casos, cada disciplina selecciona e interpreta los datos demográficos desde sus propios supuestos y necesidades.

Sólo en países con una tradición importante de investigaciones demográficas y con un extendido interés social por tales temas los demógrafos se permiten ir más allá del mero informe técnico. España no es, todavía, uno de esos países. No existen en nuestro país licenciados en demografía por la sencilla razón de que ninguna de nuestras universidades incluye tal carrera y tampoco existen centros especializados en el estudio de las poblaciones, salvo una honrosa excepción².

Tales carencias, además de provocar las lógicas dificultades para el desarrollo y divulgación de la disciplina, tienen al menos un efecto afortunado: obligan a la demografía a reclutar a sus trabajadores entre personas con una formación de base muy diversa, desde la sociología a la historia, desde la geografía a la estadística, lo que provoca un carácter interdisciplinar, en mi opinión, sumamente salvable. Ese carácter impregna esta obra, que ni se dirige exclusivamente a los demógrafos ni se limita al habitual informe técnico.

Precisamente por ello, el lector tiene derecho a cuestionarse los motivos por los que he abordado este asunto, aparentemente tan lejano de los que suelen ocupar al demógrafo. Aclararé sin dilaciones que no es la intención de competir con nadie. Lo que aquí se ha escrito es fruto de muchos años de reflexión y viene precedido por multitud de otros trabajos más «técnicos». Un libro permitía sintetizarlos y recuperar las muy diversas reflexiones personales que suscitaron, pero que cualquier redactor de informes debe guardarse en el tintero.

Creo, por otra parte, que la aparente simplicidad de los indicadores demográficos provoca con cierta frecuencia que se los utilice de manera poco rigurosa para aderezar discursos sumamente dispares. Creo también que va siendo hora de asumir una mayor responsabilidad sobre los propios productos, en vez de observar impasible cómo son otros los que hacen uso de ellos. La demografía tiene una relevancia social y política de primer orden. No en vano, los dos grandes símbolos sobre los que se construyen las naciones contemporáneas son el mapa y las cifras de población. Tales cifras, en forma de proyecciones demográficas, se han con-

² De momento quienes se dedican a estos temas suelen trabajar bastante solos. Después de la desaparición del Instituto de Demografía de Madrid, el único centro especializado en todo el Estado español es el Centre d'Estudis Demogràfics, en la Universidad Autònoma de Barcelona.

vertido en la última versión de la bola de cristal para planificar el futuro; cuando muestran la evolución de la estructura por edades sirven para evaluar la sostenibilidad del sistema de pensiones, para calcular el potencial de la población trabajadora en los próximos años, para prever la demanda de plazas escolares o para que empresas de todo tipo hagan planes de producción teniendo en cuenta la demanda previsible de sus productos. Tales cifras, cuando tienen en cuenta la ubicación geográfica de las personas y sus movimientos en el territorio, son las que justifican las partidas presupuestarias municipales, son las que determinan el número de representantes en los órganos de gobierno, son las que permiten evaluar las nuevas necesidades de infraestructuras y servicios.

La lista de las aplicaciones podría prolongarse mucho, pero hay una de carácter mucho más general que, como sociólogo que también soy, me interesa especialmente: el uso de los indicadores demográficos para describir y explicar «el cambio» de las sociedades contemporáneas. Es sobre dicho cambio sobre el que más luz puede arrojar la particular óptica aquí asumida. La madurez de masas es un fenómeno privilegiado a partir del cual interpretar ese cambio.

Para proceder por pasos, vamos a ver cómo son las cosas cuando aún no ha llegado la madurez de masas y, por tanto, cuando las dinámicas poblacionales son todavía inmaduras. Y empezaremos, para ello, por observar el fenómeno que realmente ha arrastrado a todos los demás tras de sí: la duración de la vida.

1. LA VIDA BREVE DEL PASADO O LA INEFICIENCIA DE LOS SISTEMAS DEMOGRÁFICOS

«El viejo siguió diciendo que los hombres tenían una idea equivocada de lo que es un cazador. Que los hombres creen que la sangre de la víctima no acarrea consecuencias, pero que el lobo no es tan ingenuo. Dijo que el lobo es un ser muy metódico y que sabe aquello que los hombres ignoran: que el único orden que existe en el mundo es el que la muerte ha puesto en él».

C. McCarthy (1996)

Todos somos iguales para la demografía

La opinión corriente acerca de la demografía, cuando se ha oído hablar de tal cosa, es que se trata de algo muy técnico, un asunto de muchos números y reservado a los especialistas. No me propongo desmentir dicha imagen, que se acerca bastante a la realidad. Sin embargo, como podrá comprobarse al recorrer estas páginas, los temas investigados por la demografía están muy lejos de constituir un coto privado para escasos especialistas, porque afectan e interesan al común de los mortales, tanto en el vivir cotidiano como en muchos momentos cruciales de la vida. Puede resultar de difícil comprensión el procedimiento por el que se calcula un Índice Sintético de Fecundidad, pero el tener hijos o no, o su número, o el momento de tenerlos, constituyen asuntos nada ajenos a las decisiones y a la comprensión de las personas en general.

¿Asunto de especialistas, a la vez que de las personas de a pie? La aparente paradoja se disuelve si se observa bien el modo en que la demografía entiende su propio objeto de investigación: las poblaciones. Para dicha disciplina, las poblaciones no son meros grupos humanos, sino colectivos que se mantienen en el tiempo, pese a que todos y cada uno de sus componentes individuales están inevitablemente abocados a la muerte. En ese sentido, los espectadores concentrados en el Nou Camp durante un partido de fútbol, o la audiencia de una cadena televisiva, o los ocupantes de los vehículos durante la operación de salida al empezar un

pueblo festivo, pueden constituir «poblaciones» para ciertas disciplinas sociológicas, pero no para la demografía. Ésta exige mucho más de sus objetos de estudio; exige que nazcan, que duren en el tiempo, que mueran, pero, sobre todo, que den lugar a otros seres humanos que hagan permanecer y evolucionar la población en el tiempo. Nada menos que la vida y la muerte, en su constante ciclo de creación, destrucción y perpetuación: he aquí el motivo por el que los temas propios de la demografía no le son ajenos a nadie.

La vida, la muerte y el tiempo. No el tiempo abstracto, el de los relojes de cuarzo, sino el tiempo de los seres humanos. Éste tiene dos dimensiones muy diferentes, y de ambas se tratará aquí: el tiempo de vida, limitado, con principio, fin y significaciones diversas según la biografía de cada uno; y el tiempo histórico, igualmente humano y alejado de la uniformidad del tiempo físico, pero que trasciende a las personas individuales. El advenimiento de la madurez de masas es a la vez un fenómeno histórico y un cambio de gran importancia para quienes lo protagonizan.

Un último motivo por el que puede afirmarse que la demografía es también un asunto de las personas de a pie es el carácter completamente democrático con que entiende su objeto de estudio, las poblaciones. No investiga la vida de los reyes, las acciones de los políticos, las repercusiones de las batallas o las hazañas de los descubridores. La mortalidad de las poblaciones es, por muy cruda que pueda resultar esta afirmación, uno de los terrenos de estudio menos discriminatorios que existen.

La muerte, ¿imprevisible?

Pese a todo, la muerte raramente resulta previsible, hasta el punto de que la situación contraria es un buen argumento para dejar correr la imaginación. ¿Quién no ha visto alguna película, leído algún libro o visto alguna obra de teatro en que el protagonista, de repente, averigua el tiempo de vida que le queda? Para hacernos creíble una situación tan dramática los narradores disponen de recursos muy diversos. Si se trata de una obra de ficción, sirve la bruja que lee en su bola de cristal o que interpreta las líneas de la palma de la mano, aunque también se puede echar mano de alguna sofisticadísima máquina del tiempo. Pero no hace falta recurrir a la ficción, porque también en la vida real se producen situaciones de ese tipo, como le ocurre al acusado que recibe una condena de muerte, o al paciente cuyo médico le comunica que tiene una enfermedad incurable. Sea como sea, el interés

del espectador está asegurado. Cualquiera entiende que un conocimiento como ése produce un cambio repentino y dramático en el modo de ver el mundo, las relaciones con los otros, nuestros propios actos, el valor de las cosas, la vida en suma.

No es la perspectiva de la muerte la que produce tan gran impacto. La propia muerte es una de las pocas certezas que todos tenemos respecto a nuestro futuro. Es el momento en que ocurrirá lo que desconocemos, y con ese desconocimiento convivimos con tal naturalidad que, cuando desaparece, ya nada puede ser como antes.

Sin embargo, entre el desconocimiento absoluto de lo que ocurrirá en el futuro y la certeza total sobre el momento en que cierto acontecimiento ha de ocurrir, hay grados intermedios de mayor o menor certeza, de mayor o menor previsibilidad. También ellos implican actitudes diferentes. No es lo mismo prever que la muerte llegará después de haber atravesado todas «las edades de la vida», hasta las más avanzadas, que tener indicios de que nunca llegaremos a ser viejos.

Ahora bien, no todos los proyectos vitales tienen la misma relevancia. En la vida hay cosas más importantes que otras y, hasta ahora, las más importantes han sido siempre aquellas que sólo se consiguen a lo largo del camino que conduce a la madurez. Los logros económicos, la realización personal, la adquisición de conocimientos y habilidades, su aplicación práctica, la constitución de una familia propia, la crianza de los hijos, son cosas que requieren tiempo y que la defunción prematura frustra irremediablemente.

Pues bien, la supervivencia «suficiente» es una de aquellas cosas con las que el ser humano nunca ha podido contar... hasta ahora. Claro está, algunos la han disfrutado, pese a todo y en todas las épocas. Claro está que también en la actualidad fallecen niños, jóvenes y adultos. Pero quienes gozaron en el pasado del tiempo suficiente para desarrollar todo aquello que se considera importante en la vida y encarar así los años que conducen a la vejez, fueron supervivientes excepcionales, mientras que hoy empiezan a ser la mayoría.

Se trata de un cambio de dimensiones extraordinarias que está ocurriendo ante nuestros ojos, del que nosotros mismos somos protagonistas, y que marcará un antes y un después en la historia de la humanidad. Conviene, por tanto, insistir en su carácter de ruptura con el pasado: nunca antes, en los cientos de miles de años de historia de la especie humana, había podido nadie confiar con cierto realismo en disponer del tiempo necesario para alcanzar la madurez.

Entre personas conscientes de las escasas probabilidades de sobrevivir hasta edades avanzadas y personas totalmente confiadas en que sobrevivirán, las actitudes ante la vida son muy diferentes. La confianza es la clave. A nadie, ni siquiera con la bola de cristal, se le puede asegurar la supervivencia hasta la madurez. Pero la confianza basta para que vivamos como si tuviésemos ya tal seguridad, y, lo que es más importante, no se trata de una confianza infundada.

No es necesario retroceder en el tiempo para encontrar muestras de que tal situación es nueva porque, de hecho, todavía muchas personas viven sin haber tenido nunca la confianza en que agotarían «todos sus días». A muchos de los ancianos actuales estos cambios les han alcanzado por sorpresa. Aunque empiece a parecer extraño, todavía hay personas jubiladas en España que reparten su pensión entre los hijos en cuanto la cobran, sin que a sus hijos, en realidad, les hagan ninguna falta los 90 ó 120 euros que les tocan. No se trata de ningún comportamiento irracional. Quien así obra considera que, con su edad, ya no necesita el dinero, y que sus hijos, más jóvenes, tienen toda una vida por delante. Sus hijos le cuidarán mientras transcurre el poco tiempo que le debe quedar.

No, no es un comportamiento irracional, pero seguramente sí es un comportamiento poco realista. No esperaban vivir mucho tiempo más y, sin embargo, la mayoría de ellos se equivocan. Las personas que nacieron entre 1931 y 1936 y que, por lo tanto, cumplen los 65 años entre 1996 y el 2001, tienen una esperanza de vida de casi dieciocho años si son hombres, y de más de veintiuno si son mujeres. Es decir, como promedio, llegarán a los ochenta y tres y a los ochenta y seis años respectivamente, y eso haciendo los cálculos a partir de la mortalidad del presente. Con toda seguridad, a medida que vayan cumpliendo años, la mortalidad a edades avanzadas mejorará respecto a la actual, de modo que su esperanza de vida se verá incrementada. Y sólo estamos hablando de promedios. Muchos de ellos vivirán mucho más tiempo.

Claro está que las cifras anteriores son el resultado de una larga investigación en la que hay que acopiar multitud de datos y realizar complicados cálculos. Los demógrafos las elaboramos, pero también somos conscientes de que nuestros informes no tienen una gran difusión entre el gran público. Así pues, ¿cómo se hace cada cual una idea sobre sus expectativas de supervivencia, si lo cierto es que prácticamente nadie se basa en tales cálculos?

La respuesta es bien simple: las expectativas de vida no se basan en las estadísticas, sino en la observación cotidiana de cada persona desde que se tiene uso de razón. Lo observado, lógicamente, es la muerte de los demás.

En ello hay una diferencia fundamental entre la visión del demógrafo y la de las personas en general. Los datos proporcionan una visión abstracta e impersonal, pero la muerte de los demás es una vivencia muy concreta y personal y tanto su significado como las conclusiones que cada cual saca de ella dependen directamente de la relación que se tuviese con cada uno de los fallecidos.

Ahora bien, la muerte de los demás no produce sólo cambios de «visión» sobre la vida. Si entendiésemos sólo de esa manera sus efectos nos haríamos una imagen descafeinada y meramente contemplativa de su importancia. La muerte de los demás marca también la propia realidad, la material, la palpable. Y esto es especialmente cierto cuando el fallecido nos es cercano, sobre todo si se trata de un familiar y, aún más, si nuestras condiciones de vida dependían de su supervivencia. La muerte de un progenitor es, para un hijo menor, un auténtico drama emocional. Pero el drama no se limita a ese terreno, porque, aunque es posible que un niño de pocos años no lo sepa, ese fallecimiento va a suponer también una disminución dramática de los recursos de la familia con consecuencias que pueden ser sumamente graves para el conjunto de sus miembros.

Cuando los familiares que integran las redes familiares, ya sean los hijos, los hermanos, los cónyuges o los progenitores, no tienen asegurada su supervivencia, por lo menos hasta haber cumplido con sus deberes de apoyo recíproco, todos y cada uno de sus comportamientos deben estar adaptados a tal peligro. La interdependencia emocional y material constituye la esencia de esa unidad relacional, productiva y reproductiva que ha sido siempre la familia, pero sus formas históricas concretas sólo han podido cristalizar y mantenerse si los distintos modos de interdependencia no ponían en peligro la continuidad familiar en caso de fallecer alguno de los miembros.

Por tanto, la elevada mortalidad que ha padecido la humanidad hasta hace muy poco debe haber modelado las relaciones personales y familiares, las formas de articulación social e incluso la manera de ver el mundo:

Una persona que alcanzaba los cincuenta años podía considerarse afortunada porque había visto morir a su alrededor a buena parte de sus hijos, a sus padres,

*a algunos hermanos, tal vez a su cónyuge, en total había perdido una media de ocho o nueve familiares, sin contar a amigos y vecinos. La necesidad de protección es permanente y la familia representa la protección por excelencia. Al imperativo de su continuidad debían naturalmente supeditarse los individuos. Una persona aislada es frágil, incapaz de protegerse de la violencia, sin nadie que le cure y la alimente en la enfermedad y en la vejez. Incluso la familia ha sido, hasta muy recientemente, un conjunto abierto, inmerso en un colectivo más amplio: el pueblo, el barrio o la calle, en el que se pierde su identidad y la de sus miembros. El grupo, y como grupo fundamental y primero la familia, lo es todo y el individuo, como tal, es casi inconcebible porque no es viable. La reproducción de la familia es la única garantía de supervivencia y de continuidad*³.

A muchos de nosotros, españoles del siglo XXI, esta descripción nos resulta ya extraña; la madurez de masas nos ha proporcionado seguridad. Seguridad de que los proyectos cuentan con la materia prima para su realización: tiempo. La seguridad de que nuestros padres estarán presentes mientras crecemos, la seguridad de que nuestra pareja nos acompañará mientras formamos una familia, la seguridad de que veremos a nuestros hijos crecer y convertirse en adultos.

No es sólo una seguridad subjetiva, basada en cifras abstractas e impersonales. Es una seguridad real, palpable en la supervivencia de los demás. Y los cambios de comportamiento que esa seguridad produce son perfectamente observables cuando se manejan grandes datos sobre población, especialmente en lo que respecta a los comportamientos familiares y reproductivos. Quien pretende tener hijos los quiere ver crecer y llegar a adultos. Si sabe que las muertes infantiles son frecuentes, procurará tener un número suficiente de hijos que le garantice la supervivencia de algunos. Si lo elevado es el riesgo de muerte entre jóvenes y adultos, también se consolidan respuestas adaptativas en los comportamientos colectivos. La familia no puede depender entonces únicamente de los padres y las madres. Las estrategias se diversifican y extienden. Desde los padrinos hasta los hijos y, sobre todo, hijas precozmente dedicados al trabajo extradoméstico o a llevar la casa y a cuidar de los demás, siempre han existido roles que minimizaban los riesgos de que una familia perdiese a la madre o al padre.

Desde esta perspectiva, sólo el advenimiento de la madurez de masas permite las familias reducidas, la especialización de los cónyuges en roles muy diferen-

³ Fernández Cordón, J. A. (1993), «Familia y regulación demográfica», incluido en Luis Garrido Medina y Enrique Gil Calvo, *Estrategias familiares*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 232.

ciados, la dedicación de los niños a los estudios. Ese tipo de familia, característico de las sociedades industriales, hubiese sido sumamente inviable en tiempos pasados. Lógicamente, cuando la mortalidad disminuye hasta mínimos, los comportamientos cambian. El equilibrio entre la vida y la muerte se ha situado en otro lugar.

Antes de considerar extensamente sus consecuencias, vamos a observar con más detalle cómo había sido dicho equilibrio cuando las poblaciones humanas sólo podían soñar con la madurez de masas.

1.1. EL DIFÍCIL EQUILIBRIO ENTRE VIDA Y MUERTE EN LA HISTORIA DE LA ESPECIE HUMANA

La continuidad de las poblaciones es resultado de un difícil equilibrio. Contra el tópico de un supuesto pasado en el que las personas tenían todos los hijos que Dios quería enviarles, lo cierto es que siempre se ha limitado el número de nacimientos. El motivo es fácil de entender: los hijos no viven del aire. Tener más hijos de los que se puede criar y mantener conduce a la catástrofe. Por eso todos los comportamientos demográficos, incluso las migraciones, han mantenido siempre una estrecha relación de equilibrio entre sí y de todos ellos con los recursos existentes.

Ese constante jugar en la cuerda floja está siendo olvidado. Hoy el equilibrio se ha vuelto muy fácil, pero en épocas anteriores el juego de pesos y contrapesos resultaba sumamente complicado. Para mantener la población existente sin grandes altibajos, sin pérdidas excesivas y sin pasarse de los límites, los mecanismos de regulación debían ser a la vez poderosos y flexibles, eficientes pero maleables.

Ahora bien, que los mecanismos de regulación fuesen eficientes no quiere decir que el sistema, en su conjunto, lo fuera. La fecundidad en la España de la segunda mitad del siglo XIX era superior a los cinco hijos por mujer, pero la esperanza de vida de los recién nacidos no alcanzaba 30 años, y con la mortalidad de esa época apenas la mitad de ellos podía esperar llegar a cumplir los cinco años. Desde el punto de vista de la relación entre los costes y los resultados, los sistemas demográficos anteriores al advenimiento de la madurez de masas eran ineficientes en grado sumo.

Para argumentar esta afirmación conviene una breve aclaración sobre el concepto de eficiencia y su significado. No recurriré para ello a la terminología y a los

conceptos de disciplinas como la termodinámica o la teoría de sistemas, sino a los paralelismos entre la eficiencia demográfica y la de los motores de combustión que impulsan los vehículos por todos conocidos.

Los motores de combustión realizan «trabajo», como mover un coche, gracias a la energía que, en forma de calor, libera la combustión de los carburantes que utilizan. No importa el modo en que ese calor, y los efectos de dilatación que provoca, acaban por convertirse en movimiento, ni cómo dicho movimiento es transmitido finalmente a las ruedas del vehículo; bastará con atender a la relación entre el combustible y el trabajo que realiza el motor.

Pues bien, un motor será tanto más eficiente cuanto mejor aproveche el calor para convertirlo en movimiento. El resultado para los bolsillos del conductor es crucial, porque un motor más eficiente llevará a los mismos sitios con menos gasolina y, por tanto, con menos dinero. Ahora bien, ¿qué es lo que hace que unos motores sean menos eficientes que otros? O, en otras palabras, ¿por qué los motores poco eficientes consiguen menos resultados con la misma cantidad de combustible? La respuesta está en la relación entre la energía liberada y la aprovechada para realizar trabajo; en los motores más arcaicos, poco perfeccionados o muy desgastados, una parte considerable del calor se escapa, se disipa sin haberse convertido en movimiento. Para realizar el mismo trabajo, deben quemar más combustible.

Es fácil confundir eficiencia y velocidad, porque suelen ir juntas; toda disipación inútil de calor evitada en un motor puede aprovecharse para producir más trabajo, más velocidad. Pero el criterio de eficiencia no son los kilómetros por hora. Cualquier ciclomotor de los que se fabrican en la actualidad tiene un motor más eficiente que el de los bólicos de carreras de los años treinta.

El paralelismo con los sistemas demográficos es fácil: son también como «motores» con un trabajo a realizar. Durante mucho tiempo, incluso todavía en la actualidad, se ha considerado que el trabajo en cuestión era traer al mundo cuantos más hijos mejor y hacer crecer la población lo más rápidamente posible. Todavía hoy en día suenan alarmas y empieza a hablarse de decadencia, de poca «vitalidad» demográfica, si la fecundidad descende. Pero se trata de una visión errónea similar a la de los amantes de la velocidad. El trabajo que realiza el sistema demográfico consiste en optimizar el número de personas vivas en cada momento en función del «combustible» existente. El combustible en cuestión es la vida traída al

mundo en forma de bebés, por lo que la eficiencia se consigue sosteniendo una población máxima con un mínimo de nacimientos «gastados» en el empeño.

Por tanto, una condición necesaria para la máxima eficiencia del «motor demográfico» es que todos los que nacen, lleguen a edades en que ellos, a su vez, puedan convertirse en procreadores de nueva vida. No era eso lo que ocurría antes del advenimiento de la madurez de masas. En otras palabras, no ha sido el caso a lo largo de toda la historia de la humanidad hasta ahora. Como se ha señalado anteriormente, lo que ha caracterizado siempre a los sistemas demográficos del pasado ha sido que sólo una reducida parte de los nacidos alcanzaba tales edades. Por tanto, y continuando con el paralelismo entre poblaciones y motores, los sistemas demográficos estaban quemando mucho más combustible del que necesitaban realmente. Estaban trayendo al mundo muchas vidas que nunca llegaron a generar nueva vida. En este sentido, la conclusión inevitable es que lo característico de las poblaciones humanas antes del advenimiento de la madurez de masas ha sido la ineficiencia demográfica.

Una afirmación tan rotunda debe matizarse inmediatamente. La reducida esperanza de vida no es resultado de una elección. El derroche de vida desaprovechada no resulta de la despreocupación ante la muerte. Por eso, no debe concluirse que la ineficiencia demográfica se derive de un comportamiento irracional o inadaptado a las circunstancias. Nada más injusto que responsabilizar a nuestros ancestros por no conseguir que todos sus hijos llegasen a darles nietos. Nada más cruel que creer que en los países más pobres del mundo actual se da menos importancia a la muerte que en los países desarrollados. Para los comportamientos demográficos del pasado, las escasas probabilidades de supervivencia hasta la madurez no eran algo que pudiese alterarse, sino el punto de partida, una realidad difícilmente modificable a la que debían adaptarse todas las demás.

Para comprenderlo, conviene tener en cuenta cuáles han sido hasta muy recientemente las condiciones de supervivencia del ser humano.

La supervivencia en el pasado

La mortalidad suele medirse en tasas brutas, es decir, relacionando los fallecimientos con el total de la población. Se dice entonces que durante un determinado año fallece cierto número de personas por cada mil habitantes. Esta manera de

medir resulta poco útil cuando se quiere observar la historia a largo plazo, porque no mide en realidad lo que se pretende medir. Si nos preguntamos cuántas personas morían en el pasado en comparación con la actualidad, por muy sorprendente que parezca, la respuesta debe ser: morían los mismos, es decir, todos. Igualmente sorprendente puede ser que las tasas brutas de mortalidad sean muy parecidas. El motivo es que no distinguen cuánto tiempo han vivido los que fallecen, sino simplemente su número. Un país como Suecia puede tener así una mortalidad mayor que otro como el Senegal, simplemente porque en Suecia son muchas más las personas de edad avanzada mientras que en el Senegal lo que más abunda son los jóvenes. No hace falta decir que los jóvenes suecos tienen una esperanza de vida muy superior a la de los jóvenes senegaleses, pero su peso en el conjunto de la población es mucho menor. Por tanto, lo que interesa realmente para saber cómo ha evolucionado la mortalidad no es cuántos mueren, sino cuánto tardan en hacerlo. No es la muerte o, dicho más exactamente, no es la «cantidad de muerte» lo que nos interesa, sino «de vida».

La mortalidad no ha sido siempre igual en el pasado. Tanto las causas como la distribución por edades, las diferencias sociales, los contrastes culturales, etc., han sido cambiantes. La mortalidad de las sociedades cazadoras recolectoras sufrió una variación importante cuando el ser humano se convirtió en campesino y ganadero. La emergencia de las ciudades también produjo cambios. Contra lo que podría suponerse, esos cambios podrían no haber ampliado la duración de la vida, incluso es posible que en las sociedades agrarias dicha duración fuese menor que en las cazadoras recolectoras. Es posible que determinadas innovaciones, como el paso de la recolección al cultivo, o como la sustitución de la caza por el pastoreo, hayan aumentado la capacidad de los sistemas demográficos para sostener a una población mayor, pero hayan aumentado también la precariedad de la vida humana al empeorar la dieta alimenticia o facilitar los contagios y las epidemias.

Lo que interesa aquí, conviene insistir en ello, no es el número de personas que un determinado estadio económico o cultural era capaz de mantener, sino la relación entre dicho número y la cantidad de nacimientos necesaria para mantenerlo, es decir, el balance entre la vida y la muerte. Lo que distingue a las poblaciones del pasado en cualquier tiempo y lugar de las poblaciones actuales es un balance pésimo, provocado por una supervivencia «ordinaria» ya de por sí difícil, combinada con crisis recurrentes que producían una mortalidad extraordinaria muy elevada.

Las condiciones ordinarias para una mayoría abrumadora de la población, incluso la europea de hace sólo un par de siglos, se pueden resumir en una sola palabra: subsistencia. Olvidemos por un momento a las clases más pudientes. El común de los mortales vive en zonas rurales, se dedica a trabajar el campo y la principal finalidad de lo que obtiene mediante un trabajo duro y agotador es, si todo va bien, reponer sus fuerzas y alimentar a su familia. El tiempo se organiza en torno a la salida y la puesta del sol; hay que aprovechar la luz del día, cualquier cosa que pueda quemarse para obtener iluminación durante la noche es un lujo. La vida transcurre al ritmo de las estaciones del año y el trabajo se organiza en función de los ciclos de los cultivos: preparación de la tierra, siembra, cosecha, matanza...

Escasa o nula instrucción, ausencia de servicios sanitarios, ninguna seguridad en el trabajo, sometimiento y servidumbre ante el señor. El hogar cumple las mismas funciones de subsistencia. La casa todavía no se ha convertido en el feudo femenino que será en las sociedades industriales; el trabajo de las mujeres en el campo es tan necesario como el de los hombres. Sus puertas están abiertas todo el día, y sirven de tránsito tanto a las personas como a los animales. Aún pueden verse en España casas rurales diseñadas para que el mulo pase desde la calle hasta la cuadra ubicada al fondo del patio trasero, atravesando el comedor y la cocina si fuese necesario. Incluso viviendas en que el mismo espacio era compartido por personas y animales para aprovechar el calor de éstos en invierno. Otra posibilidad para aprovechar ese calor era situar el dormitorio principal, sobre un suelo de simples tablas, encima de la cuadra.

No, el «hogar» no era lo que ha acabado siendo en nuestros días. Sin agua corriente, sin aseo, gélido en invierno, mal iluminado, su función principal es simplemente proteger de la intemperie. Ninguna de las nuevas tecnologías domésticas que tanto tiempo ahorran. Todo se hace a mano, desde colocar las piedras y las vigas con que se construye la propia casa, hasta el camastro sobre el que se duerme. Todo requiere trabajo, mucho trabajo, y muchas manos, cuantas más mejor. Por eso los niños empiezan a ganarse el pan desde que pueden. Nadie puede permitirse estar ocioso.

La supervivencia en tales condiciones es precaria. Si la climatología es benigna, se consigue lo suficiente para comer y reservar una parte de la cosecha para la siembra del año siguiente. Si se tiene una buena posición, resulta posible alimentar algunos animales de corral y, excepcionalmente, algún animal de tiro que ayude en el trabajo. Con mucha suerte hay años en que el excedente permite inclu-

so vender o cambiar una parte de lo producido por objetos o alimentos en el mercado. Incluso así, garantizado el sustento, la dieta es monótona y repetitiva, cuando no pobre. El comercio es limitado y los alimentos frescos son los de la temporada y del propio lugar. El resto son saladuras, encurtidos y escabeches. El transporte en carro y los pésimos caminos impiden ir más allá.

La mortalidad ordinaria, que tiene que ver directamente con las condiciones de la vida cotidiana, no puede en esta situación reducirse más allá de unos límites bastante parcos. La higiene es deficiente. No sólo se desconocen las causas o las vías de transmisión de la mayoría de las enfermedades, sino que los medios para mantener la limpieza personal o la salubridad de la vivienda y del entorno son muy escasos. El jabón es un lujo que hay que fabricar con métodos domésticos a base de las sobras de grasas animales y la sosa cáustica. La ropa se muda poco, es áspera, abriga mal y, sobre todo, es escasa. Las casas están mal aisladas. En invierno, el fuego de leña sólo calienta una pequeña parte y deja el resto helado. En verano los alimentos frescos aguantan mal y no pueden conservarse demasiados días. El espacio compartido con animales domésticos y de granja se traduce en fuertes olores, muy intensos cuando llega el calor, y en proliferación de moscas y parásitos.

Uno de los principales problemas para la higiene era la disponibilidad y calidad del agua. Incluso en las grandes ciudades españolas los pozos y las fuentes han sido el único medio de abastecimiento para multitud de hogares. Todavía a principios de siglo era común ver a las mujeres llenando cántaros de agua en las fuentes de la Plaza de Cataluña en Barcelona. Actividades tan básicas como cocinar, lavarse, limpiar la casa o la ropa requerían de esta manera una cantidad de trabajo hoy en día impensable. Incluso la instalación de un lavadero público suponía un avance importante para algunas poblaciones españolas y daba lugar todavía en los años sesenta a solemnes inauguraciones presididas por las máximas autoridades del país. En la gran diversidad geográfica y climática de España coexistían zonas en las que un gran arcón almacenaba todas las mudas del invierno porque el agua helada del río impedía hacer la colada durante meses y zonas donde el calor y la falta de lluvias convertían el verano en una época peligrosa por la escasa potabilidad del agua.

En tales condiciones, el estado general de salud deja mucho que desear, y sus efectos en la mortalidad son importantes a cualquier edad. Las enfermedades infecciosas y respiratorias son frecuentes, y la debilidad y las escasas defensas provocadas por la malnutrición las convierten en muertes en una elevada proporción. Las

heridas abiertas y las lesiones internas se curan mal, si se curan. Una simple fractura ósea produce a menudo discapacidad permanente, en un mundo en el que el duro trabajo físico es la norma. Un acontecimiento tan esencial y cotidiano para el ser humano como es el nacimiento de un hijo implica para una cantidad impresionante de madres perder la vida en el parto.

Para rematar este triste cuadro que, no debe olvidarse, describe las condiciones de vida de los seres humanos a lo largo de toda su historia, hay que añadir que no sólo eran malas las condiciones de supervivencia «ordinaria». Tales condiciones se veían agravadas periódicamente por acontecimientos extraordinarios que provocaban repentinos y masivos aumentos de la mortalidad.

Las causas de estas crisis pueden resumirse en tres: las hambrunas, las guerras y las epidemias. Ninguna de las tres puede atribuirse a características biológicas «naturales» de la especie humana. Por el contrario, podrían considerarse incluso equivalentes al precio pagado por algunos avances sociales y económicos que caracterizan el «progreso» de nuestra civilización. Para los damnificados ya no tiene especial importancia; pagaron con su vida. Pese a ello nunca han faltado quienes considerasen que tales crisis eran no sólo «naturales», sino que resultaban también convenientes para expiar los pecados del mundo, para proporcionar a los supervivientes una lección moral o para «seleccionar» a los más dotados depurando así la especie:

Porque si bien es cierto que la mortandad que causan es a veces espantosa, hay que convenir también en que las más de las bajas recaen en elementos equívocos (viejos, débiles, enfermizos, viciosos, etc.), con lo cual depuran los orígenes de la población, fuera de que se observa que sobrevienen luego dos o tres años de escasa mortandad, se aumenta el número de matrimonios y se hace mayor la fecundidad de éstos. Ciertamente es igualmente que la alarma y el terror que producen, suspenden los negocios, paralizan la industria y el comercio y hacen aparecer la miseria, las quiebras e insolvencias, etcétera; pero al par, son lecciones sublimes de moral y de higiene, llamamientos generosos de caridad y, tras ellas, acrece el bienestar de los que heredan. No desconozco, en fin, que pueden ser útiles como contrarresto de las faltas, desórdenes y desarreglos que en lo higiénico y en lo moral cometen los hombres, olvidados de los sanos preceptos...⁴.

⁴ Monlau, P. F. (1871), *Elementos de higiene pública*, Madrid, 3.ª ed, p. 565.

Estas palabras, en boca de uno de los más eminentes especialistas en la salud pública de la España de finales del siglo pasado, expresan de la manera más elocuente la resignada fatalidad con que han sido contemplados los episodios críticos de sobremortalidad que caracterizan las dinámicas demográficas del pasado.

Sus causas podían no ser naturales, pero así eran vistas y aceptadas. El de las guerras es el mejor ejemplo: si un caudillo que encabezaba una guerra de conquista podía ser considerado un «azote de Dios» por sus propias víctimas, cómo no iban a hacer lo mismo ante una peste o una mala cosecha. A ello hay que añadir que, inevitablemente, los tres tipos de crisis solían ir juntos e, incluso, provocarse unas a otras. La pérdida de una cosecha no sólo mata de hambre; la desnutrición también debilita a los supervivientes y les hace más vulnerables ante las enfermedades, facilitando la aparición de epidemias. Puede provocar también éxodos colectivos, asaltos a las campos del vecino, conquistas y guerras, con lo que ya tenemos conjuntadas nuevamente las tres crisis de mortalidad. La secuencia puede cambiar de orden si el desencadenante es una guerra, pero los resultados acaban siendo los mismos: las guerras de antaño se hacen sin un cuerpo de intendencia a las espaldas, de manera que la mayoría de los combatientes toma simplemente por la fuerza todo lo que encuentra a su paso, incluso sin estar en territorio enemigo. Si lo está, la necesidad es un estímulo más para vencer en las batallas: si no se toma una ciudad sitiada el hambre acecha rápidamente a los propios asaltantes. La frontera entre la guerra y el pillaje es inapreciable, y no sólo provoca muertes por las armas. La destrucción de las economías agrarias provoca hambrunas, y el movimiento de los ejércitos constituye una vía privilegiada de propagación de enfermedades contagiosas, con lo que nuevamente se cierra el círculo infernal de las tres causas de mortalidad extraordinaria.

El ejemplo más impresionante de la magnitud que estas crisis podían llegar a tener debe buscarse en la peste que entre 1347 y 1353 acabó con un tercio de la población europea. Pero pueden encontrarse buenas ilustraciones de tales catástrofes incluso ya bien entrado el siglo xx. La última gran epidemia internacional, conocida como la «gripe española», se produjo en 1918, coincidiendo con la primera guerra mundial. En 1918 esa enfermedad, tan común y aparentemente inofensiva para el mundo contemporáneo, resultó mortal para muchos millones de personas. Su relación con la guerra no es accidental. Los nuevos medios para el rápido y masivo transporte de tropas a grandes distancias, como el ferrocarril o el barco de vapor, no sólo permitieron que una guerra tuviese por primera vez como esce-

nario todo el globo terráqueo, sino que sirvieron de vector de transmisión de la enfermedad⁵.

No me extenderé más en la descripción de lo determinantes de la mortalidad incluso en las sociedades más avanzadas del pasado. Lo dicho es suficiente para evidenciar no sólo la precariedad de la vida, sino el carácter azaroso e impredecible de la muerte. Pero sí conviene recalcar que los más perjudicados eran los niños, porque todo el cuadro presentado hasta ahora se veía agravado en ellos por su indefensión tanto natural como social. Conviene insistir en este punto porque la supervivencia de los niños constituye el primer paso, y también el más importante, hacia la madurez de masas. La efectividad en el esfuerzo reproductivo y, por lo tanto, en los sistemas demográficos en su conjunto pasa necesariamente por la supervivencia infantil.

Los seres humanos nacen en un estado de acusada inmadurez incluso si se los compara con el resto de mamíferos. Parece que, evolutivamente, ello supone ventajas para la especie. La gran masa encefálica y la necesidad de completar el desarrollo físico con el aprendizaje son las dos claves del éxito humano en la competencia por los recursos naturales. Ambos se ven favorecidos por el nacimiento prematuro, sin el cual el excesivo tamaño del cráneo podría convertirse en un serio problema en el momento del parto, y el aprendizaje se vería privado de los años de inmadurez y de intensas relaciones con la madre que caracterizan la primera infancia.

Pero lo que puede considerarse una ventaja para la especie no lo es para los propios retoños del ser humano. Su carácter prematuro no sólo los hace dependientes de los adultos en las funciones biológicas más fundamentales, como la propia alimentación, sino que los vuelve también especialmente vulnerables a las infecciones y a los problemas alimentarios. En particular resultan especialmente peligrosas las horas y días inmediatamente posteriores al nacimiento, así como el momento del destete, de manera que la característica principal de la mortalidad antigua, si se analiza por edades, es que la supervivencia de los recién nacidos y de los infantes

⁵ También cabe atribuir a la guerra el nombre con que se la bautizó. España sufrió cientos de miles de bajas, pero ni fue el origen de la epidemia ni el país con más bajas (sólo en la India hubo más de siete millones). Se la conoce como «gripe española» porque las primeras noticias de la epidemia llegaron al resto de Europa a través de la prensa de nuestro país, neutral en aquella guerra y, por lo tanto, no sujeta a la censura impuesta en los demás con el propósito de no desmoralizar a la población.

de pocos años es abrumadoramente baja. Desde un punto de vista histórico, hace muy poco que más de la mitad de los nacimientos no conseguían sobrevivir a esas edades. En tales condiciones, es comprensible que el número medio de años de vida que un recién nacido tenía por delante no superase los treinta.

Es a tenor de esta panorámica general por lo que he caracterizado de ineficientes y de inmaduros los sistemas demográficos del pasado. Pero también he insistido ya en que, pese a todo, cumplían su cometido. De otro modo no estaríamos aquí para contarlos. Los medios para conseguirlo eran muy precarios, e ingente el trabajo al que obligaban a sus integrantes para conseguirlo. Trabajo, en primer lugar, para sobrevivir. Pero mucho trabajo, también, para tener y criar hijos, un gran número de ellos.

La ineficiencia demográfica del pasado obligaba a situar la familia y la reproducción en el primer lugar entre las prioridades vitales de la inmensa mayoría. No era cuestión de altruismo con la especie o con la comunidad, sino de supervivencia. La familia era la única garantía de solidaridad en las situaciones difíciles y en la vida cotidiana, de manera que la elevada mortalidad tenía que contrarrestarse con lazos intensos de colaboración entre los familiares y con descendencias abundantes. Aciertan los nostálgicos de la familia «tradicional» cuando le atribuyen una gran capacidad de cohesión, pero no es necesario añadirle valores morales desmesurados o el ser fuente de grandes satisfacciones emocionales. Lo cierto es que su configuración era resultado de la necesidad y no de la libre elección, estaba sujeta a fuertes tensiones internas y contaba con muy escasas alternativas.

Las mujeres en edad fecunda debían tener hijos, y muchos. Desde el punto de vista individual resultaba necesario porque era casi seguro que una parte considerable de la descendencia no había de sobrevivir hasta alcanzar edades adultas. Desde el punto de vista poblacional, porque el trabajo de procrear estaba mal repartido y se concentraba en las pocas mujeres que conseguían, primero, alcanzar las edades reproductivas y, segundo, sobrevivir hasta la menopausia.

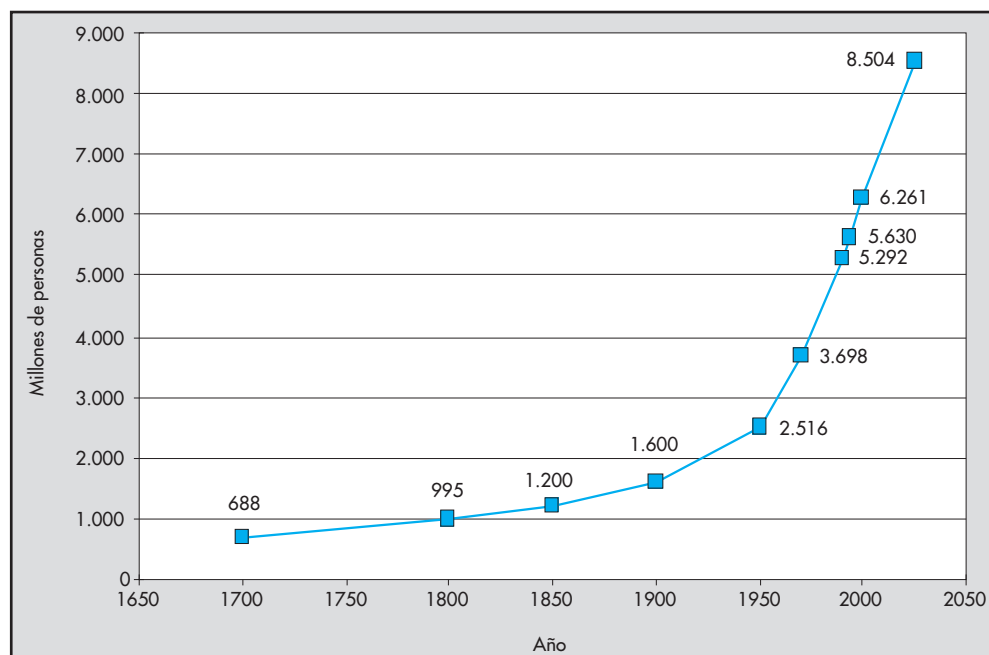
No se trataba de crecer. Cada población tenía el volumen que los recursos existentes permitían. En tales condiciones, el número de hijos dependía de la mortalidad. Si se mantenía, también lo hacía la fecundidad. Si se sufría una crisis extraordinaria, los fallecidos dejaban nichos rápidamente aprovechables por los supervivientes, se adelantaban e intensificaban los matrimonios, los hijos se hacían cargo del trabajo y de las tierras de los padres fallecidos y la fecundidad aumentaba en los años siguientes hasta restablecerse el equilibrio, es decir, hasta que nuevamente se alcan-

zaba el límite máximo de bocas a mantener. Sólo el descenso acusado y sostenido de la mortalidad podía conducir a una reducción importante de la fecundidad.

En tales condiciones resulta fácil detectar el momento en que la humanidad ha empezado finalmente a quedar liberada de los límites poblacionales fijados por la escasez de recursos y por la mortalidad resultante: basta con observar la evolución de la población mundial.

Aunque todavía en el siglo XIX había historiadores que databan el origen del hombre en unos cinco mil años, eran los últimos restos de una historia basada en las fuentes bíblicas. El evolucionismo darwiniano está ya suficientemente asentado, y la datación de los restos fósiles nos permite hoy día atribuir a la especie humana más de un millón de años. Pero el número de seres humanos ha crecido en los últimos cincuenta años más de lo que lo había hecho en toda su historia anterior, hasta alcanzar los más de 6.000 millones actuales.

GRÁFICO 1. Volumen de la población mundial, 1700-2025 (en millones de personas)



Fuente: Informes y proyecciones del Fondo de Población de Naciones Unidas.

El potencial de crecimiento de la especie siempre fue enorme. Se calcula que cada mujer puede llegar a tener un promedio máximo de 12 hijos durante su vida fecunda, en condiciones óptimas de mortalidad, nupcialidad, edad al matrimonio, etc. Tal potencial, de ser usado íntegramente, supone que en el período que media entre dos generaciones la población inicial podría multiplicarse por seis. Sin embargo, nada hace pensar que ninguna población histórica o prehistórica haya tenido fecundidades tan altas. Es más, durante cientos de miles de años el ritmo de crecimiento demográfico del conjunto de la especie humana fue prácticamente nulo.

Acostumbrados como estamos a que la atención y los debates sobre la reproducción humana giren en torno a la fecundidad, ese equilibrio puede parecernos sorprendente en sociedades que no disponían de los métodos anticonceptivos actuales. Y es que efectivamente, incluso sin tales métodos, la fecundidad estaba «controlada». Que en el pasado se tenían todos los hijos que Dios quisiera mandar es un tópico totalmente errado. Aun así, la principal causa del nulo crecimiento era mucho más cruda, y no hay que buscarla por ese lado de la ecuación. La fecundidad era, pese a todo, ciertamente elevada. Lo que ha estado frenando el crecimiento hasta ahora ha sido la mortalidad. El equilibrio era obligado, porque no estaba determinado por las personas, sino por los recursos disponibles, como ya vio Malthus claramente en su *Ensayo sobre la población*.

En términos más actuales, podría decirse que el ecosistema en que vive cualquier especie tiene una «capacidad de carga» que limita su crecimiento. Ahora bien, la especie humana presenta desde sus orígenes una característica que se escapó al pensamiento malthusiano y que la distingue de cualquier otra: a las migraciones y a la autorregulación de la fecundidad (las estrategias naturales para mantener la población en los límites impuestos por el entorno) ha añadido una estrategia nueva: la transformación del propio ecosistema, de manera que su capacidad de carga quede ampliada artificialmente. No otra cosa son la agricultura, la ganadería, la arquitectura o el comercio. Por ello el aumento de la población siempre se ha considerado signo de prosperidad y de éxito ante la naturaleza hostil, y pueden seguirse los progresos humanos en la lucha contra la muerte observando simplemente los momentos en que el número de individuos crece. Es, por tanto, la muerte la que domina tales sistemas demográficos. Es ella la que impone el número de nacimientos que deben producirse para que los supervivientes puedan a su vez procrear y la población se mantenga.

1.2. LA VIDA MALBARATADA: ESPAÑA 1900, UN MAGNÍFICO EJEMPLO

Por no limitar esta imagen introductoria sobre la incidencia de la mortalidad en el pasado a simples comentarios genéricos, expondré a continuación, de manera general, cómo era la supervivencia en España en 1900. Con ello podremos tener una idea cabal de cómo era la situación a partir de la cual se han venido construyendo hasta ahora las expectativas de vida y, por lo tanto, el modo en que éstas han impregnado todos los actos cotidianos.

La elección de 1900 es arbitraria, aunque ese año tiene un valor simbólico evidente: se trata del inicio del siglo xx. Pero también es interesada, porque en dicho año la situación de la mortalidad en España presenta un retraso importante respecto al conjunto de Europa, situación que servirá para destacar los progresos experimentados a lo largo del presente siglo y para poner en evidencia el modo en que, en nuestro país, se ha producido el advenimiento de la madurez de masas.

Pese a todo, conviene dejar claro que 1900 no es en absoluto el peor punto de partida imaginable para analizar los cambios protagonizados por la población española. Al llegar 1900 la actividad industrial ha crecido, la navegación a vapor ha mejorado los abastecimientos y ha impulsado instalaciones portuarias modernas. La minería y la siderurgia han hecho aparecer una industria pesada importante en el norte del país, y ya funcionan tanto los ferrocarriles como los primeros tranvías. Muchas ciudades ya han derribado sus murallas y protagonizado «ensanches». Tienen alumbrado público a gas y empieza a instalarse el eléctrico. Circulan los primeros automóviles. Pese a ser un país escasamente urbanizado, de los 18,5 millones de habitantes, el 9% de la población vive ya en ciudades de más de cien mil personas, ciudades que han experimentado importantes crecimientos en las décadas inmediatamente anteriores.

También se han producido ya importantes avances en la salud y la supervivencia. La mortalidad de los más jóvenes desciende durante el siglo xix, especialmente en las edades que van del primer al quinto aniversario, edades cuya sobre-mortalidad había caracterizado el llamado «perfil mediterráneo», especialmente nefasto para los infantes. Ya se han producido reacciones incipientes de la Administración y nuevas herramientas médicas para paliar las epidemias y contra las pésimas condiciones higiénicas y sanitarias de las concentraciones urbanas. Las

grandes hambrunas están en vías de desaparición gracias a los nuevos métodos de cultivo y a la importación masiva de productos agrarios de ultramar. Y, pese a todo lo anterior, la esperanza de vida en 1900 es de 34,5 años; sólo cuarenta años antes no alcanzaba los 29.

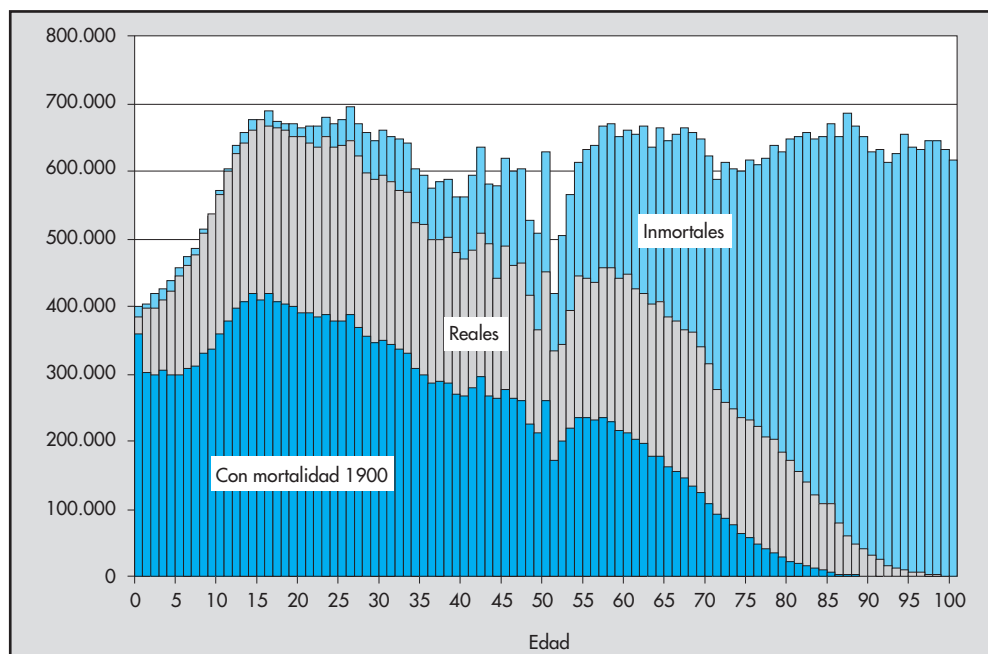
Sí, se ha leído bien. La esperanza de vida en 1900, pese a las innegables mejoras experimentadas por el país, no llega a los 35 años. Junto a los avances, pervive el atraso. Junto a los primeros automóviles, las primeras bombillas, los trenes, las modernas fundiciones vascas y las fábricas textiles catalanas, convive la miseria urbana, la explotación infantil, el retraso agrícola.

Si se compara con los países más desarrollados del momento, España no alcanzará hasta los años veinte la esperanza de vida que aquéllos tenían en 1860. Pero basta con fijarse en la vecina Francia, cuyas mujeres tenían en 1900 una esperanza de vida al nacer de 47 años. Por todo ello no hará falta remontarse a siglos anteriores para ilustrar un pasado en el que la mortalidad impide aún la madurez demográfica española.

Además de comparar con otros países, también podríamos comparar con la España actual, que tiene una de las esperanzas de vida más altas del mundo. Pero sobre las mejoras históricas de este siglo se tratará más adelante. De momento utilizaremos cierto artificio para ilustrar de la forma más elocuente el modo en que la mortalidad de 1900 suponía un obstáculo gigantesco para la madurez de masas. Consiste en calcular la población que hubiese tenido España en 1991 si, con los mismos nacimientos que ha habido a lo largo de este siglo, la mortalidad en cambio no hubiese evolucionado en nada desde 1900.

El siguiente gráfico sirve para imaginar tres situaciones muy diferentes: una real, otra óptima y otra mucho peor que la real. Con la inmejorable, es decir, si ninguno de los nacidos a lo largo de todo el siglo anterior hubiese muerto, la población superaría los 61 millones. Con la real, la población española ascendía a 38.727.174 personas en 1991. Pero si no hubiese habido mejoras en la mortalidad desde 1900, la población sólo sería de 21.270.816. En otras palabras, casi dieciséis millones y medio de los españoles de 1991 hubiesen fallecido antes de ese año. En realidad, la población sería todavía mucho menor, porque los cálculos se han hecho suponiendo que el número de nacimientos no habría cambiado respecto a los que se han producido en realidad, pero es evidente que si un número

GRÁFICO 2. Población de España en 1991 (real, inmortal y con mortalidad congelada desde 1900)



Fuente: Pérez Díaz, J. (1996), *La situación social de la vejez en España desde una perspectiva demográfica*, Madrid, Fundación Caja de Madrid.

- La población inmortal corresponde a los nacimientos originarios de cada generación, si ninguno hubiese fallecido.
- La población real corresponde a los datos del Censo de 1991 (INE).
- La población ficticia resulta de aplicar a los nacimientos desde 1900 la mortalidad por edades que existía ese año (tablas de mortalidad de Cabré i Pla, A. [1999], *El sistema català de reproducció. Cent anys de singularitat demogràfica*, Barcelona, Ed. Proa, Colección «La mirada»).

menor de mujeres hubiese sobrevivido hasta edades fecundas, también el número de nacidos habría sido inferior.

Conviene comentar con más detalle esa «mortalidad 1900», que en realidad nos habla de cómo eran las condiciones de supervivencia al empezar el siglo. La observación de la tabla de mortalidad por edades, tabla a partir de la cual se calcula la tan conocida «esperanza de vida», es la mejor herramienta para este propósito.

CUADRO 1. Tabla de mortalidad por edades y sexo. España 1900

Edad (x)	Hombres				Mujeres			
	Superv.	q_x	Muertes	Esp. de vida	Superv.	q_x	Muertes	Esp. de vida
0	1.000	213,28	213	33,8	1.000	205,00	205	35,1
1	787	211,50	166	41,8	795	208,34	166	43,1
5	620	42,49	26	48,6	629	43,85	28	50,0
10	594	21,22	13	45,7	602	24,11	15	47,2
15	581	33,03	19	41,6	587	35,23	21	43,3
20	562	53,71	30	37,9	567	45,73	26	39,8
25	532	56,14	30	35,0	541	48,12	26	36,6
30	502	53,34	27	31,9	515	50,46	26	33,3
35	475	54,34	26	28,5	489	52,17	25	29,9
40	449	61,49	28	25,0	463	52,52	24	26,5
45	422	75,89	32	21,5	439	59,98	26	22,8
50	390	100,70	39	18,1	413	79,86	33	19,1
55	351	139,18	49	14,8	380	116,71	44	15,5
60	302	197,47	60	11,8	335	177,05	59	12,2
65	242	288,15	70	9,1	276	272,97	75	9,3
70	172	429,46	74	6,8	201	419,63	84	6,9
75	98	605,75	60	5,0	116	597,89	70	5,1
80	39	761,31	30	3,8	47	756,56	35	3,9
85	9	879,44	8	3,1	11	877,59	10	3,1
90	1	943,58	1	2,8	1	944,28	1	2,8
95	0	1.000,00	0	2,3	0	1.000,00	0	2,3

Fuente: Cabré i Pla, A. (1989).

- Los supervivientes indican cuántos individuos cumplirían cada edad por cada mil nacimientos iniciales, es decir, el número de quienes todavía no han sido afectados por la muerte.
- q_x es la parte de 1.000 personas de la edad (x) que fallece antes de cumplir la siguiente edad de la tabla (es decir, la probabilidad de morir entre ambas edades, expresada en tantos por mil).
- Las muertes señalan el número de fallecimientos entre cada edad y la siguiente, y son resultado de aplicar a los supervivientes las probabilidades de morir entre esas dos edades.
- La esperanza de vida en cada edad indica el número medio de años que vive el conjunto de quienes consiguen cumplir cada una de las edades de la tabla.

Para comprenderla correctamente basta con imaginar una población anclada en el tiempo con la misma mortalidad por edades que caracterizó a la población española de 1900. Ello no quiere decir que, finalmente, ésa fuese la mortalidad que realmente habrían de padecer los nacidos en ese año a lo largo de su vida posterior, sino sólo la que habrían tenido si no hubiesen cambiado en nada las condiciones existentes entonces⁶.

Lo primero que podemos observar, centrando la atención en la columna de defunciones, es que tal población pierde más de una quinta parte de sus nacimientos antes de que cumplan un año de edad —lo que implica que en la columna de las probabilidades de morir (q_x) el valor correspondiente es superior a doscientos por mil, y que, consecuentemente, en la columna de supervivientes ya son menos de ochocientos los que cumplen el primer año—. Por tanto, todavía al empezar el siglo, la elevada mortalidad de los recién nacidos es un impedimento colosal para la madurez demográfica. Aunque haya habido mejoras sustanciales respecto a la mortalidad del siglo anterior (sólo cuatro décadas atrás los fallecidos antes del año eran una cuarta parte de los nacimientos), la eficiencia del sistema demográfico está lejos de haberse conseguido.

Los problemas no acaban ahí, porque por cada mil niños que consiguen llegar a cumplir el primer año, 211 no sobreviven para llegar a los cinco, si son varones, y 166 si son niñas. En total, desde el nacimiento hasta los cinco años, una generación con la mortalidad por edades de 1900 habría perdido casi cuatro décimas partes de los efectivos iniciales. Aun a riesgo de resultar reiterativo, conviene insistir en que no se trata sólo de una pérdida «numérica» y abstracta, y que no basta con considerar únicamente el malbaratamiento de vidas que podrían haber llegado a ser y no fueron. Hay que plantearse igualmente el derroche de energía, de recursos, de tiempo, de vida en suma, dedicado por los progenitores y por las

⁶ Lo que se hace, en realidad, es construir una generación ficticia, generación que iría acusando a lo largo de la vida una mortalidad idéntica a la que tenían las personas de cada edad en 1900. Obviamente, tal generación no ha existido nunca, y los nacidos en 1900 se han ido beneficiando, a medida que cumplían años, de las mejoras que experimentaba la supervivencia en nuestro país. Conviene aclarar este extremo, porque matiza la interpretación que suele hacerse de un indicador tan corriente como la esperanza de vida al nacer. Obviamente, la real, es decir, el número medio de años que pueden esperar vivir los nacidos en una determinada generación, sólo puede conocerse observándoles hasta que todos han fallecido, más de cien años después, y ya no tiene sentido denominar a ese indicador «esperanza» de vida sino «vida media» efectiva. Sobre los indicadores generacionales, sin embargo, ya se tratará con más detalle en un capítulo posterior.

familias para traer al mundo a esos niños malogrados que nunca llegaron a cumplir los cinco años. Hay que imaginar también los efectos de esa convivencia constante con la muerte en el ánimo y en la manera de vivir de los que ya no eran niños. Dificilmente las mujeres de edad fecunda en 1900 completaron su ciclo reproductivo sin haber visto morir a alguno de sus hijos.

Pese a todo, hay quien ha visto en esta «sobremortalidad» infantil una especie de bendición de Dios, o de la Naturaleza, en el sobreentendido de que eliminaba a los individuos menos dotados y permitía que los restantes «tocasen a más» en el reparto de los recursos limitados existentes. Se trata, claro está, de un biologismo aberrante, muy extendido a finales del siglo pasado, con el que se conseguía olvidar, de paso, que la mortalidad infantil tenía su principal causa en las pésimas condiciones de vida, muy relacionadas con el desigual reparto de la riqueza.

Otro «consuelo» frecuente en la época, de carácter burdamente economicista, es que los que conseguían sobrevivir a la primera infancia tocaban a más en el reparto de unos bienes escasos y limitados, tanto desde el punto de vista familiar como social. Con esa convicción se conseguía olvidar que la riqueza no es una cosa dada, sino que hay que producirla, y que cuatro brazos producen más que dos. Es cierto que una familia puede mejorar las condiciones de vida de sus hijos si concentra la inversión y los cuidados en un número reducido de ellos en vez de dispersarlos entre un número elevado. Ése era el argumento principal de los propagandistas de la «maternidad consciente», favorables al control de la natalidad y difusores de nuevos métodos anticonceptivos. Pero también es cierto que esa reducción sólo resulta factible cuando está asegurada la supervivencia de los hijos que se tienen y que, mientras tanto, tener pocos hijos supone un riesgo enorme de quedarse sin ninguno.

El caso es que a las edades más peligrosas de la vida nuestra generación con la mortalidad por edades de 1900 sólo conseguiría sobrevivir en sus seis décimas partes. Eso sí, superados los problemas congénitos, las pésimas condiciones del parto y del posparto, el peligroso momento en que el destete expone su sistema digestivo a peligros de los que la leche materna les había mantenido a salvo, los niños supervivientes ven mejorar sustancialmente sus probabilidades de supervivencia. Lo peor ya ha pasado.

Si se observa la columna de las esperanzas de vida en cada edad podrá comprobarse hasta qué punto es cierto esto. Los recién nacidos tenían una esperanza

de vida de 33,8 y 35,1 años, según el sexo, pero esas expectativas tan escasas se deben a que, entre ellos, una parte considerable no sobrevivirá a la infancia. Los que no habían de morir antes de dicha edad vivirían, en realidad, un número medio de años bastante superior. Además de los cinco años ya transcurridos, su esperanza de vida al cumplirlos es de 41,8 y 43,1 según el sexo, es decir, bastante más alta que al nacer. Sumados a los cinco años iniciales, la vida media de estas seis décimas partes de los nacimientos sería, por tanto, de 45,8 y 48,1 años, esta vez, sí, una edad suficiente para tener una vida fecunda casi completa.

Pero ya se sabe que los promedios son engañosos. Por mucho que las expectativas mejoren para los supervivientes de cinco años, sus probabilidades de morir en las edades siguientes no son nulas, de modo que no todos tendrán la suerte de llegar a adultos y, mucho menos, a la madurez.

Los que realmente sobreviven hasta las edades medias al matrimonio son, en efecto, muchos menos. Antes de llegar a los 30 años se habrá quedado por el camino entre un 18 y un 19% de los que cumplieron cinco años. En suma, de nuestra ficticia «generación 1900», sólo la mitad de los nacimientos tendrá realmente la oportunidad de empezar a formar una familia.

La mitad todavía puede parecer una proporción suficiente, si se ponen decididamente a la labor de reproducirse. Pero, ¡ay!, tampoco todos ellos van a ser perdonados por la implacable Parca. Si se considera que el final de la vida reproductiva se sitúa en torno a los cincuenta años, entonces hay que decir que de los poco más de 500 que alcanzaban los 30 años, unos 100 no han tenido tiempo de completarla.

La verdad es que hemos visto reducirse las posibilidades procreadoras de nuestros mil nacidos iniciales hasta extremos abrumadores. Pero todavía no hemos acabado. A los impedimentos que pone la muerte hay que añadir los que pone la «vida», y éstos no son visibles en el cuadro anterior.

El primero, por obvio, corre el riesgo de ser olvidado. Por mucho que sean necesarias personas de ambos sexos para producir una nueva vida, la gestación de ésta se produce únicamente en el seno materno. En otras palabras, todos los nuevos seres humanos que debería traer al mundo una generación con la mortalidad que acabamos de ver deberán tenerlos las mujeres que consiguen sobrevivir hasta las edades fecundas. Si del efectivo inicial sobrevive hasta tales edades algo menos

de la mitad, los supervivientes que reúnen el requisito de pertenecer al sexo femenino serán menos de una cuarta parte.

El círculo se cierra inexorablemente sobre las mujeres en su papel de reproductoras. Sólo con lo dicho hasta ahora es suficiente para hacer un cálculo intuitivo de la cantidad de hijos que deberán tener sólo para reemplazar el número de miembros de su propia generación. Si las que alcanzan edades reproductivas son menos de una cuarta parte del total de dicha generación, deberán tener un promedio superior a los cuatro hijos para que la población no disminuya. Y eso en el supuesto de que todas y cada una de ellas se conviertan en madres. ¿Qué puede pensarse si añadimos que no todas podrán?

En efecto, aunque sobrevivan hasta las edades fecundas, no todas las mujeres pueden tener hijos, es decir, no todas son fértiles⁷. Añádase que incluso las que sí lo son pueden tener problemas funcionales que no les permitan engendrar hijos a lo largo de todas esas edades. Pueden perder la capacidad de tener hijos después de un primer parto problemático, o por las secuelas de ciertas enfermedades, mucho antes de llegar a la menopausia.

La incidencia de la infertilidad, sin embargo, es mal conocida, y resulta difícil evaluar la proporción de mujeres que la padece, aunque se sepa que dicha proporción aumenta con la edad a medida que se aproximan los años previos a la madurez. Sólo pueden conocerse con seguridad los casos en que las afectadas acuden al diagnóstico médico, cosa que no ocurre siempre en la actualidad, y que apenas era posible a principios de siglo. No obstante, lo que aquí interesa es en realidad la proporción de mujeres que no llegan a tener ningún hijo, cuya proporción sí que es perfectamente conocida y no sólo incluye a las afectadas por la infertilidad durante toda su vida.

En efecto, la infertilidad no es el único motivo, ni siquiera el principal, para que una mujer llegue a la madurez sin haber tenido hijos. Hay otro, de índole

⁷ Nótese que los términos «fertilidad» y «fecundidad» tienen significados diferentes. El primero se refiere a una capacidad, mientras que el segundo implica el uso efectivo de esa capacidad. Una persona fértil es capaz de tener hijos, pero eso no implica necesariamente que sea fecunda, es decir, que realmente los tenga. No está de más señalar que parte de la confusión de ambos términos se debe a la traducción literal de las palabras inglesas *fertility* y *fecundity*, porque en el ámbito anglosajón su significado es el inverso al castellano.

social, mucho más conocido y también más frecuente: que los impedimentos procedan de la pareja. Y no estamos hablando de la infertilidad masculina, aunque también tenga aquí su relevancia. El principal impedimento es, simplemente, que no haya pareja. Claro está que, en principio, la maternidad también es posible en solitario, pero tales casos son estadísticamente muy escasos. Aún más, hasta muy recientemente ni siquiera eran significativos los hijos de parejas no casadas. Por tanto, debe recordarse que las mujeres de nuestra generación ficticia construida a partir de la mortalidad de 1900 no sólo debían sobrevivir hasta las edades fecundas; también tenían que casarse para poder tener hijos.

No todas lo hacían. Las mujeres de cincuenta años en 1900 son solteras en casi un 10% de los casos. Muchas de ellas probablemente no lo han elegido así, porque la de casarse es una aspiración importante y prácticamente universal en esa época, pero las circunstancias no siempre lo permiten. Los impedimentos no sólo tienen que ver con las circunstancias familiares o económicas en una época en que la escasez de recursos convierte la constitución de un nuevo hogar en una empresa sumamente difícil y costosa. Son sobre todo factores demográficos, que pueden resumirse en la escasez de varones casaderos, los que explican una soltería femenina tan elevada.

En algunos casos es la emigración la que produce el desequilibrio entre sexos. En 1900, ciudades como Madrid recibían un gran número de niñas y adolescentes de provincias para «servir» en los hogares de las clases medias, provocando un «exceso» de candidatas al matrimonio que se traduce en solterías femeninas elevadas incluso en la actualidad⁸. Pero la principal explicación de que no haya hombres casaderos suficientes tiene que ver con su sobremortalidad, unida a la diferencia de edad al matrimonio. Si la mortalidad masculina es mayor y los hombres posponen más que las mujeres la edad de casarse, a éstas sólo les queda buscar pareja entre hombres mayores que ellas, más escasos. No vamos a extendernos aquí en la relevancia de estos desequilibrios del «mercado matrimonial» para la comprensión de los cambios sociales y familiares durante este siglo. Sobre sus causas y la importancia de sus consecuencias ya han tratado extensamente otros trabajos⁹.

⁸ Domingo i Valls, A. (1997), *La formación de la pareja en tiempos de crisis. Madrid y Barcelona, 1975-1991*, Tesis doctoral presentada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED.

⁹ Cabré i Pla, A. (1993), «Volverán tórtolos y cigüeñas», incluido en Luis Garrido Medina y Enrique Gil Calvo, *Estrategias familiares*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 113-131; y Cabré i Pla, A.

Lo que aquí interesa, sean cuales sean las causas, es que la elevada proporción de solteras viene a sumarse a los efectos de la mortalidad para restringir aún más el grupo de mujeres que, finalmente, podían tener hijos.

No prolongaré mucho más esta progresiva eliminación de candidatos posibles a la procreación. Bastará con añadir que, incluso entre las casadas, no todas las mujeres tienen hijos. Por ejemplo, de las mujeres que nacieron en 1900, que sobrevivieron hasta la pubertad, que efectivamente se casaron y que llegaron a cumplir los cincuenta años, las que no tuvieron hijos son aproximadamente el 7%.

No hacen falta cálculos demasiado exactos para ver que, con las condiciones imperantes al empezar el siglo, de cada mil nacimientos menos de una quinta parte serán mujeres que lleguen a procrear. Si el sistema demográfico debe funcionar de tal manera que no descienda la población, tales mujeres deberían tener más de cinco hijos cada una.

Difícil tarea, y agotadora, para la que existe, hoy lo sabemos, otra «opción» histórica: repartir mejor el trabajo, conseguir que los que nazcan lleguen a la madurez y, por lo tanto, tengan la ocasión de arrimar el hombro. A efectos demográficos, la ventaja sería doble. Si la supervivencia se generaliza hasta la madurez, no hacen falta fecundidades tan altas para reemplazar la población que fallece. Pero, además, las mujeres que alcanzan las edades reproductivas son muchas más, de manera que el esfuerzo del reemplazo generacional no recae sólo en unas pocas. La mortalidad imperante en la España de 1900 todavía no lo permite, pero en unas cuantas décadas se va a operar la transformación.

Acabaré este apartado insistiendo en que la información con la que acaba de describirse la mortalidad de España en 1900 sólo ha sido conocida bastante después de ese año. Lo que refleja una tabla de mortalidad es lo que está ocurriendo en el año de referencia, pero su construcción requiere tiempo, primero para producir y recoger los datos, después para elaborarlos y convertirlos en indicadores. Pueden pasar muchos años desde que se realiza un censo o se completan los registros de defunciones de un año completo hasta que toda esa información puede quedar reflejada en una tabla como la que se acaba de analizar. En tales condiciones, si

(1994), «Tensiones inminentes en los mercados matrimoniales», incluido en Jordi Nadal, *El mundo que viene*, Madrid, Alianza Editorial.

el sentido de los cambios es una mejora progresiva en la mortalidad, la percepción en cada momento siempre estará limitada a las estadísticas disponibles, relativas a momentos anteriores y, por lo tanto, peores de lo que son realmente. Lo mismo puede decirse respecto a la percepción subjetiva, no estadística, de las propias personas. Las defunciones que se producen en nuestro entorno, y a partir de las cuales nos hacemos una idea de lo que es normal y lo que no lo es, no son las del mismo momento, sino las que hemos presenciado anteriormente. Por tanto, se trata de una información retrospectiva. Por todo ello puede afirmarse que hace ya muchas décadas, incluso más de un siglo, que la percepción, tanto estadística como cotidiana, de las condiciones de supervivencia subestima las mejoras reales. Por tanto, si los datos que acaban de presentarse pueden parecer pésimos, conviene recordar que la percepción social de la mortalidad y de su influencia en la vida de las personas en 1900 todavía es mucho peor.

2. LA SUPERVIVENCIA HASTA LA MADUREZ, UNA OLEADA DE DIMENSIONES PLANETARIAS

«Mamá está sentada en una silla a la cabecera de la cama. Está acariciando el pelo, la cara y las manos de Eugene. Le dice que era el niño más dulce, más delicado y más cariñoso del mundo. Le dice que es terrible perderlo pero que ahora está en el cielo con su hermano y con su hermana y que eso nos consuela a todos, pues sabemos que Oliver ya no echa de menos a su hermano gemelo. A pesar de todo, hunde la cabeza junto a Eugene y llora con tanta fuerza que todas las mujeres presentes en la habitación lloran con ella. Lloro hasta que Pa Keating le dice que tenemos que ponernos en marcha antes de que oscurezca, pues no podemos estar en un cementerio a oscuras».

F. McCourt (1996), *Las cenizas de Ángela*

Las mejoras de la supervivencia se perciben con retraso, y ello podría explicar que el resto de comportamientos demográficos no reaccione inmediatamente para adaptarse a las nuevas condiciones de vida así creadas. En cambio, hace más difícil explicar por qué, existiendo una pésima imagen de la mortalidad imperante, se ha concedido siempre más atención a la fecundidad como factor de crecimiento. La magnificación de la mortalidad existente, en todo caso, debería haber tenido el efecto contrario, sobre todo en aquellas épocas, no muy lejanas, en que el crecimiento poblacional era un objetivo declarado de las políticas estatales. La lucha contra la excesiva mortalidad, sobre todo la infantil, era una vía obvia para hacer crecer más rápidamente la población. En cambio, pese a que algunos médicos, higienistas y demógrafos señalasen con dramatismo que la elevada mortalidad imperante constituía el freno principal para el crecimiento de las naciones y para el buen aprovechamiento de sus fuerzas internas, la atención política siguió centrada en las medidas de gobierno que pudiesen incrementar el número de nacimientos.

Esta excesiva atención al crecimiento y a la fecundidad han sido, sin duda, uno de los frenos que ha impedido una pronta comprensión de los efectos que el

descenso de la mortalidad ha tenido en el reequilibrio de los sistemas demográficos en su conjunto, incluida la fecundidad.

2.1. LA TRANSICIÓN DE LA MORTALIDAD Y LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA. UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

La fecundidad de los países más desarrollados empezó a descender de manera sostenida y muy intensamente durante el siglo XIX y, en algunos, incluso desde el siglo XVIII. Esta evolución les ha conducido en la actualidad a niveles bastante reducidos, en muchos casos inferiores al mítico nivel de reemplazo (2,1 hijos por mujer), que permite a una población mantener sus efectivos en el tiempo.

Durante mucho tiempo los países europeos mediterráneos parecían seguir esta pauta con retraso y renuencia, y presentaban fecundidades sensiblemente superiores a las del conjunto del continente y, sobre todo, a las de los países nórdicos. Las diferencias se atribuían a factores tan diversos como el retraso económico, la influencia del catolicismo o el familiarismo tradicional de estos países. Todas aquellas explicaciones han saltado por los aires en los años noventa, cuando Italia y España se han situado a la cabeza del mundo en lo que a bajos índices de fecundidad se refiere. Después de tales novedades ya sólo queda admitir que, desde un punto de vista comparativo y general, los países que todavía mantienen fecundidades elevadas son inequívocamente aquellos con un menor nivel de vida. Quienes ven en ello una amenaza no hacen más que confirmar sus temores, año tras año, al observar cómo cambia el peso relativo de unos y otros países en el conjunto mundial. El mundo desarrollado pierde peso constantemente, lo que reabre discursos habituales hace algunas décadas sobre la decadencia de Occidente y el peligro que supone la expansión del Tercer Mundo¹⁰.

Y es que no es la primera vez durante este siglo que la fecundidad disminuye por debajo del nivel de reemplazo, ni tampoco son nuevos los temores suscitados por dicho fenómeno. Si pueden parecer nuevos es porque el *baby boom* de los años sesenta hizo que tales temores quedasen olvidados, pero ya durante los años treinta el prolongado descenso de la fecundidad había culminado en niveles infe-

¹⁰ Claro es el caso de Chesnais, J. C. (1988), *La revancha del Tercer Mundo*, Barcelona, Ed. Planeta, y, aún más, Chesnais, J. C. (1995), *Le crépuscule de l'Occident*, Paris, Eds. Robert Laffont.

riores al de reemplazo, provocando un acusado catastrofismo, que en nada ayudaba a disipar el desconocimiento casi absoluto de las causas que habían conducido a aquella situación sin precedentes.

Durante los años treinta el mundo desarrollado estaba en crisis, crisis que algunos contemporáneos revestían de tintes apocalípticos. La Primera Guerra Mundial, en gran parte motivada por la fragilidad del equilibrio entre las grandes potencias coloniales, se saldó con un descalabro generalizado y supuso el catalizador que precipitó la caída de los imperios europeos. La gran depresión iniciada con el *crash* bursátil de Nueva York en 1929 extendía sus efectos a todo el mundo, y entre ellos el paro resultaba especialmente sangrante. La agitación social era muy elevada, y los Estados occidentales veían en la reciente revolución soviética una muestra clara de los extremos en que podía desembocar. También había quien consideraba peligrosos otros indicios de cambio, como el acelerado proceso de urbanización, las reivindicaciones feministas o, en general, la «relajación de las costumbres».

En un contexto tal, no es de extrañar que el descenso de la fecundidad fuese visto por algunos como un síntoma privilegiado de la *decadencia de Occidente*¹¹. Tras décadas de descenso sostenido, se estaban alcanzando niveles que, de mantenerse, auguraban un futuro de declive demográfico del «mundo civilizado» frente a la pujante vitalidad reproductiva de los «bárbaros inferiores», especialmente los del continente asiático. En una situación tal, todos los esfuerzos eran pocos para comprender las causas del fenómeno e intentar paliarlo. De hecho, puede decirse que la demografía se consolida como disciplina en esta época, y que, desde el punto de vista político, se la impulsa, financia y fomenta con objetivos claramente conservadores, elitistas y, a menudo, ultranacionalistas. Sus objetivos inmediatos son claros: descubrir las causas del descenso de la fecundidad y facilitar de esa manera las medidas políticas y económicas que puedan invertir la tendencia en la población nacional o, mejor aún, en las poblaciones occidentales.

¹¹ Ése era el título de un auténtico *best-seller* del filósofo alemán Oswald Spengler (1923) que, en realidad, ejemplifica todo un género «decadentista», también llegado a España en la figura de Joan Antoni Vandellós en su *Catalunya, poble decadent* (1935). Lo que caracteriza a tales agoreros del declive es el papel central que otorgan a los argumentos demográficos, siguiendo una «escuela» que integra a los jefes de los servicios estadísticos de diversos países europeos, como ha puesto en evidencia Jordi Nadal en el prólogo a la reedición de 1985 del libro de Vandellós.

La empresa no era fácil. Ni los censos modernos ni los registros civiles de los acontecimientos vitales tenían demasiada historia en aquellos años y, de hecho, las alarmas fueron el espaldarazo final para su consolidación. Mientras tanto las explicaciones barajadas solían mezclar diversos fenómenos observados y multitud de juicios y prejuicios difícilmente verificables, casi siempre de orden moral. En la mayoría de los casos las primeras explicaciones apuntaban a una causa general: la degradación moral, especialmente la de las mujeres.

La hipótesis puede resultar extraña, pero sigue una pauta bien conocida: nunca falta quien piense que los fenómenos sociales «inoportunos» se deben a la mala voluntad de sus protagonistas directos. Se agrede a los inmigrantes cuando se considera peligrosa la inmigración, se acusa de vagancia a los jóvenes cuando cunde el paro entre ellos, se acusa de vida depravada a los afectados por el sida o se atribuye la pobreza de los pobres a su inferior coeficiente de inteligencia. ¿Cómo no va a responsabilizarse a las mujeres de la caída de la fecundidad si, al fin y al cabo, son ellas las que tienen los hijos?

Las pruebas de la culpabilidad femenina eran abundantes. Las primeras décadas del siglo xx vieron crecer el activismo neomalthusiano, que pregonaba la limitación de la descendencia por medios artificiales. No sólo eran mujeres bienestantes las que destacaban a la cabeza de tal movimiento, sino que, además, podía comprobarse un claro aumento en el uso popular de anticonceptivos, con todas las connotaciones derivadas del hecho, ya que hasta entonces sólo las prostitutas recurrían asiduamente a ese tipo de barreras a la procreación.

También se sabía que la fecundidad decaía más rápidamente en las ciudades, cosa que para los pensadores más conservadores confirmaba la imagen romántica e idilizada de la vida rural, sana, productiva y respetuosa de la autoridad y las virtudes tradicionales. El hecho de que la emigración hacia las ciudades estuviese acelerando el proceso de urbanización no hacía más que alimentar las alarmas y el pesimismo.

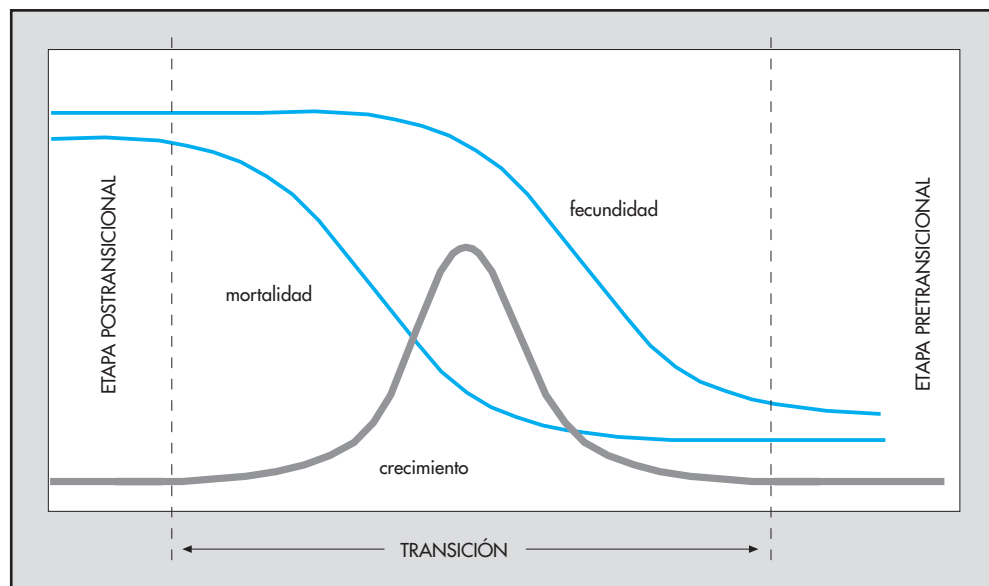
Se sabía igualmente que las clases altas, las más ricas, las más cultas, tenían menos hijos que las clases bajas, comportamiento con que se hacía evidente su caída en la inmoralidad y el egoísmo antisocial y antipatriótico. En general, que algunas mujeres bienestantes empezasen a tener estudios y a reclamar la igualdad entre sexos (es una época de intensas campañas feministas reclamando el derecho al voto) era interpretado por muchos como un síntoma más de la cre-

ciente degradación de lo femenino, indicativa a su vez de la decadencia occidental.

En esta época los Estados promueven y financian la mejora de las estadísticas sobre la fecundidad, y la demografía se consolida como disciplina desarrollando sus herramientas teóricas y de análisis estadístico a la sombra de flamantes centros de investigación. Sorprendentemente, pese a ser el descenso de la fecundidad el fenómeno que está en el punto de mira de todos, tanto esfuerzo y preocupación investigadora acaban quitándole el protagonismo como factor explicativo de los cambios demográficos en curso. Lo que se descubre es que dicha evolución sólo adquiere sentido cuando se la analiza conjuntamente con la evolución de la mortalidad.

Lo que se empieza a ver, al comparar por primera vez datos de la mayoría de países desarrollados, es que, sistemáticamente, el descenso observado de la fecundidad va precedido por décadas de intenso descenso de la mortalidad. Generalizando tales observaciones surge lo que hoy se conoce como la Teoría de la Transición Demográfica.

GRÁFICO 3. Esquema gráfico de la transición demográfica modelo



Elaboración propia.

Según dicha teoría, se estaba produciendo una transición entre un régimen demográfico antiguo y otro moderno. El antiguo se caracterizaba por una mortalidad que seguía las pautas expuestas en el capítulo anterior: niveles ordinarios muy elevados en todas las edades pero, sobre todo, en las neonatales e infantiles, salpicada de frecuentes crisis en forma de guerras, hambres y epidemias. En tales condiciones, el mantenimiento de la población sólo era posible por medio de una natalidad tanto o más elevada. Dicho régimen demográfico se habría visto alterado profundamente por el desarrollo económico inducido por la revolución industrial. Las mejoras en la alimentación, el vestido, la vivienda o las condiciones higiénicas habían provocado la reducción lenta pero inexorable de la mortalidad, iniciando un periodo transicional de rápido crecimiento, habida cuenta de las aún elevadas tasas de natalidad. Según esta teoría, la transición culminaría, poco a poco, cuando los individuos acabasen de adaptar su fecundidad a las nuevas condiciones. El último estadio se caracterizará, por tanto, por un nuevo equilibrio entre la mortalidad y la fecundidad que volverá a producir una población estable, poniendo fin a la fase de gran crecimiento. Pero a diferencia del equilibrio pretransicional, esta vez ambos indicadores se situarán en valores bajos.

Hasta las alarmas provocadas por el envejecimiento demográfico quedan en parte conjuradas por esta teoría. El nuevo equilibrio supone, claro está, menos niños y más supervivientes hasta edades avanzadas, pero la nueva estructura por edades no justifica los miedos anteriores. No hay crisis, sino triunfo. El descenso de la fecundidad, lejos de ser un síntoma de la decadencia de Occidente, se va a convertir en indicio privilegiado de su grado de desarrollo.

A la disipación de las alarmas contribuyen también los acontecimientos históricos posteriores. La Segunda Guerra Mundial comporta preocupaciones mucho más inmediatas y a corto plazo. El inesperado *baby boom* de la posguerra coincide con una fase de desarrollo económico sin precedentes y tampoco favorece la continuidad de las preocupaciones por la baja fecundidad.

De hecho, una nueva preocupación, aparentemente inversa, pero muy similar en el fondo, empieza a cundir entre los políticos de Occidente. Ahora que la baja fecundidad es vista y aceptada como consecuencia del desarrollo, las miradas se dirigen a la «excesiva» fecundidad del resto del mundo. Nuevamente la fecundidad se convierte en el foco de atención, mientras la evolución de la mortalidad vuelve a observarse como cuestión secundaria.

2.2. COMPARACIÓN INTERNACIONAL EN LOS RITMOS Y EN LA ACTUALIDAD

La industrialización y el aumento de la supervivencia han tardado mucho en extenderse a lo largo del mundo. Si los reajustes sociales, políticos, familiares, culturales han sido de gran calado en el continente europeo, hasta el punto de hacer pensar a las personas de mediana edad que ya nada es igual como antes, resulta fácil imaginar el impacto de tales cambios en personas que hasta hace pocas décadas vivían en sociedades de economía neolítica.

La mortalidad en Europa había empezado a declinar en casi todos los países en algún momento del siglo XVIII, empezando por la gradual desaparición de las pestes y la menor frecuencia de las epidemias. No hay que atribuir a los avances de la medicina un papel demasiado relevante en ello. Cuando esta disciplina estuvo en posesión de las herramientas necesarias para comprender la causa de las infecciones y para producir vacunas eficientes hacía ya un siglo que la mortalidad venía mejorando. Lo que sí consigue la medicina, a finales del siglo XIX, es que las mejoras se vuelvan más consistentes y se extiendan definitivamente también a la mortalidad ordinaria, aunque no se puede hablar de su generalización hasta principios de este siglo. Después llega la consolidación de la tendencia, que conduce al mundo industrializado hacia esperanzas de vida próximas a los setenta años ya a mediados del siglo XX.

Desde una perspectiva histórica amplia, el cambio constituye una auténtica revolución de las dinámicas demográficas dominantes desde la noche de los tiempos, pero mirado a corto plazo lo cierto es que se produjo de manera lenta y gradual y que sus inicios se limitaron, durante muchas décadas, a los países más ricos. Incluso en Europa, los países más alejados de los focos originarios de la industrialización tardaron más tiempo en consolidar las mejoras, como es el caso del sur de Europa, incluida España, pero también el de la Europa del Este. Lo mismo puede decirse de Japón, aunque a principios de los años cuarenta se había convertido ya en una potencia industrial de primer orden. Buena parte de Sudamérica, con un leve desfase, también podría ubicarse en este vagón intermedio, pero el resto del mundo o bien llevaba un retraso considerable a principios de siglo, o seguía anclado todavía en las dinámicas demográficas del pasado, con una esperanza de vida inferior a los 30 años.

En ese «resto del mundo», especialmente en Asia y en África, el declive de la mortalidad fue muy leve hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. La supues-

ta misión civilizadora con que Europa justificó sus colonias en estos continentes apenas había tenido consecuencias para el descenso de la mortalidad. Sólo en raras excepciones, como la India, Argelia, o Egipto, era apreciable algún leve cambio antes de los años veinte. Para que el primer signo de la transición, el descenso sostenido de la mortalidad, empezara a tener fuerza también en los países menos desarrollados, hubo que esperar hasta que la Segunda Guerra Mundial y el hundimiento de los imperios coloniales abrieran definitivamente las vías a la auténtica internacionalización del planeta.

Cuando, nada más terminar la guerra, se creó la Organización de Naciones Unidas, una de sus primeras iniciativas fue fomentar y unificar la realización de censos de población en todo el mundo con el propósito de conocer, por primera vez, cuál era su población. Los primeros resultados, disponibles a finales de los años cuarenta, dejaron perplejos a los especialistas. El crecimiento poblacional de los países menos desarrollados, especialmente en Asia, era muy superior al esperado. Pese a su retraso económico y a la lentitud de su desarrollo, la mortalidad experimentaba un descenso de magnitud y continuidad sin aparente justificación, a la vez que se mantenían los elevados niveles de fecundidad tradicionales.

El proceso de transición, esta vez, no era gradual, provocado por el lento avance del desarrollo económico, ni se veía acompañado por las igualmente lentas adaptaciones de los comportamientos sociales, familiares y reproductivos. Esta vez las nuevas tecnologías médicas y farmacológicas importadas de los países más ricos se convertían en un determinante tanto o más importante que el propio desarrollo económico y la mejora del nivel de vida. El resultado inmediato es un rápido y esperanzador aumento de la supervivencia infantil. Pero lo que no exporta el mundo desarrollado, junto a sus vacunas y medicamentos, es su riqueza ni su nivel de bienestar. Tras la completa oscuridad estadística respecto a la población mundial, en los años cincuenta se hace la luz, repentinamente, sobre un planeta en vías de crecimiento explosivo, pero en el cual los que crecen son los pobres.

Hacia 1950 el conjunto de los países en vías de desarrollo tienen una esperanza de vida algo superior a los 45 años, mejor, de hecho, que la que tenía España en 1900. En sólo un par de décadas habían mejorado más que Europa en casi dos siglos. Ghana pasa de una esperanza de vida de 28 años en 1921 a 39,5 años en 1948. La India se ha movido en valores en torno a 22-23 años hasta 1920, pero en 1930 ya alcanza los 27, y los 35 tras una década más. Incluso el gran gigante chino podría haber elevado su esperanza de vida a los 30 años en

la década de los años veinte. Es esta misma manera de quemar etapas la que va a producir los sobresaltos occidentales sobre la explosión demográfica del Tercer Mundo.

Pero es que en 1950 el conjunto de los países más desarrollados sobrepasa los 65 años de esperanza de vida, de modo que las diferencias son de una gran magnitud, y sus mejoras se iban a volver ya mucho más lentas. En cambio, el potencial de mejoras en los países más pobres es enorme. Asia va por delante, y es África el continente que con más retraso está experimentándolas.

El nuevo contexto internacional despierta nuevas alarmas demográficas en Occidente. Ya no son como las de los años treinta con su obsesión por la escasa fecundidad propia, pero tienen un sustrato común con ellas. Ahora lo que preocupa es la excesiva fecundidad ajena. Está muy bien que los más pobres, con retraso, pero con gran rapidez, se apunten al carro del aumento en las expectativas de vida. Pero ya no está tan bien que crezcan mucho más que nosotros.

Las nuevas alarmas tienen esta vez otros protagonistas políticos, pero son tan interesadas como las de los años treinta, salvo escasas excepciones. En esta ocasión las provoca el contexto internacional bipolarizado en dos grandes potencias y la guerra fría existente entre ellas. En su nuevo papel de potencia hegemónica, Estados Unidos teme que el rápido crecimiento de los países más pobres y, por lo tanto, la extensión demográfica de la pobreza faciliten las revoluciones comunistas en cadena, especialmente en Asia. No se trata de temores sin fundamento, porque tales revoluciones ya se estaban produciendo nada más terminar la Segunda Guerra Mundial. Por ello, a la vez que se anuncia el objetivo oficial de frenar el comunismo en cualquier parte del mundo utilizando todos los métodos que sean necesarios, Estados Unidos se convierte también en el nuevo centro mundial de investigación demográfica y, ya en los años cincuenta, en el impulsor y financiador principal de las políticas de planificación familiar en los países menos desarrollados.

En los años sesenta y setenta tiene éxito en extender tales actividades y en implicar en ellas a las Naciones Unidas. Lógicamente, tal difusión requiere una «versión oficial» de sus fines que no menciona nunca los objetivos geoestratégicos. La demografía norteamericana se afana en demostrar que el exceso de fecundidad no es el resultado, sino la causa de la falta de desarrollo de los países más pobres, lo que justifica la actuación «humanitaria». Sobre el ritmo acelerado de crecimiento de la población mundial, real, se consigue crear una conciencia internacional de alar-

ma, a menudo desproporcionada. Se propaga una visión catastrofista sobre el futuro de la humanidad, que incluye el agotamiento de los recursos del planeta, el hambre generalizada, el fin de la civilización¹². Vuelven a sonar las alarmas.

No me extenderé sobre las falacias generadas por este nuevo alarmismo, ni sobre el modo en que, durante décadas, han desviado la atención de los progresos o de los auténticos problemas del llamado «Tercer Mundo». Por suerte, pese a que el ritmo de crecimiento mundial sigue siendo muy elevado, la visión actual de este proceso se ha serenado notablemente. Resulta significativo que el fin de la guerra fría haya coincidido con una disminución sensible de las alarmas demográficas y con una nueva agenda internacional en Estados Unidos, en la que las ayudas a la planificación familiar se reducen hasta mínimos y se llega a retirar toda aportación económica al Fondo de Población de Naciones Unidas.

Quizá el nuevo contexto permita volver a conceder la atención necesaria a un descenso de la mortalidad que debería generalizarse en todo el planeta. El objetivo de que la madurez de masas se extienda a todo el mundo implicaría directamente una nueva dinámica demográfica para el conjunto de la especie humana. De hecho, siempre se ha sabido que el descenso de la fecundidad pasaba necesariamente por la mejora en las condiciones de supervivencia. También era evidente que el rápido crecimiento de ciertos países en vías de desarrollo se debía a los progresos conseguidos en esta materia. El tiempo y la adaptación de los comportamientos reproductivos a tales progresos han hecho el resto. La fecundidad está disminuyendo en tales países a un ritmo mucho mayor que el esperado, lo que obliga a revisar a la baja las previsiones de crecimiento mundial. Por mucho que los obsesos de la fecundidad pretendan que tales cambios se deben a las intensas campañas de planificación familiar y a la difusión de nuevos métodos anticonceptivos, cada vez resulta más evidente que tales herramientas sólo son aceptadas y utilizadas allí donde las mejoras en las condiciones de supervivencia han creado la demanda de métodos para reducir el número de hijos.

El gran gigante asiático, cuyo rápido crecimiento tanto alarmó a Occidente hace sólo algunas décadas, es una buena prueba. Con una esperanza de vida

¹² Aunque la literatura estadounidense de divulgación sobre tales catástrofes es sumamente abundante, su paradigma es sin duda el libro de P. Ehrlich (1968) *The Population Bomb*. Pero incluso Hollywood se hacía eco de la obsesión demográfica, como cuando llevó al cine la novela de ciencia-ficción *Make room, Make room!*, de Harry Jarrison (1966).

CUADRO 2. Algunos indicadores demográficos por continentes (1999)

	ISF	<15 (%)	> 64 (%)	e ₀ hombres	e ₀ mujeres	mortalidad infantil
Europa	1,4	18	15	71	79	8
Europa Septentrional	1,7	19	15	74	79	6
Europa Occidental	1,5	17	15	74	81	5
Europa Oriental	1,3	20	13	65	75	13
Europa Meridional	1,3	17	16	74	80	7
Federación Rusa	1,2	20	13	61	73	17
América	2,5	29	8	69	75	28
América del Norte	2,0	21	13	74	79	7
América Central	3,3	36	4	68	74	34
Caribe	2,8	31	7	67	71	41
América del Sur	2,7	32	6	65	72	35
Oceanía	2,4	26	10	71	76	29
Asia	2,8	32	6	65	68	56
Asia Occidental	3,9	37	4	66	70	54
Asia Centro-Sur	3,6	37	4	60	61	74
Asia Sudeste	3,0	34	4	63	67	46
Asia Oriental	1,7	25	8	70	74	29
África	5,4	43	3	51	54	88
África Septentrional	3,6	38	4	63	66	51
África Occidental	6,2	45	3	51	53	86
África Oriental	6,0	46	3	43	45	105
África Central	6,3	47	3	48	51	104
África Austral	3,5	35	5	54	58	55
España	1,2	15	16	75	80	6
Mundo	2,9	31	7	64	68	57

Fuente: *Population & Sociétés*, n.º 348, julio-agosto 1999.

ISF: Índice Sintético de Fecundidad.

e₀: esperanza de vida al nacer.

La mortalidad infantil está expresada en tantos por mil.

que se aproxima rápidamente a los setenta años, buena parte del continente ha iniciado ya el camino hacia la madurez de masas. Su fecundidad está disminuyendo rápidamente, y actualmente es inferior a los tres hijos por mujer. Aunque el ritmo de crecimiento siga siendo rápido, el principal factor que lo impulsa es por fin que los nuevos nacidos asiáticos vienen al mundo para sumarse a una población ya existente que todavía tiene muchos años de vida por delante. La situación es suficientemente reciente como para que todavía no se vea reflejada en la estructura por edades de la misma manera que en los países más desarrollados. Casi una tercera parte de la población tiene menos de 15 años, mientras que los mayores de 64 sólo representan el 6% del total. Sin embargo, en las próximas décadas un número inusitado de personas conseguirá sobrevivir hasta esa edad provocando, junto al descenso de la fecundidad, la rápida reestructuración de la pirámide de edades.

Pocos años antes de que se escribiese este libro, la ONU difundía con exuberancia de medios la noticia de que la población del planeta había alcanzado los 6.000 millones de personas. Pero, por muy bonito y redondo que sea este número, no añade gran cosa a la comprensión de los cambios que se están operando realmente. La población seguirá creciendo, es cierto, a lo largo de todo el siglo que ahora empieza, pero el camino hacia el crecimiento cero se apunta ya con claridad y mucho antes de lo esperado. Todavía en los años ochenta las proyecciones de Naciones Unidas cifraban entre 12 y 15 mil millones de personas el volumen previsible en el momento de ser alcanzada la estabilidad demográfica, mientras que en poco más de una década tales cifras han tenido que revisarse radicalmente. Dicha revisión arroja, esta vez, una previsión de estabilidad sensiblemente avanzada en el tiempo y con una población de entre 10 y 12 mil millones. Y las revisiones no acaban ahí, porque en la reunión de la IUSSP¹³ de 2001 en Bahía (Brasil) Otto Shultz y su equipo del IASSA presentaban una proyecciones de población probabilísticas, el último avance metodológico, según las cuales las mayores probabilidades se dan para una estabilización de la población mundial en un máximo de 9 mil millones de personas. Estas sí son novedades realmente significativas, y no sólo porque la fecundidad disminuya más rápidamente de lo que se había previsto. Como siempre, aunque continúe mereciendo menos atención, la supervivencia mejora también más deprisa de lo previsto en el conjunto del planeta. Espero haber argumentado suficientemente que dicha mejora constituye la auténtica clave

¹³ Siglas de la International Union for the Scientific Study of Population, la asociación internacional de especialistas en demografía más antigua y reputada.

para comprender la rapidez con que se está extendiendo el nuevo tipo de dinámica demográfica. Sólo cuando resulta suficiente para garantizar la madurez de masas pueden los comportamientos reproductivos modernizarse realmente y romper con los equilibrios infernales del pasado para encontrar otros nuevos.

* * *

Antes de dar por acabado este apartado, conviene algún comentario en torno a una pregunta obligada: ¿Por qué ha cambiado tanto la mortalidad? No entraré para ello en el terreno descriptivo, que podría ocupar no uno, sino una colección completa de libros, pero sí expondré algunas reflexiones generales al respecto, más relacionadas con los cambios sociales y políticos coincidentes con los de la supervivencia.

Hace ya muchas décadas que el descenso transicional de la mortalidad, ese que conduce hasta la supervivencia «suficiente» y a la madurez de masas, se asocia al desarrollo económico. Pero esa asociación no supone una relación directa de causa-efecto. El desarrollo permite unas nuevas condiciones de supervivencia, pero son los actos humanos los que se encargan de aprovecharlas mejor o peor. Cuando empezó a desintegrarse la sociedad estamental propia del feudalismo y a dibujarse el nuevo mapa de clases sociales, los Estados cambiaron. Las aristocracias primero y las monarquías absolutas después fueron perdiendo el poder en manos de la burguesía incipiente. El tránsito no fue pacífico, y se tradujo en revoluciones «burguesas» como la inglesa o la francesa, que se generalizaron después por casi toda Europa.

El nuevo Estado que surgía de todos esos cambios era el Estado moderno, liberal y nacional, un Estado para el que la población constituía un recurso más a gestionar y promover. El punto álgido de esa evolución política se produjo en el siglo xx, cuando ya no sólo las burguesías, sino también las clases trabajadoras entraron en el juego político, con sus propias revoluciones. Los Estados contemporáneos se han construido, por tanto, a medida que iba emergiendo el poder político de capas cada vez más extensas de la sociedad. Quizá por eso existe una tendencia muy acentuada a considerar que ha sido el nuevo Estado moderno, con su interés por el principal «recurso de la patria», la propia nación, los propios habitantes, el que ha provocado un cambio tan espectacular en la supervivencia.

No puede negarse que las nuevas formas de Estado se caracterizan por el interés por la salud pública, por la promoción del bienestar y por el cultivo del «capital

humano» que les es propio, todo lo cual ha contribuido poderosamente a mejorar las condiciones de supervivencia. Pero lo cierto es que la magnitud del cambio que los países más desarrollados vienen experimentando en los últimos dos siglos sólo puede explicarse atendiendo al espectacular aumento de la riqueza que gestionan no los Estados, sino los propios integrantes de dichas poblaciones. La burguesía primero, y los trabajadores después, fueron ganando poder en la política porque, sobre todo, lo habían ganado previamente en la vida cotidiana, gracias a unos recursos crecientes que liberaban su tiempo de las tareas de simple subsistencia. Ese aumento de los recursos manejados por la propia población es también el que permite poner punto final a miles de años de difícil equilibrio entre la vida y la muerte, abriendo el camino para el advenimiento de la madurez de masas.

La expresión «aumento de los recursos» podría generar la falsa impresión de que sólo ha cambiado su cantidad, pero el cambio fundamental se da en la manera de producirlos y en el modo en que se distribuyen. La diferencia esencial entre la economía feudal y la economía contemporánea debe buscarse en la relación entre el trabajo empleado y la cantidad de productos obtenidos, relación que ha sufrido un salto cualitativo, una auténtica revolución. En cierta manera, se trata de un cambio similar al que se operará poco después en la «producción» de seres humanos, de modo que conviene tener en cuenta la manera en que se ha producido.

El ejemplo paradigmático es la producción de tejidos. De los telares manuales a los primeros telares mecánicos el cambio puede parecer no demasiado grande, pero no es el telar lo que debe ocupar nuestra atención. La auténtica diferencia está en la persona que lo hace funcionar o, lo que es lo mismo, en las horas de trabajo necesarias para producir la misma pieza de tela. El aumento de productividad repercute inmediatamente en el precio. Si los campesinos pueden comprar la misma bata a un precio diez veces menor, su poder adquisitivo se ve aumentado diez veces.

Pero, por muy importante que pueda ser el aumento de la producción textil y la caída de sus precios, hay otro tipo de productos todavía más importantes: los alimentos. Cuando se habla de la revolución productiva que supuso la industrialización se piensa automáticamente en fábricas, en productos manufacturados, y se olvida en cambio que tan importante o más fue la aplicación de los mismos métodos a la producción agrícola. De hecho, ha sido el aumento de la productividad agraria el que ha cambiado al mundo. No sólo ha hecho desaparecer las hambrunas, sino que ha permitido desviar el trabajo hacia otro tipo de servicios y productos, y a la población concentrarse en zonas urbanas. La caída de los precios agrarios,

que se acelera en Europa en la segunda mitad del siglo pasado, ha hecho inviable la pequeña explotación, desposeyendo de la tierra a la legión de pequeños propietarios que caracterizaba a las sociedades humanas hasta entonces, y el aumento de la productividad ha hecho innecesaria la otra legión, la de los braceros sin tierras, que se han visto igualmente expulsados del trabajo en el campo. Pero ha permitido también que la relación entre el trabajo y el alimento deje de moverse siempre en el límite. El trabajo excedentario ha podido dedicarse a la producción de manufacturas y de servicios, cuya propia revolución productiva ha inundado los mercados con bienes hasta entonces limitados a unos pocos privilegiados pero que ahora se convierten en objetos para el consumo de masas.

La consecuente mejora de la supervivencia no se produce sólo porque lo que durante siglos fue un milagro cotidiano, la posibilidad de comer cada día, se haya vuelto algo normal, sino porque dicha posibilidad ha liberado el tiempo de vida, antes ocupado en la mera subsistencia. Los primeros beneficiados, y los más importantes para el advenimiento de la madurez de masas, son los niños. Y de lo que se benefician es de la disponibilidad de los adultos, especialmente las madres, y, a la vez, de no resultar ya necesarios, ellos mismos, para proveer económicamente a sus familias.

Hay en ello cierta lógica. Ante recursos muy limitados, no puede invertirse en futuro. Hay que vivir hoy. El paralelismo es notable con el uso de semillas por parte de los agricultores. Cuando las cosechas son abundantes y se produce más de lo que se consume, es posible guardar semillas para la siguiente siembra e incluso dedicar una parte a la venta en el mercado. Pero cuando hay hambre se entra en una espiral nefasta, porque el hambre obliga a consumir incluso las semillas que deberían guardarse para la siguiente siembra. El presente se vuelve la única realidad y el futuro desaparece ante él.

Con los niños pasa lo mismo. Son la inversión de futuro, pero cuando la supervivencia no está asegurada las necesidades de los niños no pueden anteponerse a las de los adultos; son éstos los que producen y alimentan a toda la familia. El final de las economías de subsistencia es el que va a permitir una mayor dedicación a los hijos. Cubiertas las necesidades más básicas de los adultos, los padres van a volcar todo lo demás en el futuro. Éste va a ser el primer paso hacia la madurez de masas.

Una consecuencia poco investigada de ese cambio en las condiciones de vida es que permite a las madres aumentar el tiempo y el trabajo dedicado a la crianza de los hijos. Hoy consideramos «tradicional» la distribución de los roles productivos

y reproductivos en función del sexo. El tópico nos hace creer que en el pasado sólo los hombres trabajaban y las mujeres tenían por ocupación principal cuidar del hogar y criar muchos hijos. Nada más lejos de la realidad. La crianza de los niños se repartía entre toda la familia y las madres no podían dedicarles demasiado tiempo por la sencilla razón de que su trabajo era imprescindible para la subsistencia de todos. Quien haya leído *El perfume*, de P. Süskind, recordará que el protagonista viene al mundo cayendo al suelo entre las piernas de su madre, que en ese momento está trabajando en su tenderete de venta de pescado. Durante el siglo XIX muchas mujeres en Europa ni siquiera amamantaban a sus propios bebés y, con pocos años, muchos de ellos eran enviados a casas de otros familiares porque sus madres no podían encargarse de su crianza. Por mucho que el feminismo reivindicase la igualdad entre sexos por la vía de desvincular la feminidad del exclusivo «trabajo de la casa», es muy probable que el primer logro en el camino hacia la liberación femenina fuese precisamente la apropiación del propio ámbito doméstico y la posibilidad de convertir en prioritaria la dedicación a las tareas del hogar¹⁴.

Esa reconversión de las madres tradicionales en «supermadres» modernas sólo es posible cuando el pan está asegurado incluso sin el trabajo extradoméstico femenino. Su influencia en la caída de la mortalidad infantil está por estudiar. Se ha prestado mucha mayor atención a los avances médicos, a las vacunas, a la abundancia de las cosechas o a la asistencia social. Pero aún no existe un trabajo serio sobre la relación entre el inicio de la caída de la mortalidad infantil y la extensión de la práctica de dar el pecho a los propios hijos. Y, sin embargo, el estrecho vínculo entre el papel de las madres y la supervivencia de los hijos nunca ha sido un secreto para nadie. Fue un lugar común entre los médicos, los higienistas, los políticos y los moralistas del siglo XIX y buena parte del siglo XX. Muchos de ellos acusaban a las mujeres por su escasa dedicación, su incultura «pediátrica» o sus costumbres perniciosas, y las hacían responsables de la sangría que suponía para la patria la pérdida precoz de tantos infantes.

Quizá por todo lo anterior no debería extrañar que, en España, las primeras madres que ya no pierden prácticamente ninguno de sus hijos al poco tiempo de nacer pertenezcan a las generaciones nacidas en los años treinta. Son fecundas en los años cincuenta y sesenta, es decir, son las primeras madres del *baby boom* español, y se caracterizan por encarnar mejor que ninguna otra generación el papel

¹⁴ En Donzelot, J. (1979), *La policía de las familias*, Valencia, Pre-Textos, puede encontrarse una extensa justificación histórica de tal afirmación.

supuestamente tradicional de la mujer española. Su soltería definitiva es muy baja, es decir, se han casado en una proporción muy superior a cualquier generación anterior para la que dispongamos de datos. Su actividad laboral es muy alta, pero sólo en las edades previas al matrimonio. En las posteriores, en cambio, su actividad laboral disminuye y aumenta su dedicación exclusiva a las tareas del hogar de una manera que tampoco tiene precedentes conocidos. Y se casan mucho antes que sus propias madres o abuelas. Nuevamente en contra del lugar común, no es cierto que tengan muchos hijos. Aunque su fecundidad generacional es algo mayor que la de las mujeres nacidas algunos años antes, ese aumento se debe a que la proporción de las que no llegan a casarse ni a tener hijos es muy baja. Pero lo cierto es que el promedio de hijos por mujer fecunda venía descendiendo regularmente en todas las generaciones anteriores, y ellas no rompen esa pauta, sino que la continúan. Si, pese a todo, son las madres del *baby boom* es porque son muchas (porque protagonizan la generalización de la maternidad ya comentada, y porque su supervivencia hasta las edades fecundas es también la más alta que había protagonizado ninguna otra generación española), pero también porque sus hijos viven.

Las «supermadres» de los años sesenta no son, por tanto, una buena representación de la mujer tradicional española sino todo lo contrario. Por mucho que su imagen haya quedado irremediablemente asociada al familismo y al natalismo del régimen franquista, por mucho que hayan sido adoctrinadas y educadas en los principios y las prácticas diseñadas por la Sección Femenina del Movimiento y por la omnipresente mano de la Iglesia católica, por mucho que hayan padecido la discriminación legal y real que las sometía a la «protección y tutela» de los hombres, estas mujeres encarnan plenamente la modernidad que sólo resulta posible cuando las tareas de reproducción se han liberado del yugo abrumador de la propia supervivencia. Sabemos que en España esa modernidad ha tardado mucho en producirse y que ha durado muy poco tiempo. El ritmo de los cambios es tal que tras los años setenta puede decirse que ya estamos en otra etapa, en la «posmodernidad», lo que provoca el error de apreciación histórica en que se incurre al considerar «tradicionales» a las mujeres maduras actuales¹⁵.

* * *

¹⁵ Obviamente, no es éste el lugar más apropiado, pero no estaría de más plantearse como proyecto de investigación futura una comparación internacional sobre el momento histórico en que las mujeres de otros países desarrollados pudieron también convertirse en lo que aquí hemos denominado, a falta de otro calificativo más académico, las «supermadres».

El breve repaso a la extensión planetaria del descenso de la mortalidad ha conducido, inevitablemente, a relacionarla con sus efectos en los ritmos de crecimiento y con sus consecuencias para la fecundidad. El círculo se ha cerrado al considerar el papel de las madres en el descenso de la mortalidad infantil. Por tanto, aunque hasta ahora se haya tratado sobre la madurez de masas poniendo el énfasis en la supervivencia hasta la madurez, es evidente que el otro polo de la «transición» está en los efectos de la supervivencia sobre los comportamientos reproductivos. Ya hemos visto que los progresos en materia de mortalidad han ido históricamente acompañados del posterior descenso de la fecundidad, de modo que ha llegado el momento de observar mejor la relación entre ambos fenómenos.

2.3. LA REPRODUCCIÓN DE LOS AÑOS DE VIDA Y LA EFICIENCIA DE LOS SISTEMAS DEMOGRÁFICOS

Las consecuencias de la oleada planetaria que impulsa al conjunto de la población humana hacia la madurez de masas son difícilmente evaluables. Como ya se ha señalado anteriormente, inician una nueva era. Desde el punto de vista de las poblaciones esta nueva era se caracteriza por la eficiencia, por la madurez de los sistemas demográficos, que sólo resulta posible cuando quienes ya han atravesado las edades reproductivas y alcanzan la madurez son la mayor parte de su generación.

Cuando la atención sobre la dinámica demográfica se ha centrado principalmente en el tamaño y reproducción de las poblaciones, la fecundidad ha sido durante mucho tiempo el indicador que más ha preocupado. Por una especie de lógica perversa, la muerte parecía ajena a la voluntad y a los actos humanos, y se aceptaba como voluntad de Dios, como resultado de la mala fortuna o como una fatalidad natural. En cambio, la fecundidad sí parecía depender claramente de los comportamientos humanos, por mucho que los mecanismos concretos que la regulaban fuesen mal conocidos o incluso ignorados. Aún más, la fecundidad era el medio con el que cualquier población podía paliar los inevitables vacíos provocados por la muerte. Si no podía evitarse una epidemia, se podía al menos tener más hijos una vez se habían superado sus efectos.

Esta prioridad concedida a la fecundidad se trasladó bien pronto a las valoraciones que los poderes establecidos concedían a la dinámica demográfica. Sólo eran satisfactorias las fecundidades altas, hasta el punto de ser identificadas con la

«vitalidad», la «salud» y el progreso de las sociedades. La ecuación que relaciona la fecundidad con la mortalidad parece ignorarse sistemáticamente, incluso hoy día, cuando las herramientas de análisis demográfico permiten ya desentrañarla. Al menos, tras una época de alarmas por el exceso de crecimiento (el *baby boom* occidental, la «explosión demográfica» del Tercer Mundo), parecía haberse instalado en los países más desarrollados cierta resignación sobre la falta de crecimiento. A lo que se aspiraba, por fin, era al equilibrio.

Pero las alarmas demográficas parecen no tener fin. Ahora suenan porque también el equilibrio parece en peligro. Y, nuevamente, los síntomas vuelven a buscarse en los indicadores de fecundidad.

No ha contribuido a mejorar las cosas que se popularizase cierto tópico demográfico, según el cual la «fecundidad de reemplazo», es decir, el número medio de hijos que debe tener una mujer a lo largo de su vida para asegurar que el volumen de cualquier población no disminuya, es de 2,1. Se trata de un número extraño, por el uso de los decimales. Cualquiera entiende que como sólo las mujeres pueden dar a luz, deben tener como mínimo dos hijos para reemplazarse a sí mismas y a su cónyuge masculino. Pero como siempre hay una proporción significativa de mujeres que no llegan a tener ningún hijo, se estima que las que sí los tienen pueden compensar esta infecundidad teniendo ese 0,1 hijos de más que tan extraño resulta.

Recuérdese que, en España, la fecundidad es de 1,2 hijos por mujer, y de 1,4 en el conjunto europeo. Parece ser que las alarmas están plenamente justificadas.

Dejando de lado el detalle fundamental de que se ignora premeditadamente el papel de la inmigración¹⁶, la claridad de la «fecundidad de reemplazo» es sumamente engañosa. Y lo es porque también deja de lado el papel de la mortalidad,

¹⁶ El papel fundamental de las migraciones en la determinación del volumen y de la dinámica poblacional de los países desarrollados puede encontrar ilustraciones históricas prácticamente en cualquier época o lugar. Sin embargo, no abundan los trabajos que analizan las migraciones como parte del sistema reproductivo, pese a que pueden llegar a convertirse en uno de sus principales determinantes. Cataluña es una muestra privilegiada de ello, como se ha encargado de evidenciar Anna Cabré en sus trabajos. Pueden encontrarse tales evidencias resumidas en Cabré i Pla, A. (1992), «Les migracions en la reproducció de la població catalana, 1880-1980», publicado en *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (19-20): 33-55, y expuestas detalladamente en Cabré Pla, A. (1999), *El sistema català de reproducció*, Barcelona, Ed. Proa.

cuyos cambios constituyen precisamente el núcleo principal y primero de la reciente revolución de las dinámicas demográficas. En realidad, 2,1 hijos por mujer sería la fecundidad de reemplazo sólo en el caso de que la mortalidad se mantuviese estable. Si la esperanza de vida aumenta, la fecundidad de reemplazo puede ser mucho menor.

Esta afirmación se entiende mejor si comparamos las poblaciones con los hoteles, poniéndonos en el lugar del director de uno de tales establecimientos. Nuestro director revisa el libro de entradas a diario, y se precia de conseguir un alto ritmo de nuevos ingresos. Por eso resulta fácil imaginar su preocupación cuando comprueba que los nuevos clientes están disminuyendo de manera continuada desde hace más de una semana. Se teme lo peor, pero al comprobar cuál es la ocupación actual del hotel, descubre con alivio que el lleno es total. Intrigado, añade a los datos que siempre había tenido en cuenta uno más, el número de noches que cada cliente pasa en el hotel. La paradoja se disuelve, y la explicación resulta evidente: aunque son cada vez menos los nuevos clientes, ha aumentado sensiblemente el número de noches que cada uno de ellos pasa en el hotel.

La misma lógica «hostelera» puede aplicarse al número de personas que integran una población en cada momento. Se equivocan quienes reducen la cuestión al número de nuevos nacimientos que se producen cada año y temen por la «ocupación del hotel» al comprobar que dicho número va en descenso. Tanto o más importante es el tiempo que «se quedan».

Ésa es, por cierto, la explicación de que muchos países desarrollados hayan tenido fecundidades inferiores a la de reemplazo durante décadas y, sin embargo, no hayan dejado de crecer (España, al superar por fin, y de largo, los 40 millones en el último censo mientras ostenta la fecundidad más baja del mundo, resulta el mejor ejemplo). Es igualmente el motivo por el que la población mundial continuará creciendo mucho tiempo después de que la fecundidad media sea inferior a los famosos 2,1 hijos.

Por tanto, la fecundidad no es un buen indicador cuando lo que nos interesa en realidad es conocer los efectos de los comportamientos reproductivos sobre el número de habitantes que componen una población en cada momento. ¿Cómo medir entonces el papel de la reproducción? La respuesta no es técnicamente sencilla, pero sus principios sí lo son: en vez de hacer «análisis», hay que buscar la «síntesis» de los factores que intervienen.

No es gratuito que la principal actividad de la demografía sea el «análisis» demográfico. El análisis, es decir, la distinción y separación de los distintos factores que influyen en los fenómenos, resulta necesario porque en los llamados indicadores «brutos» tales fenómenos se encuentran mezclados, y conviene observarlos en estado puro. Eso es precisamente lo que se hace al calcular la fecundidad (Índice Sintético de Fecundidad): se construye una población imaginaria de mujeres que no se ven afectadas por la mortalidad ni por las migraciones, y se calcula el número de hijos que tendrían al final de su vida reproductiva. Quien no tenga familiaridad con tales cálculos puede sorprenderse ante el carácter abstracto, irreal a todas luces, de un indicador que está en boca de todos. Y tienen motivos para extrañarse: el número de hijos por mujer del que todos hablan es una ficción propia de un mundo imaginario, limbo de los técnicos y de los especialistas.

Pero también es posible el camino inverso, es decir, tener en cuenta en el cálculo cuál ha sido la supervivencia real de esas mujeres, sintetizando la información disponible sobre fecundidad y sobre mortalidad.

Operando de esa manera, se obtiene un indicador denominado «Tasa neta de reproducción», mucho menos conocido que la fecundidad, pero más cercano a una medición real de la capacidad que tienen las personas de reproducirse. El indicador nos dice cuántas hijas por mujer tendrá una generación con cierta fecundidad y mortalidad por edades. En este caso, la tasa mínima de reemplazo es 1, número este mucho más fácil de entender que el 2,1 antes comentado. Para que la generación inicial se reproduzca a sí misma es necesario que por cada mujer progenitora haya finalmente una hija. Si algunas mujeres no llegan a ser madres, las demás deberán tener más hijas para que el promedio acabe siendo ése, pero parece lógico pensar que la reproducción queda asegurada cuando el resultado final sea que, como mínimo, por cada mujer nazca otra mujer.

Sin embargo, tampoco es éste el mejor de los indicadores de reproducción, porque todavía no hemos acabado de integrar la información disponible sobre fecundidad y sobre mortalidad. Incluso cuando las tasas netas de reproducción son iguales a 1, la lógica hostelera nos dice que la población puede seguir creciendo en vez de mantenerse estable. De hecho, no faltan los ejemplos históricos recientes de poblaciones en las que dichas tasas han sido inferiores a 1 y, pese a todo, no han dejado de crecer. El motivo es que resulta muy probable que las hijas vivan más años que las madres, lo que equivale a que los nuevos inscritos pasen más noches en el hotel que los clientes más antiguos.

No es suficiente, por tanto, combinar la información disponible sobre fecundidad con la correspondiente a la mortalidad de las madres. Hay que incluir también la mortalidad de las hijas. Una hija por madre sólo equivale a población estable cuando la esperanza de vida de unas y de otras es la misma. Pero ya estamos muy cerca de resolver el enigma. En realidad ese mérito corresponde a Louis Henry, que ya en los años sesenta ideó una elegante solución¹⁷.

Lo que hace Henry es tener en cuenta la supervivencia de las hijas, incluyendo en los cálculos también sus tablas de mortalidad además de las de las madres. En vez de buscar la relación numérica entre una generación femenina y su descendencia, relaciona los años de vida totales de ambas generaciones. De ese modo obtiene un indicador llamado «Tasa de reproducción de los años de vida» que, esta vez sí, consigue explicar el crecimiento, estabilidad o disminución observados en el número de habitantes de las poblaciones reales. Si una generación de madres logra que sus hijas sumen un total de años de vida superior al propio, el crecimiento de la población está asegurado. Y eso es posible incluso cuando el número de hijas es inferior al de madres.

El viaje desde los simples indicadores de fecundidad puede parecer complicado, pero la llegada hasta el nuevo concepto de «reproducción de la vida» ha valido la pena. No sólo disipa las alarmas sobre el «declive demográfico» generadas en torno a una errónea interpretación de la fecundidad «de reemplazo», sino que aclara los mecanismos por los que el descenso de la mortalidad implica también a los comportamientos reproductivos en la madurez de masas. Con tales herramientas, estamos en condiciones de examinar los cambios demográficos experimentados por la población de España a lo largo del siglo que ahora termina. Como se verá, las alarmas creadas en torno a la baja fecundidad no aciertan a explicar que, pese a todo, la población continúe aumentando. Sólo la constante mejora de la supervivencia puede explicar ambas cosas.

¹⁷ Henry, L. (1965), «Réflexions sur les taux de reproduction», publicado en *Population* (1): 53-76.

3. LA PRECIPITACIÓN DE LOS CAMBIOS (SUPERVIVENCIA Y TRANSICIÓN EN ESPAÑA)

«Cuando se acabó la guerra había muchos piojos. Como no había para jabón ni para nada, había piojos por todas partes. Me acuerdo de uno que no tenía para comer que se pasaba el día en la calle en el suelo y se veían los piojos cómo le corrían por encima. Unos piojos blancos, grandes como la uña, ¿no los has visto nunca?».

Entrevista personal con Dolores, una anciana española

La transición demográfica es tardía en España. Esta afirmación constituye un lugar común en los estudios de población contemporáneos, pero no es nueva. Hace más de un cuarto de siglo que Jordi Nadal¹⁸ la argumentaba convincentemente y consideraba que esa fase del desarrollo poblacional español se encontraba, tanto por su cronología como por su duración, a medio camino entre la transición europea y la protagonizada actualmente por los países en desarrollo. Pese al retraso, tanto la actual dinámica demográfica como la estructura por edades son, en la población española, plenamente postransicionales y equiparables a las del resto de Europa. Ello ha sido posible porque los progresos experimentados en la segunda mitad del siglo se han producido a un ritmo vertiginoso.

Como acaba de verse en el capítulo anterior, el tipo de indicadores que maneja la teoría de la transición demográfica no coincide exactamente con los que aquí se han considerado fundamentales para comprender el proceso de madurez de masas. Son indicadores referidos a la población en diferentes momentos, no a las generaciones a lo largo de sus vidas. Pero la relevancia de la evolución de la mortalidad es común a ambas ópticas. Por eso, tras la descripción ya realizada de la mortalidad en 1900, ha llegado el momento de prestar atención a su evolución, atendiendo especialmente a la magnitud y al ritmo de los cambios experimentados

¹⁸ Puede verse al respecto el que, sin duda, constituye uno de los pocos «clásicos» obligados de la demografía española: Nadal, J. (1971), *La población española*, Barcelona, Ariel.

desde entonces. Como podrá comprobarse, España constituye un observatorio privilegiado para observar en generaciones presentes prácticamente todas las fases de la madurez y la vejez de masas.

El primer paso en el descenso transicional de la mortalidad, la desaparición de las grandes crisis periódicas (sobre todo las epidémicas), empezó a producirse en Europa durante el siglo XVIII, mientras que en España hubo que esperar hasta finales del siglo XIX. El siguiente, la disminución también de la mortalidad ordinaria, resulta sensible en Europa ya en la primera mitad del siglo XIX, pero España debe esperar nada menos que a los años veinte del siglo siguiente.

Las crisis bélicas y las hambrunas, en realidad, han afectado en mayor o menor medida a España hasta muy recientemente. La guerra «del francés», las guerras carlistas, las catástrofes del 98 en Cuba y Filipinas o las campañas en Marruecos son buenos ejemplos de ello. El último conflicto, la guerra de 1936, es especialmente sangrante en tanto que guerra civil.

Las hambrunas provocadas por las crisis de subsistencias también han sido recurrentes y han afectado a la mortalidad hasta bien entrado el siglo XX¹⁹. Tan tarde como en 1945 se podía, una vez más, morir de hambre en España.

Pero las crisis epidémicas son, con mucho, las de mayor impacto sobre la mortalidad general y las que más claramente evidencian el retraso español. Basta recordar la peste bubónica en los años veinte del siglo XVIII, las tercianas endémicas que compararon a sus anchas por las costas mediterráneas en el mismo siglo; las oleadas de fiebre amarilla (o peste americana), o el cólera morbo llegado de Asia en el siglo XIX. Incluso en este siglo, la gripe de 1918 tuvo una especial incidencia en España, hasta el punto de ser aún conocida como la «gripe española».

*El hombre español de las últimas centurias ha vivido —como a lo largo de toda su historia— amedrentado y temeroso ante las grandes enfermedades que multiplican la muerte. Los azotes pestilenciales formaron una constante de su esencia, de su vivir*²⁰.

¹⁹ Puede encontrarse una cronología de las crisis de producción agraria de este siglo, relacionada con los ciclos de la mortalidad, en De Miguel, A. (1986), *España cíclica. Ciclos económicos y generaciones demográficas en la sociedad española contemporánea*, Madrid, Fundación Banco Exterior.

²⁰ Peset, M. y Peset, J. L. (1972), *Muerte en España (política y sociedad entre la peste y el cólera)*, Madrid, Seminarios y Ediciones S.A.

En suma, no es hasta la segunda mitad de los años cuarenta cuando los cambios tienen la posibilidad de adquirir un ritmo sostenido, sin accidentes nefastos que interrumpan las mejoras. Donde esta afirmación se hace más evidente es en la mortalidad infantil.

3.1. EL RETRASO HISTÓRICO Y LA MORTALIDAD INFANTIL

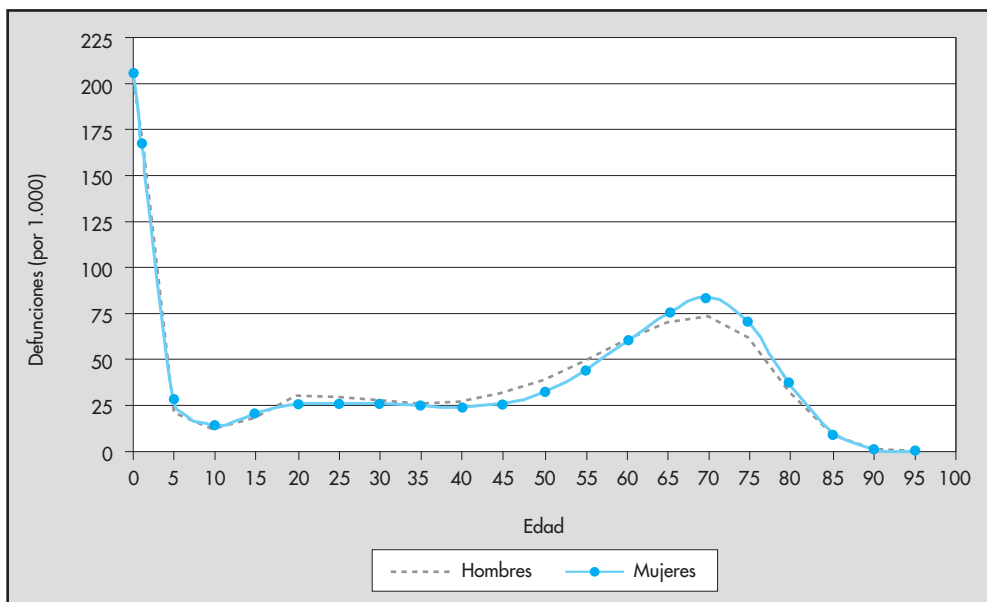
Ya se ha argumentado antes que la supervivencia de la mayor parte de los nacidos hasta la madurez revoluciona la efectividad con que las poblaciones pueden reproducirse a sí mismas. Pero como el indicador más conocido y más utilizado sobre mortalidad es la esperanza de vida al nacer, conviene insistir en que también para la evolución de ese indicador la supervivencia durante el primer año es una variable crucial.

La esperanza de vida al nacer (e_0), calculada a partir de la mortalidad por edades existente en un determinado año, tiene una interpretación que choca con el simple sentido común y provoca problemas cuando se la observa de manera intuitiva.

En primer lugar es un promedio. Que en la España de 1900 la e_0 fuese de 34 años no implica que ya no hubiese nadie vivo a los 35, a los 50 o a los 90 años. Tampoco puede concluirse que a las personas de 25 años les quedase un promedio de vida de diez años. Por el contrario, en 1900 la esperanza de vida a los veinticinco años (e_{25}) era de más de 35 años, es decir, mayor que la que tenían los recién nacidos (e_0).

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que los promedios no siempre coinciden con lo normal en una distribución estadística. Eso sólo ocurre cuando la mayoría de los casos estudiados se concentran en torno a un «punto medio». Un ejemplo podría ser la estatura, porque la mayoría de la población se concentra alrededor de una altura media y los que son mucho más altos o mucho más bajos resultan escasos. En cambio, la distribución de las defunciones no se concentra en torno a la edad media. Hasta hace muy pocas décadas esa distribución tenía dos concentraciones máximas precisamente en los extremos, es decir, en las edades infantiles y en las más avanzadas, mientras que los fallecidos en torno a la edad correspondiente a la esperanza de vida al nacer eran bastante escasos.

GRÁFICO 4. Distribución por edad de 1.000 defunciones correspondientes a la tabla de mortalidad de 1900. España



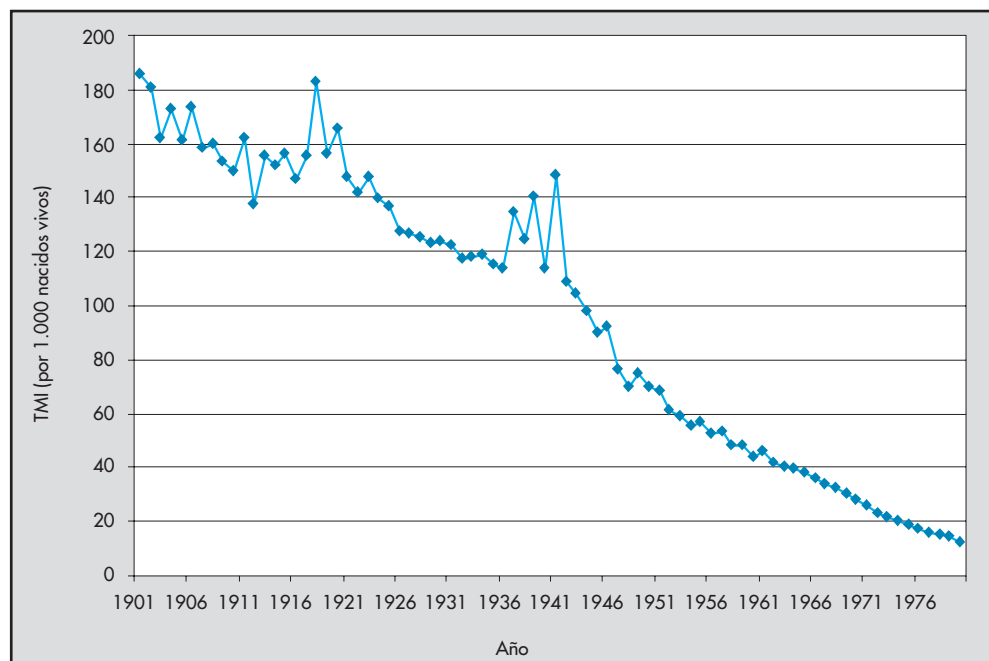
Fuente: Ver el Cuadro 1.

Finalmente, para comprender las causas por las que la e_0 puede mejorar en el tiempo hay que tener en cuenta que no todas las muertes evitadas producen el mismo efecto. Para que la e_0 aumente es doblemente válida la máxima «¡los niños primero!», porque para este cálculo cuentan más las vidas de los niños que las de los adultos o ancianos. Si se evita la defunción de un recién nacido, el promedio de años a repartir aumenta mucho más que si la defunción evitada es la de alguien con ochenta años. El recién nacido probablemente vivirá muchas decenas de años adicionales; el octogenario, no.

Esto tiene consecuencias sobre los ritmos posibles con que puede cambiar la esperanza de vida. En una hipotética competición entre dos poblaciones para ver quién la mejora más rápidamente, la población que tuviese una elevada mortalidad infantil tendría «ventaja». Si ambas dispusieran de los mismos recursos para invertir en la competición, esa población les sacaría mucho provecho dedicándolos a los recién nacidos. En cambio, si sus recursos debiesen dedicarse obligadamente a

mejorar la mortalidad de los adultos, su situación se volvería desventajosa. Por mucho esfuerzo y recursos que se volcasen sobre tales edades, los supervivientes que las alcanzan son pocos y la mayor duración de sus vidas no incrementará sustancialmente el número total de años a repartir. La escasa supervivencia infantil es, en esas condiciones, un lastre irremediable.

GRÁFICO 5. Evolución de las tasas de mortalidad infantil (TMI) desde 1900



Fuente: Gómez Redondo, R. (1992), *La mortalidad infantil española en el siglo xx*, Madrid, CIS-Siglo XXI.

Esta hipotética competición entre poblaciones puede parecer poco apropiada como ejemplo, pero lo cierto es que la mejora de la esperanza de vida llegó a convertirse, durante los años del desarrollismo y de la guerra fría, en un indicador propagandístico con el que se ilustraban los progresos económicos y las excelencias de los distintos modelos nacionales de desarrollo. España, tras empezar el siglo con una mortalidad infantil pésima y haber padecido importantes retrocesos en el proceso de mejoras, llegó a los años cincuenta y sesenta con esa paradójica ventaja.

Aunque la mortalidad infantil de 1900 resulta muy elevada, la mala situación española no debe medirse únicamente por dicho indicador. En realidad, la característica más notable de nuestro país en el contexto europeo era que todavía a finales del siglo XIX el número de niños que fallecían entre uno y cinco años era superior a las defunciones de menores de un año²¹. De hecho, todavía en 1900, aunque por última vez y sólo entre las niñas, la probabilidad de morir seguía siendo superior entre el primer y el quinto año que en el primer año de vida.

No se vea, por tanto, como una crueldad la afirmación de que una mortalidad por edades en que las defunciones de los menores se concentraron en torno al nacimiento supuso, aunque con retraso, todo un logro histórico. Implicaba que el cuidado y las condiciones de crianza de los niños de pocos años habían experimentado una mejora previamente.

Tales progresos conducirán también, con el tiempo, a una nueva distribución de las causas de muerte infantiles. De momento, y durante las primeras décadas del siglo, la distinción entre muertes más o menos fáciles de evitar sigue arrojando sombras sobre los progresos logrados en esta materia. Dicha distinción puede establecerse a partir de dos criterios generales:

- Los meses de vida del menor de un año. Si su muerte es anterior al mes se considera «neonatal», y se entiende como «posneonatal» si se produce en los otros once meses.
- El tipo de causa del fallecimiento. Se distinguen así las causas «endógenas», como las malformaciones genéticas o las derivadas de una gestación problemática, y las «exógenas», ligadas a las condiciones sanitarias y ambientales posteriores al parto.

En efecto, el progreso en materia de mortalidad infantil no se refleja únicamente en la disminución de las tasas. Actualmente, en los países desarrollados, las defunciones infantiles se producen mayoritariamente por causas endógenas y durante el primer mes de vida. En cambio en España todavía los nacidos en 1945 tuvieron una mortalidad posterior al mes muy superior a la neonatal (prácticamente el

²¹ Ramiro Farinas, D. (1998), *La evolución de la mortalidad en la infancia en la España interior, 1785-1960*, Tesis doctoral en la UCM (pendiente de publicación).

70% de los fallecimientos de menores de un año) y esa preponderancia no se invierte hasta 1965. De manera coherente con lo anterior, aún es más acusada la diferencia entre causas: las endógenas, que se revelan mayoritariamente en muertes tempranas en torno al parto, sólo suponían el 11% en 1945, mientras las exógenas, más ligadas a las condiciones higiénicas y ambientales una vez superado el parto, explican casi cuatro de cada cinco muertes infantiles. La relación, en este caso, habrá de esperar nada menos que a 1970 para invertirse. Todo ello indica un considerable retraso histórico, al margen de que la TMI mostrase ya en 1945 una clara tendencia descendente.

3.2. LA RAPIDEZ DE LOS CAMBIOS EN LA ÚLTIMA MITAD DEL SIGLO

La ambigüedad con que España puede situarse, hasta hace escasas décadas, en relación al desarrollo o al subdesarrollo, tiene una expresión privilegiada en los indicadores demográficos. Ya hemos podido comprobar que el retraso en el descenso de la mortalidad infantil (y en el tipo de causas que la provocan) confirma lo tardío de la transición demográfica. Pero las infantiles no fueron las únicas edades en que el descenso de la mortalidad tardó en consolidar una supervivencia «moderna». Aunque niños y ancianos padecieron también la gripe de 1918, las bajas más abundantes provocadas por epidemia se produjeron en personas jóvenes y adultas. Otro tanto puede decirse de la guerra civil. En ambos casos, la esperanza de vida del conjunto de la población sufrió un retroceso importante, justo en dos momentos en que el ritmo de las mejoras tenía visos de irse a consolidar. La prueba de que tales mejoras tenían por fin fundamentos sólidos está en la rápida recuperación posterior, pero también es cierto que en los dos casos el retroceso sufrido se tradujo en la perpetuación de las diferencias que separaban a España de los países europeos más desarrollados.

Probablemente, la recuperación hubiese sido más rápida de haberse producido una actuación pública importante en materia de sanidad. Pero la gripe de 1918 sorprendió a España con un sistema de salud pública raquítrico y muy poco ágil, de manera que tanto la epidemia como sus secuelas debieron ser enfrentadas por la población con sus propios medios. Sirvió, eso sí, para reavivar las protestas de los profesionales de la salud ante la pasividad de las Administraciones, protestas que constituyen en sí mismas todo un género de la literatura médica en las primeras décadas del siglo. Lo que sí consiguió la epidemia fue abrir definitivamente el debate político sobre la necesidad de crear un Ministerio específicamente encargado de

la salud del país. Pobre resultado, porque hubo que esperar otras dos décadas y una nueva crisis, esta vez bélica, para que el Estado español se decidiese a crear dicho Ministerio. Llegaba en 1937, tarde pero por duplicado, uno en el bando republicano y otro en el nacional²².

Cuando termine la guerra civil, el retraso acumulado será ya importante. El Estado, empobrecido tras la guerra, inexperto, aislado internacionalmente y regido por una política económica desastrosa, tardará mucho tiempo en tener un protagonismo claro en la salud y el bienestar de los españoles. Aunque el discurso oficial sea familiarista, protector y natalista, la sanidad maternofilial todavía tardará mucho en desarrollarse. Aunque a partir de 1947 las Escuelas de Puericultura empezaron a dar títulos de médico, enfermera, diplomado y auxiliar, la especialidad de Pediatría-Puericultura no se incorporó en el Seguro Obligatorio de Enfermedad hasta el año 1950, y en unos términos que hacían ilusoria la efectividad real. Las Administraciones locales habían perdido buena parte de su autonomía de acción y los medios privados tampoco eran abundantes. Durante los años cincuenta, por tanto, la mayor parte de las madres todavía daban a luz en su propia casa.

La población tuvo que enfrentar empobrecida la posguerra, y el sistema productivo debió iniciar la recuperación con sus infraestructuras dañadas, sin inversión exterior, y bajo el dominio de una oligarquía financiera especulativa y de otra terrateniente con más tierras que nunca. Reforzadas políticamente y en sus propiedades, poco van a hacer por impulsar el cambio económico. Prácticamente huérfanos de ayuda real por parte del Estado, los españoles tuvieron que sufrir una prolongada posguerra que, lejos de poner fin a las privaciones provocadas por la guerra, condujo incluso a los «años del hambre», años en que Europa, afectada por una guerra todavía más reciente, iniciaba una era de desarrollo económico fulgurante. Hasta los años sesenta no se recupera en España el nivel de salarios agrícolas previo a la guerra.

²² Sobre la historia del sistema sanitario en España durante esos años pueden consultarse dos trabajos de un auténtico especialista en el tema: Rodríguez Ocaña, E. (1985), «Medicina y acción social en la España del primer tercio del siglo xx», incluido en *De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social*, Madrid, Siglo XXI, pp. 227-265; y Rodríguez Ocaña, E. (1990), «La asistencia médica colectiva en España, hasta 1936», incluido en *Historia de la Acción social pública en España. Beneficencia y previsión*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, pp. 321-359.

CUADRO 3. Esperanza de vida al nacer, por sexos. España 1865-1990

Año	Hombres	Mujeres	Diferencia entre sexos
1865	28,72	29,78	1,06
1900	33,75	35,11	1,36
1910	40,61	42,29	1,68
1920	39,79	41,72	1,93
1930	47,94	51,29	3,35
1940	46,25	52,57	6,32
1950	59,46	63,96	4,50
1960	66,95	71,82	4,87
1970	69,04	74,64	5,60
1975	70,34	76,19	5,85
1980	72,52	78,61	6,09
1985	73,27	79,69	6,42
1990	73,40	80,49	7,09

Fuente: Blanes, A.; Gil, F. y Pérez, J. (1996), *Población y actividad en España: evolución y perspectivas*, Barcelona, Servicio de Estudios de «la Caixa», Colección Estudios e Informes, n.º 5.

Pese a todos estos contratiempos, la población española se sobrepone con una rapidez pasmosa a los efectos de la guerra sobre la mortalidad ordinaria, mejorando especialmente la de los más pequeños. Nuevas tecnologías médicas y farmacéuticas, de muy bajo coste, se vuelven accesibles en los años cuarenta y cincuenta. En esta última década la penicilina y otros antibióticos empiezan a ser producidos por fabricantes nacionales, y se emprenden las primeras campañas importantes de vacunación infantil. En los años sesenta la migración masiva convierte a España definitivamente en un país urbano, y el rendimiento de las nuevas infraestructuras sanitarias aumenta. Probablemente durante esa década los niños dejan de nacer mayoritariamente en su propio hogar para hacerlo en maternidades. La rápida industrialización, tan retrasada, proporciona trabajo abundante, y se inicia la historia del consumo de masas en nuestro país.

Con las nuevas condiciones de vida que se abren en los años sesenta, la mortalidad de los cuarenta es un anacronismo cuya solución va a generar un incremento

vertiginoso de la esperanza de vida durante esos años. Tan rápido es el aumento, que durante cierto tiempo y para ciertas edades cumplir un año más no implicaba haber «gastado» la esperanza de vida correspondiente; un año después, ciertas personas tenían tanta vida media por delante como cuando eran un año más jóvenes. Entre 1940 y 1960, es decir, en un periodo de dos décadas, la e_0 aumenta en España en casi veinte años.

Este ritmo de mejoras no era fácil de digerir para quienes, desde países más avanzados, se habían mantenido informados de la situación de la población española. Se había establecido, no sin fundamentos, la imagen de España como un país atrasado, a medio camino entre Europa y África, con una fecundidad exuberante pero con una esperanza de vida bastante mediocre. En los años setenta e incluso en los ochenta, cuando los demógrafos presentaban en congresos y reuniones internacionales nuestros datos recientes sobre mortalidad, debían enfrentar la incredulidad general y las sospechas de error en el cálculo o, aún peor, de simple manipulación intencionada, tan espectacular resultaba la velocidad del cambio. Actualmente, cuando ya es conocido y aceptado que nuestra esperanza de vida se sitúa entre las mayores del mundo, se buscan en la dieta mediterránea, en nuestro sistema familiar o, simplemente, en el aceite de oliva las claves exportables de una supervivencia tan envidiable.

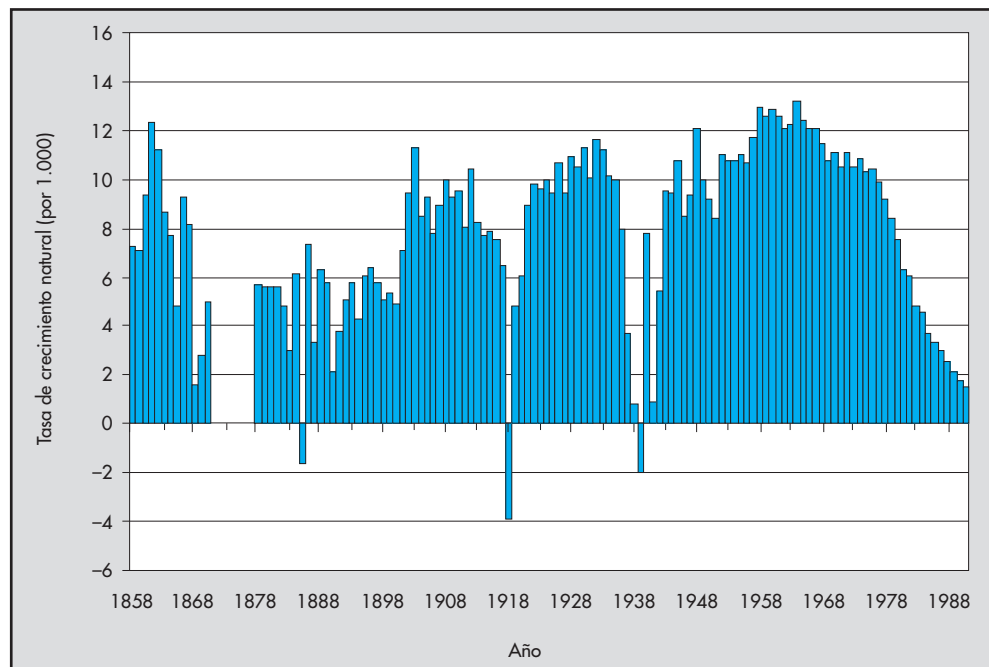
Lo que dura la vida y el provecho que se le saca

¿Por qué la población española se recupera tan rápidamente de las dos mayores crisis de mortalidad que ha padecido en todo el siglo?, ¿qué efecto tiene un progreso tan rápido de la supervivencia en el resto de comportamientos demográficos?

Puesto que ambas crisis se intercalan en un largo proceso de mejoras, puede sospecharse que éstas habían aumentado previamente la capacidad de respuesta de la población. Aunque se trate de especulaciones difícilmente contrastables sólo a partir de los datos demográficos, es bastante probable que la creciente supervivencia de los jóvenes hubiese dotado a las familias de una mayor extensión y complejidad, cuyo aprovechamiento en los momentos de crisis resultó crucial. Lo que sí puede afirmarse en términos demográficos es que la mayor supervivencia aumentó enormemente el potencial de crecimiento y de reproducción del conjunto de la población. Ni tras la gripe ni después de la guerra civil se producen espectacular-

res aumentos de la fecundidad. Por el contrario, la tendencia descendente iniciada ya durante el siglo anterior continúa su marcha al margen de tales crisis. El número de nacimientos en relación a la población existente continúa por tanto descendiendo. Y, sin embargo, la población vuelve a crecer a buen ritmo al cabo de muy poco tiempo.

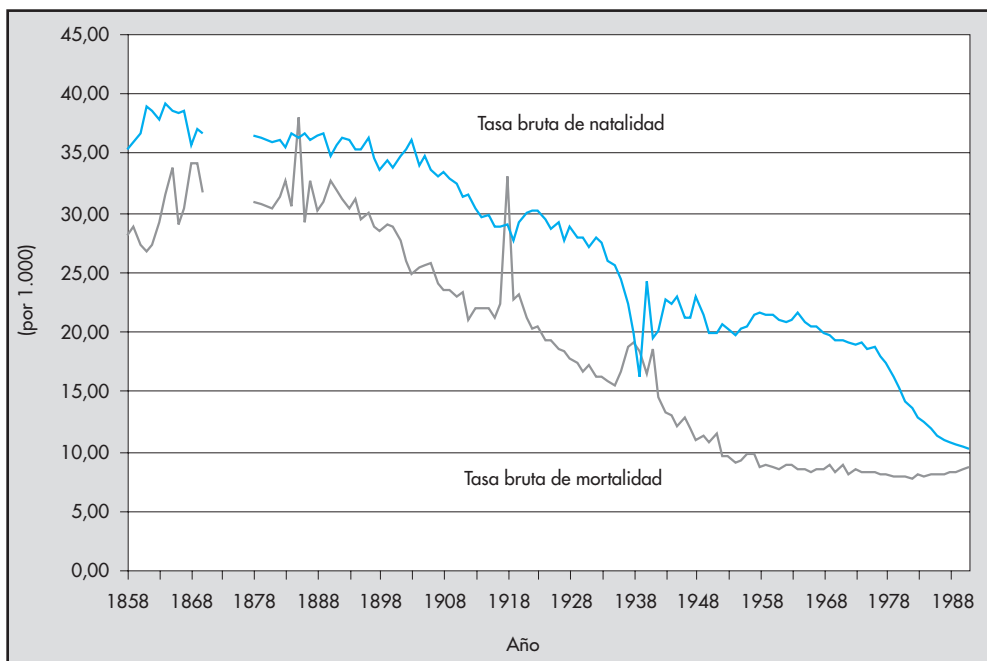
GRÁFICO 6. Evolución anual de la tasa de crecimiento natural



Fuente: Movimiento Natural de la Población (INE).

Es evidente que la continuidad del crecimiento de la población se debe al balance positivo entre nacimientos y defunciones. Pero esta manera de hacer los cálculos es demasiado simplista, porque no revela la auténtica importancia de lo que está ocurriendo. Como ya ha podido comprobarse antes, el descenso de la mortalidad no se produce por igual en todas las edades, y tampoco sus efectos para el crecimiento demográfico son los mismos. Al margen del balance actuarial inmediato entre los vivos y los difuntos, el descenso de la mortalidad de los más jóvenes es un logro también para el futuro crecimiento de la población. Tales efectos son difi-

GRÁFICO 7. Evolución de las tasas brutas de natalidad y de mortalidad



Fuente: Blanes, A.; Gil, F. y Pérez, J. (1996).

cilmente apreciables si los manejados son indicadores como los que acaban de verse. Para poder apreciar cómo la mayor supervivencia de un determinado año puede tener efectos en los comportamientos futuros, los indicadores que realmente nos interesan son los de las generaciones. La madurez de masas, al fin y al cabo, es un fenómeno generacional.

La importancia de la óptica generacional se argumentará extensamente más adelante. Pero conviene adelantar la presentación de algunos indicadores generacionales que nos ayudarán a ilustrar aquí la rapidez con que el aumento de la supervivencia ha permitido a la dinámica demográfica española la eficiencia característica de una población madura.

Hasta las generaciones 1901-1905 no se cumple que la mitad de los nacidos llegue a cumplir los 50 años de edad. En todas las anteriores eran mayoría

CUADRO 4. Indicadores de mortalidad, fecundidad y reproducción, por generaciones. España, generaciones 1871-1950

Generación	e_0	Edad a la def. del 50%	Descendencia final	TNR	R_g
1871-75	34,5	24	4,6	1,05	1,41
1876-80	35,8	26	4,4	1,04	1,48
1881-85	36,2	26	4,3	1,02	1,51
1886-90	38,7	33	4,0	1,01	1,38
1891-95	40,3	37	3,9	0,99	1,49
1896-00	42,0	43	3,5	0,93	1,41
1901-05	46,5	59	3,3	0,94	1,37
1906-10	50,9	67	3,1	0,95	1,25
1911-15	54,1	72	2,9	0,94	1,30
1916-20	53,2	73	2,7	0,84	1,23
1921-25	60,8	79	2,5	0,88	1,17
1926-30	63,8	81	2,5	0,94	1,22
1931-35	67,9	83	2,6	1,04	1,33
1936-40	67,1	84	2,7	1,02	1,27
1941-45	74,8	86	2,5	1,08	1,33
1946-50	77,4	87	2,5	1,08	1,30

Fuente: Cabré, A. (1999).

TNR: tasa neta de reproducción.

R_g : tasa de reproducción de los años de vida.

los que fallecían antes de llegar a las puertas de la madurez. La rapidez de las mejoras es muy notable si tenemos en cuenta que los nacidos sólo tres décadas antes perdían la mitad de sus efectivos antes de haber cumplido los 25 años. Insistiré una vez más en que dicha supervivencia es «un arma cargada de futuro», futuro que se hace realidad a lo largo de toda la primera mitad del siglo, a medida que las personas en edad de procrear van alcanzando proporciones nunca vistas.

Pero tales datos confirman también que ha hecho falta esperar a la segunda mitad del siglo xx para que la madurez de masas empiece a hacerse realidad en España. En efecto, es entre 1951 y 1955 cuando por primera vez alcanzan la madurez generaciones que no han perdido más de la mitad de sus efectivos en las edades anteriores.

Queda por ver si se cumple la hipótesis de eficiencia del sistema demográfico asociada a la madurez de masas. Una simple ojeada a los indicadores del cuadro anterior evidencia que el número medio de hijos disminuye a medida que crece la esperanza de vida de las generaciones, aunque se mantenga siempre bastante por encima del teórico nivel de reemplazo si éste se sitúa en 2,1 hijos por mujer. No obstante, como ya se ha visto antes, ese indicador hace abstracción de la mortalidad de las madres, de manera que una fecundidad pletórica puede coexistir con una supervivencia muy escasa de las mujeres hasta el fin de su vida reproductiva y, por lo tanto, con una reproducción generacional insuficiente. Por eso conviene recurrir a los indicadores antes descritos, que combinan el efecto de la mayor supervivencia de las generaciones con los datos sobre fecundidad.

Las tasas netas de reproducción, es decir, el número medio de hijas que tienen las mujeres de cada generación teniendo en cuenta su mortalidad, parece indicar que la supervivencia de muchas generaciones femeninas españolas no mejoró a un ritmo suficiente para compensar el descenso de su fecundidad. Ya hace tiempo Fernández Cordón señalaba que, pese a una fecundidad relativamente pletórica, las generaciones femeninas españolas no llegaron a reemplazar sus propios nacimientos durante un periodo relativamente largo, aquel en que las mujeres nacidas desde 1891 hasta 1930 atravesaban sus edades plenamente fecundas²³. Las demasiado escasas supervivientes que cargaron con la «responsabilidad» de reproducir al conjunto de su generación no se habrían comportado de manera suficientemente responsable. Como su supervivencia no mejoró con la rapidez necesaria pero, pese a todo, se permitieron tener una fecundidad cada vez menor, no llegaron al promedio mínimo necesario, una hija por mujer, y la tendencia descendente de la fecundidad generacional habría ganado la partida.

²³ Fernández Cordón, J. A. (1986), «Análisis longitudinal de la fecundidad en España», incluido en Alberto Olano, *Tendencias demográficas y planificación económica*, Madrid, Ministerio de Economía y Hacienda, pp. 49-75.

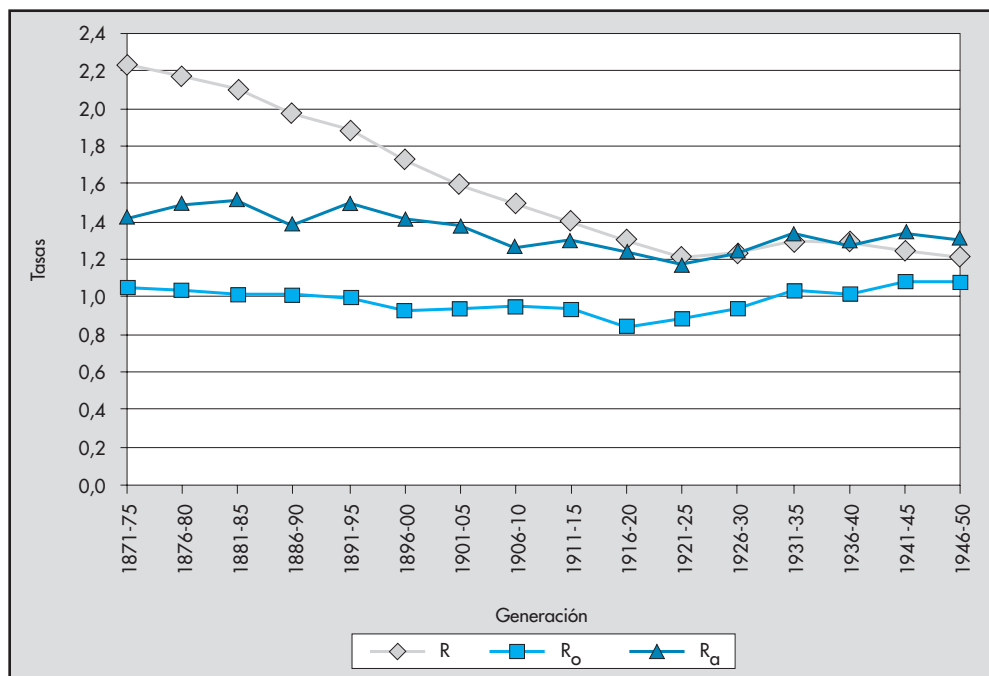
Parece que las cuentas no salen. La tentación de buscar inmediatamente justificaciones históricas es grande, sobre todo teniendo en cuenta que entre esas generaciones están las que sufrieron la gripe de 1918 y la guerra civil, acontecimientos ambos con un impacto importante sobre el número de nacimientos en tales momentos. Sin embargo, ese recurso es innecesario. Si realmente un número tan elevado de generaciones no hubiese llegado a reemplazarse, los años en los que atravesaban sus edades fecundas deberían haber sido años de declive demográfico. Nada más lejano a la realidad. Entre 1910 y 1950 la población española pasó de algo menos de veinte millones de habitantes a más de veintiocho, es decir, creció a un ritmo superior al medio millón de personas cada año.

El modo en que una insuficiente reproducción madres/hijas puede coexistir con un crecimiento notable de la población ha sido explicado en el capítulo anterior y responde a lo que de manera informal hemos denominado la «lógica hostelera» de las dinámicas poblacionales. Baste recordar que lo realmente determinante es la reproducción años-madre/años-hija (la tasa de reproducción de los años de vida, R_a). Como puede observarse en la última columna del cuadro anterior, ése es realmente el indicador que concuerda con el sostenido crecimiento de la población española. Ninguna de las generaciones para las que se dispone de datos ha dejado nunca de reemplazar sus propios años de vida con los de su descendencia. Es más, todas lo han hecho muy sobradamente. El mejor ejemplo son las mujeres nacidas a finales del siglo XIX: pese a ser las primeras que no han tenido un promedio de una hija cada una, han conseguido que la vida total de esas hijas sea superior a la suya en un 50%. No hay ningún misterio en ello. Quizá ellas no consiguieron incrementar suficientemente su propia supervivencia. Vivieron sólo un promedio apenas superior a los cuarenta años y las que pudieron convertirse en madres tuvieron una fecundidad de «sólo» cuatro hijos por mujer. Pero resulta evidentemente injusto responsabilizarlas por vivir poco y tener menos hijos que sus predecesoras, cuando lo que en realidad se merecen es nuestra admiración por el papel que puedan haber tenido en que sus hijas consiguiesen una vida media de alrededor de sesenta años, veinte más que ellas.

Por fin puede ilustrarse con los datos pertinentes el motivo por el que España ha seguido creciendo de manera sostenida e intensa pese que durante décadas y décadas la fecundidad de las mujeres no hacía más que disminuir.

Podemos constatar que incluso una descendencia final de 4,6 (generación 1871-1875) apenas conseguía una reproducción real superior a la de generacio-

GRÁFICO 8. Evolución de las tasas brutas y netas de reproducción, y de las tasas de reproducción de los años vividos. España, generaciones 1871-1950



Fuente: Cabré i Pla, A., 1989.

Nota: R (tasas brutas de reproducción); número medio de hijas por mujer.

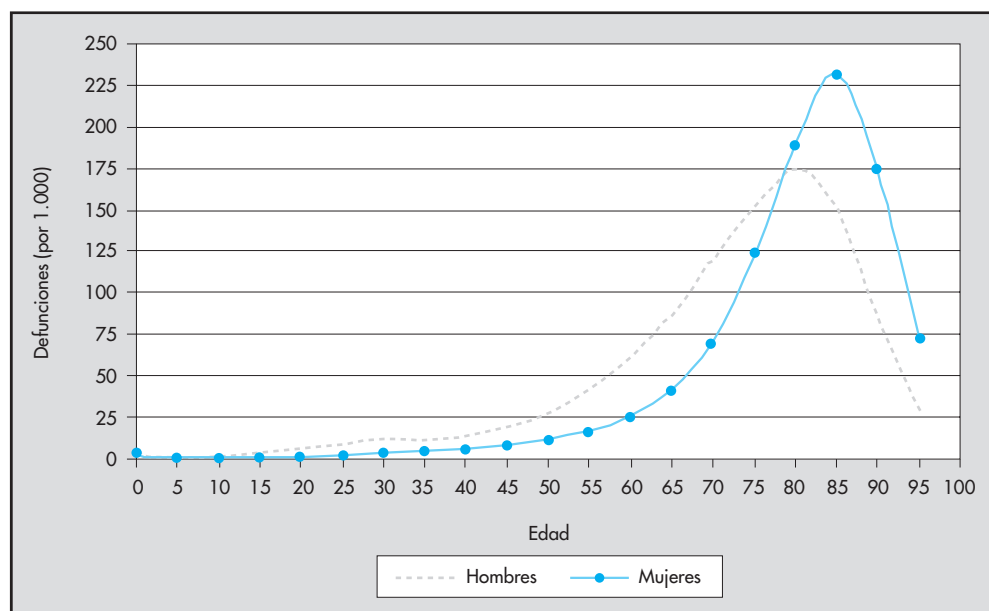
R_o (tasas netas de reproducción); número medio de hijas por mujer que alcanzan edad fecunda.

R_a (tasas de reproducción de los años vividos).

nes que han tenido sólo 2,5 hijos por mujer (como las de los años cuarenta). En suma, los mismos resultados, con menos medios. Ésa es la eficiencia conseguida, y desde entonces no hemos hecho más que mejorarla. Quienes pese a todo siguen interpretando literalmente la evolución de la fecundidad y alimentando alarmas similares a las de las primeras décadas del siglo xx sólo lo consiguen haciendo oídos sordos a la evidencia sobre el crecimiento de la población española durante todo el siglo en su conjunto: dicha evolución es paralela al éxito, no al fracaso reproductivo.

Ese éxito reproductivo puede parecer excesivamente técnico, ajeno a quienes no estén dispuestos a preocuparse demasiado por cálculos y estadísticas, por el número de habitantes, o por el mayor o menor número de hijos que tengan los demás. Pero el descenso de la mortalidad que lo ha permitido sí nos interesa a todos, y su mejor expresión se resume fácilmente en las actuales probabilidades de morir en cada edad de la población española. Las defunciones de una generación hipotética de mil personas que fallecieran, a lo largo de sus vidas, según la mortalidad actual, se repartirían de la siguiente manera:

GRÁFICO 9. Distribución por edad de 1000 defunciones correspondientes a la tabla de mortalidad de 1994-95. España



Fuente: Movimiento Natural de la Población (INE).

Si el lector quiere tener una percepción cabal de las mejoras experimentadas desde 1900, valdrá la pena que vuelva atrás algunas páginas y compare el gráfico anterior con el gráfico 4.

4. LARGA VIDA... AL COMÚN DE LOS MORTALES. SUS EFECTOS EN LA DISTRIBUCIÓN POR EDADES

«... à société vieillie, économie moins productive; à économie moins productive, redistribution impossible... Expansion et jeunesse finissent toujours par aller de pair, de même que récession et vieillissement»²⁴.

Minc, A. (1987), *La machine égalitaire*

Ya en la introducción se ha puesto cierto énfasis en señalar que éste no era un libro sobre el envejecimiento demográfico, y se han apuntado algunos de los motivos. Pero como, pese a ser de naturaleza muy distinta, guarda una estrecha relación con la madurez de masas, ha llegado el momento de aclarar en qué consiste esa relación. Hacerlo permitirá, de paso, poner en evidencia que el protagonismo otorgado al envejecimiento demográfico es excesivo, y que muchas de las conclusiones que de él supuestamente se derivan tienen escaso fundamento.

Conviene aclarar, ya desde el principio, que sólo aparentemente ambos fenómenos tienen su causa común en el aumento de la supervivencia. Ya ha podido comprobarse que, en efecto, ese aumento es la explicación de que la mayoría de los recién nacidos consiga, por fin, cumplir edades maduras. Pero también suele pensarse que el mismo motivo explica que las personas que ya han llegado a la madurez tengan un peso creciente en el conjunto de la población, y eso, en cambio, no es cierto. Empezando por ese malentendido, el cúmulo de apreciaciones erróneas sobre las causas y las consecuencias del mal llamado «envejecimiento demográfico» no hace más que multiplicarse. Aclaremos, pues, qué es esa cosa llamada «envejecimiento demográfico», cuáles son sus causas y qué relación tiene con la madurez de masas.

²⁴ «... a sociedad envejecida, economía menos productiva; a economía menos productiva, redistribución imposible... El crecimiento y la juventud acaban siempre por ir juntos, de la misma manera que recesión y envejecimiento».

El envejecimiento demográfico

El «envejecimiento» de las poblaciones es uno de los resultados más publicitados de los cambios históricos recientes en la dinámica demográfica. Como ya ha podido comprobarse anteriormente, guarda una estrecha relación con el grado de desarrollo, de manera que es tanto más acusado cuanto más rico y avanzado sea un país. Pese a ello, precisamente por las connotaciones negativas que la propia palabra «envejecimiento» tiene, su sola mención parece provocar preocupación e incluso alarmas, cuyas diversas justificaciones se analizarán más adelante. De momento, una de las primeras cosas que conviene aclarar es que la denominación «envejecimiento» resulta, como mínimo, poco afortunada, porque las poblaciones no envejecen realmente. Lo que hacen es modificar su estructura por edades.

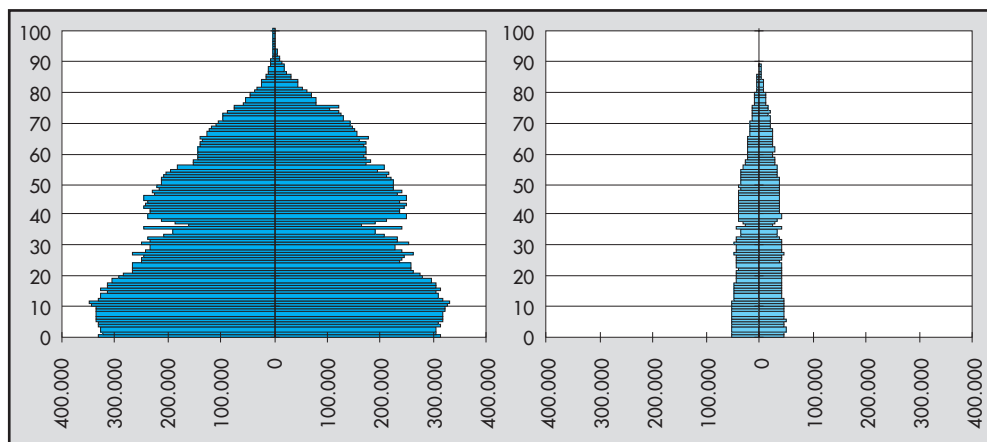
Para aclarar qué se entiende por «estructura por edades» será bueno recurrir a su representación gráfica, la pirámide de población. Se trata de un gráfico bastante conocido en el que se representa cada una de las edades mediante una barra más o menos larga según la cantidad de personas que las tienen, y en el que se distinguen hombres y mujeres situándolos a cada lado del eje vertical (unos a la izquierda y otros a la derecha).

En general las barras de la base, correspondientes a las edades infantiles y juveniles, son bastante amplias, y se van acortando progresivamente a medida que ascendemos por las sucesivas edades hasta los cien años, en que los efectivos son ya muy escasos. La forma resultante, amplia en la parte inferior y puntiaguda en la cúspide, es la que le da el nombre de «pirámide» a este tipo de gráficos. Por tanto, lo que puede contemplarse en ellos es el modo en que una población se reparte entre las diferentes edades según la edad (y el sexo).

Sin embargo, las pirámides así construidas todavía plantean una grave dificultad si lo que se pretende es comparar el modo en que dos poblaciones se distribuyen entre las diferentes edades. La siguiente imagen es suficientemente elocuente sobre la causa de tales dificultades.

El problema es que lo representado son números absolutos, y resulta difícil comparar dos poblaciones de tamaño diferente. En la imagen anterior resulta evidente la diferencia de volumen entre el conjunto de la población española y la población de Cataluña. Tratándose de las pirámides de 1975, es apreciable en la de España una base bastante amplia, resultante del elevado número de nacimientos habi-

**GRÁFICO 10. Pirámides de población de España y de Cataluña, 1975
(números absolutos)**



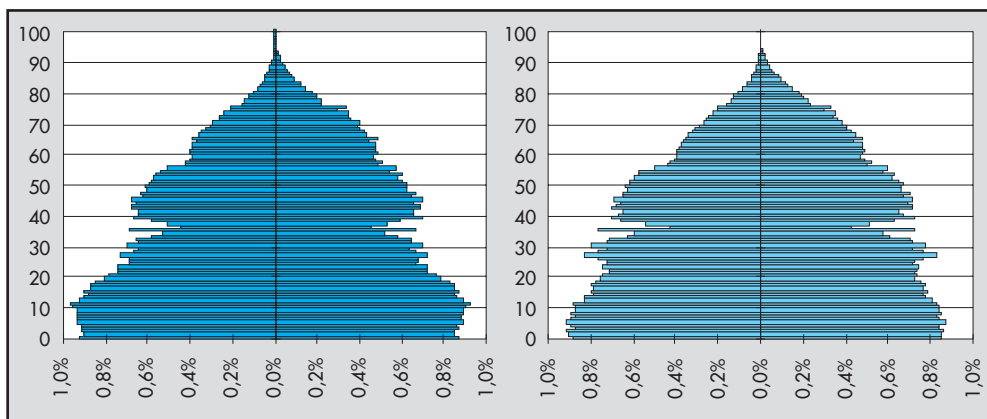
Fuente: Padrón de 1975 (INE).

dos durante los quince años anteriores. Se puede apreciar también que entre los treinta y los cuarenta años los efectivos son escasos, secuela clara de la baja natalidad durante la guerra civil. Es visible incluso cierta depresión en los que tienen poco menos de sesenta años, correspondiente a los escasos nacidos durante la gripe del 18, especialmente castigados, además, durante la guerra civil. Pero dada la diferencia de volumen, todos estos detalles se pierden en la pirámide de Cataluña. Todavía no es apreciable, por tanto, la diferencia en el modo en que se distribuye la población entre las diversas edades.

La solución es sencilla. En vez de representar la cantidad de personas de cada edad, puede hacerse lo mismo representando la proporción que suponen respecto al total de la población. Esa distribución, esta vez en tantos por ciento del total, es la *estructura por edades*.

La estructura por edades permite, ahora sí, comparar dos poblaciones de tamaño diferente sin que eso suponga ningún problema. Se pone en evidencia, de esta manera, que tanto el conjunto de los españoles como la población correspondiente a Cataluña tienen una estructura muy similar, aunque la proporción de menores sea algo superior en el total español y, en cambio, Cataluña tenga porcentajes de adultos algo superiores.

**GRÁFICO 11. Pirámides de población de España y de Cataluña, 1975
(números relativos)**



Fuente: Padrón de 1975 (INE).

La comparación que acaba de hacerse es sólo una muestra de la utilidad que tiene convertir los datos en porcentajes. Podría hacerse lo mismo con cualesquiera dos poblaciones, como la de China y la de Alcobendas. Pero, sobre todo, pueden compararse también las estructuras por edades correspondientes a dos momentos históricos diferentes de una misma población. Aunque el volumen haya cambiado mucho, como es el caso entre la España de 1900, con algo más de diecisiete millones de habitantes, y la de 1996, próxima a los cuarenta, la distribución en porcentajes nos permite saber también cómo ha cambiado la estructura por edades.

Pues bien, si se resumen esos datos en un simple promedio, y se comprueba que la edad media de una misma población va aumentando en el tiempo (o, lo que es lo mismo, que la proporción de los que tienen mayor edad es creciente y disminuye la proporción de los más jóvenes), se dice que esa población «envejece».

Eso es exactamente lo que está ocurriendo con la población de España y, en general, con la población de la mayor parte de los países desarrollados. No es sólo que cada vez haya más personas de edades avanzadas. Eso no implicaría envejecimiento demográfico si, a la vez, aumentase en la misma medida el número de personas del resto de edades. El hecho de que entre 1900 y 1996 los mayo-

res de sesenta y cuatro años hayan pasado de ser algo más de novecientas sesenta mil a más de seis millones no es importante para quienes sólo están preocupados por el envejecimiento demográfico.

CUADRO 5. Población por grandes grupos de edad. España 1900-2001
(en miles)

Año	0-14	15-64	65 y más	Total
1900	6.233,7	11.395,9	967,8	18.597,4
1910	6.785,9	12.085,1	1.105,6	19.976,6
1920	6.892,6	13.211,8	1.216,6	21.321,0
1930	7.483,4	14.705,4	1.440,7	23.629,5
1940	7.749,0	16.435,6	1.690,4	25.875,0
1950	7.333,8	18.606,9	2.022,5	27.963,2
1960	8.347,3	19.612,1	2.505,3	30.464,7
1970	9.459,6	21.290,5	3.290,6	34.040,7
1981	9.685,7	23.760,9	4.236,7	37.683,3
1991	7.527,6	25.847,1	5.352,3	38.727,2
1996	6.361,6	27.111,3	6.196,5	39.669,4
2001	6.267,2	26.972,5	6.689,6	39.929,3

Fuente: INE, España. Anuario Estadístico 1993, Madrid 1994, Padrón 1996 (INE) y variante media de las proyecciones realizadas por el Instituto de Demografía, *Proyección de la población española*, Vol. 1, CSIC, Madrid, 1994, para el año 2001.

Para quienes tienen como principal preocupación el cambio en la estructura por edades, lo realmente importante es que durante ese tiempo los que aún no habían cumplido sesenta y cinco años no aumentaron con la misma rapidez, de manera que la proporción de viejos ha aumentado sensiblemente, desde un 5,2% en 1900 hasta más del 15% en 1996. Eso es envejecimiento demográfico.

Lo cierto es que en 1996 el número de menores de quince años es prácticamente el mismo que en 1900, mientras que la población total se ha más que duplicado. La población adulta ha pasado de once millones a veintisiete en el mismo periodo, de manera que el potencial reproductivo no ha hecho más que aumentar

CUADRO 6. Estructura por grandes grupos de edad. España 1900-2001

Año	0-14	15-64	65 y más	Índice de vejez*
1900	33,52%	61,28%	5,20%	16%
1910	33,97%	60,50%	5,53%	16%
1920	32,33%	61,97%	5,71%	18%
1930	31,67%	62,23%	6,10%	19%
1940	29,95%	63,52%	6,53%	22%
1950	26,23%	66,54%	7,23%	28%
1960	27,40%	64,38%	8,22%	30%
1970	27,79%	62,54%	9,67%	35%
1981	25,70%	63,05%	11,24%	44%
1991	19,44%	66,74%	13,82%	71%
1996	16,04%	68,34%	15,62%	97%
2001	15,70%	67,55%	16,75%	107%

Fuente: Cuadro anterior.

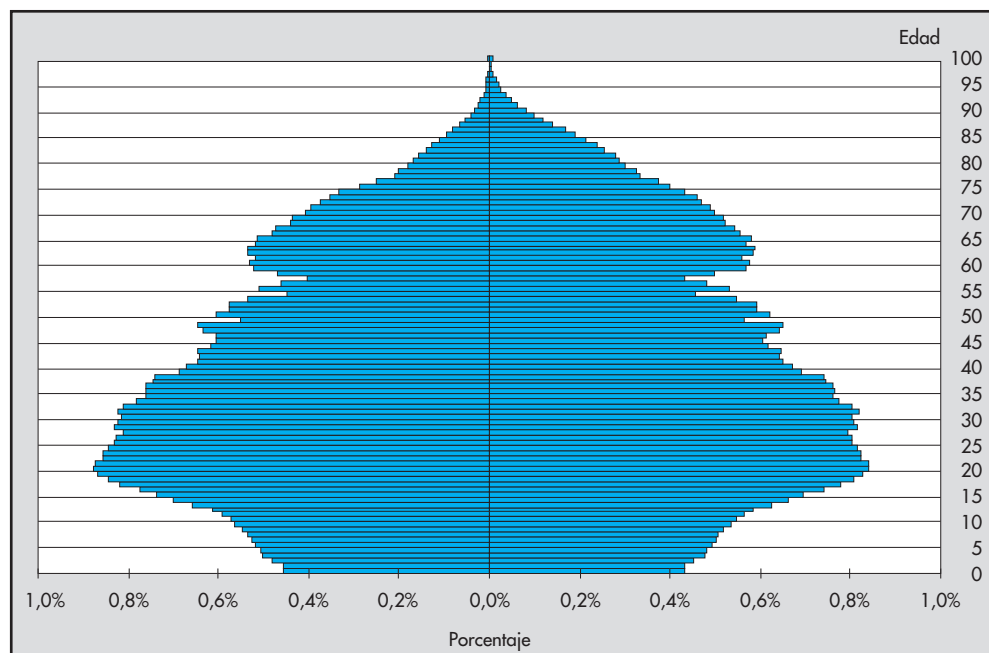
* Número de personas de 65 y más años por cada 100 personas de menos de 15 años.

(probablemente éste sea el momento en que la población española cuenta con más padres y madres potenciales en toda su historia). Pero el mayor crecimiento relativo lo ha experimentado, sin duda, la población de más de sesenta y cuatro años, que ha multiplicado su número por casi seis veces y media. El resultado de todo ello es que en 1900 sólo suponía el 5,2% del conjunto de los españoles, mientras que en 1996 se aproxima al 16%.

El peso creciente de los de mayor edad no es nuevo. Como puede comprobarse en el cuadro anterior, su aumento ha sido ininterrumpido a lo largo de todo el siglo. Si actualmente parece haber hecho su aparición por sorpresa es porque, durante ciertos años, también se recuperaba la proporción de los de menor edad, fruto del temporal aumento de la natalidad de los años sesenta y primeros setenta. A partir de 1975 ese freno desaparece, el número de nacimientos disminuye de manera muy acusada, y el peso relativo de los mayores de sesenta y cuatro años vuelve a crecer con gran rapidez.

Hay muchos indicadores alternativos a los simples porcentajes sobre el total. Cualquier división de un grupo determinado de edad por otro de tales grupos añadirá mayor detalle a la evolución de la estructura por edades. Pueden así relacionarse grupos muy diversos: los menores de cinco años con las personas en edad casadera, los que están a punto de empezar a trabajar con los que están a punto de jubilarse, los mayores de 64 años con los que tienen edades teóricamente activas desde el punto de vista laboral. Pero una de tales relaciones, la existente entre los que tienen menos años y los que tienen más, resulta especialmente dinámica e ilustrativa del gran calado de las transformaciones en curso. Es la última de las columnas incluidas en el cuadro anterior y muestra que, mientras en 1900 había sólo 16 mayores de 64 años por cada cien menores de 15, en 1996 la relación ya lleva camino de invertirse. Probablemente durante este final de siglo se está produciendo un hecho poco advertido pero sin precedentes: los ancianos son ya, por primera vez en nuestra historia, más abundantes que los niños.

GRÁFICO 12. Pirámide de población de España, 1996



Fuente: INE, Padrón de 1996.

¿Qué no es?

No cabe, por tanto, negar la evidencia. Si se define como lo acabamos de hacer, el envejecimiento demográfico es una realidad evidente, y todavía va a acentuarse en las próximas décadas. Pero el término «envejecimiento», aplicado a las poblaciones, es un motivo constante de confusión y de malentendidos, porque todo lo que se ha explicado hace un momento resulta extraño a su uso normal.

El lenguaje corriente distingue, como mucho, entre el envejecimiento de las cosas y el de los seres vivos, pero en ambos casos está muy claro el significado, directamente relacionado con el paso del tiempo e imposible de aplicar a las poblaciones. El tiempo envejece las cosas desgastándolas, restándoles brillo, pasándolas de moda, quitándoles su utilidad inicial. En los seres vivos los efectos son similares, aunque antes de hacerse viejos los organismos gocen de un tiempo de crecimiento, de desarrollo y de plenitud. En ambos casos el desenlace final del proceso es la destrucción, la desaparición, y el tiempo es el responsable. El proceso puede mitigarse mediante cuidados especiales. Algunos objetos adquieren un elevado valor por su antigüedad, y algunos organismos pueden prolongar su vida si son objeto de unas condiciones especialmente favorables. Pero el proceso no puede detenerse y es irreversible. Los primeros que utilizaron la palabra «envejecimiento» para hablar de poblaciones estaban tentando a la suerte, porque hacían inevitable la confusión con cualquiera de esos dos sentidos corrientes de la palabra.

En el primer caso, si las poblaciones son vistas como «cosas», puede creerse que el envejecimiento demográfico también se debe al «desgaste» producido por el simple paso del tiempo. Se explicaría así que los Estados europeos tengan poblaciones más envejecidas que, por ejemplo, los del centro de África, ya que los primeros se crearon antes que los segundos. Sin embargo, la falacia de esta manera de pensar es evidente: población y Estado son cosas diferentes, y las poblaciones africanas son tan antiguas o más que las europeas. Conviene, por tanto, dejar sentado con toda la rotundidad posible que no existe ninguna relación entre la antigüedad de las poblaciones y su estructura por edades.

La analogía entre las poblaciones y los seres vivos es mucho más creíble, más «lógica», pero precisamente por ello las confusiones que provoca son aún mayores, y mucho más peligrosas. Los seres vivos atraviesan diversas fases en su ciclo vital, sin que todas ellas puedan identificarse con el proceso de envejecimiento. En general antes de envejecer los organismos atraviesan etapas de esplendor y madurez, y

su envejecimiento no suele iniciarse hasta que ya ha finalizado su fase reproductiva. Esta manera de entender el envejecimiento parece directamente aplicable a las personas en cuanto que individuos, aunque lo cierto es que no da cuenta de los cambios sociales experimentados en la forma de envejecer de las personas a lo largo de la historia. Todavía favorece más los equívocos cuando se aplica a las poblaciones, porque también las poblaciones se «reproducen», y las analogías se vuelven muy fáciles.

Las causas

La estructura por edades de una población sólo puede variar entre dos momentos determinados porque «entren» o «salgan» de ella personas de edades muy desigualmente repartidas. Esos «movimientos» que pueden añadir o restar población, y hacerlo a unas edades concretas y no en otras, son pocos y hartos conocidos: los nacimientos, las defunciones y las migraciones.

De los tres, los dos últimos podrían distribuirse por igual a lo largo de toda la pirámide, haciéndola más o menos voluminosa, pero dejando intacta su estructura. Pero lo cierto es que eso no ha ocurrido nunca. Las defunciones son mucho más probables en unas edades que en otras, y lo mismo puede decirse de las migraciones (en el caso de los nacimientos ni siquiera hace falta preocuparse de ese factor: todos se producen, claro está, en una misma edad, la edad cero).

Si la mortalidad aumenta o se reduce en ciertas edades más que en otras, el peso de tales edades se hace mayor o menor. El principio es así de sencillo, pero la analogía entre organismos vivos y poblaciones es tan corriente, que produce malas interpretaciones incluso cuando se analizan datos demográficos fidedignos. Como las personas envejecen en la misma medida en que cumplen años, especialmente si los cumplen cuando ya han rebasado las edades maduras, parece que también las poblaciones deban envejecer a la vez que su esperanza de vida va siendo mayor. La conclusión parece de sentido común y se ve, además, avalada por los datos: la esperanza de vida ha ido aumentando a lo largo del siglo xx, y el peso de las edades más avanzadas también.

Sin embargo, por mucho que parezca de sentido común, la conclusión es falsa. También el número de coches matriculados en España ha crecido durante este siglo, y nadie piensa que haya provocado el envejecimiento demográfico. Por

supuesto, el descenso de la mortalidad, el aumento de la esperanza de vida, guarda una relación más estrecha con el cambio de la pirámide por edades, pero no es una causa suficiente.

Esta afirmación puede resultar sorprendente después del lugar central que se ha concedido aquí al descenso de la mortalidad como fuerza impulsora de la madurez de masas. Pero la madurez de masas es un fenómeno generacional. La mayor supervivencia explica directamente que las sucesivas generaciones vean llegar a edades avanzadas proporciones cada vez mayores de sus efectivos iniciales. En cambio, la evolución de esperanza de vida en años concretos no es suficiente para comprender las cambiantes relaciones entre unas edades y otras en una misma población a lo largo del tiempo.

Tanto es así, que el aumento de la esperanza de vida puede incluso ser la causa directa de una estructura por edades más joven, no más envejecida. Como se ha expuesto anteriormente, la característica más notable de la mortalidad por edades en el pasado era la elevadísima mortalidad infantil, y fue su reducción la que alimentó los grandes aumentos de la esperanza de vida durante la transición de la mortalidad. Pues bien, si los recién nacidos ya no fallecen durante sus primeros años, la proporción de niños y jóvenes aumenta, es decir, la población rejuvenece.

Eso es precisamente lo que ocurre en las poblaciones de los países en vías de desarrollo, en algunos de los cuales los menores de quince años llegan a ser casi la mitad de la población. Esa juventud demográfica suele explicarse únicamente por la elevada fecundidad, pero en realidad tiene como motivo principal el reciente aumento de la esperanza de vida causado, en su mayor parte, por la súbitas mejoras en la mortalidad infantil durante la segunda mitad de este siglo.

Insistamos una vez más: el aumento de la esperanza de vida es la causa de la madurez, no del envejecimiento demográfico. Puesto que los niños sobreviven y llegan a edades adultas, pueden a su vez tener hijos. Por tanto, la supervivencia masiva hasta edades maduras no hace más que aumentar las capacidades reproductivas de las poblaciones.

¿Hay que concluir, entonces, que el envejecimiento demográfico sólo se explica por el descenso de la fecundidad? Al fin y al cabo, un descenso del número de nacimientos sí tiene repercusiones inmediatas en la pirámide por edades, disminuyendo automáticamente el peso de los más jóvenes en el conjunto de la población.

Sin embargo, tampoco es exacta esta atribución exclusiva. Un cambio a la baja de la fecundidad, si después se mantiene estable en el mismo nivel de manera indefinida, sólo envejece a la población momentáneamente. Con el tiempo, la pirámide de edades volverá a tener la misma forma anterior a ese cambio, con la única diferencia de que el número de habitantes habrá disminuido. Si en vez de tratarse de un único cambio puntual, los descensos de la fecundidad se suceden de manera continuada, lógicamente la pirámide por edades estará reestructurándose durante más tiempo y, mientras tanto, la proporción de menores y de jóvenes será escasa, mientras que la de personas de mayor edad será mayor porque estará constituida por generaciones más voluminosas que las que nacieron después.

Pero tampoco es eso lo que ha ocurrido en el caso de España. Las generaciones que actualmente tienen más de sesenta y cuatro años no fueron, en general, mucho más numerosas que las nacidas en las décadas siguientes, de modo que su peso creciente tampoco se explica únicamente por el actual descenso de la natalidad. De nuevo hay que volver a la supervivencia cada vez mayor de las generaciones a las que pertenecen para comprender cabalmente el fenómeno.

La auténtica explicación del envejecimiento demográfico actual no existe de manera aislada. Más bien debería decirse que su causa real es una combinación peculiar de ellas. Como acaba de verse, el descenso de la mortalidad, en sí mismo, no es suficiente e, incluso, puede tener el efecto opuesto. Debe producirse también un descenso de la fecundidad. Sólo esa combinación produce una evolución de la estructura por edades como la que se observa actualmente en los países desarrollados. Pero, como ya ha quedado claro, esa combinación es el resultado de la madurez de masas. La fecundidad, en efecto, viene disminuyendo sensiblemente desde hace tiempo, pero sólo lo ha hecho al ir progresando la eficiencia de los sistemas demográficos. Ignorar tales relaciones conduce a la incompreensión y a las alarmas.

4.1. EL ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO MAL ENTENDIDO: ALARMAS Y ESPERANZAS

Historia de las alarmas. Mitos y tópicos sobre la juventud de las naciones

Uno de los argumentos más antiguos para predecir graves problemas resultantes del envejecimiento demográfico es que las poblaciones envejecidas deben verse aquejadas de los mismos males que los organismos vivos cuando envejecen.

Se trata sólo de una analogía, y parece evidente que una cosa es un organismo y otra una población, por mucho que ésta tenga también su organización y sus reglas de relación. Sin embargo, se trata de una analogía muy utilizada en ciencias sociales, que forma parte de toda una corriente de pensamiento originada en la Europa del siglo XIX, el organicismo, y que ha contribuido de manera considerable a comprender nuestras sociedades.

El organicismo surgió en su día al calor del innovador desarrollo de la teoría evolucionista de Darwin, teoría que produjo un impacto considerable en todas las áreas del conocimiento, incluido el de la propia especie humana. Venía a polemizar con el mecanicismo, que desde Descartes había proporcionado la clave para comprender la realidad a partir de otra analogía, la existente entre el mundo y las máquinas. La analogía mecánica resultaba, sin embargo, mucho menos poderosa. Difícilmente la gran complejidad de los seres vivos podía explicarse en los mismos términos que el funcionamiento de un reloj o de una máquina de vapor. La biología permitía, por el contrario, comprender sistemas con una organización mucho más compleja, de modo que el organicismo parecía haber encontrado la clave para comprender otra entidad igualmente compleja: las sociedades humanas.

Pese a tratarse de una corriente de pensamiento muy fértil, su aplicación a la sociología pronto derivó en abusos manifiestos. Acompañada del biologismo y del darwinismo social, la corriente organicista sirvió también para justificar «científicamente» las diferencias de clase, la predisposición innata de ciertos grupos humanos a dirigir a los demás (como las células del cerebro dirigen a las del resto del cuerpo), la supeditación de los intereses individuales a los colectivos (lo importante es el funcionamiento del organismo, no el de las células individuales) e incluso la eliminación de los elementos «inservibles» (el cuerpo renueva sus células y se deshace de las que ya no le sirven). Tras un vitalismo engañoso la racionalidad quedaba supeditada al instinto de supervivencia, a la pujanza nacional frente a los países competidores y al «músculo» militar. Como en la naturaleza, los fuertes sobreviven, los débiles son eliminados, y lo mismo ocurre con las naciones. El desenlace trágico de un pensamiento tal se dio en la Europa de las dos guerras mundiales. Y también fue en ese caldo de cultivo donde se gestó la analogía entre la vejez física de las personas y la vejez de las sociedades.

Historiadores, filósofos y políticos habían hecho de las metáforas biologistas parte de su lenguaje habitual e interpretaban en tales términos la inestabilidad social

y los cambios que habían conducido a la situación con que empezaba el siglo xx. Todos entendían el significado de la «degeneración» social, la necesidad del regeneracionismo político y el riesgo de decadencia que padece toda Europa. La decadencia de Occidente no es sólo el título de un auténtico *best-seller* de Oswald Spengler, sino un tema recurrente para los pensadores del momento: las naciones, como los seres vivos, tienen un ciclo vital, con su nacimiento, su desarrollo y pujanza, pero también con su declive. Mediante dicho esquema se hacía la historia de los imperios, como el romano, y se llegaba a predecir la caída de la cultura occidental ante la vitalidad de las naciones nuevas del continente americano, asiático e, incluso, africano.

Uno de los argumentos principales de la analogía se encontraba en el descenso de la fecundidad en todos los países desarrollados. No sólo tendría como consecuencia un menor crecimiento demográfico que el que tenían los países «bárbaros», sino que provocaría un aumento de la proporción de viejos en el conjunto de las poblaciones. La calificación «envejecimiento demográfico» se adoptó, por tanto, para denominar a un proceso que no se limitaba a la reestructuración numérica de las pirámides de población en respuesta a una dinámica poblacional nueva, sino que comprendía también todas las connotaciones negativas del envejecimiento orgánico, incluidas la degeneración y la muerte. Todavía en 1946, el primer número de *Population*, quizá la revista especializada en demografía con más prestigio internacional, empezaba con una presentación en la que se afirmaba que Francia, uno de los países occidentales más avanzados, estaba «en el camino del envejecimiento que precede a la despoblación»²⁵. No argumentaré nuevamente la falacia implícita en esta afirmación, porque la población francesa la desmiente por sí misma desde entonces, un año tras otro, con el argumento más contundente de todos los posibles: envejeciendo demográficamente y creciendo en muchos millones de personas simultáneamente, de la misma manera que el resto de países desarrollados. Pero a estas alarmas se han unido otras nuevas que sí conviene analizar con mayor atención.

²⁵ Aunque la presentación no está firmada, pertenece probablemente a Alfred Sauvy, que durante mucho tiempo ha sido lo más parecido al demógrafo oficial del Estado francés. Fue uno de los fundadores y director del Institut National d'Études Démographiques (INED), uno de los principales centros de investigación demográfica de todo el mundo. Sauvy ha sido también una de las personas que más ha contribuido a consolidar la expresión «envejecimiento demográfico» y a despertar alarmas sobre sus consecuencias.

Las nuevas alarmas: la falacia de la relación de dependencia

Las nuevas alarmas tienen un aire más técnico y sofisticado, menos primitivo y, precisamente por eso, parecen mucho más realistas. Se centran en aspectos económicos y políticos, pero, para lanzarse a la arena pública, su primer acto reflejo es armarse de proyecciones de población.

Sintetizando su motivo principal, lo que aparentemente debería alarmarnos es que el envejecimiento demográfico que ha acompañado la llegada de la madurez de masas pone en peligro el propio bienestar de los ancianos y el de las personas del resto de edades. El motivo es que tanto el diseño del Estado como los mecanismos privados de solidaridad entre personas de diferentes edades se gestaron en otros tiempos, cuando la estructura por edades era joven, y no van a resistir un cambio como el que se está produciendo.

La premisa irrenunciable de este nuevo tipo de alarmas es simple: los viejos son dependientes. Dependientes de los jóvenes y adultos. Dependientes tanto desde el punto de vista social como familiar. Lo son en lo económico, por haber dejado de ser productivos, y lo son incluso físicamente por haber perdido la funcionalidad física y mental necesaria para desenvolverse en la vida cotidiana. Cuando a esa premisa se le añade la evolución previsible de la estructura por edades, las alarmas están servidas. Si la proporción de viejos aumenta, como es seguro que va ocurrir, la relación entre personas dependientes y personas que cubren esa dependencia no hará más que empeorar, y nos llevará a un punto insostenible. Casi nadie se detiene a revisar la premisa, pese a su simplismo evidente. Una vez aceptada sin crítica alguna, el resto es fácil.

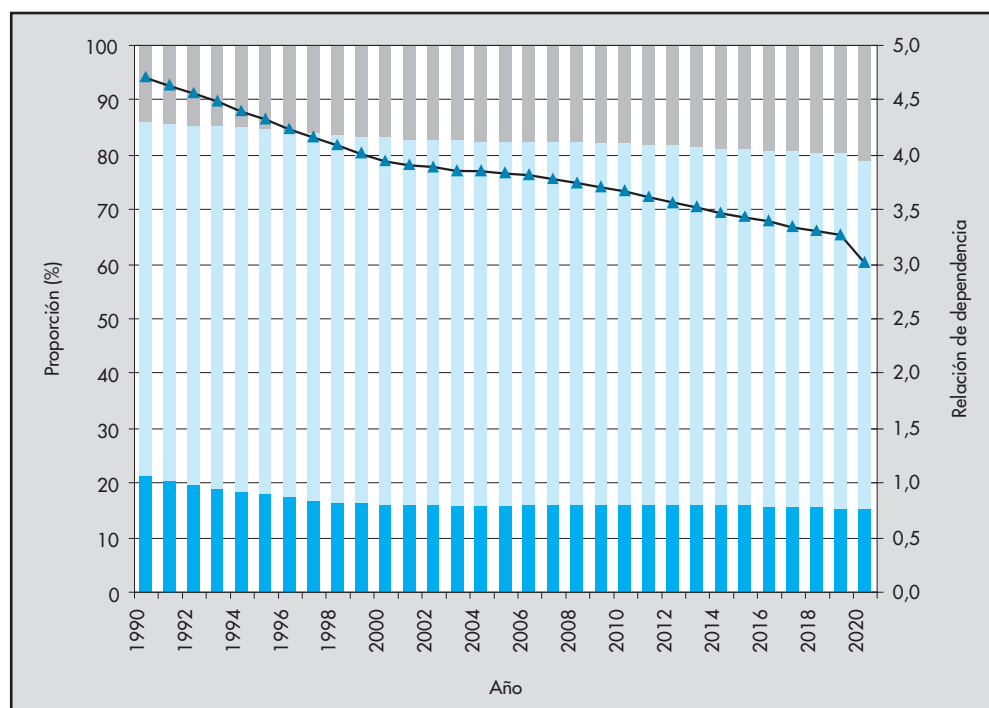
En mi opinión, esta manera de entender las consecuencias de los cambios demográficos en curso es perfectamente cuestionable. Pero, para que no se me acuse de ligereza de juicio, vamos a examinar con más detalle los argumentos en que se basa, antes de exponer los motivos por los que la considero desacertada.

El lugar privilegiado para hacer cálculos sobre ese futuro tan negro son las cuentas del Estado. Una de sus funciones es redistribuir parte de la riqueza creada en las actividades productivas del país, para hacer frente a gastos e inversiones de interés general, y para garantizar un bienestar mínimo a todos los ciudadanos, incluso a aquellos que no pueden conseguirlo por sí mismos. Los recursos necesarios se obtienen por vías diversas, pero la principal son los impuestos. Los impuestos por los rendimientos del trabajo sólo los pagan, lógicamente, quienes trabajan. En cambio,

los recursos y servicios que proporciona el Estado se dirigen a toda la población, pero, especialmente, a quienes no trabajan; quienes tienen un sueldo pueden poner de su parte para obtenerlos.

Entre los recursos económicos proporcionados por el Estado, la parte más voluminosa corresponde a las pensiones y, en concreto, a las pensiones de jubilación, al menos en los Estados «del Bienestar» que caracterizan a buena parte de Europa. Éste es uno de los hechos que más claramente parecen confirmar los miedos «demográficos» actuales. No es difícil exponer las causas:

GRÁFICO 13. Evolución proyectada de la distribución por grandes grupos de edad y de la relación de dependencia senil*. España 1990-2020



Fuente: Proyecciones de la población de España calculadas a partir del Censo de Población de 1991. Total nacional: 1990-2020. Madrid, INE (1995).

* La tendenciosa denominación *relación de dependencia senil* es simplemente la relación numérica entre las edades de 15-64 y las de 65 y más años. Aquí se ha representado convertida en el número de personas en edad activa por cada una de las que tienen más de 64 años.

Si el número de ancianos aumenta, también crece el gasto en pensiones. Cabe añadir que lo mismo le pasa al gasto en atención sanitaria, ya que es de sobras conocido que la salud empeora durante la vejez. Pero no sólo aumenta el número de personas. Eso no sería un problema si las personas del resto de edades aumentasen con el mismo ritmo. Como no lo hacen, a la vez que aumenta su número, crece también la proporción de los «dependientes» ancianos. De esa manera, por cada individuo que recibe una pensión cada vez son menos las personas que contribuyen con sus cotizaciones para pagarla.

La llamada relación de «dependencia senil» se obtiene simplemente comparando la población en edad activa con la población de más de 64 años, y su evolución futura se deduce directamente de las proyecciones demográficas. Si en 1990 por cada «dependiente senil» había más de cuatro personas en edad activa, en el 2020 ya serán poco más de tres.

Además, la madurez de masas tiene también efectos perversos sobre las consecuencias económicas de esta evolución. Si los trabajadores fallecieran antes de jubilarse se convertirían en contribuyentes netos y no supondrían una carga futura para el sistema, pero como ya hemos visto, la generalización de la supervivencia hasta la madurez hace cada vez menos probables tales casos.

Otro asunto preocupante es el número de años que los jubilados van a estar cobrando sus pensiones. Si los cotizantes sobreviven hasta la edad de la jubilación, no es lo mismo que vivan poco tiempo más o que vivan decenas de años más. Las perspectivas tampoco son «buenas» en este sentido. La esperanza de vida en tales edades está mejorando mucho, de modo que los pensionistas cada vez tardan más tiempo en morir.

Aún no han terminado los quebraderos de cabeza para el futuro del sistema de pensiones. La proporción de jubilados aumenta respecto a las otras edades, los que fallecen antes de jubilarse son muy pocos, y los que se jubilan viven cada vez más tiempo, pero, además, las pensiones que cobran son cada vez mayores. El motivo no es sólo que se revalorice su cuantía de acuerdo con el aumento del nivel de vida, sino que los nuevos jubilados son trabajadores que han cotizado más que los anteriores y, por lo tanto, tienen derecho a percepciones superiores.

Por la otra parte, la de quienes tienen edad de trabajar, las cosas no van mucho mejor. Los jóvenes cada vez tardan más tiempo en declararse activos y aún más en empezar a tener un puesto de trabajo estable y bien remunerado, de modo que su

aportación a las arcas públicas debe ser cada vez más escasa. Añádase que la natalidad menguante que se ha instaurado en España desde mediados de los años setenta provocará en un futuro inmediato entradas cada vez menores de nuevos activos jóvenes. Si nos hemos detenido en estos detalles es porque no se trata de una cuestión cualquiera. Las cantidades de dinero en juego son astronómicas.

**CUADRO 7. Coste de las pensiones. España 1997, 1998 y 1999
(billones de pesetas)**

Conceptos	Presup. inicial 1997	Presup. inicial 1998	Presup. inicial 1999
Pens. contributivas	7,07	7,47	7,89
Pens. no contributivas	0,20	0,22	0,23

Fuente: Presupuestos Generales del Estado.

El gasto social total, incluyendo pensiones, prestaciones sociales, educación, vivienda, fomento del empleo y sanidad se situó en 1997 en 14 billones de pesetas, equivalentes al 46,8% del gasto público y al 17,8 del PIB (Producto Interior Bruto). Por tanto, los más de siete billones dedicados a pensiones suponen, ellos solos, más de una cuarta parte de todo el gasto público (el 26,8%) y nada menos que una de cada diez pesetas generadas por el conjunto de la actividad productiva nacional (exactamente el 10,2% del PIB). Según el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, se pasará de poco más de siete millones de pensiones en 1998 a casi diez millones y medio en el 2025, y sólo el número de pensiones de jubilación crecerá en 1,6 millones.

En estos datos se basan quienes afirman que «... la conclusión es obvia: el sistema público de pensiones actual ha de ser reformado porque en su configuración actual es inviable y va caminando indefectiblemente hacia su quiebra». Las causas parecen claras, y así lo entiende el mismo autor cuando afirma: «Ahora bien, el elemento que condena a la quiebra al sistema de reparto es la tendencia demográfica. El descenso en la tasa de natalidad y el progresivo envejecimiento de la población son evidentes y se acentúan cada vez más sus tendencias»²⁶.

²⁶ Salido Banús, J. L. e Ibars Álvaro, J. (1999), «Sistema de pensiones. Situación actual y previsiones de futuro», incluido en Ricardo Moragas Moragas, *El reto de la dependencia al envejecer*, Barcelona, Herder, pp. 147-163.

Algo parecido pasa con el gasto sanitario. El envejecimiento demográfico provoca un aumento del gasto porque aumenta la proporción de quienes tienen una salud precaria. Que el gasto sanitario crece al mismo tiempo que aumenta la proporción de ancianos resulta confirmación suficiente.

Como puede deducirse de todo lo anterior, parece que, esta vez, las alarmas provocadas por el envejecimiento demográfico se sustentan en argumentos de peso. Pero aún hay más. Si en Europa preocupa la sostenibilidad del Estado del Bienestar, en el otro lado del Atlántico, donde la relación entre la iniciativa pública y la privada se configura de diferente manera, lo que se anuncia es el «conflicto entre generaciones»²⁷, sin que falten en Europa los importadores de ideas que encuentren aplicables también aquí los mismos argumentos.

Según sus teóricos, ese conflicto ha de ser una consecuencia inevitable del envejecimiento demográfico. Los maduros y ancianos están ganando poder político y económico. Son los que tienen los ahorros, la vivienda ya pagada, los derechos de antigüedad en el trabajo, son los que controlan los sindicatos y el Estado y, además, lo hacen en su propio interés. En cambio, los jóvenes son pobres, están explotados, no tienen trabajos estables ni bien pagados y, encima, las ayudas que el Estado les proporciona son ridículas al lado de las que proporciona a los viejos. Y los jóvenes, no hay que perderlo de vista, son los que deben formar hogares, hacer carrera profesional, levantar el país y darle hijos. No está lejos, por tanto, el día de la rebelión de los jóvenes damnificados contra los maduros y viejos «explotadores».

Según los teóricos del conflicto que se avecina, a esta situación de injusticia se ha llegado porque el Estado del Bienestar es un dinosaurio sin agilidad, que no se ha adaptado a los nuevos tiempos. Los viejos eran los pobres en el pasado, y los jóvenes aceptaron un pacto implícito por el que se avenían a sostenerlos en sus necesidades básicas. Pero, a la larga, se han hecho dueños de todo, y no tienen ninguna intención de renunciar a sus privilegios. Al aumentar su proporción también lo ha hecho su peso electoral. Una vez a la cabeza de un gobierno, ¿qué partido se atreve a tomar medidas para repartir mejor las ayudas, es decir, para darle menos a los viejos y más a los jóvenes?

²⁷ Jones, J. R. (1988), «Viellissement et équité entre générations: le cas des États-Unis», presentada en *Colloque international sur le vieillissement démographique: tendances, enjeux et stratégies*, Paris, 4 y 5 de octubre.

Es evidente que, también en este caso, los visionarios del conflicto aderezan sus argumentos con una buena dosis de datos demográficos.

En la misma línea cabe situar los temores sobre el futuro de la justicia «horizontal», es decir, entre los propios adultos ocupados actuales, según estén teniendo hijos o no. Unos y otros pagan sus cotizaciones a la seguridad social, de modo que, en el futuro, tendrán derecho a las mismas pensiones. Pero los que tienen hijos hacen un esfuerzo doble porque corren también con los gastos de su crianza y, en cambio, cuando esos hijos sean los que coticen, cuando se conviertan en adultos, pagarán indistintamente las pensiones de sus jubilados padres y las de los jubilados que no tuvieron hijos. ¿Es justo que los que no han tenido hijos y se han ahorrado todos los gastos resultantes se aprovechen después del trabajo y de los impuestos que pagan los hijos de los demás? ¿Deben cotizar las mismas cantidades durante la vida activa quienes no tienen el gasto añadido de mantener una familia? ¿No estaremos provocando con el actual sistema que la gente salga beneficiada por no tener hijos, poniendo así en peligro la continuidad del sistema de pensiones e, incluso, de nuestro sistema social?

De hecho, no falta quien ve en el envejecimiento demográfico, combinado con la presión recaudatoria propia de las pensiones en un sistema de reparto, la explicación de la brusca caída de la natalidad. Al fin y al cabo, los recursos que manejan las familias son limitados. Si una parte importante de tales recursos no se fuese en impuestos para cubrir la dependencia de la tercera edad, es posible que las familias se planteasen utilizarlos para costearse la crianza del primer hijo o de uno más añadido a los que ya tienen.

Las desgracias que la madurez de masas ha provocado entre los jóvenes parecen no tener fin. Incluso la posibilidad de casarse y formar una familia se ha complicado enormemente por esa causa. Para formar una pareja estable es necesario disponer de vivienda propia, y es bien sabido que el precio de la vivienda en España es muy alto, especialmente en las grandes capitales, que es donde vive la mayor parte de la población joven. Pero ¿también tienen la culpa los maduros de que los jóvenes no encuentren vivienda? Parece ser que sí, por la sencilla razón de que no abandonan la suya propia. La descarnada realidad es que una parte considerable del mercado de la vivienda de segunda mano se nutre de las defunciones de sus actuales ocupantes. Aún más, en el pasado era muy frecuente que la vivienda no llegase siquiera a ofertarse en dicho mercado, porque pasaba a manos de los jóvenes como parte de su herencia. Todo eso ha cam-

biado con la madurez de masas. Si un hijo debe esperar a que mueran sus padres para poder disponer de una vivienda y formar su propia familia es mejor que se arme de paciencia. Y si no espera, sino que se decide a competir en el mercado con otros compradores, deberá enfrentarse a la escasez de la oferta inmobiliaria, acentuada por el mismo hecho. La elevada esperanza de vida de los maduros, y su empeñamiento cada vez mayor en seguir viviendo en su propio hogar en vez de trasladarse a una residencia colectiva o a la casa de algún hijo, hacen que la oferta de vivienda de segunda mano sea mucho menor de la que podría ser.

Ante tantos agravios e injusticias, lo extraño es que no hayamos asistido ya a una rebelión juvenil todavía más sonada que la de Mayo del 68. Incluso a los propagandistas del conflicto entre generaciones no les queda más remedio que admitir que los jóvenes actuales resultan poco receptivos ante las llamadas a la revolución. Nos encontramos, una vez más, ante un discurso que parte de supuestas descripciones rigurosas de lo que está pasando, utiliza razonamientos lógicamente aceptables y se enfrenta después a la cruda realidad de que sus predicciones no aciertan a cumplirse.

* * *

Bien, ya se han expuesto los principales argumentos en que se basan quienes predicen que la actual dinámica demográfica va a tener unas consecuencias nefastas. Lo que está pasando, según ellos, es que quienes ya alcanzaron las edades maduras se están beneficiando de todo y los jóvenes son los perjudicados. Como cada vez serán más los primeros y menos los segundos, los actuales mecanismos de redistribución de la riqueza van camino del colapso.

¿No suena eso un poco extraño? ¿No nos habíamos acostumbrado a un discurso radicalmente opuesto, según el cual eran los viejos los damnificados por el desarrollo contemporáneo y los que necesitaban ayuda? Para comprender lo que de verdad está pasando, resultará muy útil observar cómo se ha llegado a un cambio tan radical en la visión de la vejez.

Partamos del hecho cierto de que el nivel de bienestar de las personas maduras, medido en disposición de recursos económicos, está mejorando más deprisa que el de los jóvenes. Se trata sin duda de una buena noticia, porque no fue así durante los años sesenta y setenta. En realidad las nuevas tendencias eran previsi-

bles, y tienen su principal explicación en los propios perfiles generacionales de los maduros actuales, como argumentaré ampliamente en el siguiente capítulo (a partir de dicha explicación viene desdramatizando Anna Cabré el impacto del envejecimiento demográfico desde hace más de una década²⁸). Sin embargo se ha convertido en uno de los principales argumentos para predecir desastres futuros y exigir reformas drásticas.

Como las noticias parecen no ser relevantes hasta que vienen de fuera, el primero en ser escuchado al llamar la atención sobre tales novedades fue un demógrafo y economista estadounidense, Samuel Preston, a mediados de los años ochenta²⁹. Había descubierto que los niveles de pobreza en Estados Unidos evolucionaban de manera desigual según las diferentes edades. En los hogares con presencia infantil y en aquellos otros que incluían ancianos se habían alcanzado tradicionalmente las mayores proporciones de hogares pobres, y así seguía siendo. Pero Preston descubre que en los últimos, en realidad los más deprimidos hasta entonces, se estaban produciendo rápidas mejoras que ya situaban sus proporciones de pobreza, por primera vez, por debajo de las que padecían los hogares con niños. Junto a la descripción del fenómeno, el autor se embarca también en una serie de reflexiones que pretenden explicarlo y que sentarán un precedente nefasto. En resumidas cuentas, utiliza toda la panoplia ideológica del neoliberalismo triunfante en aquellos momentos en Estados Unidos para afirmar que se están perdiendo las virtudes de la familia tradicional, que los adultos cada vez piensan menos en los hijos y más en sí mismos y que el Estado es uno de los principales responsables, al ceder a las presiones de una población anciana, cada vez más numerosa e influyente. De este modo, lo que debería haberse convertido en una buena noticia, a saber, que los hogares más deprimidos del país mejoraban su situación relativa, se convirtió en motivo de alarma y en un argumento más contra el Estado del Bienestar.

Las conclusiones de Preston no son casuales. A mediados de los años ochenta, debe tenerse en cuenta, se estaba iniciando una auténtica revolución política en

²⁸ Cabré i Pla, A. (1989), «El efecto demográfico en el seguro de asistencia sanitaria», incluido en A. Salazar *et al.*, *Homenaje a D. Juan Guillem Galí*, «El seguro de asistencia sanitaria en España», Madrid, Agrupación Nacional de Enfermedad y Asistencia Sanitaria de UNESPA y Unión Española de Entidades Aseguradoras y Reaseguradoras.

²⁹ Preston, S. H. (1984), «Children and the Elderly: Divergent Paths for America's Dependents», en *Demography*, 21 (4): 435-457.

los países más ricos. Ronald Reagan llegaba a la presidencia de los Estados Unidos, con un programa muy agresivo contra los «excesos estatistas», especialmente los representados por el Estado del Bienestar. Margaret Thatcher aplicaba un programa similar en Gran Bretaña. En ambos países el recorte de los gastos sociales era un objetivo manifiesto, y los debates sobre la conveniencia de devolver a la familia la responsabilidad de cuidar a sus ancianos llegaron hasta los respectivos Parlamentos. Es en ese clima en el que hay que situar la conveniencia política de un «descubrimiento» como el que hace Preston. Sus trabajos fueron reproducidos poco después en otros países, con conclusiones similares. Por su parte, el ideario neoliberal se ha extendido y triunfado en prácticamente todo el mundo.

Los orígenes de un cambio político de tal magnitud hay que buscarlos en la década anterior, y tienen motivos económicos de gran calado, que afectan directamente a la viabilidad del Estado del Bienestar y a las políticas de vejez. La crisis económica mundial que se inicia con la súbita elevación de precios en los carburantes llegaba en un momento en que los países desarrollados se las prometían muy felices, instalados en una bonanza económica que parecía no tener fin. El repentino aumento de los costos energéticos provocó un brusco despertar. En el sector privado dicho aumento se trasladó a los precios de los productos, a los costos del transporte, a los márgenes de beneficio y, por tanto, a la viabilidad de un sistema productivo basado en el sector industrial. El sector público salió igualmente mal parado. Al amparo de los años de desarrollo acelerado, los Estados habían asumido un protagonismo económico sin precedentes, en cuanto planificadores y por la proporción de la riqueza que gestionaban. Confiados en el crecimiento económico sin fin, gastaban más de lo que ingresaban, a cuenta de los ingresos futuros, con tal de impulsar la economía por medio de grandes inversiones públicas que mejoraban las infraestructuras, generaban empleo y hacían circular rápidamente el dinero (política keynesiana que había tenido un gran éxito en la recuperación económica tras la Segunda Guerra Mundial). Todo ello permitía, también, el rápido desarrollo del Estado del Bienestar. Las condiciones eran favorables. No sólo el crecimiento económico era inusitado, sino que las características de la población parecían óptimas. El pleno empleo permitía financiar la implantación de pensiones y de otros derechos. Al fin y al cabo, en esa época los jóvenes eran abundantes, y los maduros, muy escasos.

La revolución neoliberal es una consecuencia directa de la crisis económica y de la incapacidad del Estado para paliarla. Pretende devolver el protagonismo a los mercados y a la iniciativa privada, y eliminar las trabas que el propio Estado

supone para el crecimiento económico. Pero ha favorecido también una percepción negativa de la madurez de masas y de sus consecuencias que tiñe buena parte del análisis sobre la evolución demográfica actual.

La identificación del sustrato ideológico de las alarmas ayuda a comprenderlas, pero por sí sola todavía no es suficiente para rebatirlas. Hay que examinar también con actitud crítica los argumentos y los datos que las fundamentan.

Para empezar, debe ponerse en duda la automática asociación entre la edad y el grado de dependencia. Las fronteras de edad son convencionales, artificiales, no se construyen a partir de criterios estadísticos objetivos e inamovibles, y mucho menos a partir del mayor o menor grado de independencia de las personas clasificadas por ellas. Y, sin embargo, la confusión entre ambas llega a tales extremos que se ha vuelto habitual considerarlas equivalentes. Buen ejemplo de ello es que a la relación entre mayores de 64 años y personas de 15 a 64 se la denomine «índice de dependencia senil»³⁰ sin el más mínimo recato. Si ya se acepta denominar así a un simple indicador de estructura por edades, se está predeterminando el modo en que se va a interpretar el valor numérico que asume, sin prestar ninguna atención a los cambios que puedan producirse en las características reales de las personas de tales edades.

De esta manera, el propio concepto de dependencia se utiliza con gran confusión y sin ningún rigor conceptual. Se convierte en el extraño resultado de mezclar nociones diversas sobre el estado de salud y la «discapacidad», sobre la situación económica, residencial e, incluso, emocional. Dicha confusión no contribuye en nada a aclarar cuál es el objeto de nuestros datos cuando hablamos de «relación de dependencia». En palabras de la Jefa del Servicio de Estudios del IMSERSO:

En sus acepciones más latas la dependencia evoca las carencias e insuficiencias de la propia condición humana. Porque somos seres psicobiológicos y, sobre todo, porque somos entes sociales, somos dependientes (etimológicamente el término proviene del latín pendere –pender de algo–) y esa circunstancia nos acompaña en nuestro devenir desde la cuna a la tumba. Podría decirse con mayor propiedad que más que dependientes somos interdependientes: nos nece-

³⁰ Banca Catalana (1999), *Evolució econòmica de Catalunya 1998*, Manresa, Servei d'Estudis de Banca Catalana, p. 45.

*sitamos unos a otros. Y esta multi e interdependencia se produce tanto en el ámbito emocional como en el biológico, el económico, el político y, en general, en todos los aspectos de la vida*³¹.

En otras palabras, dependientes somos todos y a cualquier edad. Está claro que no es ése el concepto de dependencia que se maneja para hablar de la vejez, pero conviene tenerlo en cuenta. Cuando se habla de la «dependencia senil» se están separando ciertas dependencias de otras, con lo que se pierde de vista que la equidad es global y que los intercambios pueden ser muy diversos: «tú me riegas las plantas este verano y yo te traeré embutidos del pueblo». ¿Quién es el dependiente aquí? Si se mira sólo el flujo de embutidos, sólo uno da y sólo uno recibe, pero eso es una deformación de la realidad.

Ahora bien, cuando se habla de la dependencia asociada a la edad, se hace exactamente eso. Sólo se mira un tipo de flujos, los que van de los productores a los consumidores. Se supone que los viejos sólo reciben, sin dar nada a cambio. Se trata de una visión viciada desde el principio, porque cierra los ojos a las compensaciones y a los méritos que puedan tener los que reciben y a los recursos propios que puedan poseer. ¿De verdad cree alguien que se gasta en personas que no ofrecen nada a cambio?

Pero olvidemos por un momento la cuestión de si hay o no pagos por lo que recibe un «dependiente» y centrémonos en la cuestión principal: ¿Qué reciben los viejos sin pagar en la misma moneda? La respuesta parece evidente: dinero y cuidados. Tanto el Estado, en forma de pensiones y servicios sociales y sanitarios, como las familias, en forma de vivienda, alimentos, o cuidados a los incapacitados, estarían proporcionando cosas por las que los viejos no corresponden con la misma moneda. Es por eso por lo que son dependientes, económicamente dependientes, y también físicamente dependientes.

La falacia es notoria. Esa visión de la vejez implica dos cosas: la jubilación produce automáticamente la insolvencia económica y la discapacidad médica. Si se acepta esta premisa, es natural llegar a la conclusión de que la sensible mejora del nivel de bienestar de la vejez actual sólo ha sido posible sobrecargando el

³¹ Rodríguez Rodríguez, P. (1999), «El problema de la dependencia en las personas mayores», incluido en Ricardo Moragas Moragas, *El reto de la dependencia al envejecer*, Barcelona, Herder, p. 197.

papel proveedor de recursos que ejercen quienes están en edad de trabajar. Toda la vida anterior a los 65 años queda borrada de un plumazo, pese a resultar evidente que las trayectorias generacionales de quienes alcanzan actualmente esa edad son muy diferentes a las de los jubilados de hace algunas décadas. Que los jubilados recientes dispongan de vivienda en propiedad, además de un patrimonio acumulado y de ahorros, que cuiden de sus padres nonagenarios, que ayuden a sus hijos, parece no tener nada que ver con sus propios trabajos y fatigas anteriores. Por lo visto, todo puede explicarse por el gasto en pensiones, y sus méritos propios no son suficientes para que se les deje de calificar como «dependientes».

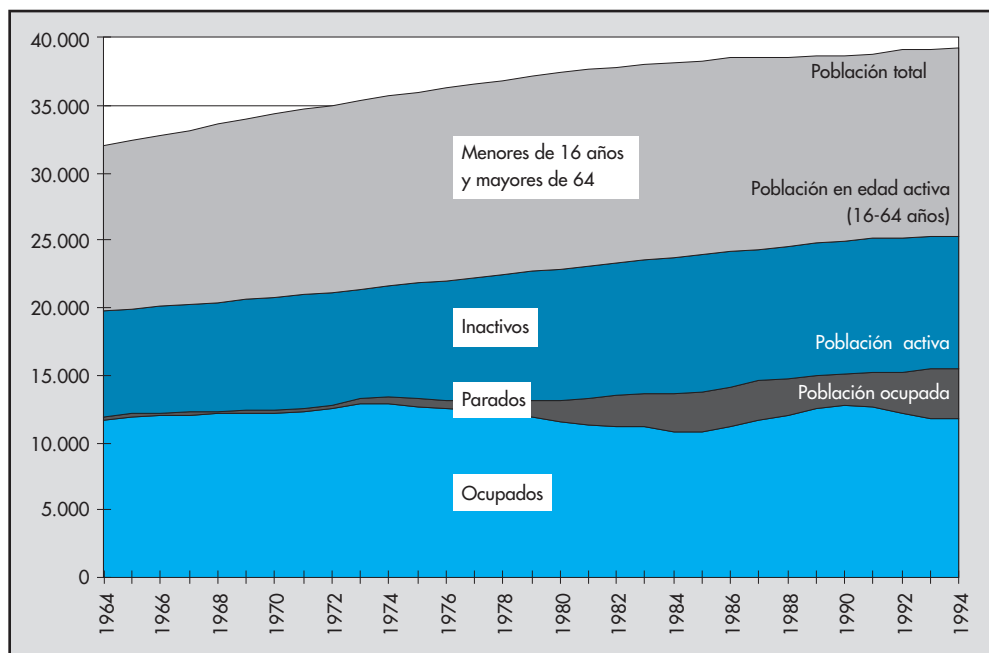
Se produce así una interesante paradoja: si se sigue aceptando el carácter intrínsecamente «deprimido» y dependiente de la vejez, el envejecimiento demográfico conduce al desastre; si, por el contrario, se constata que la situación de la vejez mejora, incluso más que la de los jóvenes, la evolución demográfica también conduce al desastre. Por tanto, hay que llegar a la conclusión de que el desastre no tiene por causa la dependencia de los ancianos, sino su mera existencia. No hace falta decir que no me parece una conclusión aceptable.

Pero incluso aceptando la premisa mayor de quienes identifican vejez y dependencia, la evolución de la estructura por edades resulta insuficiente para fundamentar sus conclusiones. Ya ha podido comprobarse en el Gráfico 9 que dicha relación va a «empeorar» en los próximos años, y nada tengo que objetar a las proyecciones demográficas en que se basa dicho indicador. Sí son objetables su uso y su interpretación, que se ha convertido en un lugar común a la hora de juzgar el impacto económico de la evolución demográfica y, sobre todo, la sostenibilidad futura del sistema de reparto en las pensiones y del Estado del Bienestar en general. Claro está que, para comprobar quién tiene razón, será necesario esperar muchos años, pero la falacia de las previsiones basadas en la relación de dependencia puede demostrarse sin necesidad de esperar, porque también disponemos de datos sobre el pasado. Basta con hacer un ligero esfuerzo de imaginación que nos conduzca a una época anterior como si desconociésemos lo que había de ocurrir en las décadas siguientes.

Para tal ejercicio vamos a utilizar los datos de la Encuesta de Población Activa, que proporciona desde 1964, de manera homogénea y continuada, información sobre la relación que tienen los españoles con la actividad laboral. Supongamos que, gracias a las previsiones demográficas y de población activa, en 1964

hubiésemos dispuesto de los datos que se resumirán a continuación, y que revelan cuál ha sido la evolución de dicha variable a lo largo de tres décadas completas de la historia de España. Nada sabríamos, por tanto, sobre la evolución económica, política y social posterior, pero tendríamos las herramientas necesarias para calcular la relación de dependencia.

GRÁFICO 14. Población según su relación con la actividad. España 1964-1994



Fuente: Blanes, A.; Gil, F. y Pérez, J. (1996), *Población y actividad en España: evolución y perspectivas*, Barcelona, Servicio de Estudios de «la Caixa», Colección Estudios e Informes, n.º 5.

En 1964 la población total es de unos treinta y dos millones de personas, mientras que en 1994 ascenderá hasta casi cuarenta. Por tanto, se nos está prediciendo un crecimiento de más de siete millones de personas en un horizonte de tres décadas. Es menos de lo previsto realmente en los años sesenta (nadie podía saber entonces que la natalidad disminuiría de la manera en que lo ha hecho después), pero no deja de constituir un crecimiento considerable en términos absolutos y relativos.

CUADRO 8. Comparación entre 1964 y 1994 respecto a la relación de la población española con la actividad laboral (en millares)

	1964	1994	Incremento absoluto	Incremento relativo
POBLACIÓN TOTAL	32.015,1	39.246,8	7.231,6	+23%
Edades inactivas (0-15 y 65 y +)	12.282	13.948	1.667	+14%
Edades activas (16-64)	19.734	25.299	5.565	+28%
Inactivos	7.860	9.830	1.971	+25%
Activos	11.874	15.468	3.594	+30%
Ocupados	11.623	11.770	147	+1%
Parados	251	3.698	3.448	+1.375%
No ocupados (totales) por cada ocupado	1,75	2,33	—	—

Fuente: Blanes, A.; Gil, F. y Pérez, J. (1996).

Pues bien, según nuestras «previsiones EPA», de ese crecimiento se derivará un aumento de la población potencialmente activa de más de cinco millones que, sin embargo, no se traducirá en población realmente ocupada. Nuestra «predicción» nos dice que el número de ocupados sólo va a crecer, a partir de los 11,62 millones de 1964, hasta 11,77 millones en 1994, es decir, apenas 147.000 ocupados más en treinta años. De ese modo, el porcentaje de la población realmente productiva caerá de un 36% a tan sólo el 30%. Por el mismo motivo, la relación de dependencia real, es decir, aquella que sitúa en el numerador a todos los que no trabajan y en el denominador a los que sí lo hacen, sufrirá una degradación considerable. Nuestras previsiones nos dicen que si cada ocupado sostiene a 1,8 personas en 1964, dentro de treinta años deberá sostener a 2,3. Dicho en otros términos: cada dos ocupados de 1994 deberán mantener a una persona más de las que mantenían en 1964.

Insisto en que no se trata de una previsión incierta, sino de lo que va a ocurrir en realidad. Es evidente que alguien que en 1964 hubiese tenido en las manos estas previsiones sobre lo que había de ocurrir en el futuro, hubiese dispuesto aún de más razones que los catastrofistas actuales para predecir un futuro nefasto al país. De hecho, los datos anteriores son mucho peores que las previsiones actuales. Si éstas garantizaran que en los próximos treinta años la población ocupada sólo

va a tener un crecimiento absoluto del 1%, mientras que el crecimiento total se situará en el 23%, el de las edades no activas será del 14% y la población en paro crecerá un 1.375%, es posible que muchas personas se planteasen seriamente abandonar el país.

Y sin embargo, ésa es exactamente la evolución protagonizada por España durante las tres décadas en cuestión. La pregunta obligada es ahora muy simple: si comparamos la situación en 1964 con la existente en 1994, ¿cómo ha evolucionado el resto de indicadores económicos y sociales, especialmente los relativos al bienestar de los españoles?, ¿cuándo se vive mejor en España? Es evidente que quienes hubiesen predicho un empeoramiento sustancial basándose en la información anterior se hubiesen equivocado de manera aparatosa. Nunca el país ha producido tanta riqueza, ni Hacienda ha recaudado tanto, ni las familias han dispuesto de tantos recursos. Nunca el nivel de estudios medio había sido como el actual, ni la proporción de estudiantes universitarios tan alta, ni las mujeres habían alcanzado cotas de igualdad similares, ni se había gastado tanto en la crianza de los hijos. La esperanza de vida es de las mejores del mundo, la mortalidad infantil de las más bajas y ha dejado de poderse afirmar aquello de que «Europa empieza en los Pirineos». Jamás nuestro país había disfrutado de los niveles de bienestar actuales, que lo colocan entre los más aventajados en los indicadores internacionales de desarrollo humano. La diferencia entre la España de 1964 y la de 1994 es abrumadora, no resiste ninguna comparación. Si los agoreros se hubiesen basado en la evolución de la relación de dependencia, la previsión hubiese sido radicalmente contraria a la realidad.

No parece que la experiencia haya servido de nada. Pese a que el pasado reciente demuestra de manera contundente el carácter falaz de la relación de dependencia, siguen utilizándose las proyecciones de población por edades para vaticinar las mayores catástrofes y para recomendar medidas de ajuste con gran urgencia. Las alarmas siguen sonando.

La experiencia, no obstante, debería servir de algo. ¿Cómo ha podido resistir el país una evolución demográfica y del mercado de trabajo tan desfavorable? ¿Cómo ha conseguido en tales condiciones mejorar de manera tan espectacular el nivel de vida de sus ciudadanos, garantizar y universalizar las pensiones, mejorar los servicios y las infraestructuras, aumentar, en suma, el gasto público y el privado? No hace falta ser economista para comprender que el auténtico factor determinante en todo ello no ha sido la evolución de la estructura por edades, sino el aumen-

to de la riqueza. Lo que cuenta a la hora de gastar no es sólo cuántos somos, sino cuánto producimos, y la productividad de los trabajadores españoles se ha multiplicado por un orden de magnitud que deja en ridículo el modo en que pueda haber crecido el conjunto de la población y la proporción de personas que no trabajan. No sólo se han aplicado técnicas revolucionarias a la producción industrial, al tratamiento de la información, a la organización de los servicios, sino que ha habido también trasvases cuantitativamente impresionantes de mano de obra desde sectores escasamente productivos a otros en que la relación entre trabajo y producto parece de ciencia-ficción.

Quienes se basan en la relación de dependencia para predecir futuros desastres suelen ser economistas, de modo que deben conocer perfectamente tales cambios. Sin embargo, no suelen mencionarlos en sus análisis. Pero va siendo hora de poner todas las cartas sobre la mesa. El modo en que está evolucionando la relación entre población y riqueza en los países desarrollados supone ciertamente un problema, pero no es ni demográfico ni económico, sino político. Si cada vez una proporción menor de los habitantes del país produce una cantidad de riqueza mayor, resulta inevitable plantearse la manera de redistribuir parte de esa riqueza entre los que no trabajan. Proyectando dicha evolución indefinidamente podríamos prever un futuro absurdo en el que la producción de riqueza alcanzase unas cantidades desorbitadas, pero resultase de la ocupación de un único trabajador. Es el extremismo de la hipótesis lo que la hace parecer absurda, pero el problema político que encubre es muy real: ¿cómo deberían repartirse los frutos de ese trabajo?

La miopía de las alarmas

Si, cuando uno sale a cenar, después no puede dormir porque ha gastado dinero en ello, si a uno le toca la lotería y lo único que hace después es ponerse de mal humor porque tiene que pagar una parte a Hacienda, si cuando se tiene un hijo la única emoción que ello le produce es la preocupación por lo mucho que va a costar criarlo, no atribuya, al menos, su negro estado de ánimo a tales acontecimientos. Puede estar seguro de que algo falla en él mismo y en su manera de ver las cosas.

Las alarmas ante el envejecimiento demográfico conllevan la misma actitud. Sólo atienden al dinero que ha costado la cena. Ésta puede haber sido opípara, el vino, excelente, la compañía, muy grata, el servicio, impecable. Nada de ello

importa porque, al salir, hay que pagar. La población del país puede haber superado las graves crisis del pasado, haberse convertido en una población sana, mejor alimentada, escolarizada, atendida en sus necesidades sanitarias, productiva... Nada de eso importa. La edad media de la población aumenta, y ése parece ser el único cambio importante.

El error, en este caso, es mucho más grave, porque el envejecimiento demográfico no es un «pago» por conseguir ventajas en otros terrenos, sino parte integral del progreso hacia un equilibrio poblacional más saneado y eficiente.

Quienes todavía están dispuestos a rasgarse las vestiduras ante esta afirmación se ven abocados a proponer cambios sociales que sí derivarían en desastres y desequilibrios y que no resisten un mínimo examen crítico. El envejecimiento demográfico sólo puede detenerse impidiendo que los distintos grupos de edad aumenten con ritmos desiguales. Por fortuna, nadie se plantea hacerlo obligando a morir antes a los de mayor edad, lo que reduce las opciones a una sola: aumentar el número de quienes tienen el resto de edades con la misma rapidez con que crecen los más añosos. Pues bien, para que el número de mayores de 64 años existentes en 1996 y que suponían un 15,6% de la población total hubiese tenido el mismo peso relativo que en 1975 (10,4%), hubiesen hecho falta 19,7 millones de personas adicionales con menos de 65 años. En otras palabras, la población de España debería haber crecido en un millón de personas más cada año y superaría ampliamente los 60 millones de personas.

No se trata de un imposible. Para conseguirlo podría haberse recurrido a dos vías: importar jóvenes o producirlos dentro del propio país. En efecto, un incremento de la inmigración podría haber contrarrestado la dinámica demográfica, a condición de tener por protagonistas a personas jóvenes (de nada serviría, en cambio, fomentar la inmigración de jubilados europeos atraídos por nuestro delicioso clima). Ahora bien, no parece que la importación de un millón de personas cada año hubiese resultado aceptable para nadie, y ni siquiera está claro que el país hubiese podido generar todos los puestos de trabajo, todas las plazas escolares, todas las nuevas viviendas, necesarias para ello, sobre todo teniendo en cuenta que esos años incluyen una etapa de profunda crisis económica y unas cifras de paro sin precedentes.

La otra solución, que la fecundidad fuese mayor, parece más atractiva y más aceptable. Pero conduce igualmente a resultados descabellados. No bastaría con que la fecundidad se hubiese mantenido en las ya de por sí altas tasas de 1975.

Puesto que la supervivencia de los maduros ha aumentado desde entonces, la fecundidad tendría que haber crecido también de manera paralela.

Un reciente estudio francés evalúa precisamente el modo en que debería haber evolucionado la fecundidad gala desde 1945 para que, en ausencia de inmigración, la proporción de franceses mayores de 60 años no hubiese aumentado desde entonces³². Pues bien, de una fecundidad en torno a dos hijos por mujer en los años cincuenta, Francia debería haber aumentado su fecundidad hasta 3,5 a partir de la mitad de los años ochenta (prácticamente el doble de la que tiene Francia realmente, y cerca de las fecundidades pretransicionales francesas). De los 625.000 nacimientos del año 1946 debería haberse pasado a 1,28 millones en 1994 (casi el triple de los que hubo realmente).

Los mismos cálculos, para España, conducen a absurdos todavía mayores, que no tienen que ver únicamente con la previsión hipotética de números y proporciones en la población, porque también las condiciones de vida deberían ser otras. Anna Cabré ha calculado cómo deberían haberse comportado los catalanes sólo para mantener las pautas de fecundidad de esa época:

*... supongamos que, milagrosamente —no veo otra manera—, la fecundidad de las mujeres en 1996 volviera a las características de 1975 sin que cambiara nada más; es decir, ni la nupcialidad, ni la ocupación, ni la autonomía residencial. En tal caso, uno de cada tres padres y tres de cada cinco madres carecerían de cualquier tipo de ocupación, apenas la mitad de madres estarían casadas y más de la mitad de los progenitores viviría en casa de sus propios padres o de otros parientes. No digo que sea imposible, pero ¿gustaría?*³³.

En suma, son las soluciones que se proponen las que realmente supondrían catástrofes sociales. Por fortuna, el comportamiento de las personas sigue su propia lógica, mucho más coherente, y el resultado agregado muestra entonces una sorprendente «sabiduría colectiva».

Es como si las poblaciones fuesen conscientes de hacer una elección entre diversas cosas, valoradas positivamente pero que no pueden tenerse a la vez. Igual

³² Calot, G. y Sardon, J.-P. (1999), «Les facteurs du vieillissement démographique», publicado en *Population*, 54 (3): 509-552.

³³ Cabré i Pla, A., «Si sólo subiera la natalidad...», publicado en *El Periódico*, 24.12.1995.

que un consumidor tiene que elegir en qué gasta su dinero porque las cosas que le gustan, todas juntas, están fuera de su alcance, la población tiene que elegir entre tres posibles valores, positivos, pero excluyentes entre sí de tal manera que dos de ellos hacen imposible el tercero. Los tres valores comúnmente aceptados como deseables para la evolución futura de esos sujetos ficticios llamados «poblaciones» son:

- el retroceso de la muerte, anhelo humano ancestral infinitamente de veces reflejado en el mito de la inmortalidad;
- la juventud demográfica, que equivale al sueño de la eterna juventud, igualmente ancestral en los seres humanos;
- el equilibrio demográfico, que impida tanto el declive numérico como la saturación y agotamiento del espacio y los recursos existentes (el equivalente a escala planetaria ha sido uno de los objetivos más publicitados en las últimas décadas ante el *boom* demográfico de los países en vías de desarrollo).

Hay que elegir. El genio de la botella sólo concede dos deseos: si se prefiere una población siempre joven a la vez que el equilibrio demográfico, no puede pretenderse también que las personas vivan cada vez más tiempo y el sueño de la inmortalidad debe sacrificarse; si se consigue retrasar significativamente la llegada de la muerte y se pretende a la vez una estructura por edades siempre joven, el equilibrio es imposible y hay que crecer indefinidamente; si se elige el equilibrio pero también se quiere ganar terreno ante la muerte, la juventud eterna no es un objetivo realista, la estructura por edades debe envejecer.

Ese extraño sujeto al que conocemos como «población española» ya ha elegido (y ha elegido lo mismo que la gran mayoría de las «poblaciones desarrolladas»). Ha renunciado a la eterna juventud y ha preferido ganar tiempo de vida a la vez que se persigue el equilibrio. Creo que es una sabia elección. Las poblaciones con pirámides siempre jóvenes no eran el valor más positivo. Sobre todo porque las pirámides «envejecidas» no son las catástrofes que algunos quieren hacernos ver. No había, además, ninguna otra elección realmente viable. Renunciar a mejorar la esperanza de vida de los seres humanos hubiese sido ir contra los tiempos, contra la corriente imparable de la historia, pero también contra el innato instinto de supervivencia de los seres humanos. La renuncia al equilibrio, es decir, el crecimiento indefinido y acelerado, tampoco era una posibilidad real. En poco tiem-

po los límites nacionales y los del planeta para sostener más población se hubiesen revelado trágicamente. La renuncia a la eterna juventud, la aceptación del envejecimiento demográfico, no sólo es posible sino que tiene incluso ventajas notables en sí misma. Hasta en el análisis de sus consecuencias se equivocan los alarmistas, como me propongo demostrar.

4.2. MADUREZ DEMOGRÁFICA Y REEQUILIBRIO SOCIAL ENTRE LAS DIFERENTES EDADES

Si he conseguido argumentar que lo realmente importante es la madurez de las poblaciones y no su envejecimiento, puedo ya hacer un balance más positivo que el habitual sobre las transformaciones demográficas recientes, incluido el cambio en la estructura por edades. Dicho cambio no es más que una parte más de la reestructuración del tiempo de vida y entre las diferentes generaciones que coexisten simultáneamente.

Parte de la preocupación provocada por el envejecimiento demográfico se basa en la supuesta degradación del nivel de bienestar de los niños y jóvenes ante el avance aplastante de la tercera edad. Pero los argumentos en que se basa dicha suposición no resisten la crítica. La disminución del porcentaje de niños y jóvenes provoca, nos dicen, que los adultos ya no les presten la atención de antaño y piensen más en sí mismos. Como la procreación ya no es una obligación imperiosa y como la población ya puede mantenerse con muchos menos nacimientos que antes, los adultos tienen cada vez menos reparos en romper sus relaciones de pareja, se han vuelto individualistas, la familia ha dejado de tener la importancia de otros tiempos. Los niños, en cambio, no pueden hacer lo mismo. Siguen siendo dependientes de la familia, de modo que el progresivo desapego familiar de los adultos no puede más que crearles problemas.

Visión bastante limitada, proveniente además del amplio surtido de nuevos argumentos familiaristas característicos de otros países y que sólo de manera forzada puede aplicarse a la realidad social en España. Es cierto que en Estados Unidos las tasas de divorcio son espectaculares y que uno de sus resultados es la enorme proporción de menores que ya no conviven con sus dos progenitores porque éstos se han separado. Pero los nostálgicos del pasado deforman la realidad de la infancia contemporánea en los países desarrollados, a la vez que idealizan la realidad familiar de otros tiempos.

A los niños actuales no se les presta el suficiente afecto, nos dicen, cosa que no pasaba en la familia tradicional, aunque hubiese más dificultades económicas. Pero hace tiempo que la investigación histórica ha revelado que la intensidad de las funciones afectivas en las familias del pasado era escasa³⁴. La pobreza, la necesaria subsistencia, el trabajo embrutecedor, los intereses materiales, se imponían a menudo sobre el amor a los hijos.

También es corriente el argumento de que las familias en el pasado estaban más unidas y que mantenían un contacto más intenso y más frecuente. Pero la realidad es que los lazos se cortaban casi absolutamente cuando un miembro de la familia se marchaba a vivir a otra población. No había teléfono, ni coches, ni tiempo para hacer viajes con el solo propósito de visitar a los familiares. Nunca se han idealizado tanto los lazos familiares como en la actualidad, y probablemente por eso se busca en el pasado una situación que hoy se considera perdida y que, en realidad, nunca existió. Basta con analizar el éxito de audiencia de ciertos programas televisivos que se dedican a reunir ante las cámaras a familiares separados hace años, con el correspondiente efecto lacrimógeno en los protagonistas, en la audiencia y hasta en los presentadores, para comprobar la alta valoración actual de la familia (que por otra parte también las encuestas sociológicas confirman plenamente).

Los padres, nos dicen, estaban presentes en la educación y crianza de los hijos, no como ahora, que delegan tales funciones en guarderías, ludotecas, canguros y colegios. Por lo visto, ahora los progenitores, demasiado atareados con su trabajo, demasiado preocupados por sí mismos, ni siquiera hablan con sus hijos adolescentes. La familia había sido, antaño, un capital fundamental para los hijos ya adultos, los padres transmitían su oficio y sus conocimientos, las madres colaboraban cuando tenían nietos.

Idealización, nuevamente, del pasado, basada en una proyección de nuestros valores actuales que ha llegado incluso hasta los arqueólogos de Atapuerca, cuando afirman que la menopausia femenina es una adaptación natural para que las abuelas ayuden a criar a sus nietos. Lo cierto para la mayor parte de la población es que los hijos, hasta no hace mucho, han gozado muy escasamente de las aten-

³⁴ Como mínimo desde los años setenta las evidencias son suficientemente concluyentes. Una buena exposición de tales evidencias puede encontrarse en Shorter, E. (1977), *Naissance de la famille moderne*, Paris, Éditions du Seuil.

ciones de sus padres. No es sólo que el padre estuviese muchas horas trabajando la tierra, o en el mar, o en los caminos³⁵, sino que las madres estaban tanto o más ocupadas. Tan tradicional nos parece ahora la madre ama de casa, que se olvida que ésa es una figura que sólo se consolida en España en la segunda mitad de este siglo. Tan acostumbrados estamos a la reivindicación feminista del trabajo extradoméstico, que ya no se tiene en cuenta la ancestral necesidad de que también las mujeres realizaran trabajos productivos, incluso fuera del hogar. Los primeros años de vida de los niños eran sumamente duros porque, entre otras cosas, muchas madres ni siquiera les daban el pecho ellas mismas. La infancia era muy breve, hasta tal punto que algunos historiadores la consideran un «invento» contemporáneo³⁶. Los hijos tenían que llevar dinero a casa, o contribuir directamente con su trabajo a la producción doméstica desde su más tierna infancia. Muchas niñas se enviaban a servir a otras casas antes de los diez años, pero, incluso si no era así, desde bien pronto se hacían cargo de los trabajos del hogar, sin ser extraño que sustituyesen a sus madres en la crianza de los hermanos pequeños.

Cuando hoy en día nos escandaliza que se explote el trabajo infantil en los países más pobres, cuando nos produce perplejidad que algunos incluso legalicen el trabajo a partir de los diez años, deberíamos recordar que eso era lo normal en Europa hasta el siglo pasado, y que en España no se promulgan medidas para la regulación efectiva del trabajo de los menores hasta la segunda década de este siglo.

Respecto a la presencia de los padres, el trabajo no era su único impedimento. Sabemos que la mera existencia de los padres en la vida adulta era improbable. Todavía en el siglo XVIII, en un país avanzado como Francia, la edad media a la que ya habían fallecido tanto el padre como la madre era inferior a los treinta años.

No, ciertamente el mundo no era demasiado amable para los más pequeños, ni siquiera en el estricto ámbito familiar. La primera cosa que les ha garantizado la

³⁵ Acostumbrados, como estamos, al puesto de trabajo geográficamente estable, se suele olvidar que los movimientos estacionales en el mundo agrario han sido siempre muy importantes. Entre 1857 y 1930 el número de personas circulantes en el interior de España se mantenía de manera constante entre las 400.000 y el medio millón, como demuestran Gómez Díaz, D. y Céspedes Lorente, J. (1994), «Ausentes, transeúntes y nacidos en otra provincia, un sistema de flujos y stock para evaluar la movilidad migratoria española, 1860-1930», presentada en *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Universidad del País Vasco, pp. 31-83.

³⁶ Ya es un clásico sobre este tema Ariès, Ph. (1987), *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus.

madurez de masas es la existencia de sus mayores mientras ellos se hacen adultos. No sólo la de los padres y madres, sino también la de abuelos y abuelas. ¿De verdad hay que ver en ello una catástrofe?

Si la presencia de abuelos y abuelas es resultado de su mayor supervivencia, la reducción del número de hermanos es una consecuencia directa del descenso de la fecundidad. El elevado tamaño de las descendencias de antaño ha pasado a la historia, hasta el extremo de que en la actualidad se considera legalmente «numerosas» a las familias que tienen tres hijos. Nuevamente hay quien ve en ello un motivo de preocupación. No entraré en un debate más propio de la psicología sobre la conveniencia o no de que los niños tengan hermanos, o si es mejor que tengan pocos o muchos. Pero conviene recordar que no hay unanimidad en las respuestas ni siquiera entre los propios profesionales de dicha disciplina. Mientras tanto, lo indiscutible es que la reducción en el tamaño de las descendencias facilita a los progenitores concentrar sus cuidados y recursos en los hijos que tienen.

A efectos demográficos, los pocos hijos que se tienen son suficientes, porque duran más, y ya hace tiempo que la demografía considera que el aumento de la supervivencia fue el que desencadenó en su día la transición demográfica y el que ha provocado el descenso moderno de la fecundidad. No está claro, sin embargo, que la relación entre el descenso de la mortalidad y el de la fecundidad tenga una sola dirección y existen, de hecho, excepciones notables al orden clásico de acontecimientos. Sin ir más lejos, es el caso de Cataluña, donde la fecundidad empezó a disminuir antes que la mortalidad. Es muy posible que también el descenso de la fecundidad fuese uno de los factores que mejoraron la supervivencia infantil. No es una sospecha nueva. Las familias reducidas han sido una reivindicación muy antigua entre los sectores progresistas europeos. «Maternidad consciente» se la llamaba en los círculos neomalthusianos de clase media, entre las feministas y entre los anarquistas ibéricos. El argumento era simple: más vale tener pocos hijos y criarlos bien que tener muchos y mal. Es muy posible que, en efecto, una de las primeras mejoras conseguidas mediante esa reducción fuese la propia supervivencia de los hijos.

Los pocos hijos, por tanto, no sólo han beneficiado al buen funcionamiento de los sistemas demográficos. También han beneficiado a los propios niños. Una natalidad elevada acompañada de una mortalidad igualmente alta supone no sólo el derroche de vida que hacía ineficientes los sistemas demográficos antiguos. También supone un derroche de recursos para sus propias familias. Durante tiempo

inmemorial, la crianza de los hijos ha sido una inversión, y su fallecimiento, una pérdida de los recursos invertidos. Hasta que la supervivencia de los niños no ha quedado asegurada no ha valido la pena hacer grandes inversiones en cada uno de ellos. Lo más rentable era diversificar los riesgos invirtiendo poco en muchos hijos. Es un pez que se muerde la cola. Si la inversión en cada uno de los hijos ha sido escasa, también se pierde menos si mueren. Claro está que una población con pocos nacimientos pero con una larga vida por delante presenta una estructura por edades envejecida, pero eso no es un problema, sino una gran ventaja para los propios niños.

Pero hay más. Aunque parezca contradictorio, casi imposible, lo cierto desde un punto de vista histórico es que a la vez que disminuía la fecundidad también se reducía la infecundidad. Este juego de palabras es posible porque no se trata de indicadores complementarios. Es perfectamente compatible que el número de hijos por mujer (fecundidad) sea cada vez menor, pero que la proporción de mujeres que no tienen ningún hijo (infecundidad) también descienda. Compatible y, hasta cierto punto, lógico. Nuevamente resulta coherente, desde el punto de vista demográfico, que al generalizarse entre las mujeres el hecho de ser madres, sea innecesario que cada una de ellas sea tan prolífica como en épocas en que las mujeres sin hijos eran una considerable parte de la población. Y a la inversa, la generalización de las familias con descendencias reducidas permite a muchas más personas tener descendencia. Eso es exactamente lo que ha ocurrido en España al menos desde 1900, cuando más de una décima parte de las mujeres alcanzaba los cincuenta años sin haber llegado a casarse. El famoso *boom* de la natalidad de los años sesenta no lo causa un aumento en el número de hijos por madre, número que no hace más que descender a lo largo de todo el siglo. El verdadero motivo del *baby boom* es que pocas de las mujeres en edad fecunda durante los años sesenta se quedaron sin tener su propia descendencia³⁷.

Por tanto, la madurez de masas ha tenido una consecuencia positiva también para los jóvenes: ha generalizado la posibilidad de formar pareja y de tener hijos. Se suele atribuir esa novedad al espectacular despegue económico que sucedió a

³⁷ Las primeras pruebas de esta afirmación pueden encontrarse, aunque basadas en datos poco definitivos, en Sarrible, G. (1995), «Maternidad e infecundidad: más madres, menos hijos». Pocos años después, sin embargo, los datos son ya indudables y conducen a la misma conclusión en Pérez Díaz, J. (2001), *Transformaciones sociodemográficas en los recorridos hacia la madurez. Las generaciones españolas 1906-1945*.

la larga posguerra y a la desastrosa autarquía, olvidando que, además, la fecundidad había seguido descendiendo mientras tanto, pese a los esfuerzos natalistas y familiaristas de la dictadura, a la vez que la supervivencia de los niños experimentaba una transición crucial. La baja fecundidad y la elevada supervivencia eran condiciones casi imprescindibles para facilitar a cualquier joven la constitución de su propia familia. Hasta entonces la familia de origen de esos mismos jóvenes hubiera visto disminuir su nivel de vida al prescindir tan pronto del trabajo y de la aportación económica de sus hijos. Hasta entonces, la dilatada descendencia que podía llegar a tener quien se casase joven era un factor disuasorio para el matrimonio temprano y hacía recomendable la espera.

Por todo ello, el envejecimiento demográfico, expresión directa de la combinación entre una supervivencia creciente y una fecundidad menguante, no ha hecho más que mejorar las condiciones de vida tanto de los menores como de los adultos jóvenes. El gran número de nacimientos de los años sesenta supuso una breve ralentización de la tendencia a que aumentase la proporción de ancianos, pero no debe ser visto como un fenómeno ajeno a dicha evolución, y mucho menos como una interrupción en el advenimiento de la madurez de masas. Por el contrario, fue una de sus consecuencias.

Si la oportunidad de formar pareja y tener hijos se generaliza, también la situación de los que son padres mejora respecto a la de los padres y madres del pasado. La mayor eficiencia demográfica descarga a los individuos de sus responsabilidades reproductivas. Permite la madurez como espacio de libertad. Puede añadirse que, incluso, transmite libertad también a las edades fecundas. Eso puede verse como algo preocupante, porque obliga a tomar decisiones sobre los propios actos reproductivos que antes parecían automáticamente asociados al matrimonio. Erik Fromm en *El miedo a la libertad* ya señalaba que las nuevas posibilidades pueden provocar desorientación y nostalgia por los tiempos en que todo estaba más predeterminado. La traducción de la mayor libertad en tensiones en el seno de las propias familias, tensiones que afectan a su propia estabilidad, es un tema frecuente en la literatura sociológica actual³⁸. Pero incluso las actuales rupturas matrimoniales son posibles porque, paradójicamente, las relaciones familiares se han vuelto mucho más voluntarias, más intensas, más exigentes respecto a la satisfacción emocional que deben generar. El listón para que ambos miembros de la pareja consideren aceptable la relación no ha bajado, sino que se ha puesto más alto de lo que había estado nunca.

³⁸ Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (1998), *El normal Caos del Amor*, Barcelona, El Roure.

Quienes han visto abrirse nuevas posibilidades vitales de manera más notoria son las mujeres en edad reproductiva. Siempre habían soportado las mayores cargas en la procreación y crianza de los hijos, de manera que también son las que han experimentado una liberación mayor. Siguen siendo mujeres las que traen los hijos al mundo, pero nunca habían tenido tanta capacidad de decisión sobre su número, la edad a la que hacen o, simplemente, sobre el mero hecho de hacerlo o no. De nuevo la mayor capacidad de elección se traduce en una vida menos predeterminada, menos predecible, lo que no quiere decir necesariamente más fácil, sino más libre. De destino «natural» de la mujer, la maternidad ha pasado a ser una opción vital más.

Todos estos cambios suponen un reequilibrio social entre las diferentes edades. De un mundo en el que el conjunto social y familiar parecía supeditado a la vida adulta y en el que las personas del resto de edades eran consideradas bien «incompletas», bien «seniles», hemos pasado a otro en el que cada etapa de la vida tiene importancia y significación en sí misma. Las edades en que eso resulta más evidente son, claro está, las infantiles y las edades maduras y avanzadas, pero lo cierto es que son todas, en conjunto, las que han experimentado el cambio en sus mutuas relaciones.

Quizá se trate de una transformación históricamente puntual, y después de ella vuelva a alcanzarse una nueva estabilidad coherente con el nuevo equilibrio entre fecundidad y mortalidad. Pero también podríamos estar sólo en los inicios de un cambio mucho más prolongado en el tiempo. En cualquier caso, para las personas que actualmente ya han atravesado las edades maduras no sólo han cambiado las relaciones con el resto de edades, sino que ellas mismas ejemplifican recorridos vitales a lo largo de sus propios años de vida que hacen muy diferentes a unas generaciones de otras. El proceso histórico que ha conducido a la madurez de masas es suficientemente reciente como para que todavía se hallen presentes muchos de sus protagonistas, pertenecientes a generaciones «peculiares» y muy diferentes entre sí respecto a lo que cada edad significó en su vida.

5. LA INFLEXIÓN EN LOS PERFILES GENERACIONALES: UN PIE EN EL PASADO, EL OTRO EN EL FUTURO

«En la página anterior, con 67 años, Marlene Patton, jubilada de una fábrica de cristalería, ha recorrido más de 500.000 kilómetros con su Harley. En la imagen aparece en el Sturgis Motorcycle Rally, del que ya fue nombrada "reina" en 1977».

Pie de la foto de una «motera» en Estados Unidos
(La Vanguardia Magazine, 3.2.2002)

Edades y edades

En ciencias sociales hacemos uso de la distribución por edades con tanta frecuencia que, al final, las edades parecen convertirse en un objeto de investigación en sí mismas. Pero aunque se hable de las características, los comportamientos y los cambios de los grupos de edad, lo cierto es que tales grupos no existen³⁹. Quienes hoy tienen catorce años tendrán quince dentro de un año, y cincuenta dentro de treinta y seis. Este uso de la palabra «edad» constituye una perversión del lenguaje, porque acaba convirtiéndola en una realidad fija, inmóvil, por la que van pasando diferentes personas, cuando lo real son las personas, y las edades son las que van pasando por ellas.

No se trata de un juego de palabras, ni de una distinción sin importancia que sólo deba preocupar a los maniáticos de la corrección lingüística. Personas sumamente competentes y con responsabilidades públicas de primer orden interpretan mal ciertos fenómenos sociales porque no tienen en cuenta la distinción entre las edades y las personas que las tienen. Por poner un ejemplo inocuo, cierta ex minis-

³⁹ Una crítica técnica y concluyente de la expresión «grupos de edad» puede encontrarse en Requena y Díez de Revenga, M. (1992), «Secularización, clases de edad y generaciones; el caso de la sociedad española», incluido en C. Moya, A. Pérez Argote, J. Salcedo y J. F. Tezanos, *Escritos de teoría sociológica*, Madrid, CIS, pp. 993-1018.

tra de Cultura comunicaba en rueda de prensa, aún en ejercicio de dicho cargo no hace muchos años, los resultados de una encuesta a los adultos españoles sobre sus hábitos de lectura. Expresaba su satisfacción por el aumento del número de lectores y de las horas que dedican, por la reducción de las diferencias sociales y geográficas y porque las mujeres leen más que antes, más incluso que los hombres. En cambio, decía, los datos por edades muestran una tendencia preocupante. Pese a que se lee más con la edad, es decir, los adultos jóvenes leen más que los adolescentes, y las personas de edad mediana y madura presentan proporciones de lectores propias de los países desarrollados, los españoles leen mucho menos cuando han pasado de los sesenta años. ¿Qué les ocurre a los que cumplen esas edades? ¿Por qué dejan de leer? ¿Quizá la vista empieza a fallar, o es que la jubilación afecta a su estado de ánimo? Se trata de preguntas vanas, porque en realidad la edad no tiene nada que ver en esto. Que las personas que actualmente rebasan los sesenta años lean menos que las de cuarenta tiene que ver con ellas, no con su edad. Pasaron su infancia y su juventud en unas condiciones que requerían mucho esfuerzo físico, pero pocos libros. Muchas no aprendieron a leer ni a escribir, y muchas más no fueron nunca a la escuela. Que ahora tengan más de sesenta años es accidental; tampoco pudieron leer mucho cuando eran más jóvenes.

Cuando no se tienen en cuenta las trayectorias vitales de las personas ni los acontecimientos y cambios que las han marcado, la lógica de las edades se pierde. Se comprueba, con perplejidad, que lo que define a cada edad no permanece estable, cunde la sensación de que nuestras herramientas para comprender el comportamiento de las personas fallan, que hay que reconstruirlas constantemente y, pese a todo, los cambios nos superan y van siempre por delante.

Hasta la estatura media ha dejado de poderse predecir directamente a partir de la edad. Según el Ministerio de Defensa, que dispone de amplias series históricas de datos provenientes de las tradicionales pruebas físicas realizadas a los mozos llamados a filas, los mozos de los últimos reemplazos de la leva obligatoria son sensiblemente más altos que tiempo atrás, a pesar de ser reclutados a las mismas edades. Anclados en la confianza conferida al carácter predictivo de las edades, hechos como el anterior siguen sin ser tenidos en cuenta. Los niños tienen actualmente más problemas de columna provocados por la mala postura a que les obligan los pupitres de los colegios, porque estos muebles escolares se siguen haciendo con las medidas estándar de las generaciones escolarizadas en los años cuarenta y son demasiado pequeños. Sin embargo, los pediatras saben perfectamente que, incluso antes de nacer, sus escalas de peso y estatura para los fetos se

están quedando anticuadas. ¿No les resulta familiar el padre o la madre que comenta, feliz, cómo del último escáner resulta que su futuro retoño tiene una talla por encima de la media?

Por poner un último ejemplo, que nos aproxima ya al límite entre lo biológico y lo social, considérese el coeficiente de inteligencia (CI). Los psicólogos pretenden medir con él las capacidades, innatas, genéticamente determinadas, no los conocimientos adquiridos. La psicología evolutiva hace tiempo que identificó el esquema temporal con el que se desarrolla la inteligencia de las personas en las sucesivas edades, de manera que el CI medio de una población adulta debería permanecer bastante estable. Sin embargo, el CI medio de las poblaciones desarrolladas ha aumentado espectacularmente en las últimas décadas. Los genes no cambian tan deprisa.

En las ciencias sociales el error es especialmente frecuente, y grave. Grave, porque cumplen un papel fundamental en las políticas públicas, es decir, fundamentan actuaciones, y ello porque se les supone algún valor predictivo, como a cualquier otra ciencia. La ciencia en general puede ser muy interesante en sí misma y ayudar mucho a la mera comprensión abstracta del «mundo». Pero los tiempos de la escolástica ya pasaron, y el objeto del conocimiento científico dejó hace mucho tiempo de ser simplemente la comprensión de las «esencias» aristotélicas. Nuestro conocimiento sobre el mundo tiene hoy día una función añadida fundamental: su utilidad práctica.

¿Cuál es el modo habitual de proceder en ciencias sociales respecto al análisis por edades? ¿Cómo consiguen que tenga valor predictivo? Congelándolas. El modo en que se analizan los efectos futuros de la madurez de masas constituye un ejemplo privilegiado de tal error. Se supone que ya es conocido lo que significa tener setenta u ochenta años. Si las proyecciones de población nos dicen que en el año 2021 el número de mayores de ochenta años rebasará los dos millones trescientos mil, la tarea de predecir las consecuencias resulta muy sencilla. Basta con multiplicar.

Las edades inmóviles

Analicemos con más detalle el fundamento de esa manera de actuar. Si las personas se comportaran siempre según su edad, bastaría con estudiar cuál es ese comportamiento para tener en las manos una herramienta de predicción ideal. Una vez

supiéramos cómo son los que tienen cinco, treinta o sesenta años, podríamos también predecir cómo se comportarán en el futuro los que hoy en día todavía no los tienen.

El razonamiento es muy atractivo. Incita a la investigación previa, de modo que no se le puede acusar de no mirar al mundo para ver lo que hay. Se basa, además, en un modo de pensar simple y útil para cualquiera. Siempre ha funcionado en la vida cotidiana.

Vayamos hacia atrás en el tiempo, imaginemos haber nacido en una población rural medieval, y supongamos que empezamos a tener uso de razón. Alguien de pocos años, pero avisado y lleno de curiosidad, que quiera saber cómo ha de ser su vida futura, cómo tendrá que ganarse la vida, cómo habrá de buscar pareja, cómo tendrá que tratar a sus hijos o cómo le tratará su propia familia cuando ya sea bastante mayor, sólo tendrá que observar. Las personas de cada edad que vea a su alrededor le servirán de modelo con el que podrá hacerse una idea bastante buena de lo que le tocará vivir cuando también tenga esas edades.

Pero ¿es eso cierto? Para que esa manera de pensar nos sea realmente de utilidad es necesario que nada cambie, que la historia se halle detenida completamente. No basta, entonces, con retroceder hasta las sociedades preindustriales. Tendríamos que ir mucho más atrás, hasta la prehistoria en su sentido más estricto, es decir, hasta sociedades que no tienen historia ni oral ni escrita, sociedades que no necesitan la crónica de los acontecimientos que cambiaron sus vidas porque no los hubo. Casi imposible.

Sin embargo, vamos a rebajar nuestras exigencias y a aceptar que esa manera de pensar puede ser útil a pesar de los cambios, a condición de que éstos no sean demasiado intensos ni demasiado rápidos. Con todas las reservas del mundo, podría considerarse que las sociedades preindustriales cumplen esa condición. Aceptaríamos que en ellas los hijos siguen el oficio de sus padres, los roles familiares están muy definidos, la mayor parte de la población es rural y se dedica a la producción agraria, las clases sociales son estancas... En realidad, es aceptar demasiado, pero ése es el supuesto implícito necesario, y quizá por eso el análisis por edades había sido tan importante hasta ahora.

Pero la intensidad de los cambios y la velocidad con que se suceden en la actualidad son otra cosa. En estas condiciones, es evidente que los menores no pueden adivinar cómo será su futuro mirando a sus mayores. Y los sociólogos no pue-

den saber cómo serán los maduros del futuro estudiando cómo son los del presente. Esta afirmación tiene consecuencias muy graves para el modo usual de funcionar en ciencias sociales, en el que se sigue tratando a las edades como si constituyesen grupos de personas de similares características. Sobre todo, lo sumerge en un mar de confusiones y lo complica enormemente cuando pretende hacer previsiones de futuro a partir de lo que hoy conocemos de cada edad.

¿Quiere eso decir que no es posible hacer ningún tipo de predicción a partir de lo que ya sabemos? ¿Tanto cambian las personas? ¿Realmente no nos dice nada la edad que tienen? No, no cambian tanto. Pero para apreciarlo hay que restar importancia a las comparaciones entre las personas diferentes y de diferente edad en un mismo momento, y observar mejor cómo es cada una de ellas a medida que va cumpliendo años. Las edades tienen su lógica temporal, los hechos de la vida son secuenciales y sus consecuencias se van acumulando a lo largo de los años. Se atraviesan encrucijadas que no tienen marcha atrás y que explican mucho de lo que hacemos en el presente y en el futuro. Sin embargo, para poder utilizar toda esa información, hay que abandonar la óptica de las edades abstractas, impersonales, y volver a la visión de las edades como estadios sucesivos en el tiempo continuo de la vida de las personas.

Ha llegado el momento de restar importancia a la edad, y se ha vuelto imprescindible dirigir la atención hacia las generaciones.

Las edades de las generaciones

Antes de continuar, es el momento de aclarar que el concepto demográfico de «generación» es muy concreto y no coincide con otros usos bastante corrientes. No coincide con el que es habitual cuando se habla de la «generación X», de los escritores de la «generación del 98», o de los jóvenes contestatarios que protagonizaron las revueltas de París en 1968. Tampoco es el mismo que se utiliza al afirmar que el actual sistema de pensiones está basado en un pacto entre generaciones. Ni siquiera al afirmar que en una familia hay tres o cuatro generaciones presentes se está utilizando el concepto en su acepción demográfica. El concepto que se maneja aquí es mucho más sencillo: una generación es una cohorte de nacimientos, es decir, el conjunto de individuos nacidos en un mismo intervalo de tiempo. Generalmente el intervalo en cuestión es un año concreto, de manera que lo más corriente es llamar a las generaciones por el año de nacimiento.

El diagrama ilustra la vida humana en un espacio-tiempo de 4 dimensiones. El eje vertical, etiquetado como 'Tiempo de vida', muestra una escala de 1 a 8. El eje horizontal, etiquetado como 'Tiempo histórico', muestra una escala de años de 1900 a 1907. Las flechas azules indican el flujo del tiempo hacia el futuro. Las líneas diagonales representan la vida de individuos de diferentes generaciones: Generación 1900, Generación 1901 y Generación 1902. Las flechas azules indican el flujo del tiempo hacia el futuro.

Se pierde así parte del encanto. Para la demografía Unamuno, Machado, Pío Baroja o Azorín no pueden estudiarse como miembros de la generación de 1898. Nacieron bastante antes, y ni siquiera lo hicieron en el mismo año. Pero también se sale ganando. Las generaciones demográficas no son clasistas ni discriminatorias. Incluyen a todos los nacidos. No sólo a los que vivieron, sino también a los que murieron poco después de nacer. No sólo a los que escribieron, sino también a los iletrados o analfabetos. No sólo los que participaron en las protestas estudiantiles, sino también a los que las contemplaron desde sus televisores.

136

1950 está cumpliendo actualmente (en 2002) 52 años. Pero las edades recuperan su significado auténtico: vuelven a ser estadios temporales sucesivos a lo largo de la vida de personas auténticas. Si en el año 2010 volvemos a disponer de datos sobre los hábitos de lectura de los habitantes de España, los mayores de sesenta años leerán mucho más que los actuales, y constataremos una vez más que tales edades han cambiado. Pero ese cambio es predecible a partir de nuestro conocimiento actual de las generaciones nacidas entre 1939 y 1950. Pensando en generaciones, y no sólo en edades, habremos conseguido lo que parecían haber perdido las ciencias sociales: aprovechar una clave más para comprender los cambios presentes y para prever los comportamientos futuros.

Frente a las ventajas, hay que reconocer los inconvenientes. Disponer de una tabla de datos desagregados por edades relativos a un año concreto, como 1999, es mucho más fácil que convertir a los nacidos en 1900 en el objeto de nuestro estudio y construir la misma tabla con datos referidos siempre a las mismas personas a medida que van cumpliendo cada edad. En el primer caso basta con una única operación de recuento, como las que proporcionan los censos, o puede recurrirse simplemente a una encuesta suficientemente representativa. En el segundo caso hay que esperar cien años y utilizar y reelaborar todas las estadísticas disponibles a lo largo de ese tiempo. Muy a menudo no hay recogida de datos que se haya ido repitiendo durante tanto tiempo, las existentes son incompletas o las preguntas que se hacían han cambiado mientras tanto. Ante tales dificultades, no es de extrañar que el análisis generacional sea raro, cuando no inexistente, ni que la mayoría de las ciencias sociales se conforme con estudiar las edades de cada momento.

Por fortuna, la demografía constituye una excepción. Es cierto que utiliza profusamente la óptica de «momento» (también denominado «transversal»), como el resto de ciencias sociales, pero el análisis demográfico se distingue claramente de todas ellas porque ha desarrollado plenamente las técnicas necesarias para utilizar también el análisis «longitudinal», es decir, el de las generaciones.

Ha sido necesario disponer de series de datos muy largas. Para saber cómo ha ido falleciendo una generación completa, y calcular cuál ha sido el número medio de años de vida de sus miembros, hay que esperar cien años y utilizar todas las estadísticas sobre mortalidad por edades que se hayan ido produciendo a lo largo de ese tiempo. Si lo estudiado es la fecundidad, las cosas son más fáciles, porque nos bastará con esperar hasta que ya pasen de los 50 años. Aun así, no

resulta sencillo. Muchas de las generaciones que hoy tienen hijos aún no han cumplido esa edad, de modo que todavía no podemos saber realmente cuál será finalmente su fecundidad.

No puede esperarse tanto tiempo para saber qué está pasando con la mortalidad, con la fecundidad o con cualquier otro fenómeno demográfico en estos momentos. Por eso se han inventado técnicas de análisis que construyen indicadores generacionales a partir de la información de un solo año. Todo el mundo los conoce; son indicadores como la esperanza de vida, la fecundidad o la nupcialidad «de 2002», o de cualquier otro momento. Pero estos indicadores generacionales, llamados «sintéticos», son en realidad una ficción, un invento, no tienen como referente ninguna generación de las que ha existido o existirá.

Para aclarar este asunto, tomemos como ejemplo la fecundidad. A cualquier lector de prensa le resultará familiar el tipo de dato según el cual, en la España que empezó este nuevo siglo, la fecundidad era aproximadamente de 1,2 hijos por mujer en edad fecunda, de las más bajas del mundo. Pero ¿se entiende bien el significado de ese número? Podría parecer que en 2000 cada mujer española de entre quince y cincuenta años está teniendo un hijo como mínimo, conclusión absurda que cualquiera puede desmentir simplemente mirando a su alrededor. Entonces, ¿qué quiere decir ese extraño número?, ¿qué realidad pretenden describir los indicadores sintéticos?

La respuesta es algo técnica, pero no demasiado complicada. La fecundidad de 2000 nos dice cuántos hijos tendrían, como promedio y a lo largo de su vida, las mujeres de una generación que, al ir cumpliendo años, tuviesen hijos de la misma manera que los están teniendo en 2000 las mujeres que tienen cada edad. Si, en 2000, las mujeres de menos de veinte años tienen pocos hijos, las de veinte a treinta también, e incluso las mayores de treinta son reacias a tenerlos durante este año, la generación ficticia que construimos para calcular el Índice Sintético de Fecundidad tendría muy pocos hijos a lo largo de toda su vida.

Es evidente que, frente a un artificio técnico como el que permite calcular la fecundidad de 2000, lo deseable sería disponer de los datos sobre la fecundidad de cada edad para generaciones reales. Sólo así podríamos hacernos una idea cabal del modo en que ha ido cambiando el comportamiento reproductivo en los ciclos vitales de las personas. La posibilidad técnica de hacer tales cálcu-

los, la disposición de amplias series históricas de datos y la virtud que tiene el análisis generacional de describir el comportamiento demográfico real (no el «sintético») me han hecho adoptar dicha óptica de análisis en mis investigaciones de los últimos años. Es esa misma actitud la que conduce, finalmente y de forma irremediable si lo que se pretende es analizar los efectos de la revolución en la supervivencia, a poner el énfasis en la madurez de masas en vez de en el envejecimiento demográfico. La primera es un fenómeno generacional, mientras que el segundo es transversal.

Fruto del trabajo recogido por el CED o directamente realizado en él, estamos hoy en disposición de indicadores relativos a la mortalidad, la nupcialidad, la fecundidad, la instrucción o la actividad de las generaciones. Su observación revela claramente que la madurez de masas no ha supuesto únicamente una transición hacia un perfil generacional novedoso por su eficiencia reproductiva. Como resulta fácil suponer, un cambio de tal calado ha ido acompañado de una inflexión general del conjunto de las características generacionales. Su comprensión debe convertirse en objeto prioritario de estudio para quienes realmente necesiten hacer previsiones sobre las características de quienes sobrepasen las edades maduras en el futuro.

¿Por qué «inflexión»?

El uso aquí del término «inflexión» no es arbitrario. Ya se ha argumentado que el advenimiento de la madurez de masas supone un auténtico cambio de fase, y no una variación acumulativa de cambios graduales. Ese cambio tiene protagonistas de carne y hueso y las generaciones implicadas van quedando marcadas en diferentes edades por los acontecimientos históricos que lo han hecho posible. La guerra civil o la comercialización masiva de la penicilina pueden datarse perfectamente en el tiempo, pero sus efectos son diferentes en las generaciones presentes según la etapa de la vida que atravesaban en esos momentos.

Los progresos de la supervivencia que han conducido a la madurez de masas también son protagonizados por generaciones diferentes y a diferentes edades. Como ya ha podido comprobarse antes, tales mejoras han sido tan rápidas en España que provocan la convivencia actual de personas con trayectorias vitales extraordinariamente diversas, algunas de ellas bastante extrañas. Un buen ejemplo son los nacidos durante la guerra civil. Además de ser escasos (las guerras suelen

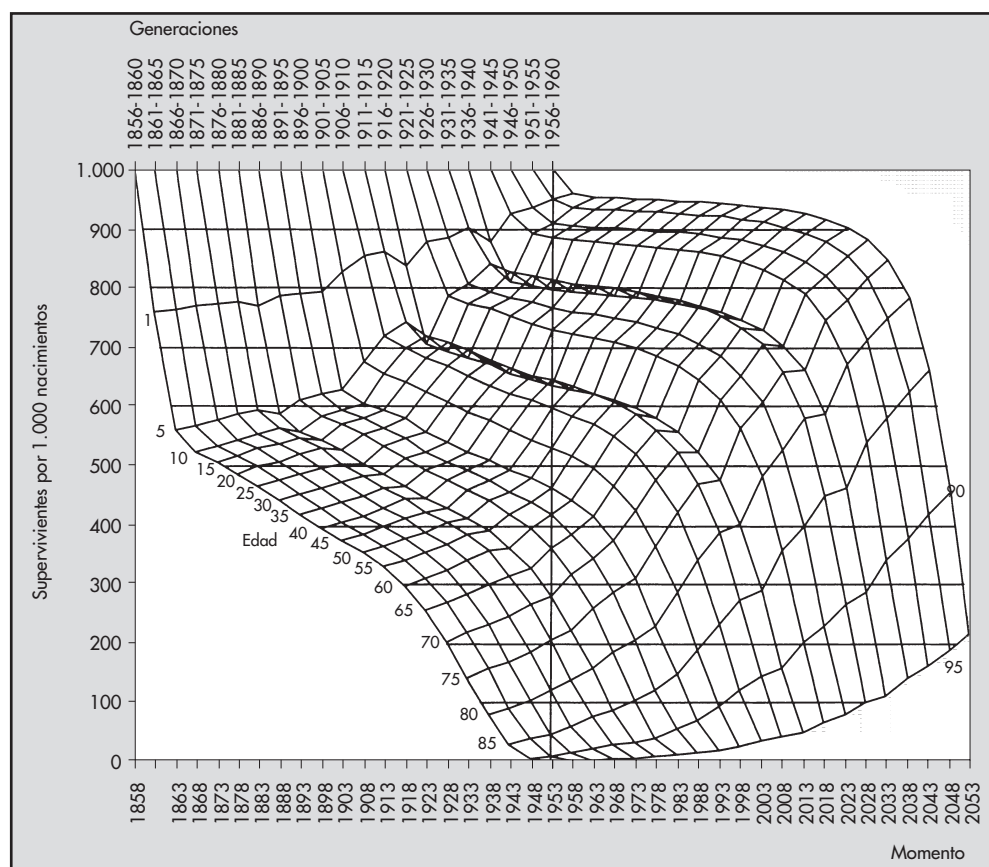
coincidir con repentinos y acusados descensos de la natalidad), es decir, una de esas «generaciones vacías» que ciertos acontecimientos históricos son capaces de producir, sus primeros años coinciden con una coyuntura pésima respecto a la mortalidad por edades. Sin embargo, los que sobrevivieron hasta los años cuarenta se han encontrado viviendo en un mundo en el que la mortalidad es ya «moderna». Un pie en el pasado y otro en el futuro, ésta es la peculiaridad que define a muchas generaciones españolas y las convierte en un objeto de estudio sumamente interesante. Si no se investigan cuáles son sus trayectorias, si sólo tenemos en cuenta los actuales cambios económicos, políticos o sociales, difícilmente podremos comprender su comportamiento actual.

5.1. EL RECURSO «TIEMPO» EN LAS PERSPECTIVAS VITALES

Empecemos por delimitar, desde la óptica generacional, quiénes han sido los protagonistas históricos del advenimiento de la madurez de masas, es decir, aquellos que, una vez han conseguido atravesar el periodo reproductivo completo, todavía no han perdido a la mayor parte de sus efectivos iniciales por el camino. Para ello disponemos de las tablas de mortalidad por generaciones, de manera que bastará simplemente con observar cuáles son las que llegan a los cincuenta años con una proporción de supervivientes superior al 500‰. De hecho, la aparición de generaciones con un comportamiento adaptado a las nuevas condiciones probablemente será posterior, porque los cambios demográficos presentan inercias importantes y sus efectos no son inmediatos. Pero una proporción superior a la mitad de los nacimientos posee un innegable valor simbólico y permite ya hablar de «supervivencia mayoritaria» hasta la madurez.

Las primeras generaciones femeninas que cumplen nuestro requisito simbólico son las nacidas en el último lustro del siglo XIX. Las curvas de supervivencias correspondientes a los varones tienen formas muy similares, por lo que no se representarán aquí, pero padecen cierto retraso comparativo en relación a las femeninas. Por tanto, y sin haber pretendido conceder importancia a los cambios de siglo, tan de moda actualmente, lo cierto es que son las nuevas generaciones del siglo XX las que cumplen, por primera vez en la historia de España, la condición de sobrevivir en su mayor parte hasta la madurez. Los efectos de dicha supervivencia sobre las pautas de comportamiento de quienes llegan a dicha etapa de la vida empezarán, por tanto, a ser visibles en la España de los años cincuenta, es decir, muy tarde.

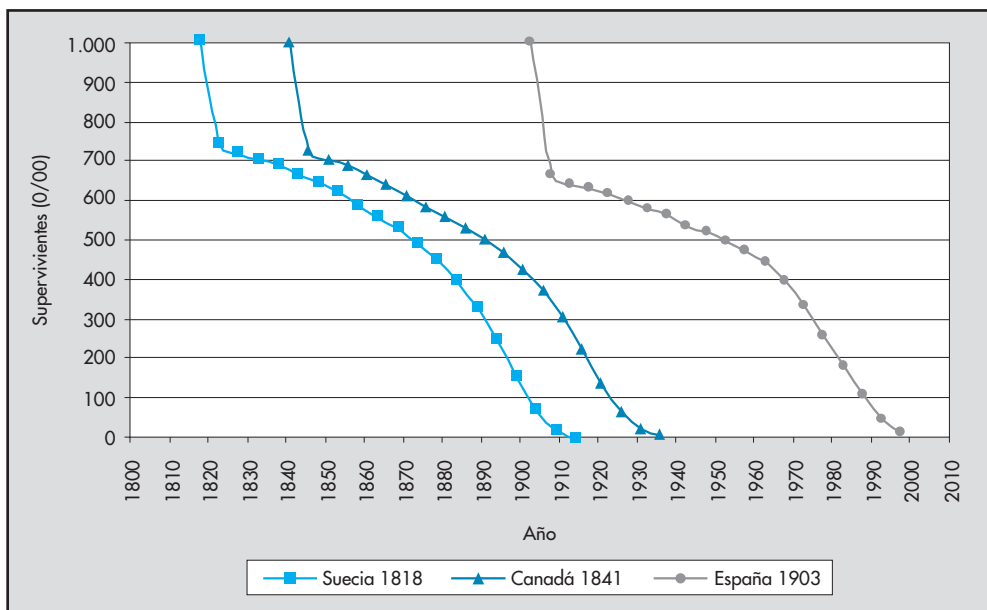
GRÁFICO 16. Curvas de supervivencia por edad. España, generaciones femeninas 1856-1960



Fuente: Pérez Díaz, J. (2001).

Ahora bien, como ya se argumentó extensamente en el primer capítulo, son las expectativas de supervivencia percibidas por los propios individuos a su alrededor las que realmente cuentan para comprender sus propios proyectos vitales, la manera en que encaran su futuro, el modo en que aprovechan y distribuyen un recurso tan etéreo pero tan esencial como es el tiempo de vida supuestamente disponible. Los nacidos a principios del siglo xx no podían ser conscientes de su peculiaridad porque, obviamente, no la conocían por anticipado, y la mortalidad de las generaciones que les habían precedido, aquella de la que sí podían tener noticias, no

GRÁFICO 17. Curvas de supervivientes por edad de las primeras generaciones en alcanzar la madurez de masas en Suecia, Canadá y España



Fuente: Pérez Díaz, J. (2002), p. 16.

podía augurarles ni remotamente una supervivencia como la que realmente iban a tener. Más de una cuarta parte de los nacidos entre 1900 y 1930 había quedado huérfana de padre antes de cumplir los quince años. ¿Cómo iban a tener la seguridad de que no le ocurriría lo mismo a sus propios hijos?

Las mujeres nacidas entre 1911 y 1915 conseguirán llegar vivas a los cincuenta años en el 60% de sus efectivos al nacer, y las generaciones 1921-1925 conservarán ya el 70% de su efectivo inicial hasta esa edad. Esta primera ola de maduros mayoritarios alcanzará los años cincuenta y sesenta totalmente desprevenida, sin haber tenido ni la consciencia de su peculiaridad ni el ejemplo de sus mayores. Su vida anterior habrá sido sumamente azarosa, poco prometedora de supervivencias dilatadas tras haber atravesado las últimas (aunque todavía no se supiese) dos grandes crisis de mortalidad en España, y las estrategias vitales de sus protagonistas todavía se ven muy afectadas por la vivencia de tales crisis.

A pesar de esa peculiaridad de los primeros maduros de masas, lo cierto es que son descendientes de generaciones que ya venían reduciendo su fecundidad y que veían también mejorar la supervivencia de sus hijos. Ellos van a seguir esta pauta. Pero en su comportamiento reproductivo todavía pesan las condiciones propias de un sistema demográfico más pretransicional que moderno. Los métodos artificiales de regulación de la descendencia aún no están disponibles, de modo que los niveles que alcanza su fecundidad siguen sujetos a los dos limitadores tradicionales: la edad al matrimonio y la proporción de quienes no llegan a contraer nupcias. Ambos se verán aumentados por los efectos de la guerra civil, especialmente en las generaciones que la padecen precisamente en las edades casaderas. Por tanto, son generaciones con un alto grado de heterogeneidad interna, que incluyen elevadas proporciones de solteras, de casadas con pocos hijos, con muchos, o sin ninguno. Cuando lleguen a los cincuenta años todo eso dibujará una madurez muy desigual. Junto a los padres de familias numerosas será frecuente la viuda perennemente de luto que encara la madurez confiando en alguno de sus hijos solteros, y también la figura de la solterona, esa «tietta» cantada por Serrat y que muchos de los jóvenes de los años cincuenta y sesenta recordarán como parte de su propia familia.

La previa trayectoria laboral de estos desprevenidos pioneros de la madurez masiva no les proporciona tampoco demasiadas garantías para encarar dicha etapa vital. Apenas han tenido tiempo de ser niños. Los hombres nacidos antes de 1930 tienen una edad media inferior a los quince años cuando empiezan a trabajar, y son casi el 70% los que ya están ocupados a dicha edad. Si son niñas el inicio es sólo un poco más tardío, menos de un año más, y la proporción de ocupadas es menor, apenas un 60%, pero la mayoría ha empezado mucho antes a hacerse cargo del trabajo doméstico.

No hay apenas tiempo para los estudios. Pese a las mejoras que protagonizan estas generaciones, la España de principios de siglo muestra un retraso notable en este tema. Casi un 40% de las mujeres y un 30% de los hombres nacidos en los primeros cinco años del siglo xx no fue nunca a la escuela. Estos porcentajes disminuyen en las generaciones posteriores, pero todavía rondan el 20 y el 15% entre los nacidos a finales de los años veinte, generaciones en que más de un tercio de los escolarizados no acabó los estudios primarios, y éstos fueron los únicos estudios que tuvo la mayoría restante hasta nada menos que los nacidos en los años cincuenta. Trabajo precoz y pocos estudios, fiel reflejo de un país todavía eminentemente agrario. Hasta las generaciones nacidas en los años treinta, en España la mayoría de los varones habrá iniciado su vida laboral trabajando en el campo.

Los pioneros de la madurez de masas tienen todavía raíces débiles. Se convierten en adultos en momentos difíciles y llegan a los años cincuenta con una vida ya hecha que, en muy poco tiempo, se va a ver sacudida por transformaciones económicas y sociales de gran calado en las que ya no podrán jugar apenas ningún protagonismo. Si forman parte de las grandes migraciones de los años sesenta, dejarán toda una vida atrás sin estar preparados para la que les espera. Ya no tienen tiempo de reconvertir su perfil laboral y sus hijos les van a superar en todos los terrenos. La vejez les aguarda sin que acaben de creerse que todavía vivirán muchos años, perspectiva poco halagüeña, por cierto, para quienes ven desintegrarse las estrategias familiares en que basaban su futuro, sin que todavía se haya desarrollado una protección social suficiente para las personas de mayor edad.

Será necesario esperar a la siguiente hornada de maduros, los que descienden de estos primeros pioneros, para que empiecen a ser visibles las consecuencias positivas de la madurez de masas. El primer aviso llega con los años ochenta, cuando alcanzan la madurez los nacidos a principios de los años treinta, y el primer signo es, simplemente, su volumen, prácticamente dos millones y medio de miembros de las generaciones 1931-1935. Nunca se habían contabilizado tantas personas de 50-54 años en España como en el Censo de 1981 y en el Padrón de 1986. Estas generaciones son más abundantes, al nacer, que las de los años veinte, pero su volumen inicial no es la auténtica explicación de su tamaño al llegar a los cincuenta años. Las generaciones del primer lustro del siglo habían sido igualmente abundantes y, sin embargo, apenas superaron 1,8 millones al cumplir esa misma edad. Los maduros en los años ochenta son tantos porque pertenecen a generaciones en las que los supervivientes son ya tres cuartas partes de los nacidos.

Esta nueva oleada de maduros probablemente pasa inadvertida porque el fenómeno demográfico que acapara toda la atención en los años ochenta es el descenso de la natalidad, iniciado a mediados de los setenta, y que se sigue acentuando una década después. La aceleración del envejecimiento demográfico resultante hace que, en todo caso, se empiece a observar con interés a los maduros de primera ola, ahora ya mayores de 65 años, pero los maduros de «última hornada» parecen no representar un colectivo suficientemente importante.

Sin embargo, los nuevos maduros de los años ochenta son un objeto de investigación privilegiado, y no sólo por su volumen. En primer lugar, probablemente son los primeros que alcanzan los cincuenta años siendo conscientes de que sus propias expectativas de supervivencia les van a llevar más allá de la primera vejez.

**CUADRO 9. Indicadores de supervivencia de las personas de 50 años
(por generaciones)**

Generaciones	Hombres			Mujeres		
	Supervi- vientes	e ₅₀	Edad mediana	Supervi- vientes	e ₅₀	Edad mediana
1856-1860	337	19,7	70,0	354	21,6	72,2
1861-1865	348	19,9	70,3	365	22,2	72,9
1866-1870	359	20,1	70,5	377	22,9	73,5
1871-1875	371	20,6	70,1	390	23,7	74,3
1876-1880	389	20,9	70,8	406	24,5	75,2
1881-1885	397	21,4	71,5	413	25,3	76,3
1886-1890	425	21,9	72,7	443	26,2	77,6
1891-1895	427	23,4	74,3	457	27,4	78,6
1896-1900	449	24,6	74,8	479	28,4	79,4
1901-1905	496	25,1	75,5	531	29,6	81,1
1906-1910	544	25,9	76,7	585	30,5	82,2
1911-1915	576	26,6	77,6	623	31,4	83,3
1916-1920	574	27,4	78,7	613	32,3	84,3
1921-1925	656	28,1	79,8	700	33,2	85,2
1926-1930	692	28,9	80,7	733	34,1	85,9
1931-1935	739	29,6	81,5	780	34,8	86,6
1936-1940	729	30,2	82,3	768	35,5	87,2
1941-1945	812	30,9	83,1	854	36,2	87,9
1946-1950	839	31,5	83,8	880	36,9	88,5
1951-1955	869	32,1	84,7	911	37,5	89,1
1956-1960	890	32,8	85,3	932	38,1	89,8

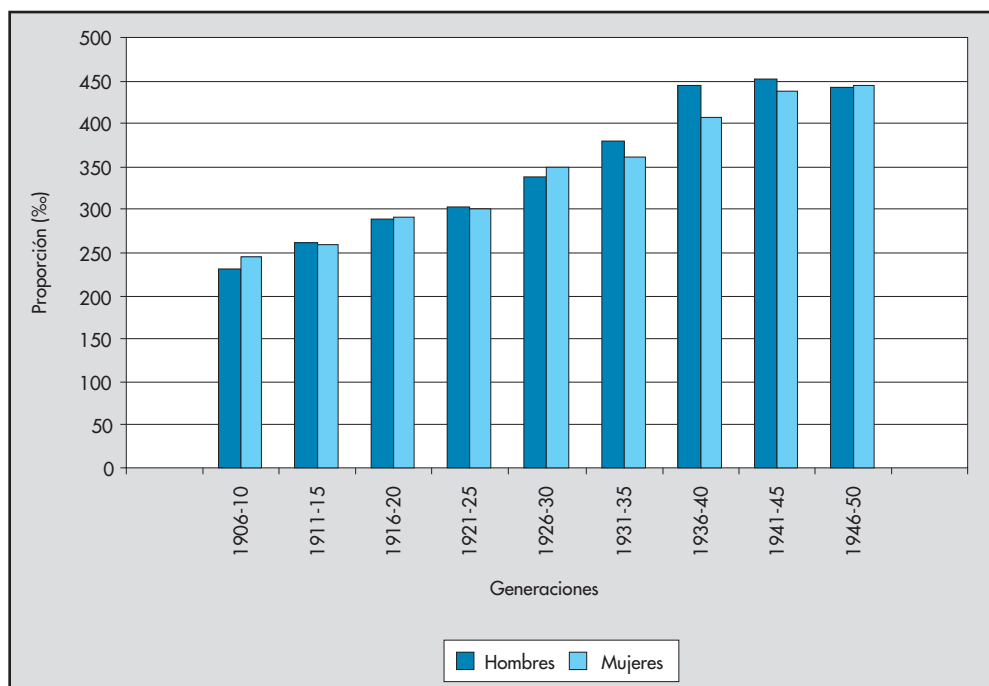
Fuente: Cabré i Pla, A. (1999), *El sistema català de reproducció. Cent anys de sigularitat demogràfica*, Barcelona, Ed. Proa.

- La columna de supervivientes indica la proporción de miembros de cada generación que alcanza los 50 años de edad por cada mil nacimientos originales.
- e₅₀ = esperanza de vida a los 50 años de edad.
- La **mediana** indica la edad a la que habrá fallecido la mitad de quienes llegan vivos a los 50 años.

Las tablas de mortalidad y unas previsiones muy moderadas nos dicen que los nacidos en los años treinta que llegan a cumplir los cincuenta años tienen por delante más de tres décadas de vida como promedio. Si son mujeres, no habrá fallecido la mitad de ellas hasta pasados los 86 años. Seguramente no conocen tales estadísticas, pero sí tienen a su alrededor signos inequívocos de que las cosas ya no son como antes: el 60% de los que cumplen cincuenta años puede todavía contar con la presencia de uno o de sus dos progenitores.

En segundo lugar, los acontecimientos que marcan la historia de España desde los años treinta no han afectado a estas generaciones como a las de sus progenitores. Su primera infancia y juventud quedará marcada por la guerra y las duras condiciones de la posguerra, pero podrán subirse al tren del cambio económico y social de los años cincuenta y sesenta a una edad, entre veinte y treinta años, en

GRÁFICO 18. Emigrados a otra provincia antes de cumplir 40 años, por sexo y generación



Fuente: Explotación propia de la Encuesta Sociodemográfica, INE, 1991.

que todavía el grueso de la vida adulta está por construir. Lo que dejan atrás no es demasiado atractivo, ni les garantiza nada. La posguerra no es un accidente en medio de su vida, sino el punto de partida del que se van alejando, muchos de ellos de manera literal a causa de la emigración.

En tales condiciones no es de extrañar que los nacidos en los años treinta y cuarenta sean conscientes del abismo que les separa de sus padres, y que tengan la impresión de haberse hecho a sí mismos. Ahora, sí, se trata de generaciones casi totalmente alfabetizadas y escolarizadas, aunque la mayoría no haya llegado a cursar ni siquiera estudios medios. Si son hombres, son prácticamente las primeras generaciones que van a trabajar más en el sector industrial que en el sector primario, aunque todavía la mayoría haya iniciado su vida laboral en dicho sector. De hecho, han tenido que reorientar su perfil profesional para adaptarse a las nuevas necesidades de mano de obra creadas por la época del desarrollo.

El despegue industrial de los años sesenta se produce en España sin las grandes inversiones ni las nuevas tecnologías que caracterizan a otros países desarrollados. Estas carencias sólo podrán paliarse mediante una mano de obra poco cualificada, de origen rural, explotada intensivamente. El trabajo abunda, especialmente en la construcción, que se convierte en la estación de tránsito entre el trabajo agrario y el industrial. A cambio de jornadas de trabajo interminables y del pluriempleo generalizado los hombres pueden conseguir lo que ninguna otra generación anterior: independizarse de sus padres y constituir una familia propia a edades inusitadamente tempranas.

En efecto, desde el punto de vista familiar los nacidos en los años treinta y cuarenta son extraordinarios, y es en las mujeres donde su singularidad se revela más claramente. Por primera vez han ido a la escuela casi como los hombres, aunque su educación, muy controlada por la Iglesia católica e influida por los principios conservadores del régimen franquista, las oriente básicamente a convertirse en «buenas» esposas y madres. Y van a serlo, aunque no de la manera que el régimen pretende. Trabajan de solteras mucho más que ninguna generación anterior, pero también abandonan dicho trabajo, al casarse, mucho más que sus predecesoras. Pero su auténtica peculiaridad es la elevada proporción de las que se casan, la juventud con que lo hacen y, por tanto, la elevada proporción de mujeres fecundas en estas generaciones.

Los años sesenta han pasado a la historia como una época de pleno empleo, pero habría que añadir que sólo masculino. Las mujeres adultas se dedican, por su parte, al trabajo doméstico. Lo hacen también con unas jornadas interminables y con una dedicación sin precedentes. A cambio del esfuerzo de unos y de otras, aquellas

parejas consiguen algo nunca visto en la historia de España: encarnar mayoritariamente la típica familia nuclear industrial que se le supone a los países desarrollados.

Tienen vivienda propia y, aunque se trate de un piso de pocos metros cuadrados y les cueste estar media vida pagándolo, lo han conseguido por sí mismos y no tienen que compartirlo con padres, hermanos, cuñados y otros allegados. Si se convive con padres o suegros, éstos son los acogidos, los dependientes, de nuevo una situación sin precedentes. Se han roto las redes de apoyo familiar construidas en tiempos de crisis y de necesidad, y a estas mujeres les toca cargar solas con todas las responsabilidades domésticas. Alejadas del mundo laboral, con un marido ausente durante todo el día, en una sociedad que en el ámbito público las convierte en ciudadanas de segunda frente a los varones, el hogar se convierte en su feudo.

Tiempo atrás, algunos hogares, los privilegiados, estaban transitados por una familia amplia y compleja, en la que varias mujeres, mayores y niñas, compartían las tareas, en el que varios hombres trabajaban. Tiempo atrás esos hogares coexistían con otros, menos privilegiados pero también abundantes, en los que viudas solitarias apenas tenían el apoyo de algún vecino, en los que militares o religiosos vivían temporalmente y sin familia. Niños en hospicios, criadas en casa ajena, mendigos en los caminos, temporeros estacionales, carreteros, quincalleros, formaban parte también de un panorama social al que la actual nostalgia familiarista suele cerrar los ojos.

Para las mujeres nacidas en los años treinta y cuarenta el panorama familiar se va a homogeneizar. Ahora el trabajo de los maridos es asalariado, externo al hogar, y en buena parte de los hogares ésa es la única fuente de ingresos durante muchos años, porque los hijos y las hijas se dedican a estudiar y son los primeros jóvenes que no tienen que contribuir con su dinero o con su dedicación al trabajo del hogar.

Nótese que este nuevo tipo de familias tiene en la madurez de masas una condición necesaria. Sólo la supervivencia mayoritaria hasta la madurez hace posible la autosuficiencia de cada hogar y un alto grado de especialización en roles extremadamente diferenciados para cada sexo. El fallecimiento prematuro de uno de los miembros de la pareja resultaría catastrófico. Por tanto, la familia nuclear típica del imaginario social occidental y tan visible en las clases medias de los países industriales más desarrollados sólo pudo convertirse realmente en el modelo mayoritario en España una vez las edades adultas estuvieron encarnadas por cohortes con unas probabilidades de supervivencias suficientes.

Puede ahora comprobarse de manera cabal el modo en que se produce una auténtica inflexión de los perfiles generacionales en España, inflexión que protago-

nizan los nacidos en los años treinta y cuarenta, generaciones que tienen los hijos en los años del desarrollo y que llegan a la madurez en los años ochenta y noventa. Su madurez ya no va a ser la de sus propios padres.

5.2. EL CAMBIO DE PERFIL EN LA MADUREZ

Equipados con esta nueva manera de contemplar el motivo de los cambios visibles en la significación social de las edades maduras, quizá estemos en condiciones, incluso, de entender el motivo por el que, durante mucho tiempo, el mundo parecía de los jóvenes y ahora, en cambio, los jóvenes parecen haberlo perdido. No se trata de un fenómeno exclusivo de la historia reciente española, pero en nuestro país se ha producido con tal rapidez que, incluso, podría arrojar luz sobre lo ocurrido en los países industrializados en general.

Durante décadas, al investigar las características de las personas de mayor edad en los países industrializados, la gerontología y la sociología en general se han encontrado un triste objeto de estudio. Una buena parte de ellos lo atribuía a la pérdida de roles y de estatus que conlleva la vejez de los trabajadores en las economías desarrolladas. Así se describe dicho proceso en el caso de Francia:

A la par con la evolución demográfica se produce una profunda modificación de los roles: si en la historia los viejos eran los que poseían la experiencia, el saber hacer, el conocimiento de las tradiciones y de los ritos y la fortuna, en los tiempos de la sociedad de producción, la manufactura y el consumo, el viejo se vuelve inútil e «inutilizable», se sale del circuito de la producción, pierde el hilo del progreso y tiene una condición financiera modesta, habiendo vivido dos guerras mundiales y los años de crisis. Pierde todos sus roles valorizantes, se siente cruelmente excluido de los circuitos de la vida activa ¡cuando todavía le quedan de 15 a 25 años por vivir! Los roles perdidos son difíciles de reemplazar, por lo que se cae en el peligro de la marginalización, de la jubilación en guetos de viejos, de evolución depresiva y caída en la enfermedad crónica⁴⁰.

Textos similares podrían encontrarse en todos los países desarrollados. Allí donde el proceso ha sido gradual, puede pensarse en un cambio de la vejez, a

⁴⁰ Traducción propia de Kaufmann, R. (1982), «Remarques sur l'évolution de la place des personnes âgées dans la famille», incluido en Pierre Gilliland, *Vieillir aujourd'hui et demain*, Lausanne, Réalités sociales, p. 44.

secas. Pero donde ha sido muy rápido, como en España, no es posible seguir sosteniendo que lo que ha cambiado con la industrialización es «la vejez», como si ésta tuviese alguna realidad al margen de los individuos que la personifican. El tránsito de una economía agraria a otra industrial coexiste con una auténtica revolución en la supervivencia de las personas, y las primeras generaciones en acceder masivamente a la madurez podrían tener en común haber padecido fracturas irreversibles en su trayectoria vital que las sitúan en una posición muy desventajosa para abordar unos años de madurez y de vejez mucho más abundantes de lo que podrían prever. En España, al menos, parece bastante evidente que los primeros maduros de masas son unas generaciones damnificadas por la historia.

Se habla de cambio de roles, pero, en realidad, son cambios muy materiales los que les impiden ser viejos de los de antes. Las guerras, como la guerra civil, y la desagrarización, la rápida industrialización de la que se benefician los jóvenes, son factores primordiales. Durante algunos años se ha producido la coexistencia de unas generaciones desposeídas, trastocadas en su trayectoria vital, incapaces de dirigir sus últimos años en la dirección que habían previsto y otras que abordan el futuro siendo jóvenes, siendo abundantes, siendo independientes económicamente de sus padres y con la posibilidad material de construir su propia familia y su propio futuro. Era una situación extraordinaria, coyuntural, que no podía perdurar indefinidamente, por suerte. Resulta inevitable que los perfiles de quienes van llegando a la madurez mejoren sustancialmente a medida que los encarnan generaciones cada vez más recientes. La mejora es un simple resultado de la «lógica vital»: quienes han tenido más tiempo de trabajar y de actuar tienen ventajas económicas, sociales y relacionales frente a quienes todavía son jóvenes. Lo extraordinario era la inversión de papeles que se había producido coyunturalmente sólo unas décadas atrás.

El conflicto entre generaciones predicho por algunos no llega porque no hay motivos para que llegue. La supuesta injusticia generacional que algunos detectan en los cambios recientes se basa en una comparación falaz entre personas de diferente edad, no de diferente generación. La auténtica injusticia generacional se produjo cuando los que alcanzaban la madurez lo hacían en peores condiciones que los que iniciaban su juventud. Si éstos son los tiempos que deben servir de patrón para el futuro, no se hará más que perpetuar las injusticias y condenar a los jóvenes a empeorar, no a mejorar su situación a medida que van haciéndose mayores.

Nadie que entienda algo de ciclismo pensará que es una injusticia que unos corredores salgan antes que otros en una etapa contra reloj. Claro que los prime-

ros en salir ya han avanzado mucho más que los que salen una hora después, pero la comparación hay que hacerla no en un mismo momento, sino después de un mismo tiempo a partir de la salida. ¿Por qué quienes se preocupan de las injusticias entre generaciones no hacen lo mismo? Si comparamos realmente generaciones, no edades, debemos comparar a los jóvenes actuales con las generaciones anteriores cuando también eran jóvenes. O bien esperar a que los que hoy son jóvenes lleguen a la madurez y entonces comprobar si lo hacen en peores condiciones que sus padres. Si no se tiene la paciencia o el tiempo necesario para esperar, téngase en cuenta, al menos, que en las etapas ciclistas contra reloj los que tienen realmente alguna ventaja son los que salen los últimos, porque tienen la referencia de los tiempos conseguidos por los primeros en salir.

Los primeros supervivientes masivos hasta la madurez, aquellos que han marcado «los tiempos de referencia» para los que vendrían después, no lo tuvieron nada fácil, y no contaban con el ejemplo de generaciones anteriores. Es su perfil al llegar a esas edades el que ha servido a sus hijos para plantearse cómo había de ser su propia madurez. Lo que éstos podían ver no era demasiado halagüeño; independientemente de las garantías cada vez más claras de que iban a sobrevivir, el resto recomendaba plantearse mejor el futuro.

Cuando los trabajadores han reivindicado con más empeño la implantación de jubilaciones dignas y suficientes ha sido cuando han visto a sus mayores llegar a esa etapa de la vida sin ninguna seguridad económica. Cuando las mujeres se han planteado más radicalmente modificar las relaciones familiares y las pautas de reproducción ha sido cuando han visto a sus propias madres vivas, pero exhaustas, atravesar los últimos años sin verse apenas recompensadas por todo lo que habían hecho por su familia. Los maduros de segunda ola ya no piensan que vivirán poco tiempo después de haber criado a los hijos, y saben también que los hijos podrán vivir sin ellos. Seguir contribuyendo o no a las empresas familiares, repartir la pensión en vez de gastarla en sí mismos, vivir en su propio hogar o hacerlo con algún hijo, son decisiones cada vez menos forzadas por la tradición y más dependientes de su libre voluntad.

De hecho, probablemente una de las novedades más importantes subyacentes a la dinámica demográfica actual es que la madurez se ha transformado en un potencial espacio de libertad. Hubo otros tiempos en que las obligaciones para con la familia tenían un gran peso, desde muy temprana edad hasta el último aliento. En la actualidad ese grado de exigencia se ha rebajado considerablemente, porque el aumento de los recursos y la supervivencia asegurada de los principales sustentadores permiten prescindir de la contribución en dinero o en trabajo de muchos

de sus miembros. Esto es especialmente evidente en el caso de los hijos, pero resulta igualmente cierto para los progenitores una vez culminan la etapa reproductiva. En realidad se ha acentuado el contraste entre la vida adulta y la madurez. La responsabilidad ante la familia probablemente nunca había sido mayor para las personas que la encabezan. El proceso de autoconstrucción, desde los años de escuela hasta la consolidación social y laboral, es cada vez más exigente, y la procreación es su punto álgido, porque el listón de los requisitos para la maternidad o la paternidad se ha elevado mucho. En cambio, todo ese proceso de construcción, de responsabilidad y de auteoigencia toca a su fin cuando los hijos empiezan a ser autónomos y se aproxima el final de la vida laboral.

El perfil de los nuevos maduros es, por tanto, extraordinario. Se están volviendo residuales aquellos hogares en los que el cabeza de familia es un hijo o una hija⁴¹. Ya se ha comentado anteriormente que, además, las viviendas de los maduros y ancianos les pertenecen en propiedad en una proporción mayoritaria y cada vez más elevada, a lo que cabe añadir que, a diferencia de la mayoría de sus hijos propietarios, los mayores ya hace tiempo que acabaron de pagar las hipotecas⁴². No es de extrañar, por tanto, que una población como la de España, que apenas crece en número, sí lo haga, y mucho, en el número de hogares. La creciente independencia domiciliar de los mayores, unida al aumento de los años de vida, es también una de las principales explicaciones de que descienda el número medio de personas por hogar, fenómeno que suele atribuirse únicamente al descenso de la fecundidad de manera errónea.

*Cada vez más dispuesta a residir dentro de su núcleo e incluso a permanecer en su propio hogar cuando falte su pareja y se emancipen sus hijos, y cada vez, también, menos desfavorecida económicamente respecto a otros grupos demográficos, la población española mayor de 64 años ha visto crecer su importancia dentro de las estructuras familiares españolas al encontrarse progresivamente ocupando el rol de cabeza de familia*⁴³.

⁴¹ Garrido Medina, L. J. y Requena y Díez de Revenga, M. (1995), *Proyección de hogares y familias*, Madrid.

⁴² Sobre las causas y consecuencias de la creciente independencia domiciliar de los que ya han atravesado la madurez se proporcionan datos y reflexiones de gran interés en Garrido Medina, L. (1993), «La familia estatal: El control fiscal de la natalidad», incluido en Luis Garrido Medina y Enrique Gil Calvo, *Estrategias familiares*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 157-180.

⁴³ Pérez-Díaz, V.; Chuliá, E. y Álvarez-Miranda, B. (1998), *Familia y sistema de bienestar. La experiencia española con el paro, las pensiones, la sanidad y la educación*, Madrid, Fundación Argentina-Visor, p. 71.

Por tanto, el nuevo perfil de la madurez es el de personas que ya han cumplido con las responsabilidades socialmente «inexcusables» respecto a los hijos y que ahora se encuentran en disposición de gestionar libremente unas elevadas expectativas de vida y el patrimonio y los recursos económicos que la vida familiar previa les obligó a adquirir y acumular. Aún les produce cierta perplejidad esa nueva situación, porque están acostumbrados a trabajar para los demás, desde niños para sus progenitores, después para su propia familia, así que es muy probable que sigan prestándose a facilitar la existencia tanto a sus hijos adultos como a sus ancianos padres.

Gozan, para ello, de una salud sin precedentes en tales edades, y también en ello encarnan un nuevo perfil de madurez. Cuando la primera oleada de maduros alcanzó las edades avanzadas y pudo comprobarse que su supervivencia había mejorado mucho más de lo previsto, se suscitó cierta preocupación por el tipo de vida que se estaba «dando» a los más ancianos. Después de una época en la que la simple esperanza de vida se había convertido en un signo de prestigio internacional, se asumió como suficiente el éxito «cuantitativo» y se empezó a plantear la necesidad de conseguir también «calidad». Añadir «vida a los años» fue la máxima de estos nuevos planteamientos políticos.

Los nuevos objetivos son muy loables, pero incluyen una cierta soberbia administrativa. Dan por supuesto que el aumento de la esperanza de vida lo ha conseguido únicamente el sistema sanitario, y especialmente por la atención que presta a las personas de edad avanzada cuando su salud es realmente precaria. Lo cierto es que el aumento de la esperanza de vida se consigue, como ya se ha argumentado anteriormente, en todas las edades y, especialmente, en las infantiles, y que la elevada supervivencia de los ancianos actuales se gestó hace mucho tiempo gracias a su propio esfuerzo y al de sus familias y con una intervención bastante escasa de los sistemas de salud pública actuales.

Los profesionales del sector sociosanitario replicarán que está aumentando enormemente el número personas ancianas con discapacidades y con necesidad de intervención médica y de asistencia social, y también desde el punto de vista epidemiológico y agregado se han hecho ya «las cuentas» sobre lo mucho que aumentarán todavía en el futuro en España⁴⁴. Pero ésa es una consecuencia direc-

⁴⁴ Pérez Díaz, J. (1999), «Proyección de personas dependientes al horizonte 2021», incluido en Ricardo Moragas Moragas, *El reto de la dependencia al envejecer*, Barcelona, Herder, pp. 69-88.

ta de su aumento numérico que no basta, en sí misma, para sacar conclusiones sobre si el estado de salud mejora o empeora en tales edades⁴⁵.

Lo cierto es que la mayor supervivencia y la mejor calidad de los años adicionales conseguidos no han ido nunca separadas. La salud de las personas de, por ejemplo, setenta años no es la misma hoy en día, cuando son los supervivientes mayoritarios de su generación, que décadas atrás, cuando eran supervivientes minoritarios, precisamente porque ha sido la mejora de su salud en todas las edades anteriores la que les ha permitido llegar en una proporción tan alta a su edad actual. Según un reciente estudio sobre Francia,

Los seniors de 1998 muestran una salud mejor: el 39% de las personas de 60 a 70 años se declaran afectadas por una «enfermedad crónica que seguirá afectándolas en el futuro», contra un 51% en 1980. De repente, no paran de demostrar su autonomía: el 80% de los que tienen 60 a 69 años poseen un vehículo en 1998, contra solamente el 51% en 1979. Se van tanto de vacaciones (alrededor del 65%) como el conjunto de quienes tienen menos de 70 años⁴⁶.

Hasta ahora hemos mencionado motivos previsibles de que el nuevo perfil de la madurez convierta a ésta en un espacio de libertad en relación a las etapas anteriores de la vida. Su trayectoria en materia laboral y económica, su pasado familiar y residencial y también su estado físico explican y hacen esperar una madurez y una vejez muy diferentes a las del pasado. Pero también se van a producir cambios en su nivel cultural y de instrucción igualmente fáciles de prever.

Durante este siglo hemos asistido a una revolución educacional. El modo en que comúnmente se la entiende es, sin embargo, bastante limitado. Según la versión más extendida, los cambios parecen lineales, y afectan a diversos factores relevantes

⁴⁵ Quienes tengan que planificar la futura asistencia sociosanitaria a la tercera edad no van a ver reducida la necesidad de su intervención, sino todo lo contrario. Algunos habían puesto sus esperanzas en la compresión de la morbilidad de los más ancianos, descubrimiento de la geriatría estadounidense que revela, simplemente, un punto máximo en la degradación de la salud muy concentrado en los últimos momentos de vida de las personas. Es en esos momentos cuando se produce el mayor gasto sanitario. Cuanto más tiempo viven las personas, más se postergará ese gasto, pero lo que no puede esperarse es que el aumento de la esperanza de vida lo elimine.

⁴⁶ Traducción propia de parte del artículo «Consommation: l'âge de la vieillesse recule», publicado en *Le Figaro économie*, 11 de junio de 1999, p. IV, que comenta datos de un estudio del Centre de recherche pour l'étude et l'observation des conditions de vie (CREDOC).

para nuestro interés por el cambio generacional: la educación se habría trasladado de la familia a las instituciones educativas especializadas, se habría hecho universal, de ser opcional habría acabado por ser obligatoria, y tanto los niveles de instrucción como el número de años de dedicación habrían aumentado regularmente.

De esta manera, aparentemente, lo que debe quedar reflejado en las trayectorias generacionales es que cuanto más recientes, más escolarizadas son y mayor nivel de estudios tienen. Nos hemos acostumbrado a pensar en los maduros y, sobre todo, en los de mayor edad como personas sin cultura y sin instrucción. De todos es conocido que los maduros del pasado tenían proporciones de analfabetismo muy altas y que los alfabetizados tenían niveles de estudios bajos. No resulta difícil prever que en el futuro inmediato eso cambiará, está cambiando ya.

Pero hay que hacer una reflexión un poco más amplia, porque la proyección indefinida de tales tendencias lleva a límites imposibles. Lo que ha ocurrido con la instrucción tiene mucho que ver con el sistema productivo, y en esa relación conviene detenerse un poco.

La trampa en la que han caído los maduros y viejos actuales es confiar en el papel tradicional de la instrucción reglada como capital inicial de acceso al mundo laboral. Esta confianza es propia de un mundo inmóvil. Cuando estudiaban existía la creencia de que el mundo estaba cambiando, pero cambiando sólo de un punto a otro, de un sistema económico y productivo eminentemente agrario a otro básicamente industrial. Lo inmóvil era el papel de los estudios, y lo diferente era simplemente la cantidad de estudios necesarios; pocos para ser un labrador, algo más para ser un trabajador cualificado.

La vida seguía teniendo así dos etapas muy desiguales: una formativa, más o menos larga en función de cómo fuese el mercado de trabajo al que se debía acceder, y otra, definitiva, mucho más extensa, de dedicación a un trabajo al que se accedía con mayor o menor facilidad en función del nivel de estudios alcanzado previamente.

Lo infundado de tal visión se ha desvelado bruscamente desde finales de los años setenta. La crisis económica ha dejado en evidencia a estas generaciones y ha puesto de manifiesto que el modelo de construcción vital que encarnan debe revisarse. Los que tuvieron estudios primarios y llevaban veinte o treinta años trabajando en «su oficio» han visto cómo éste desaparecía por la obligada reconversión

industrial. Súbitamente se han quedado anticuados, obsoletos, desde el punto de vista laboral, y eso les ha pasado a una edad en la que ya no es factible la readaptación del perfil profesional. Por supuesto, las jubilaciones anticipadas les han afectado en gran medida, ya que constituían la única vía de salida para una situación insostenible. No eran sólo ellos los destinados a desaparecer del mercado laboral sino que, sobre todo, eran sus puestos de trabajo lo que había que eliminar. No se les jubiló para dejar su puesto a un parado joven, sino para hacerlo desaparecer definitivamente.

El error colectivo ha sido no ver que de la infancia y la juventud a la madurez el lapso de tiempo es excesivo para que se mantenga el valor de cambio de la instrucción recibida. En ese sentido se afirmó pocas líneas atrás que esa actitud sólo es viable en un mundo estático. De los 20 a los 50 años pasan tres décadas. Busque quien tenga interés qué tres décadas de nuestro siglo han transcurrido sin transformaciones profundas y espectaculares en los modos de producción y en las maneras de trabajar. Pueden buscarse, incluso, en el siglo pasado, y no se encontrarán. No es por tanto un problema que hayan provocado «los tiempos modernos», pero sí es un problema acentuado por la errónea percepción de la finalidad de los estudios con que históricamente ha culminado la escolarización universal.

En España el espejismo de la estabilidad se ha visto reforzado por un largo periodo de inmovilidad política. Pero incluso ante la propaganda de estabilidad y progreso sin cambios, los años cincuenta son muy diferentes de los cuarenta; los años sesenta resultan realmente revolucionarios, y los años setenta anuncian ya la «posmodernidad» española. Ni siquiera durante los tiempos de Franco fue real la inmovilidad que se les supone, por mucho que el régimen se empeñase en conseguirla. Hubo, es verdad, cierta estabilidad laboral, que acentuó el espejismo, y que se reveló insostenible al acabar los años setenta.

Puede predecirse un cambio radical en la relación entre estudios y actividad productiva en la vida de quienes lleguen a la madurez en las próximas décadas. Cualquiera puede darse cuenta de que los años de dedicación exclusiva e ininterrumpida a estudios iguales para todos no pueden seguir aumentando indefinidamente. El paro juvenil de los años ochenta ha contribuido enormemente a abonar esta falsa idea, porque los jóvenes y sus familias optaron, muy razonablemente, por ampliar el capital educativo como manera de invertir el tiempo que resultaba imposible usar en trabajar y como manera de mejorar la posición a la hora de entrar en competencia con los demás aspirantes a un trabajo. Pero la situación era muy excep-

cional y empieza a remitir. Es probable incluso que nunca más lleguen a producirse generaciones con esa cantidad de años de estudios reglados previos a la ocupación. Cuando lleguen a edades maduras, podrían protagonizar una espectacular inversión de las relaciones actuales entre los adultos jóvenes y sus padres; la población madura española podría tener más años de estudios que sus propios hijos.

Nótese que se hace referencia siempre a los años de estudios ininterrumpidos y previos al inicio de la vida laboral. Esa separación tan radical entre dos etapas de la vida es la responsable del descalabro laboral de ciertas generaciones en su madurez y es también lo que va a desaparecer en el futuro. Es posible que los años de estudios sigan aumentando, pero cada vez estarán más mezclados con los años de trabajo y, quién sabe, es posible que algún día lleguen incluso a confundirse. Si eso llega a ocurrir, la madurez dejará de significar obsolescencia laboral. Muy al contrario, la edad se convertirá en una ventaja también en ese terreno porque a la formación continuada los maduros podrán unir una gran riqueza en cuanto a diversidad de experiencias, riqueza vedada a los jóvenes.

Todo lo contrario de lo que ocurre actualmente. Los maduros actuales cayeron en la trampa que les tendía una particular configuración del sistema productivo según la cual su posición laboral y social dependería indefinidamente del valor de su formación inicial. Son las generaciones nacidas en los años cuarenta y cincuenta, y los jóvenes les han ganado la partida completamente. Imposibilitados para competir, han debido refugiarse tras la mera antigüedad en el puesto, pero ésa es una situación insostenible para el sistema productivo y para ellos mismos. ¿Por qué conceder mayor estabilidad, mayores derechos y mayor remuneración a alguien escasamente cualificado y poco adaptable? Los motivos, obviamente, no deben buscarse en la mejor relación entre costos y productividad, así que tanto la presión empresarial como el endurecimiento de la competencia pueden acabar en una salida prematura de la actividad laboral, como de hecho ha venido ocurriendo en las últimas dos décadas.

Cambio generacional, por tanto, en los actuales perfiles de la madurez y, con toda seguridad, cambios todavía igualmente importantes en el futuro inmediato y a medio plazo. Conviene revisar nuestros prejuicios sobre las edades, y observar con el mayor interés un futuro que se presenta cargado de novedades.

6. FAMILIA, REPRODUCCIÓN Y NUEVAS PERSPECTIVAS EN EL CICLO VITAL

«... while emotional ties and mutual support among family members continue to exist throughout the world, demographic change will increasingly challenge the capacity of the family to continue its supportive role...»⁴⁷.

United Nations (1994), p. 21

A estas alturas ya ha quedado claro que el advenimiento de la madurez de masas va a marcar un antes y un después en las dinámicas de la población humana. Plantea, por tanto, nuevos interrogantes sobre el porvenir de nuestra sociedad «madura», tanto desde el punto de vista demográfico como desde el mucho más concreto de los propios maduros del futuro. Respecto a las poblaciones, hay que considerar cómo será la reproducción, cómo afectará eso a la nupcialidad, a la institución familiar, y cual será el papel de las personas que ya han completado su periodo fecundo.

Una de las mayores incógnitas es qué se hace con la propia vida cuando los hijos ya están criados y ya no son dependientes. Hasta hace poco, alcanzar ese estadio era muy difícil, y quienes lo conseguían solían darse por satisfechos. Pero ahora la madurez simplemente abre una nueva y duradera fase de la propia vida, y lo hace para la mayoría. Lo que se examina a continuación son los efectos de esa novedad en las relaciones entre maduros y el resto de personas que les rodean, especialmente si son familiares. También los más jóvenes han integrado en sus perspectivas de futuro el hecho de que sus mayores van a estar presentes en las siguientes etapas de su propia vida.

⁴⁷ «... mientras que los lazos emotivos y de apoyo mutuo entre los miembros de la familia siguen existiendo en todo el mundo, el cambio demográfico no hace más que aumentar su desafío a la capacidad de la familia para mantenerlos...».

6.1. ¿Y DESPUÉS DE LOS HIJOS?

Que la familia ha cambiado mucho es un tópico muy antiguo, de siglos incluso, que casi siempre ha formado parte del discurso de quienes conseguían llegar a edades avanzadas. Pese a ello el tópico señala en la actualidad una realidad evidente, que suele explicarse por motivos económicos, sociológicos y culturales de peso innegable. La contribución de la madurez de masas a ese cambio, en cambio, no parece haber reclamado ninguna atención, pero es igualmente notable. Júzguese a tenor de la siguiente descripción de la vida de un padre de familia francés del siglo XVII:

En el siglo XVII el padre de familia medio nacía en una familia de cinco niños, y él mismo será padre de cinco hijos, de los cuales sólo dos estarán todavía vivos en el momento de su fallecimiento. Este hombre vivía justo un poco más de 50 años como promedio, y veía morir únicamente a uno de sus abuelos (los otros tres ya habían fallecido al nacer él) y a tres de sus hijos. Así, en el pasado, en más de uno de cada dos casos, la muerte de los hijos a edad temprana les hacía desaparecer antes que sus padres, y la edad media de los hijos al morir sus dos padres era de 15-16 años. Por razones demográficas evidentes, el «arte de ser abuelo» no podía, de hecho, ser duraderamente cultivado más que por algunas abuelas escasas y dispersas⁴⁸.

De hecho, las abuelas eran más escasas que los cónyuges, los padres o los hijos, pero en realidad lo difícil era el «arte de cultivar duraderamente» cualquier relación de parentesco. En cambio, los maduros actuales pueden cultivarlas prácticamente todas.

Una de las más importantes es la relación conyugal. Si sólo se analiza la distribución por estado civil de los años recientes, en las edades maduras y avanzadas se encuentra un número creciente de personas viudas, especialmente mujeres, y no falta quien dé la voz de alarma sobre la soledad creciente de nuestros mayores. Pero si lo analizado son las sucesivas generaciones, la percepción se transforma totalmente. Toda unión ha de acabar algún día. Si no lo hace por una separación previa, su final llegará inexorablemente por el fallecimiento de uno de los cónyuges. Pero ese momento se está produciendo cada vez más tarde, de manera que la «esperanza de vida» de las uniones conyugales también ha aumentado espectacularmente. Las viudas pueden ser muy numerosas en la actualidad, pero su

⁴⁸ Kellerhals, Coenen-Huther, von Allmen y Hagmann (1995), p. 55.

proporción es cada vez menor en las edades maduras. Los hombres viudos a esas edades son sumamente escasos hace ya mucho tiempo. Por su parte, la abundancia creciente de mujeres viudas en las edades más avanzadas no se explica por la mortalidad masculina, cada vez menor, sino por las mejoras aún más rápidas experimentadas por las mujeres, que sobreviven a sus cónyuges y lo hacen durante muchos años. Quienes sienten nostalgia de un pasado idílico en el que los viudos y viudas no eran tan abundantes se equivocan al valorar la causa: no es que el fallecimiento del primer cónyuge fuese tardío. Es que el cónyuge superviviente tampoco vivía muchos años más para engrosar la viudedad en las cifras por estado civil.

Esta elevada duración de las uniones ha proporcionado a los nuevos maduros con hijos la seguridad de completar su crianza en compañía de la pareja. La figura de la madre viuda sacando adelante una progenie abundante y de poca edad ha dejado de ser frecuente hace muy poco, aunque muchas mujeres ancianas todavía pueden explicarnos cómo se padecía esa situación. Los hombres precozmente viudos y con hijos menores a su cargo tampoco eran infrecuentes en el pasado, máxime teniendo en cuenta que cada nuevo hijo comportaba un riesgo considerable de perder a la madre en el parto. Las soluciones familiares a tal situación producían prácticas como el sororato (el casamiento del viudo con su cuñada soltera, que pasaba a ser madre de sus sobrinos). Se trata de una institución que hoy parece materia de estudio para antropólogos e historiadores, pero nuestros mayores la conocen bien y cualquiera puede informarse sobre ella y, a la vez, pasar algunas horas sumamente agradables simplemente leyendo *La tía Tula* de Unamuno.

Así las cosas, una institución tan antigua como el matrimonio ha cambiado notablemente de significado. Por mucho que el rito eclesiástico pueda mantener intactas las formas externas, ese «hasta que la muerte os separe» con que el sacerdote exhorta a los contrayentes ya no tiene el mismo sentido que antaño. El «sí, quiero» actual puede comprometer perfectamente a una convivencia de más de medio siglo. No es de extrañar que los jóvenes se lo piensen mucho antes de pronunciarlo.

* * *

También la relación con los hijos es hoy diferente una vez llegada la madurez. Para empezar, el trance de alcanzar tales edades habiendo sobrevivido a la muerte de uno o de varios hijos se ha vuelto excepcional (y probablemente por ello sea más doloroso, si cabe, que en ninguna época anterior). Sin embargo, todavía están vivas personas pertenecientes a generaciones para las que esa desgracia no era

rara en absoluto. Entre quienes nacieron a principios de siglo, prácticamente una de cada cinco madres había visto fallecer a alguno de sus hijos antes de que se convirtiese en adulto.

CUADRO 10. Proporción de quienes cumplen los 50 años habiendo perdido algún hijo por defunción

Generaciones	Total de la generación		Fecundos antes de los 50 años	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
1906-10	15%	16%	17%	19%
1911-15	13%	15%	15%	18%
1916-20	10%	12%	11%	14%
1921-25	7%	10%	8%	12%
1926-30	6%	6%	7%	8%
1931-35	4%	6%	5%	6%
1936-40	3%	5%	4%	5%
1941-45	2%	4%	2%	4%

Fuente: Encuesta Sociodemográfica, INE, 1991.

El hecho de que los hijos que vienen al mundo sean los mismos que se va a tener al llegar a la madurez por fuerza ha debido modificar las estrategias reproductivas de las parejas. En tiempos en que la supervivencia de la progenie no estaba asegurada, las descendencias reducidas implicaban un riesgo intolerable, que había que prevenir teniendo más hijos de los deseados. Pero la solución no estaba exenta de problemas, que no se limitan al sobre esfuerzo en su crianza. También la improbable supervivencia de todos los hijos habidos podía convertirse en un problema. Un buen ejemplo lo proporcionan las familias troncales, con transmisión indivisa del patrimonio familiar a un solo hijo, especialmente frecuentes en la economía agraria que en el pasado caracterizaba a ciertas regiones de España. Para tales familias lo más funcional podía ser el hijo único (y de hecho, en tales regiones es tradicional una fecundidad menor que allí donde lo más frecuente era la herencia igualitariamente repartida). Pero el riesgo de que el único heredero falleciese prematuramente, rompiendo la continuidad de la saga familiar, era demasiado grande. Se tenían más, y por mucho que algunos ideólogos del ruralismo romántico del siglo XIX se empeñen

en describir una convivencia idílica en tales familias, lo cierto es que cuando todos llegaban vivos a edades adultas se producían tensiones considerables, provocadas por los sentimientos de agravio comparativo, las disputas entre hermanos y la polarización de los miembros de la familia en diversas facciones enfrentadas.

La prácticamente garantizada supervivencia actual de los hijos (históricamente muy reciente) no sólo proporciona la lógica satisfacción a sus progenitores maduros. Permite además, en las edades adultas, una seguridad sin precedentes para planificar cómo serán las relaciones familiares cuando llegue la siguiente etapa de la vida.

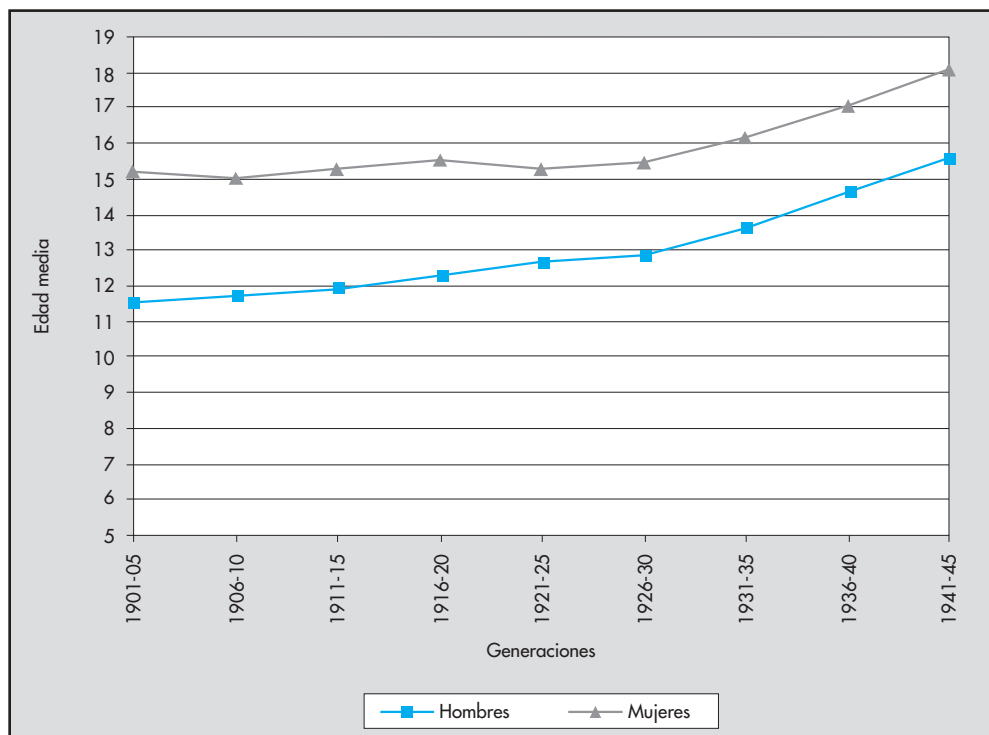
No es éste el único efecto de la masiva supervivencia que contribuye a redefinir la madurez como un espacio de libertad respecto a los años previos. Existe otro que tiene que ver con la reducción del tamaño de las descendencias que se produce cuando los sistemas demográficos alcanzan la eficiencia descrita en los primeros capítulos: quienes hoy en día cumplen cincuenta años tienen unos hijos más crecidos que los hijos de los maduros de hace algunas décadas.

El motivo no es difícil de entender. A la vez que la sucesivas generaciones iban reduciendo su fecundidad, se volvían escasos quienes tenían muchos hijos. Casi el 20% de las mujeres nacidas a principios de siglo y que llegaron a ser madres tuvieron más de cinco. En cambio, entre las nacidas en la primera mitad de los años cuarenta ese porcentaje ha sido sólo del 4%. Una descendencia menor podría haberse repartido mucho más a lo largo de los años fértiles, pero no fue eso lo que ocurrió. A la vez que se tenían menos hijos, éstos se concentraban en los años inmediatamente posteriores al matrimonio. El intervalo entre el primer y el último hijo es de unos diez años como promedio para las generaciones de principios de siglo. En cambio quienes actualmente van cumpliendo cincuenta años emplearon un promedio de siete años entre el primero y el último hijo.

El resultado combinado de ambos comportamientos (reducción de la descendencia, concentración de ésta en el tiempo) es que el hijo más joven de quienes hoy cumplen cincuenta años está bastante más crecido que los mismos hijos de los maduros de hace algunas décadas.

Para los hombres, que se han casado con más edad que las mujeres, el último hijo es todavía relativamente joven, unos quince años, frente a los once que tenía para los padres nacidos a principios de siglo. Son las madres las que más han visto cambiar esa relación con los hijos. Las mujeres se han casado más jóve-

GRÁFICO 19. Edad media de los hijos más jóvenes a los 50 años del sujeto



Fuente: Encuesta Sociodemográfica, INE, 1991.

nes que sus consorte, de modo que el hijo más joven de las que hoy cumplen cincuenta años es ya prácticamente un adulto con casi dieciocho años, cuando antaño todavía estaba casi en la pubertad.

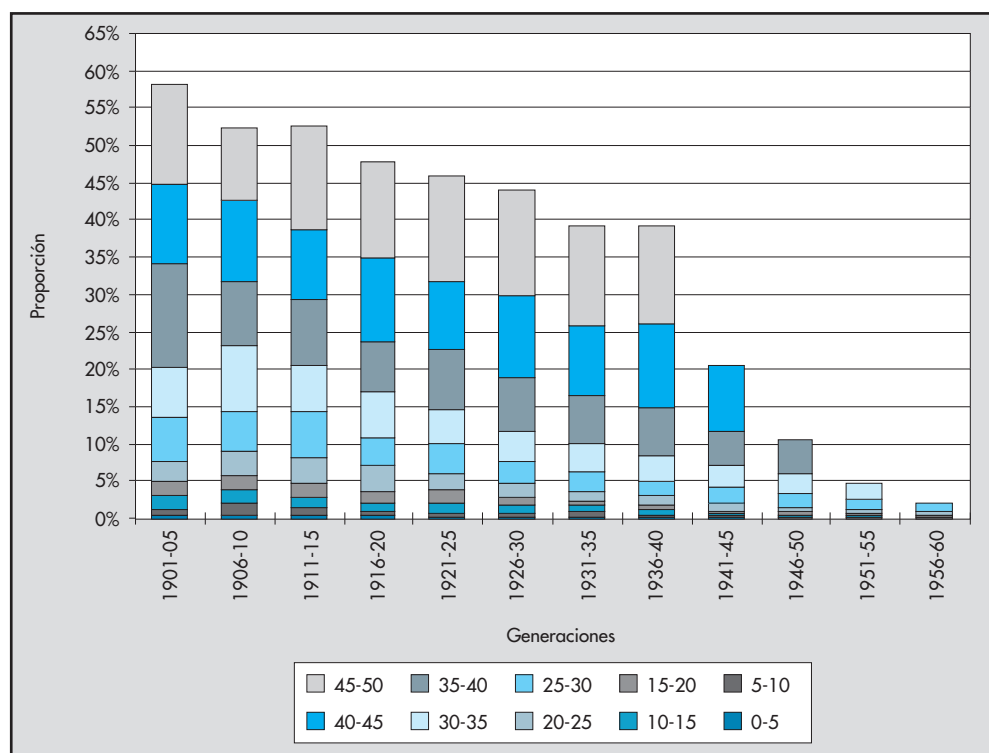
Todos los hijos vivos y, además, mucho más crecidos que en otros tiempos. El primero de tales resultados de la madurez de masas no hará más que acentuarse en el futuro. El segundo aún puede depararnos muchas sorpresas. Cuando a los primeros pioneros de este fenómeno les sigan los que hoy todavía son jóvenes, es posible que la madurez vuelva a suponer nuevamente la crianza de hijos todavía muy pequeños. Los jóvenes actuales están adoptando nuevas estrategias reproductivas, y retrasan tanto la unión conyugal como la procreación, de modo que es muy probable que protagonicen una madurez bastante diferente a la de sus padres.

* * *

Pero el parentesco que probablemente más se ha visto revolucionado con el advenimiento de la madurez de masas es el que une a los nuevos maduros con sus propios progenitores. La orfandad, situación que en buena lógica debe llegarnos a todos tarde o temprano, se está retrasando de manera espectacular.

A causa de la sobremortalidad masculina y de la mayor edad de los hombres al formar pareja, lo más habitual es que el padre fallezca antes que la madre. Casi la mitad de las personas nacidas a principios de siglo habían perdido a su padre

GRÁFICO 20. Orfandad total (de madre y de padre) anterior a los 50 años del sujeto, por grupos de edad



Fuente: Encuesta Sociodemográfica, INE, 1991.

Nota: En el momento de realizarse la encuesta los nacidos después de 1941 todavía no habían cumplido los cincuenta años, por lo que el gráfico no puede ser completo para ellas. No obstante, los datos para las edades anteriores señalan inequívocamente que la orfandad a los cincuenta años seguirá siendo cada vez menor.

antes de cumplir treinta y cinco años, mientras que dicha situación afecta a menos de una cuarta parte de los nacidos en los años sesenta. La orfandad de madre, más tardía, ha experimentado un retraso todavía mayor. A esa misma edad un 35% de los nacidos a principios de siglo era huérfano de madre, porcentaje que se sitúa por debajo del 10% para los nacidos en los años sesenta. La orfandad total, es decir, de padre y de madre, sufre, por tanto, un retraso igualmente importante.

El gráfico anterior es suficientemente elocuente sobre una de las mayores transformaciones experimentadas por la madurez. Quienes la alcanzaron en los años cincuenta (las generaciones nacidas a principios de siglo y nuestra primera «oleada» de maduros masivos) eran huérfanos de padre y de madre en su mayoría. En cambio la mayoría de quienes hoy están cumpliendo los cincuenta años de edad conserva vivo a alguno de sus progenitores, o a ambos. La magnitud de esta afirmación se pone de relieve teniendo en cuenta que la edad media de los padres en el momento en que nacemos se ha movido habitualmente entre los 31 y los 33 años, y la de nuestras madres entre los 28 y los 30. Por lo tanto, que uno de ellos o ambos sigan vivos en nuestra madurez significa que tienen más de ochenta años. Nuevamente encontramos reflejada en la vida real la mejora en las proporciones de supervivientes a cada edad, estadística que podía resultar abstracta e impersonal cuando era presentada en un capítulo anterior, pero que muestra ahora sus verdaderas repercusiones.

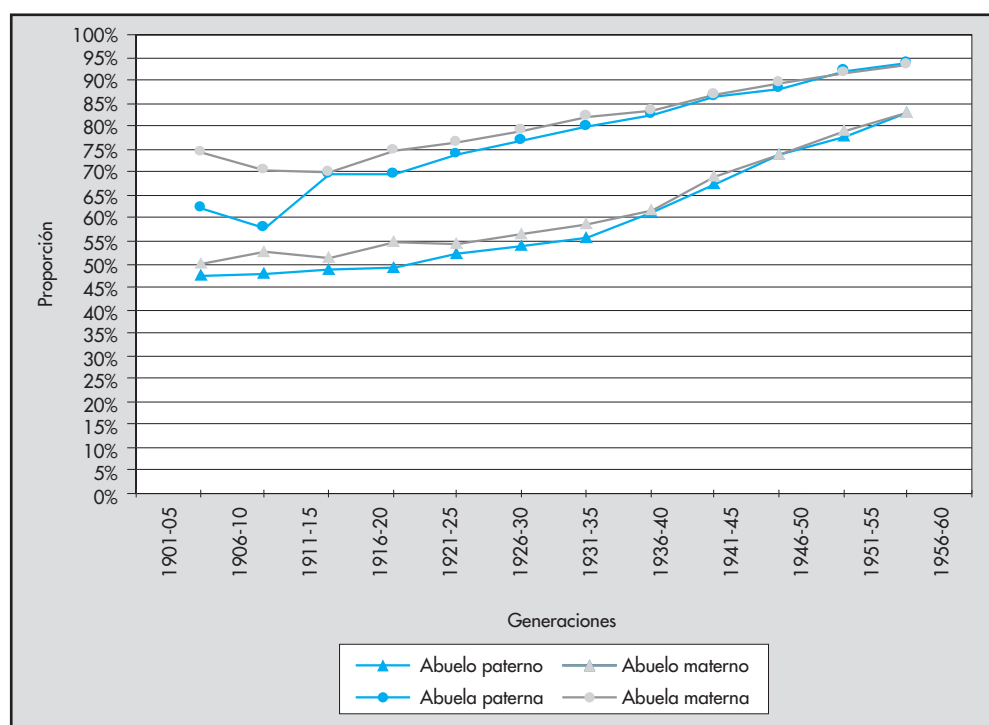
Aunque suponga invadir el terreno de otros especialistas, resulta inevitable especular sobre los efectos psicológicos que este cambio puede representar para la situación anímica de los nuevos maduros. Independientemente de cual sea el estado objetivo de salud, de los recursos disponibles o de la esperanza de vida teórica que nos asignen las estadísticas demográficas, no es lo mismo alcanzar tales edades siendo el miembro más antiguo de la saga familiar que conservando vivo a alguno de los que van por delante en la línea de parentesco. La propia muerte no puede tomarse demasiado en serio mientras nuestros padres todavía están vivos, de modo que los nuevos maduros son «jóvenes» a unas edades en las que hace pocas décadas las personas se sentían ya cercanas al final de sus vidas.

La prolongada supervivencia de los padres tiene otro efecto sumamente importante sobre la estructura de las relaciones familiares: su presencia durante la vida de los hijos de sus hijos. Prácticamente todos los niños que nacen actualmente tienen abuelos y abuelas.

Siguen existiendo diferencias entre los abuelos paternos y los maternos, porque los hijos tardan más en casarse si son varones que si son mujeres, y esa diferencia

de edad al matrimonio hace que los nietos tengan más probabilidades de conservar a sus antecesores por vía materna que por la paterna. Pese a todo, el signo de los cambios resulta evidente. Más de la mitad de los nacidos a principios de siglo se convirtieron en padres y en madres, allá por los años treinta, sin que sus propios hijos pudiesen conocer a los abuelos paternos. En cambio más del 80% de los hijos que tienen las generaciones de finales de los cincuenta ha nacido estando vivo aún alguno de sus abuelos paternos. Abuelos maternos los han tenido prácticamente todos.

GRÁFICO 21. Proporción de hijos de cada generación cuyos abuelos o abuelas están vivos cuando ellos nacen



Fuente: Encuesta Sociodemográfica, INE, 1991.

En tales condiciones, atravesar toda la infancia teniendo abuelos empieza a no ser ninguna novedad, pero conviene recordar que hasta hace escasas décadas no era más que una excepción. Los nostálgicos de la familia tradicional se equivocan, por tanto, al evocar tiempos pasados en que supuestamente los hijos adultos

convivían con sus ancianos padres y, por lo tanto, había una relación más estrecha entre abuelos y nietos en el mismo hogar. Dicha imagen puede tener que ver con algunas escasas familias de clase media o alta que, al fin y al cabo, son las que han producido los escritores y cronistas idealizadores de la vida familiar del pasado. El resto, la inmensa mayoría, no tenía ni educación ni tiempo para dedicar a la literatura, pero si lo hubiese tenido poco hubiesen podido explicar sobre la convivencia prolongada de tres generaciones en un mismo hogar. Sencillamente, la mortalidad imperante lo hacía sumamente improbable.

La novedad actual, en todo caso, no es ya la presencia generalizada de abuelos, sino la de bisabuelos. Sólo un 30% de los hijos que tuvieron las generaciones de los primeros años cuarenta nació en vida de algún bisabuelo. Entre los hijos de las generaciones de los años sesenta la proporción se había elevado al 40%, pero los hijos de las generaciones de los setenta, hijos que nacen en la actualidad o en los próximos años, ya van a ser biznietos en más del 60%, es decir, lo será la mayoría. Ésta es, pues, una revolución dentro de otra revolución. Estamos hablando nada menos que de la generalización de unas estructuras familiares en las que se encuentran presentes no tres, sino cuatro generaciones diferentes en la línea de filiación. Júzguese si está o no justificado en nuestros tiempos aquello de que «la familia ha cambiado mucho».

Se confirma, por tanto y por diversas vías, que lo que aguarda a los nuevos maduros una vez tienen prácticamente criados a sus hijos ya no son los últimos años, ni la decadencia, ni la pérdida de todo papel familiar. Se han convertido en la generación pivote entre los miembros más jóvenes y los más ancianos de la familia, y se encuentran a las puertas de una fase de la vida en la que se relaja el ritmo vertiginoso que los años de juventud y de vida adulta habían impreso a su vida anterior. Ya no están en la fase de construcción, de acumulación, de grandes inversiones que hipotecan décadas de vida, como la adquisición de la vivienda o la crianza de hijos menores y, pese a todo, aún les quedan, auténtica novedad histórica, muchos años por delante.

6.2. NUEVAS RELACIONES ENTRE GENERACIONES: DE LA HORIZONTALIDAD A LA VERTICALIDAD

No hace mucho que algunos visionarios anunciaban la muerte de la familia. Entre las izquierdas más radicales se veía en ella una institución burguesa, reminiscencia del pasado, y se acogían con satisfacción las muestras de que su papel esta-

ba reduciéndose cada vez más en las sociedades desarrolladas. Los signos eran inequívocos: menor dependencia respecto al patriarca, avances en la liberación de la mujer, rebelión de los jóvenes, nuevas formas de convivencia no familiares. También los defensores de la familia admitían el significado de tales signos, sólo que su respuesta no era de satisfacción sino de preocupación, exigiendo medidas protectoras.

Para dar una explicación al supuesto declive de la familia resultaron muy útiles ciertas teorías sociológicas, como la funcionalista. Desde los años cuarenta pueden encontrarse formulaciones ya muy completas de dichas teorías, en trabajos como *La estructura social de la familia*⁴⁹, del célebre sociólogo estadounidense Talcot Parsons. Según tales teorías, cada sistema productivo genera unas estructuras familiares adaptadas, y el crecimiento de la economía de mercado, de la industrialización y del Estado no ha hecho más que ir restando a la familia sus funciones tradicionales, vaciándola progresivamente de sentido. El capitalismo y el trabajo industrial han hecho innecesaria la producción familiar de manufacturas y de alimentos, dejando a la familia la sola función económica del consumo. El aumento del trabajo asalariado ha hecho independientes a los jóvenes de los ingresos familiares y ha favorecido su movilidad social. La escolarización le ha quitado a la familia su función ancestral de educar a los hijos. La sanidad pública y privada han externalizado igualmente el cuidado de los enfermos, y los sistemas de pensiones y el Estado del Bienestar se han hecho cargo de la vejez. Lo que queda de la familia de otros tiempos, una vez consolidada la economía propia de los países industrializados, es un último reducto de funciones afectivas y reproductoras, para las que es suficiente el «núcleo» formado por la pareja y los hijos. Cuando los cambios económicos permitan también satisfacer esas funciones en el mercado, la familia habrá dejado de tener ninguna razón de ser.

¿Pero son creíbles tales conclusiones y tales predicciones? Hasta ahora, y según una clasificación de los hogares que se ganó la aceptación generalizada entre los estudiosos de la familia, parecía confirmarse que los más abundantes y que mejor se habían adaptado a las condiciones propias de las sociedades industriales eran los hogares nucleares, entendiéndose por tales aquellos en que reside un solo núcleo conyugal con o sin sus propios hijos. Ésos son, en efecto, los hogares más

⁴⁹ Parsons tipificó y justificó hasta tal punto el modelo de lo que consideraba la configuración familiar propia del mundo industrializado que en los estudios de la familia actual es frecuente llamar «parsoniana» a la familia nuclear encabezada por la «típica» pareja de roles complementarios. Uno de los trabajos que mejor explican los motivos es Parsons, T. (1949), «The social structure of the family», incluido en Rut Anshen, *The Family: Its Function and Destiny*, New York, Harper and Brothers.

abundantes en Europa y, aún más, en España. En cambio, a medida que se consolidaban, iban menguando otros tipos de hogares, más extensos, con más de un núcleo o con personas no emparentadas. Por tanto, la evolución de las estructuras de los hogares parece concordar con la evolución prevista.

Más aún, desde los años setenta se observan nuevos cambios que algunos entienden como una nueva transición demográfica, y que afectan directamente a la familia. El número medio de personas en cada hogar ha seguido disminuyendo, y los nucleares empiezan a perder peso mientras aumenta el de otros tipos de hogar todavía más reducidos. Crece así la proporción de parejas sin hijos, la de hogares monoparentales (un único progenitor y sus hijos) y la de personas que viven solas. Un ejemplo ilustrativo de esto último es París, donde la mitad de los hogares están habitados por una sola persona. Son, por lo tanto, signos que parecen confirmar que la familia, en efecto, está llegando a su descomposición final.

Para encontrar explicaciones a todo ello se teoriza sobre el cambio de valores, sobre el posmodernismo, el posmaterialismo y sobre la segunda transición demográfica. En mi opinión, muchos de estos cambios se entienden mejor a la luz de la madurez de masas, que les resta, además, las connotaciones apocalípticas.

En primer lugar, todo este análisis mantiene una confusión constante entre hogar y familia, y buena parte de la confusión se debe a la simple comodidad de los investigadores. Es mucho más fácil estudiar los hogares, son más fáciles de definir, de cuantificar y de seguir en el tiempo, y no están tan extendidos en el espacio y el tiempo como las familias. Son los hogares, no las familias, los que se han nuclearizado. Son igualmente los hogares los que experimentan los recientes cambios «desnuclearizadores».

Pero muchos de tales cambios se deben simplemente a la madurez de masas o, si se quiere, a la presencia creciente de personas de edades maduras y avanzadas. En efecto, los tipos de hogar existentes en un país no sólo guardan relación con su grado de desarrollo o con el tipo de sistema productivo que tiene. Son, sobre todo, un fiel reflejo de la etapa de la vida por la que atraviesan las distintas personas que componen su población. Ninguna de las composiciones de los hogares que podamos encontrar en cualquier momento es inalterable. Todas atraviesan distintas fases, en función de la etapa del ciclo vital en la que se encuentran sus integrantes. Los jóvenes, después de vivir con los padres, pueden vivir solos mientras cursan estudios fuera de su localidad, pueden formar pareja y tener o no tener hijos. Si los han tenido pero ya se han emancipado volverán a ser un hogar habitado por

una pareja sin hijos. Si alguno ha permanecido en casa pero el cónyuge ya falleció o hubo separación, el hogar resultante es monoparental. Si un hijo o hija ya emancipado y con pareja se separa y vuelve a casa con su propia descendencia, la estructura del hogar se vuelve súbitamente compleja. Si todos los hijos marcharon y uno de los miembros de una pareja fallece, resulta un hogar unipersonal.

Algunas de estas transiciones pueden deberse a nuevos comportamientos, pero muchas son el normal resultado del carácter dinámico y temporal de las relaciones familiares en la vida humana. La madurez de masas y la creciente proporción de personas que llegan a completar todo el ciclo vital hasta las edades más avanzadas hacen que las formas de hogar propias de esas edades sean cada vez más frecuentes en el conjunto de la población. En cambio, las primeras generaciones que sobrevivieron masivamente hasta las edades maduras explican también el peso creciente y mayoritario de los hogares nucleares en los años en que se estaban casando y teniendo hijos. En esos años los supervivientes de las generaciones anteriores eran muy escasos y, por lo tanto, sus propias formas de hogar también.

Pero la principal objeción a la supuesta decadencia de la familia no tiene que ver con el correcto análisis del cambio en la estructura de los hogares. Lo más importante es que la composición del hogar nada nos dice realmente sobre la extensión e intensidad de las relaciones con los parientes que residen en hogares distintos.

Cuando, tras la crisis industrial iniciada a finales de los setenta, se hizo evidente que el Estado y la economía en general iba a necesitar ajustes e importantes apretones de cinturón, no sólo dejó de verse con satisfacción que la familia siguiera perdiendo funciones sociales, sino que se empezó a considerar la conveniencia de «devolverle» algunas de las que supuestamente habían tenido en otros tiempos y que el Estado le había quitado. Había llegado el momento de que progresistas y conservadores coincidieran en la necesidad de la familia, y su mejor conocimiento se convirtió en un objetivo importante.

Dados los supuestos teóricos existentes hasta entonces, y a partir de la interpretación que se hacía de las series históricas de datos, se daba por supuesto que la familia nuclear se veía afectada por un aislamiento cada vez mayor, que resultaba poco esperanzador. Pero los nuevos estudios sociológicos, al ir más allá de la simple convivencia en el mismo hogar, analizando también la intensidad de los lazos entre sujetos emparentados pero no corresidentes, mostraron un cambio familiar diferente al que se había supuesto hasta entonces. Era cierto que la amplitud de

las redes familiares se había reducido. Era igualmente cierto que, de los tres lazos tradicionales, el de filiación, el de hermandad y el de alianza, los dos últimos tenían cada vez menos relevancia. Pero no lo era que el conjunto de lazos de parentesco se hubiese debilitado, decayendo los apoyos y las ayudas materiales. Por el contrario, éstos se habían intensificado, sólo que siguiendo un criterio mucho más restrictivo y discriminatorio, concentrado en los lazos de filiación. El talante de los diagnósticos actuales sobre la familia muestra un giro significativo respecto al que se hacía pocas décadas atrás:

El carácter muy vertical, consanguíneo y fuertemente polarizado alrededor de los personajes femeninos del vínculo afectivo constituye a la vez su fuerza y su debilidad. Su fuerza, en la medida en que un sistema de intercambio o de solidaridad así estructurado puede sobrevivir más fácilmente a las separaciones, los divorcios. Su debilidad, en la medida en que el número de personas implicadas en las relaciones es más débil, y en que es suficiente que una u otra falte para que las demás se vean sobrecargadas⁵⁰.

Los autores no lo dicen, pero este cambio en las formas de apoyo es un resultado directo de la madurez de masas, porque no sería posible sin una supervivencia prácticamente segura de los integrantes de esa cadena vertical hasta edades muy avanzadas. Sus comentarios sobre el carácter femenino en torno al que se organizan serán retomados en el siguiente apartado, porque también guardan una estrecha relación con el tema de este libro. Pero, de momento, resulta interesante que la actual investigación sociológica haya desvelado no la decadencia de los lazos familiares, sino su concentración en los existentes entre ascendientes y descendientes consanguíneos directos. No podía ser de otra manera en unas poblaciones con fecundidad reducida y tardía, con una supervivencia como la actual y en las que se ha vuelto normal la existencia de familias con cuatro generaciones presentes.

La nueva distribución de los integrantes de las familias en órdenes de descendencia favorece la riqueza de las relaciones. Cuando la mayoría de las relaciones familiares eran horizontales, es decir, se establecían entre personas de edades similares (hermanos, primos, cuñados), la similitud generacional reducía enormemente su posible diversidad y, en cambio, suscitaba la competencia por los recursos nece-

⁵⁰ Kellerhals, J.; Coenen-Huther, J.; von Allmen, M. y Hagmann, H.-M. (1995), «Les formes de réseau de soutien dans la parenté», incluido en Claudine Attias-Donfut, *Les solidarités entre générations. Vieillesse, familles, état*, France, Éditions Nathan, pp. 131-143.

sarios en cada edad. En cambio, la verticalización hace que los miembros de la familia tengan edades, necesidades y recursos diferentes, favoreciendo la diversidad y el intercambio. Cada generación tiene peculiaridades irrepetibles y atraviesa etapas diferentes de la vida, de manera que las nuevas relaciones pueden ser mucho más ricas porque cada uno tiene mucho más que aportar a los demás.

Nuestras antiguas sociedades de Europa estaban fundadas sobre la transmisión. A lo largo de la industrialización y la urbanización, ciertos grupos sociales han experimentado un periodo de ruptura. Redescubrimos hoy los vínculos entre generaciones que tejen la trama de nuestras sociedades contemporáneas. Vínculos tradicionales vividos a la manera de la modernidad, que comportan siempre una forma de obligación, pero que son libremente consentidos.

(...) Antes de la revolución demográfica que ha comportado el descenso de la mortalidad y de la fecundidad, las generaciones se sucedían, mientras que hoy en día se superponen. En lo que se refiere a las donaciones, había que esperar a la muerte del padre o a que las fuerzas le abandonasen. Ocupando su lugar uno se convertía por fin en adulto. En otras palabras, el acceso a un estatus independiente estaba condicionado por la muerte de la generación mayor. El contexto era, en efecto, el de un mundo limitado, cerrado, lleno y, salvo al emigrar o al intentar la aventura hacia la ciudad, no solía haber lugar para una nueva unidad de producción. Hasta mediados del siglo XIX reina una intensa concurrencia en el seno de estas sociedades locales. Por contraste, nuestro mundo es hoy abierto; es el mundo del asalariado, donde cada cual puede adquirir —en principio— muy joven su independencia⁵¹.

Quienes siguen denunciando la injusticia generacional ignoran la nueva configuración de las redes familiares. Quizá los hijos ya no puedan esperar a quedarse huérfanos para recibir su herencia, pero los padres tampoco esperan ya hasta ese momento y la cesión se ha vuelto más libre, ha escapado a la constricción que la ligaba a la muerte. Las herencias auténticamente aprovechables ya no se reciben a la muerte de los progenitores, sino a la de los abuelos y bisabuelos. Las estrategias de transmisión patrimonial entre padres e hijos han dejado de concentrarse en un solo momento, y se extienden a lo largo de la vida. Los jóvenes pueden vivir con sus padres hasta edades antaño impensables, con los estudios pagados, en muchos

⁵¹ Segalen, M. (1995), «Continuités et discontinuités familiales: approche socio-historique du lien intergénérationnel», incluido en Claudine Attias-Donfut, *Les solidarités entre générations. Vieillesse, familles, état*, France, Éditions Nathan, pp. 27-28.

casos hasta los niveles superiores, y sin contribuir económicamente a los gastos del hogar incluso cuando tienen ingresos propios. Cuando optan por formar su propio hogar, muchos de ellos reciben ayuda económica. Si su propia unión no resulta duradera, son bien recibidos a su vuelta. Si tienen hijos, muchos abuelos y abuelas se convierten en una auténtica agencia de servicios personales sin la cual el nuevo hogar resultaría inviable. Los padres y los abuelos de los jóvenes actuales, aquellos pioneros de la madurez de masas, no tuvieron familias así. Cuando se habla de justicia entre generaciones convendría recordarlo.

6.3. LA MUJER: LA AUTÉNTICA VEJEZ DE LA ESPAÑA ACTUAL

Cuando se ha hecho la crítica del «etarismo», o sea, de la excesiva tendencia a explicarlo todo por la edad, podríamos haber añadido que, en ciencias sociales, hay otra característica humana sumamente predictiva sobre los comportamientos: el sexo. Por utilizar los términos clásicos del funcionalismo sociológico, sexo y edad son los dos determinantes básicos y universales del rol y del estatus de las personas, es decir, del papel y de la posición que detentan en el conjunto social.

Sin embargo, y de la misma manera que las grandes transformaciones sociales y económicas de los últimos dos siglos han hecho variar sustancialmente la significación de las edades, otro tanto ha ocurrido con los papeles tradicionalmente asignados a cada sexo. Ya se ha argumentado extensamente que las edades no han cambiado independientemente unas de otras, no pueden hacerlo, porque la esencia de cada una de ellas por separado se define a partir de la relación que tienen con todas las demás. Lo mismo puede decirse de las relaciones de género.

Las relaciones entre mujeres y hombres están cambiando, y, precisamente por ello, está cambiando lo que se entiende por ser hombre y por ser mujer. Aunque no faltan quienes ven en ello algo indeseable, creo que somos mayoría los que quisiéramos que esta corriente de cambios fuese en la dirección que se le supone, es decir, la de la eliminación de las discriminaciones por razón de sexo. Sin embargo, el sentido de los cambios no siempre está dirigido por nuestros deseos y, a menudo, ni siquiera por nuestras acciones. El avance en el terreno legal, espectacular en España durante los últimos años, no debe ocultar que la realidad social no se construye sólo a golpe de ley. Las reglas del juego pueden mejorar, pero el estado de la cancha donde se juega también es importante.

Al margen del marco legal, son muchos los otros ámbitos de la realidad social que influyen en las diferencias de género. Pero donde más y más claramente se reproducen y se expresan tales diferencias es en la vida familiar. Más que en ningún otro, es en ese ámbito donde las ideas, los deseos y las necesidades de cada cual se las tienen que ver con la realidad.

No se interprete mal esta afirmación. No proponemos una concepción de la realidad limitada a los aspectos materiales de lo cotidiano. Es cierto que la alimentación, el abrigo, el aseo o el descanso son necesidades básicas que se nos imponen, queramos o no, y que suelen ser cubiertas en el mismo ámbito espacial que las relaciones familiares. Pero si real es aquello que no cambia automáticamente con nuestros deseos, aquello que opone resistencia y que, para ser remodelado, exige interacción, esfuerzo y trabajo, entonces las ideas, deseos y necesidades de los demás son tan reales como los platos por fregar. Y donde más a menudo y con más intensidad nos enfrentamos a la realidad de los otros es en la familia.

Hasta tal punto las relaciones de género y las relaciones familiares están ligadas, que los cambios en la familia son probablemente la principal causa de cambio en las relaciones entre mujeres y hombres en general. Ahora bien, aunque las transformaciones sean lentas, ocurre que las familias adoptan formas y estrategias que se adaptan a las condiciones existentes y, como ya se ha visto, la madurez de masas ha modificado definitivamente tales condiciones. Resulta, por tanto, necesario plantearse la manera en que ha modificado también las relaciones de género.

No resulta difícil relacionar la eficacia demográfica conseguida con los cambios en el papel de la mujer. Tales cambios no tienen suficiente motivo en la progresiva igualación de derechos y no serían reales si no se hubiesen aligerado también las cargas reproductivas que han definido tradicionalmente los roles femeninos en la pareja y en la familia. Atrás quedaron también los tiempos en que se discutía si el descenso de la fecundidad era causado por la mayor actividad laboral femenina. Sabemos ahora que se trata de una relación causal mucho más compleja, en las dos direcciones y cambiante en el tiempo, porque el descenso de la fecundidad era una condición imprescindible para que las mujeres jóvenes pudiesen formar parte del mercado laboral en condiciones cada vez más parecidas a las de los hombres.

La nueva situación en que la actividad femenina es creciente y la fecundidad es reducida nos hace entrar en una nueva dinámica entre ambas, en la que el tra-

bajo extradoméstico de la mujer puede acabar siendo no ya un impedimento, sino una condición de posibilidad para tener hijos. Aunque no resulta creíble una vuelta a las fecundidades de tiempos pasados, el ejemplo de los países con las mayores tasas de actividad femenina de Europa demuestra que, actualmente, cuando las mujeres gozan de las mismas condiciones de trabajo que los hombres (fuera y dentro del hogar) tienen una fecundidad mayor y más temprana que la que caracteriza hoy a España⁵².

En cualquier caso, la eficiencia reproductiva resultante de la madurez de masas relega al pasado las fecundidades elevadas y es un factor explicativo fundamental del cambio en los roles de género. Hay incluso quien afirma que en la reproducción de seres humanos ha tenido lugar una revolución sectorial de la misma envergadura que, en su día, tuvieron la revolución industrial o la revolución informática. Luis Garrido, responsable de esta idea, ve en la revolución reproductiva una consecuencia similar: la expulsión de «mano de obra»⁵³ hasta entonces principalmente ocupada en dicho sector: las mujeres.

La analogía se establece con otras revoluciones productivas ya experimentadas por la humanidad. La introducción de maquinaria y nuevas tecnologías en la producción agraria incrementó radicalmente la productividad del trabajo dedicado a producir alimentos, haciendo innecesaria la mayor parte de la mano de obra a la que había proporcionado ocupación hasta entonces. Esta expulsión de la mano de obra repentinamente sobrante está en la raíz de las grandes migraciones europeas, interiores e internacionales, desde el siglo XVIII, y es el principal motor de la intensa urbanización actual. La revolución de la microelectrónica ha tenido consecuencias similares para la ocupación en la industria y en el tratamiento de la información. Durante la crisis y la reconversión de finales de los años setenta y de los ochenta, de tales sectores fue expulsada una proporción considerable de la mano de obra hasta convertir en mayoritarios los trabajos en «servicios», trabajos propios del sector terciario en el mercado laboral de los países posindustriales.

⁵² Cabré i Pla, A. (1990), «¿Es compatible la protección de la familia con la liberación de la mujer?», incluido en Instituto de la Mujer, *Mujer y Demografía*, Madrid, Serie Debate, n.º 10, pp. 9-16.

⁵³ Garrido Medina, L. (1996), «La revolución reproductiva», incluido en Cecilia Castaño y Santiago Palacios, *Salud, dinero y amor. Cómo viven las mujeres españolas de hoy*, Madrid, Ed. Alianza, pp. 205-238.

La revolución reproductiva, según Garrido, estaría teniendo efectos similares. La eficiencia demográfica responsable de la madurez de masas implica también que una parte sustancial del trabajo hasta ahora dedicado a la «producción» de seres humanos ya no sea necesaria en ese sector productivo. Pero ése era precisamente, hasta ahora, uno de los ejes fundamentales sobre el que se construían los roles de género. Si ya no es necesario que las mujeres se dediquen en su mayoría y durante la mayor parte de su vida a las tareas reproductivas, el camino para que puedan asumir roles hasta ahora preponderantemente masculinos se allana considerablemente.

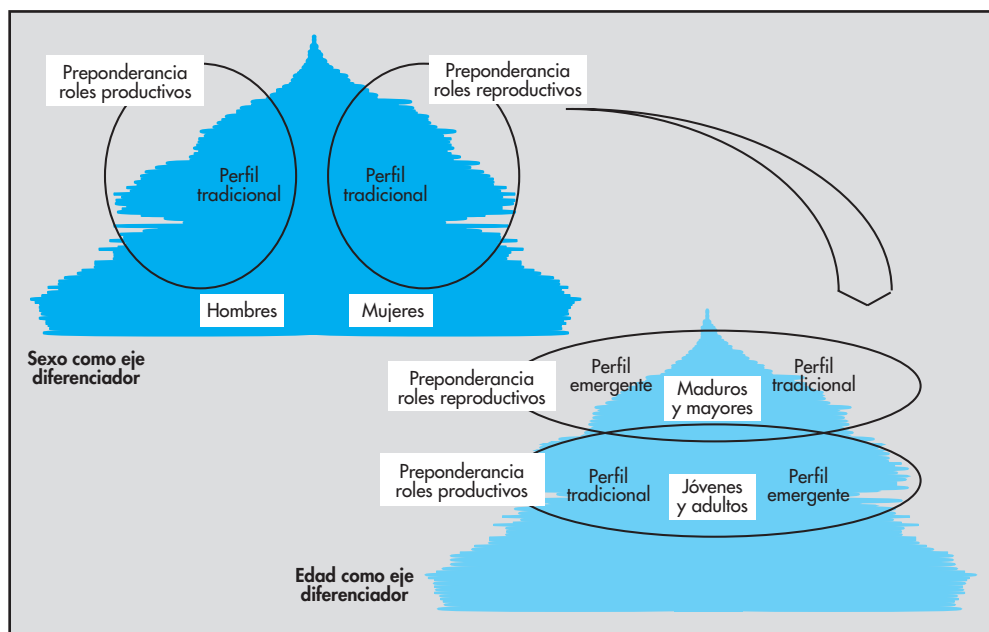
El caso es que la tradicional separación entre la producción y la reproducción que hasta ahora distinguía lo masculino de lo femenino parece saltar por los aires. Pero ¿es eso cierto? ¿Ya no hay personas que se distingan por dedicarse principalmente a unas cosas o a otras? En mi opinión esa distinción no ha desaparecido, pero es muy posible que el criterio que define tales roles esté dejando de ser el sexo para pasar a ser la edad.

La madurez de masas no sólo está provocando una reestructuración del reparto de funciones sociales y familiares entre hombres y mujeres. La emergencia estadísticamente masiva de los maduros y los ancianos debe tener también importantes consecuencias sobre las funciones tradicionalmente asignadas a todas edades. Si no se han observado es porque la atención ha estado desigualmente repartida.

El gráfico siguiente permite explicar mejor la anterior afirmación. En la matriz entre el sexo y el tipo de actividad principal desempeñada por las personas ha existido en el pasado una coincidencia casi universal en que lo femenino se construyese fundamentalmente en torno a la reproducción biológica y social en el seno de la familia, mientras que el papel exclusivamente productivo definía la masculinidad. Por tanto, en el gráfico, el eje que separa ambos sexos sería también el diferenciador de funciones.

La hipótesis que aquí propongo es que la madurez de masas permite la aparición de nuevas asignaciones en las que, por primera vez, el sexo deja de ser el principal determinante y es la edad la que se convierte en el factor principal. La función productiva de los hombres jóvenes se mantiene, y la reproductiva de las mujeres que ya han alcanzado la madurez también, pero aparecen como emergentes tanto la función productiva de las mujeres jóvenes y adultas como las funciones familiares de los hombres maduros.

GRÁFICO 22. Esquema ideal del posible cambio en la distribución de roles según el sexo y la edad



Nota. Se utiliza la expresión «roles reproductivos» en un sentido amplio, no limitado a la mera reproducción biológica.

Si hasta ahora lo definitorio de los roles de género no ha sido tanto el sexo como la función, estaríamos en las puertas de la igualación entre sexos, pero contra lo que suele creerse, la igualación no se produce en una sola dirección. Si puede afirmarse que las mujeres se «masculinizan» por la intensificación de sus funciones productivas y por la disminución simultánea de sus roles reproductivos, también cabe concluir que los hombres se «feminizan» cuando experimentan los cambios exactamente inversos. Lo que ocurre, simplemente, es que los protagonistas de tales cambios tienen edades muy diferentes.

Una afirmación de tal envergadura puede parecer en exceso provocativa y obliga, obviamente, a una argumentación mucho más extensa, argumentación de la que no voy a huir en las siguientes páginas. Pero conviene señalar que los medios para llevarla adelante son muy desiguales dependiendo de cuál de las dos partes

de la afirmación deba justificarse. En el gráfico anterior debe tenerse en cuenta que la emergencia de las funciones productivas de las mujeres constituye un cambio muy estudiado, mientras que la otra nueva combinación emergente, la de los hombres «reproductivos», apenas ha despertado atención hasta ahora, y los motivos de ese desigual conocimiento son suficientemente importantes como para condicionar el grado de confirmación de nuestra hipótesis.

De los dos movimientos emergentes el primero es sobradamente conocido. Los atentos observatorios de la marcha de la igualdad entre sexos parecen tener dirigidos todos sus aparatos de observación hacia los jóvenes. Tales aparatos confirman en esas personas, especialmente en las mujeres, cambios sumamente esperanzadores. Las parejas se vuelven más igualitarias, las responsabilidades de crianza tienden a aproximarse, los niveles de instrucción femeninos son tanto o más altos que los masculinos en esas edades, las mujeres jóvenes cada vez trabajan fuera de casa en mayor proporción y cada vez son menos las que interrumpen su trayectoria laboral para dedicarse a la familia exclusivamente. En todos esos cambios es la mujer la que se muestra más dinámica y la que lleva el mayor peso. La dirección del proceso de igualación parece, por tanto, clara: son ellas las que están abandonando más rápidamente y en mayor medida los tradicionales papeles femeninos y las que adoptan otros que hasta ahora parecían reservados a los varones.

Todo parece confabularse para que el conocimiento sociológico sobre la mujer contemporánea sea un panorama desigualmente iluminado. Luz abundante sobre la mujer en su etapa infantil, juvenil y adulta. Luz escasa, penumbras casi, sobre las mujeres que ya no tienen tales edades.

La visibilidad estadística en torno a los comportamientos familiares y reproductivos de la mujer joven es resultado, a la vez que causa, de la gran relevancia social y política otorgada a la fecundidad. Tenemos datos abundantes, de registros, de Censos y Padrones, y de encuestas, sobre tales comportamientos femeninos. Sabemos mucho más sobre las escasas familias monoparentales resultantes del divorcio o separación de las mujeres jóvenes y adultas que sobre las mujeres viudas de edad madura y avanzada, cuyo número resulta abrumadoramente superior⁵⁴.

⁵⁴ Estudios como el de Alberdi, I. y Escario, P. (1986), *Estudio sociológico sobre las viudas en España* (Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social), resultan excepcionales y, precisamente por ello, doblemente valiosos.

También existe interés político por el proceso de igualación educativa, y la visibilidad estadística necesaria para satisfacer dicho interés; resultados escolares, número de matriculados en cada ciclo hasta la universidad, distribución por ciclos, por carreras, tasas de abandono, distribución geográfica, incluso datos socioeconómicos y familiares. La revolución educativa femenina ha tenido lugar bien a la vista, mientras siguen siendo prácticamente desconocidas las consecuencias de la menor escolarización y el mayor analfabetismo de las mujeres de mayor edad respecto a sus coetáneos masculinos.

Pero, si existe un ámbito privilegiado para la percepción estadística intensa y continuada de ciertos cambios sociales, dicho ámbito es el de la relación con la actividad productiva. No sólo se trata de uno de los campos pioneros en el desarrollo de las propias estadísticas sociales, sino que, desde la crisis económica de finales de los años setenta y sus secuelas en forma de tasas de paro sin precedentes, las herramientas de percepción se han desarrollado y sofisticado enormemente. No son sólo los registros que genera el Instituto Nacional de Empleo. También la que probablemente sea la encuesta más rica, completa y frecuente entre las que producen los organismos oficiales españoles, la Encuesta de Población Activa, tiene como principal objetivo facilitar información sobre la relación de la población con la actividad. Por tanto, la masiva incorporación femenina al trabajo extradoméstico está siendo observada con luces, cámaras y micrófonos.

¿Qué cambios protagoniza la mujer joven según esta panoplia de herramientas estadísticas de observación? No hace falta extenderse en los datos, suficientemente conocidos. Todos parecen coincidir en que las mujeres jóvenes han dejado de tener el matrimonio y los hijos como principal forma de «colocación» en la vida. Por primera vez en la historia de este país, su nivel de instrucción no sólo ha dejado de ser inferior al de los hombres, sino que lo ha rebasado sensiblemente. Hay más mujeres universitarias y también el número de años de estudios es mayor en ellas. Este sobreesfuerzo tiene un objetivo claro: competir en condiciones iguales en un mercado de trabajo que sigue siendo de más fácil acceso para los hombres. Pero también tiene una condición de posibilidad, que es la práctica desaparición de las pautas culturales y sociales que conducían a la mujer de la adolescencia al matrimonio y a la procreación.

La mayoría de las mujeres que, en los años sesenta, protagonizaron la primera oleada importante en el aumento de la actividad femenina tenían ya edades maduras y habían sido madres previamente. Sus hijas, las adultas actuales, pare-

cen haber aprendido una importante lección de aquellas mujeres: si lo importante es consolidar la propia carrera laboral, el matrimonio y los hijos no pueden ir antes, si no se quiere tener un empleo «de segunda» sin ninguna proyección de futuro. Primero son los estudios y el trabajo, y la familia sólo es posible después. Modelo prácticamente masculino éste, que por primera vez empiezan a encarnar también las mujeres. La edad media al matrimonio se retrasa como nunca lo había hecho, y lo mismo ocurre con el nacimiento del primer hijo. En cambio, las proporciones de mujeres activas entre las jóvenes se aproximan a las pautas masculinas, con la novedad añadida de que no descienden en las edades posteriores, como era habitual en las generaciones más antiguas. Incluso entre las mujeres que formalizan una unión estable el abandono de la actividad laboral se está volviendo escaso. El ámbito doméstico, antes nutridamente poblado por amas de casa, se está quedando desierto entre las parejas jóvenes. No sólo se tienen menos hijos, y más tarde, sino que el mercado de servicios y las nuevas tecnologías han respondido rápidamente a la necesidad de dedicar el menor tiempo posible a las tradicionales tareas del hogar. Desde la lavadora hasta las comidas preparadas, desde los pañales desechables hasta el microondas, todo parece facilitar la «expulsión de mano de obra» del tradicional trabajo doméstico.

Mucha menos atención se le dedica al cambio en los comportamientos asociados al género que puedan estar experimentando los hombres. Al fin y al cabo, parecen seguir haciendo las mismas cosas que hacían hasta ahora y que correspondían y siguen correspondiendo a sus funciones «masculinas». La revolución aparece así como un patrimonio exclusivo de las mujeres, y tiene lugar porque éstas asumen comportamientos que, hasta hace poco, parecían exclusivos de los hombres. Los hombres jóvenes y adultos no están abandonando masivamente las actividades productivas, porque éstas siguen siendo perfectamente funcionales en su trayectoria vital. Ya no son los patriarcas que eran, se interesan más por los hijos, ha dejado de ser raro que algunos se casen con mujeres con más estudios o con posición social y laboral superior, pero nada de eso desdibuja su perfil tradicional de «productores» ni los convierte en principalmente «reproductores».

Sin embargo, no deben sacarse conclusiones precipitadas. Como ya se ha afirmado antes, el proceso de igualación parece moverse en una única dirección, la de acercar a las mujeres a los roles tradicionalmente asumidos por los hombres, *si lo observado son sólo los jóvenes*. El problema es que el interés social por los cambios de género parece desaparecer en las edades maduras. De la visibilidad estadística se pasa a la falta casi total de datos, y lo que les ocurra a

los que ya acaban su periodo adulto y alcanzan el ecuador de la vida empieza a conocerse únicamente a través del IMSERSO o de algunas escasas encuestas. Ninguna de tales fuentes tiene como objetivo específico sondear el modo en que cambian los roles de género. De esta manera resulta fácil no encontrar lo que no se busca.

Pues bien, aunque la información disponible sobre quienes ya no son jóvenes ni adultos se haya producido hasta ahora con otros fines, resulta posible reinterpretarla en función de nuestras hipótesis. Bastan para ello ligeros cambios de óptica en relación al uso que normalmente se les da. No conseguiremos de esa manera equilibrar la desigual atención prestada a las diferentes edades, pero quizá contribuyamos a que aumente el interés por conseguir tal equilibrio en el futuro.

Los datos disponibles permiten afirmar que la madurez de masas tiene como consecuencia la feminización de las edades maduras y avanzadas desde dos ópticas muy diferentes: por una parte, está provocando una importante feminización demográfica de tales edades; por otra, está remodelando los recorridos vitales para igualar a ambos sexos, siendo el modelo hasta ahora exclusivamente femenino el que se muestra mejor adaptado y hacia el que se desplazan los comportamientos de los varones. Vamos a tratar ambas ópticas por separado:

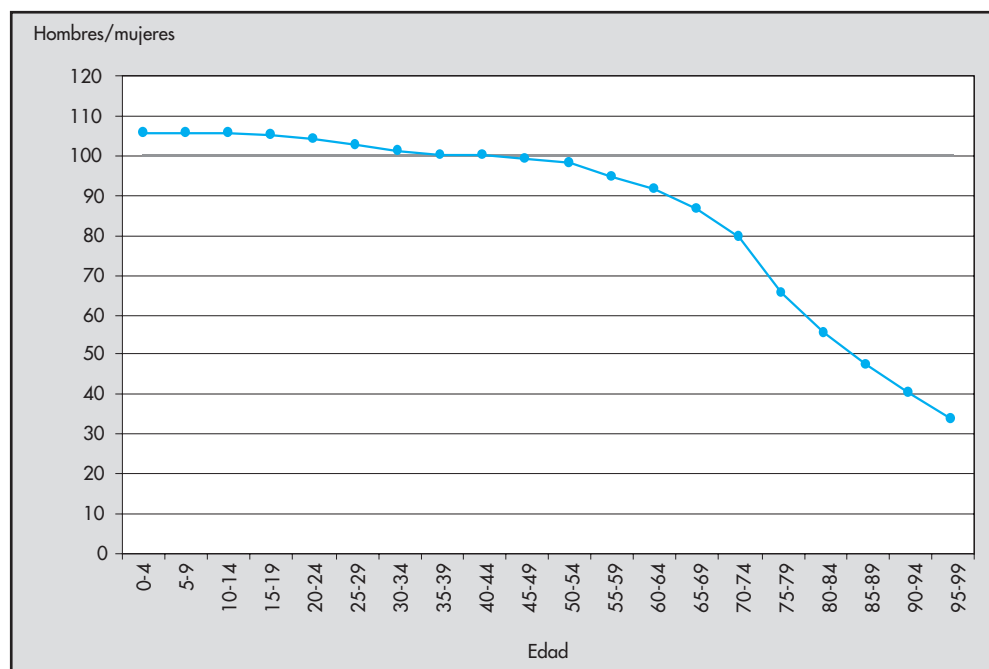
Más mujeres que hombres

Les propongo un ejercicio sociológico. Pregunten entre sus conocidos si en España hay más hombres o más mujeres. Comprobarán que no hace falta acudir a los demógrafos; todo el mundo sabe que hay más mujeres. Lo único que nosotros podemos añadir es la cifra exacta: en 1999 había en España 20.531.518 mujeres y 19.670.642 hombres, es decir, 860.876 mujeres más, 96 hombres por cada cien mujeres.

Continúen el sondeo. Esta vez hay que informar a los encuestados de que nacen más niños que niñas, y formularles a continuación una nueva pregunta: «¿Cómo es posible que, naciendo más varones, las mujeres sean más?». De nuevo se podrá constatar que son mayoría los que contestan acertadamente que, aunque nazcan menos mujeres, los hombres se mueren más. Ésta es una manera de hablar, por supuesto, para decir que viven menos tiempo, que es lo que, en efecto, les pasa a los hombres.

Las diferencias de mortalidad entre hombres y mujeres no son demasiado espectaculares si los comparamos a una misma edad y durante un periodo corto de tiempo. Tomemos mil hombres y mil mujeres de los que cumplieron cuarenta años en 1996. De esas mil mujeres, aproximadamente 950 conseguirán cumplir los cuarenta y cinco años, mientras que los hombres serán sólo 940. Si hubiésemos observado esas mismas generaciones cuando tenían veinte años (en los años setenta), la diferencia aún parecería menor, porque de mil iniciales, cumplirían veinticinco años 997 mujeres y «sólo» 994 hombres. No es una diferencia demasiado grande, ¿verdad? Sin embargo, poco a poco, las diferencias se van acumulando y, si se les deja tiempo suficiente, pueden llegar a extremos sorprendentes.

GRÁFICO 23. Número de varones por cada cien mujeres de la misma edad. España 1996



Fuente: INE, Padrón 1996.

En el gráfico resulta perfectamente visible la ligera ventaja numérica masculina al nacer, que se mantiene hasta las edades adultas. En el año 1999 hubo

11.354 nacimientos masculinos más que femeninos, y el mismo fenómeno puede observarse por mucho que retrocedamos en el tiempo. Cada año, con escasas variaciones, encontraremos que, de cada 100 nacimientos, casi 52 son varones.

En cambio, con pequeñas diferencias de una edad a la inmediatamente superior, la ventaja numérica masculina es decreciente, y se vuelve prácticamente nula entre las personas de 35 a 40 años. Las que tienen edades superiores ya muestran la relación inversa. Por ejemplo, por cada cien mujeres de 55 a 59 años hay aproximadamente 95 hombres. Y si lo observado son personas de más de setenta años, las diferencias empiezan a ser impactantes: dos de cada tres personas de ochenta y cinco años son mujeres, es decir, ¡hay dos mujeres por cada hombre! Por tanto, cuando para referirse a personas de ambos sexos y edad avanzada se habla de «los viejos», el uso del plural masculino incurre doblemente en la injusticia de género, porque los viejos no son viejos, sino viejas. Esto no era demasiado importante en el pasado, cuando eran tan escasos quienes alcanzaban esas edades, pero con la supervivencia actual se ha convertido en un factor claro de feminización. En 1981 las mujeres de más de 64 años eran ya el 6,7% de la población española, proporción que en 1999 había aumentado hasta el 9,7% y que probablemente las convierte hoy en uno de cada diez ciudadanos españoles.

CUADRO 11. Peso absoluto y relativo de la población de mayores de 64 años (total y femenina)

	Población	> 64 Total	> 64 mujeres	% > 64	% > 64 mujeres
1981	37.683.357	4.236.716	2.512.798	11,24%	6,67%
1986	38.473.332	4.689.407	2.788.435	12,19%	7,25%
1991	38.872.268	5.370.255	3.161.999	13,82%	8,13%
1996	39.669.409	6.196.498	3.614.827	15,62%	9,11%
2001	39.929.317	6.689.559	3.874.339	16,75%	9,70%

Fuente: Censos y Padrones correspondientes, y variante media del Instituto de Demografía (1994), *Proyección de la población española*, Madrid, Instituto de Demografía-CSIC.

Ya tenemos un primer elemento en el que basar nuestra afirmación de que la auténtica vejez de la España actual está en la mujer. Si utilizamos exclusivamente

las diferencias numéricas como criterio, podemos decir que las edades infantiles, juveniles y adultas son preponderantemente «masculinas», mientras las edades maduras, avanzadas y muy avanzadas son «femeninas».

La anterior afirmación podría ser vista como un abuso estadístico y acusada de mantener una visión excesivamente biologista de las poblaciones humanas. También desde el punto de vista sociológico puede levantar ciertas reticencias, especialmente entre los sectores más activos en pro de la igualdad de los géneros. La feminidad que encarnan las mujeres de mayor edad no parece ser el modelo más atractivo para las jóvenes españolas y, por el contrario, se acerca mucho al prototipo que el feminismo pretende combatir. No es de extrañar que la feminización estadística a partir de la madurez pueda parecer una victoria pírrica, ni que el pensamiento feminista prefiera prestar una mayor atención a las mujeres que aún no han alcanzado tales edades. Las mujeres maduras y ancianas no despiertan las mismas esperanzas porque sus trayectorias están ya muy consolidadas y se construyeron en épocas en las que el progreso social y cultural de España había sufrido un duro golpe.

Sin embargo, no es necesario que una persona cambie de comportamiento para que cambie su función social. Las relaciones sociales son fruto de la interacción entre personas, y esa interacción sí es cambiante, como ya se argumentó anteriormente. El hecho de que las mujeres maduras, al igual que los hombres jóvenes, mantengan los roles de género que habían tenido hasta ahora no les pone a salvo de los cambios que está experimentando el conjunto social, sino que las sitúa en posiciones relativas novedosas respecto a quienes les rodean. Se equivocan quienes encuentran mucho más interesante el cambio entre las jóvenes, porque son ellas las que «se mueven», mientras consideran faltas de interés a las mujeres maduras y ancianas porque es su situación la que se mueve alrededor de ellas. Por el contrario, tiene pleno sentido preguntarse por la manera en que encajan en la nueva redistribución social de las edades que ha producido la madurez de masas. Si en España realmente conviven en la actualidad dos modelos diferentes de mujer, separados de manera difusa por las edades que siguen a la madurez, se hace urgente prescindir de los prejuicios y las valoraciones desiguales de ambos modelos, y abordar de una vez el estudio de ambos en pie de igualdad.

¿Cuáles son los rasgos sociodemográficos que caracterizan ese modelo femenino tan opuesto al de la «nueva mujer» española? ¿Cómo justifican la escasa valoración otorgada a la condición femenina de quienes ya hace tiempo que dejaron

de ser jóvenes? Aunque no exista una investigación detallada que dé respuestas a tales preguntas, la información sociodemográfica disponible permite apuntar brevemente algunas direcciones en las que convendría profundizar.

1. Mujer y supervivencia

Ya se ha descrito en el primer capítulo la manera en que la mortalidad por edades ha acabado plegándose «al orden» humano, evitando la mayor parte de las defunciones prematuras y proporcionando a cualquier recién nacido unas probabilidades muy elevadas de llegar a la vejez. Pero, a cambio de este logro sin precedentes en la historia humana, las personas que llegan a edades avanzadas han tenido que pagar un precio simbólico de cierta importancia. Han dejado de ser identificadas con la supervivencia, con la fuerza y la animosidad para aferrarse a la vida y capear todas las adversidades, y han pasado a ser identificadas con la muerte. Ya no nos parece natural, sino una auténtica tragedia, el fallecimiento de alguien con «sólo» cuarenta y cinco años. En la actualidad son sólo los mayores los que se mueren.

Se da así la paradoja de que las mujeres, que se han beneficiado más y más rápidamente del progreso en la supervivencia, deben pagar más que los varones ese precio simbólico; como su esperanza de vida es superior, les corresponde por ello padecer más intensamente los estigmas de la vejez. Nótese el sinsentido de esta afirmación. ¿Cómo puede encontrarse ventajosa la masculinidad cuando conlleva una supervivencia menor? Para ello hay que incurrir en malabarismos flagrantes, como el de quienes consideran que las mujeres viven más pero su vida es menos interesante, menos «plena», más insatisfactoria, o el de quienes traen a colación indicadores sanitarios sobre la mayor morbilidad y la peor percepción de la propia salud entre las mujeres de edad avanzada.

2. La soledad femenina

La aparentemente escasa valoración otorgada a la mayor supervivencia femenina no es la única consecuencia indeseable que resulta de las diferencias de mortalidad según el sexo. Otro de los efectos de tales diferencias es que la viudedad es mucho más probable en ellas que en ellos. Los hombres suelen acabar sus días junto a su cónyuge; las mujeres, no.

La sobremortalidad de los hombres, sin embargo, no es la única causa de este «mal femenino». Sus efectos se ven multiplicados al combinarse con la hasta ahora tradicional mayor edad de ellos en la pareja. Puesto que la edad media al matrimonio de estas generaciones ha sido muy desigual según el sexo, la viudedad seguiría siendo más frecuente entre las mujeres incluso si no hubiese diferencias de mortalidad. La diferencia de edad al matrimonio tiene, además, otras consecuencias sobre las pautas de convivencia. Implica que también los hijos comunes de una pareja nacen y se emancipan más pronto en la vida de la madre que en la del padre.

Todo parece confabularse para que, a partir de la madurez, la compañía de familiares directos sea más escasa para las mujeres que para los hombres. La evolución de la estructura de los hogares en España⁵⁵ es bastante sintomática. A la vez que se reduce el número medio de personas en cada hogar, aumenta el peso de los hogares formados por parejas sin hijos, el de los monoparentales y el de los unipersonales. Pero en contra de la creencia común de que son los jóvenes quienes protagonizan tales transformaciones, buena parte de ellas se explica por el modo en que están cambiando las pautas convivenciales de los de más edad. Igualmente disminuyen los hogares en los que reside más de un núcleo conyugal y los denominados «extensos», aquellos en los que los adultos conviven con sus propios hijos pero también con otros familiares como alguno de sus propios progenitores. Tales formas de hogar solían resultar del apoyo familiar a los más ancianos y, aunque minoritarias, han distinguido hasta hace poco a España del resto de Europa, donde ya eran prácticamente inexistentes. Pues bien, también en nuestro país llevan camino de desaparecer, pero sobre todo para las mujeres, porque sigue siendo mucho más frecuente la convivencia con otros familiares entre los viudos que entre las viudas.

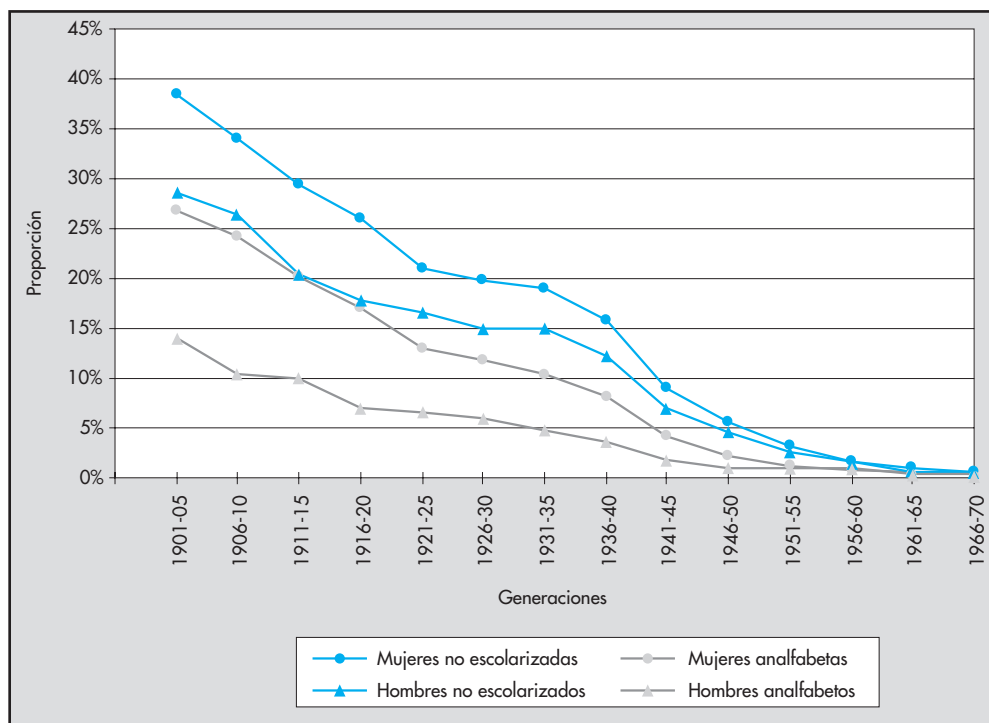
3. La escasa instrucción femenina

En España, país europeo, desarrollado, posindustrial, todavía existe analfabetismo. Pero no es necesario sumarse al fácil alarmismo hoy extendido respecto al buen o mal funcionamiento de nuestro sistema educativo. El analfabetismo sólo es relativamente frecuente, todavía, entre las personas de mayor edad y, sobre todo, si son mujeres. Si las diferencias de mortalidad entre sexos son resultado de com-

⁵⁵ Requena, M. (1993), «Formas de familia en la España contemporánea», incluido en L. Garrido Medina y E. Gil Calvo, *Estrategias familiares*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 249-270.

portamientos cuyos efectos se van acumulando a lo largo de toda la vida, las diferencias en el nivel de instrucción se definen casi exclusivamente durante la infancia, de manera que las desigualdades actuales se dan especialmente en generaciones que atravesaron las edades escolares en una época en la que la educación de niños y niñas respondía a finalidades completamente diferentes: preparar a unos para la producción y a las otras para la reproducción.

GRÁFICO 24. Proporción de no alfabetizados y de no escolarizados, por sexo y generación



Fuente: Encuesta Sociodemográfica, INE, 1991.

Podríamos añadir otros datos ilustrativos sobre las diferencias de género relacionadas con el nivel de instrucción (años de estudios, niveles máximos alcanzados, escasez de mujeres universitarias y tipo de carreras cursadas...), pero los representados en la gráfica anterior son suficientemente contundentes. Todavía están llegando a su primera vejez generaciones en las que la propor-

ción de mujeres que nunca fueron a la escuela duplica a la de los hombres en la misma situación.

La relevancia del nivel de instrucción es sobradamente conocida en sociología. Su carencia o escasez comporta desventajas evidentes en la relación individual con el entorno material y humano. Dificulta el acceso a la información y a los servicios. Correlaciona negativamente con el nivel de salud e, incluso, con su percepción subjetiva entre quienes tienen un mismo nivel «objetivo». No parece, por tanto, que toda una vida, desde la infancia orientada al trabajo reproductivo, haya proporcionado a la mujer una posición envidiable una vez le ha llegado la madurez.

4. La situación económica

Las consecuencias para la «segunda parte de la vida» que se derivan de la tradicional especialización reproductiva femenina trascienden con mucho su nivel educativo. Es en las trayectorias laborales y en la situación económica donde se hacen sentir de un modo fundamental, ya que determinan las condiciones materiales de vida en el presente.

Las españolas de más edad han tenido una dedicación media al trabajo del propio hogar que rebasa ampliamente los cuarenta años, mientras que la dedicación masculina en las mismas generaciones es prácticamente nula. En cambio no encontramos una simetría inversa cuando se trata del trabajo extradoméstico. Si son los hombres los que han estado empleados durante más de cuarenta años, los años de empleo femenino, aunque sean menos, no son negligibles. Las mujeres de más de setenta años en la actualidad han estado formalmente ocupadas fuera del hogar una media próxima a los treinta años. Es obvio que para ello han debido compatibilizar durante buena parte de ese tiempo (incluso durante todo el tiempo) el trabajo doméstico y el extradoméstico. El modo en que eso impide progresar en la propia carrera profesional y limita el tipo y la categoría de los trabajos accesibles no va a ser algo que descubramos aquí. Pero aún es más importante que, en muchos casos, la trayectoria laboral no se vio dificultada, sino interrumpida, por la dedicación al trabajo reproductivo. Tanto si la interrupción fue definitiva como si muchos años después se pretendió retomar la ocupación, las consecuencias eran ya irreversibles.

Si el matrimonio de estas mujeres hubiese sido realmente una empresa común con funciones repartidas de manera complementaria, no hubiese importado quién

de los dos era el proveedor económico. Pero lo cierto es que la supuesta complementariedad en lo familiar se ha traducido en realidad en la inferioridad económica de estas mujeres. En la propia familia, porque durante décadas se ha restringido su capacidad real e incluso legal de gestión del patrimonio y de los recursos económicos familiares (hasta tal punto se las relegó a un segundo plano que el código civil amparaba la primacía de los hijos frente a la esposa en la transmisión del patrimonio de los varones fallecidos). Desde el punto de vista social, porque el derecho a percibir una pensión se ha aplicado con criterios muy diferentes en función del pasado laboral de cada persona y, por tanto, de su sexo.

* * *

No hace falta seguir enumerando. Todo parece dar la razón a quienes se interesan más por las transformaciones que tienen por protagonistas a las mujeres jóvenes. Las otras, las que ya no lo son, parecen más dignas de lástima y de asistencia pública y privada que de interés como actores sociales.

¿Por qué considero necesario entonces, urgente incluso, profundizar en el conocimiento de estas mujeres? ¿Voy a apelar simplemente al hecho de que tienen un peso demográfico muy superior al de los hombres de las mismas edades? Ciertamente, éste es un motivo importante, pero hay otros. Uno fundamental es que, pese a que los datos expuestos hace un momento puedan ser rigurosos, el modo en que suelen interpretarse choca frontalmente con la observación directa. Basta con salir a la calle para comprobar que estas mujeres merecen más admiración que conmiseración, que son ellas las que proporcionan asistencia y no al revés, y que constituyen el modelo hacia el que se están desplazando los comportamientos de sus coetáneos masculinos.

Se interpretan mal los datos porque se analizan las trayectorias vitales femeninas con los patrones aplicables a los varones y con los valores propios de la juventud. La obsesión sociológica por los traumas asociados a la jubilación, por la pérdida de estatus y de funciones sociales y familiares o por la crisis emocional de los cuarenta resulta inadecuada cuando lo estudiado son las mujeres. El empeño en valorar los recursos educativos, relacionales, laborales o económicos en función de su utilidad para los jóvenes y los adultos resulta igualmente inadecuado cuando lo estudiado son personas que ya no tienen tales edades.

Que las mujeres tengan mayor esperanza de vida ya debería ser suficiente motivo de sospecha. Sólo con calzador puede introducirse la afirmación de que es

preferible ser hombre cuando de la supervivencia se trata. Si vivir más años conlleva el estigma de una vejez escasamente valorada, lo cierto es que las mujeres que lo padecen se enfrentan a él mucho mejor que los hombres, con una soltura que en el futuro tendrán que agradecer quienes están a las puertas de tales edades. Las mujeres de luto permanente por un marido que falleció ya hace años, que conviven con algún hijo considerándose una carga, que se sienten desplazadas por la nuera en sus quehaceres de siempre, que no tienen ahorros ni patrimonio alguno y que no encuentran ningún sentido a la vida que no sea esperar la propia muerte encerradas en casa, personifican un tópico prácticamente extinto que no se corresponde en absoluto con la realidad.

De las diferencias de instrucción, trayectoria laboral y situación económica se extraen también conclusiones erróneas. Los estudios formales son muy importantes en el igualmente formal mundo del trabajo asalariado, y las diferencias educativas entre sexos resultan intolerables cuando se persigue una competencia justa en el mundo del trabajo extradoméstico. Pero suponer que los estudios académicos son la única fuente de conocimientos importantes y útiles en cualquier etapa de la vida conduce, de nuevo, a medir a las mujeres que ya no son jóvenes con el rasero masculino y juvenil. El resultado es el menosprecio por los conocimientos y habilidades de esas mujeres, cosa que hasta cierto punto es justificable en las jóvenes que aspiran a la igualdad laboral con los hombres de su misma edad, pero que constituye una trampa fatal para los hombres maduros. Después de todo, la vida laboral se acaba, y cada vez más pronto.

Los varones, educados, formados y aplicados al mundo «exterior» de las relaciones laborales y de las actividades productivas impersonales y contractualmente formalizadas, pierden de repente el suelo bajo sus pies cuando la vida laboral toca a su fin. Sus recursos, conocimientos, habilidades y relaciones no desaparecen, pero se quedan sin el lugar de aplicación para el que se crearon y desarrollaron, se mueven en el aire. Nada en su formación les capacita para volver al «mundo real» del hogar, de las relaciones personales informales, de las tareas cotidianas de la casa y de mantenimiento de los apoyos familiares.

Para las mujeres, en cambio, no hay salto en el aire ni aterrizaje forzoso. Si se dedicaban exclusivamente al trabajo del hogar, para ellas no hay jubilación. Si lo compatibilizaban con una ocupación laboral, la jubilación es mucho mejor recibida que entre los hombres de la misma edad. No hacen falta las ciencias sociales para saber que, a partir de entonces, se desenvuelven mucho mejor que los hombres.

La jubilación acaba, por tanto, con buena parte de las desventajas que pudiesen derivarse de la menor instrucción femenina, y pone en evidencia, en cambio, la escasez e inadaptación de los conocimientos típicamente masculinos aplicables a la nueva situación. De hecho es frecuente que la mujer, pese a su mejor disposición para afrontar la nueva situación, deba sufrir la jubilación de su cónyuge tanto o más que éste. Por si hubiese alguna duda sobre la dificultad con que los hombres se adaptan a este mal trago, puede observarse un significativo aumento de la mortalidad masculina alrededor de las edades finales de la vida activa.

El aumento de la dependencia respecto a su cónyuge que experimentan los hombres tras jubilarse tiene también su reflejo en las tablas de mortalidad por edades: los hombres, cuando enviudan, tienen una esperanza de vida menor que sus congéneres de la misma edad que continúan conviviendo con su pareja. Si la que enviuda es ella, situación mucho más frecuente, no es visible el mismo fenómeno, por mucho que la viudedad sea también una situación penosa y traumática para la mujer. No falta quien se deja llevar por el extremismo andrógino y afirma que para muchas de estas mujeres la viudedad es, de hecho, una bendición y no una tragedia. Pero, sin llegar a tales extremos, tampoco puede negarse que, si consiguen superar el duelo inicial, muchas mujeres viudas adquieren consciencia cabal de su propia individualidad y se abren al mundo con redoblada vitalidad.

En definitiva, por muy extraño que pueda parecer, estoy afirmando que los tradicionales roles femeninos proporcionan a la mujer de edad madura y avanzada una independencia y autosuficiencia que los igualmente tradicionales roles masculinos no han permitido hasta ahora a los hombres de las mismas edades.

Esta afirmación topa inevitablemente con las desigualdades económicas. Pero es importante señalar que tales condiciones han mejorado sustancialmente en los últimos años y que las generaciones que actualmente llegan a la madurez traen consigo cambios todavía más revolucionarios. Los mayores de sesenta y cuatro años tienen vivienda en propiedad (más de tres de cada cuatro de ellos), o se benefician de viviendas alquiladas hace mucho tiempo, a un precio muy inferior del que deben pagar los jóvenes que formalizan un contrato de ese tipo en la actualidad. A diferencia de lo que ocurría hace algunas décadas, no son los treintañeros los que hoy día tienen vivienda en propiedad, un buen coche, ahorros en la cuenta corriente e incluso una segunda residencia. No les ha dado tiempo a tanto.

Entre los de mayor edad, el valor del dinero tampoco es equivalente en función del sexo de quien lo maneja. Su elasticidad se vuelve sorprendente en manos de estas mujeres. Sus conocimientos de economía doméstica nada tienen que envidiar a los de los economistas licenciados. No son conocimientos teóricos, sino aplicados; los han desarrollado desde la infancia, los han pulido a medida que los enfrentaban a la gran diversidad de situaciones que provoca la vida, los han empleado al servicio de unidades familiares mucho más numerosas de lo que son en este momento. También la productividad de su trabajo doméstico es abrumadoramente superior a la de sus congéneres varones.

No es de extrañar que, incluso con muy pocos recursos, esté aumentando la independencia familiar de las edades avanzadas, especialmente entre las mujeres que viven solas. La constatación de esta tendencia puede producir una impresión poco esperanzadora entre los trabajadores sociales que visitan los hogares más deprimidos, del mismo modo que los responsables de la política social pueden deplorar la aparente tendencia a que los hijos se desentiendan de sus padres porque cada vez son menos los que los acogen en su propia vivienda. Pero lo cierto es que la creciente independencia domiciliaria es un fiel reflejo de la mejora en las condiciones económicas.

La mejora puede parecer, pese a todo, desigual según el sexo. La reciente concesión de pensiones no contributivas, que universaliza el derecho a percibir una pensión en la vejez, no es suficiente para equilibrar las diferencias entre hombres trabajadores y mujeres amas de casa. Pero el salto de la nada a una pensión mínima es crucial. Las pensiones de viudedad tampoco proporcionan los mismos recursos que una pensión contributiva con cónyuge a cargo. Pero, por muy crudo que pueda sonar, sirven a una sola persona, no a dos. Pese a todo, lo fundamental es que no deben magnificarse los efectos beneficiosos del sistema de pensiones. El principal motivo de las mejoras es que las generaciones que actualmente llegan a la madurez y a la vejez disponen de más recursos propios que las generaciones más antiguas, y las mujeres se benefician de ello mucho más que hace algunas décadas⁵⁶.

⁵⁶ Para demostrarlo no es necesario traer a colación hasta qué punto las fortunas de las familias más ricas de España se están concentrando en manos de viudas. Es mucho más relevante, desde el punto de vista sociológico, que las prácticas de sucesión y herencia estén cambiando de manera generalizada: lo tradicional había sido que heredasen los hijos, con usufructo para el cónyuge; ahora el heredero es el cónyuge, y a los hijos simplemente les corresponde la legítima.

No es el desinterés de los hijos ni es la menor solidaridad familiar lo que explica el declive de las familias extensas y plurinucleares. Por el contrario, los padres y madres añosos han dejado de recurrir a la coresidencia con sus hijos porque prefieren mantener su independencia domiciliaria y porque tienen los medios económicos para ello. En muchos de los casos en que siguen conviviendo con hijos casados, son éstos los necesitados y acogidos por los padres, y no al revés.

Las estadísticas sobre estado civil y sobre estructura de los hogares, por tanto, se están interpretando para darnos una imagen de soledad y abandono que no se deduce necesariamente de tales datos, porque la familia no se reduce a los convivientes bajo un mismo techo. Es precisamente en el ámbito convivencial y familiar donde peor se está leyendo la información sobre las mujeres de edades maduras y avanzadas, y donde más erróneas son las conclusiones sobre la situación comparativa entre hombres y mujeres.

La creciente independencia de las mujeres de mayor edad y su papel fundamental en la gestión de sus propios hogares incluso con unos recursos mínimos (ya sea en pareja o viviendo solas) es sólo una pequeña parte de la realidad. Incluso cuando no comparten el mismo domicilio, muchas de estas mujeres continúan ejerciendo funciones familiares inestimables. No se ha valorado suficientemente su papel en la masiva incorporación de sus hijas jóvenes al mercado de trabajo asalariado, pero es evidente que muchas mujeres trabajadoras cuentan con sus madres para hacer ciertas compras, para «arreglar papeles», para cuidar de los hijos muy pequeños o para traerlos y llevarlos del colegio cuando ya han crecido un poco. Los antecedentes habría que buscarlos mucho antes, cuando en plena crisis se lanzaron a la calle a «hacer faenas» ante el paro de sus maridos o, sencillamente, para complementar los ingresos familiares. Estas mujeres contribuyeron a hacer posible para sus hijos la dedicación exclusiva y prolongada a los estudios, dedicación que ha permitido a las jóvenes actuales igualar y superar el nivel de instrucción de los hombres de su misma edad.

Los beneficios no son sólo para los demás: las relaciones son de mutuo interés y no se limitan a las ayudas visibles. Hay en el papel de estas mujeres una función mucho más difusa y difícil de detectar que no se da en los hombres y que las va a beneficiar en sus últimos años: la de mantener la cohesión familiar en un mundo en el que los parientes están cada vez más dispersos en hogares diferentes.

A la detección de esta función no llegan ni siquiera las encuestas sobre el uso del tiempo, y sólo algunas de carácter cualitativo o basadas en entrevistas en profundidad pueden hacerla visible. Pero las encuestas sobre el uso del tiempo parecen estar pensadas sólo para personas de mediana edad, con horarios divididos entre el trabajo y el ocio. Como ocio califican, precisamente, las visitas, los contactos telefónicos, las pequeñas ayudas domésticas a terceros. Caen así en el mismo saco las horas de visitas «intrascendentes», mucho más frecuentes, y las que conllevan ayudas puntuales pero imprescindibles en casos de urgencia, obviamente excepcionales y escasas en términos absolutos. Sin embargo, tanto unas como otras deberían valorarse de manera diferente en función de la edad. Para que la solidaridad funcione en los casos de urgencia y necesidad, debe existir también una tarea constante de «engrase» de sus mecanismos, como esas horas dedicadas por las abuelas a repasar la vida y milagros de toda la familia que tan banales parecen a algunos, especialmente si son hombres. Cualquiera puede comprobar que, incluso en las reuniones familiares, ellos se dedican a hablar entre sí y de cosas más trascendentes, como la política o el fútbol.

Cuando en las más altas instancias de nuestro país se habla del fuerte impacto que puede tener el envejecimiento demográfico sobre los sistemas sanitario y de bienestar social, algunos señalan de pasada que, por suerte, en España la solidaridad familiar tiene un papel muy superior al de las prestaciones del Estado (precisamente la situación a la que querrían llegar muchos otros países desarrollados). El feminismo, ante estas tesis, tiene motivos para desconfiar porque tras el eufemismo «la familia» se esté hablando en realidad de la mujer y podría ocurrir que se cargasen sobre ella los ahorros que el Estado pueda pretender hacer en el cuidado de los mayores. Lo que nadie parece recordar es que precisamente gracias a la madurez de masas, la presencia simultánea de cuatro generaciones en una misma familia, en vías de generalizarse, tiene en las generaciones maduras su pivote fundamental. A quienes ya son bisabuelos, a las personas realmente ancianas, no les cuidan los jóvenes, muy atareados en un mundo laboral cada vez más competitivo, sino los maduros, mayoritariamente mujeres. Debería ponderarse, por tanto, la gran rentabilidad de la inversión realizada por el Estado en pensiones no contributivas o en cualquier otro tipo de prestaciones para estas mujeres: obviamente, resultan mucho más baratas que el mantenimiento de plazas hospitalarias o de residencias públicas para sus ancianos padres. Ellas cuentan, además, con una capacidad de ahorro y con unas garantías de buena gestión difícilmente mejorables por otras instituciones públicas o privadas.

La feminización de los hombres maduros

Por lo que acaba de verse, no existen demasiadas presiones en el entorno social y familiar para que las mujeres, tras pasada ya la madurez, modifiquen sustancialmente los roles que les han caracterizado durante su vida anterior. Por mucho que las mujeres más jóvenes deban acercarse voluntaria o forzosamente a las actitudes y funciones hasta hace poco ejercidas por los hombres, lo «femenino» sigue siendo perfectamente funcional cuando se aproxima el final de la vida laboral.

Para los varones las perspectivas son completamente diferentes. En su caso, los roles masculinos siguen siendo funcionales durante la vida adulta, y existen pocas presiones (y pocas ganas, podría añadirse) que recomienden modificarlos. Por muy buena voluntad que pongan, y por mucho que las encuestas reflejen una mentalidad crecientemente igualitaria entre los jóvenes, esos mismos sondeos estadísticos siguen pretendiendo encontrar en vano un aumento en la participación de esos hombres en los trabajos domésticos. Mientras tanto, las mujeres españolas dedican a tales trabajos un promedio de casi 46 horas semanales, el más alto de toda la Unión Europea (el promedio en Dinamarca es de 24).

¿Ocurre lo mismo cuando los hombres llegan a la madurez? Ésta no es una pregunta que las encuestas parezcan muy interesadas en responder y, de hecho, los datos disponibles resultan bastante escasos. Habría que empezar por reconocer que por lo menos las condiciones para mantener los roles masculinos anteriores sí experimentan un cambio objetivo importante, sobre todo después de la jubilación. El motivo fundamental es que en ese momento, súbitamente, esos roles pierden su razón de ser y, sobre todo, dejan de ser funcionales.

Cuando España era todavía un país eminentemente agrario, y la esperanza de vida masculina bastante reducida, los hombres trabajaban mientras las fuerzas se lo permitían, los inactivos eran escasos y la organización interna de las relaciones y de las economías familiares aún facilitaba casos de «patriarcado» sostenido hasta sus últimos años. Pero todo ha cambiado. La esperanza de vida masculina garantiza muchos años de vida después de la jubilación, ésta se adelanta cada vez más y el número de hombres inactivos al traspasar la madurez se ha vuelto impresionante. Las nuevas condiciones familiares y productivas han vuelto sumamente disfuncionales los roles tradicionalmente masculinos a tales edades. Quienes pretendan mantenerlos se van a ver obligados a luchar durante muchos años, décadas incluso, con el problema de que su actitud no se adapta en absoluto a su situación real.

El ajuste se hace necesario, casi inevitable, y pasa por la asunción de nuevos roles mejor adaptados a esa nueva y duradera etapa de la vida.

El ajuste no es fácil. A las mujeres no les ha costado tanto «masculinizar» sus años de vida adulta porque empiezan a asumir los nuevos roles desde la infancia y de manera gradual, y porque los antiguos han dejado de parecer deseables. En cambio los hombres maduros se ven obligados a una reconversión tardía, mucho más brusca y, en muchos casos, no deseada. Al jubilarse pierden instantáneamente el círculo de relaciones sociales en el que se han movido durante buena parte de su vida. Dejan de estar sujetos a una distribución del tiempo dictada por la actividad laboral, que regulaba los ciclos cotidianos y las perspectivas para el día siguiente, y se ven obligados a decidir a qué van a dedicar cada hora del día, qué harán mañana cuando se levanten, o cuáles son sus proyectos para los próximos años (los que hayan estado alguna vez en paro ya han tenido una buena muestra de hasta qué punto esa situación puede hacerles entrar en crisis). Su formación, sus habilidades y su experiencia laboral, a veces muy amplias y especializadas, dejan de tener ninguna utilidad para la vida que les aguarda. A todo ello hay que añadir que cada vez es más frecuente que la jubilación llegue por anticipado, sin dar tiempo ni siquiera para digerir suficientemente la noticia.

Algún tipo de preparación para la jubilación se está volviendo necesario, y así empiezan a entenderlo las Administraciones y algunas empresas⁵⁷. Sin embargo, lo más corriente es que no haya tal cosa. En la mayoría de los casos las mejores lecciones de cómo encarar la nueva vida deberán aprenderse en el propio hogar y con la propia mujer como principal ejemplo a seguir.

Para algunos hombres es demasiado. Incluso la supervivencia puede peligrar y, de hecho, se observa un significativo aumento de las probabilidades de morir en las edades de jubilación. La vida en el hogar puede llegar a convertirse en un calvario, y no es exagerado decir que cuando los varones viven de manera traumática su jubilación las relaciones familiares se resienten y sus mujeres la padecen tanto o más que ellos.

Si tuviese que resumir las consecuencias de la madurez masculina con el mayor grado de abstracción, lo haría apelando a un cambio en la significación del tiem-

⁵⁷ Pérez Díaz, J. (1996), «Jubilació i vida activa», incluido en Generalitat de Catalunya, *Pla de preparació per a la jubilació activa*, Barcelona, Departament de Benestar Social, pp. 35 y ss.

po. Para los adultos actuales el tiempo es dinero, pero hasta hace muy poco eso sólo era cierto en relación a los varones. La significación del tiempo ha mostrado siempre diferencias de género notables para cada una de las etapas de la vida, que se remontan a un pasado muy remoto en el que los varones todavía no eran asalariados, e incluso a tiempos en que el dinero apenas jugaba ningún papel en la realidad cotidiana.

Las primeras etapas de la vida femenina, de manera ancestral y casi universal, han sido mucho más breves que las de los varones. Su principal vía de colocación en la vida, convertirse en «mujer de», apremiaba a las familias para convertir a sus hijas en adultas lo más rápidamente posible. Los motivos no eran simplemente culturales, sino que guardaban también relación con otros determinantes mucho más rígidos, como la tradicional escasez de varones casaderos provocada por su sobre-mortalidad y que recomendaba el matrimonio temprano de las mujeres ante el riesgo de «llegar demasiado tarde» a la hora de buscar candidatos. En cambio, los hombres tardaban más en convertirse en adultos, debían esperar a haber aprendido el oficio, a consolidarse económicamente, a heredar las tierras familiares, antes de convertirse en esposos y en padres. A partir de ese momento, la situación se invertía completamente. El varón adulto se veía inmerso en una vida social altamente formalizada, externa al hogar, con el tiempo regulado socialmente. Para la mujer casada el tiempo se detenía, se volvía blando, interior, autorregulado. Los hombres adultos siempre parecen haber ido en contra del tiempo, con prisas por llegar a cualquier cosa y a cualquier parte, mientras los roles femeninos requerían un tiempo dilatado y una actitud paciente ante las cosas.

La espera forma parte de la feminidad imaginaria en casi todas las culturas. Los tópicos que la incluyen pueden rastrearse hasta las más ancestrales sociedades cazadoras, con las mujeres que aguardan el regreso de la partida de caza, o hasta las geishas japonesas, cuya vida transcurre a la espera de las puntuales visitas de su protector, que nunca cohabita con ella. La mitología occidental está plagada de ejemplos bien conocidos: Penélope, que aguarda, tejiendo, a que Ulises ponga fin a sus múltiples aventuras; la doncella medieval idealizada por el amor cortés (Isolda), hierática en la ventana del torreón viendo partir al caballero; incluso la bella durmiente de los cuentos infantiles, representación extrema en la que el tiempo se ha detenido ya literalmente hasta la llegada del príncipe salvador. La mujer es la inmóvil, la que aguarda el regreso de los demás. En su versión más reciente, menos poética, el arquetipo seguía estando presente en costumbres populares que hacían a las mujeres esperar a que los hombres las sacasen a bailar o a que sus preten-

dientes se animasen a «pedir su mano». Si los hombres se impacientan mientras las mujeres preparan las bolsas para salir el fin de semana, si se enojan con el conductor de delante porque va demasiado despacio o si encuentran insoportable mirar diez escaparates en vez de comprar en la primera tienda, no hay que buscar la explicación únicamente en el papel productivo que las sociedades industriales les han asignado. Los antecedentes se pierden en la noche de los tiempos.

Ésa es la significación del tiempo masculino que la madurez de masas empieza a resquebrajar. Los hombres maduros están abocados a «feminizar» sus actitudes respecto al uso del tiempo cotidiano, y están abocados a décadas de frustración si se resisten a hacerlo. Si bajamos de las consideraciones abstractas al terreno más palpable de los comportamientos cotidianos, los signos del cambio en los hombres son abundantes.

En primer lugar, empiezan también a integrar la espera y la paciencia en actividades cotidianas como hacer la compra o ir a buscar a los nietos al colegio. De hecho los nietos pueden llegar a convertirse en uno de los asideros importantes ante la nueva situación. Muchos hombres jubilados tienen la sensación de haber perdido la oportunidad de intervenir realmente en la crianza de sus propios hijos porque, cuando los tuvieron, su rol masculino encaminaba su tiempo, sus recursos y sus intereses en otra dirección. Las relaciones de atención, cuidado y afecto hacia los niños parecían cosa exclusiva de la mujer. Cuando se convierten en abuelos tienen una segunda oportunidad y, a menudo, cumplen los requisitos que les faltaron en la primera. En tales casos establecen relaciones con los nietos que no son equivalentes a las de las abuelas, todavía apegadas a los asuntos cotidianos más imperativos y materiales.

Los datos detallados sobre tales novedades son escasos, pero pueden entresacarse de algunas fuentes. De una encuesta realizada por el INSERSO en 1995 se deduce que un 30% de los mayores de 64 años ayuda a sus hijos, y que la ayuda tienen un carácter regular, no esporádico, cuando las hijas son madres y trabajan⁵⁸. De tales datos pueden deducirse dos cosas: como la mayoría de los «cuidadores» deben concentrarse en las edades más jóvenes de la vejez, en tales edades la proporción debe ser muy superior, y aún será mayor entre quienes tienen de cincuenta a sesenta y cuatro años, aunque no aparezcan en la encuesta. También

⁵⁸ INSERSO (1995), *Las personas mayores en España. Perfiles. Reciprocidad familiar*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.

los resultados directos de esta encuesta sobre la distribución de tales ayudas en función del sexo resultan significativos:

La ayuda a los hijos es habitual para un tercio (35%) de los mayores con descendencia viva, siendo más frecuente entre quienes conviven con ellos (44%). Cabe observar una división del trabajo entre padres y madres: los primeros ayudan con mayor frecuencia a cuidar y atender los niños (75% vs. 66%) y a realizar gestiones fuera del hogar (15% vs. 5%), mientras que las segundas se concentran en las tareas domésticas (53% vs. 23%) y la compra (29% vs. 20%) (p. 79).

En general, al margen de las tareas del hogar en las que sus incursiones empiezan a ser visibles, aunque todavía no alcancen ni la intensidad ni la extensión que siguen caracterizando el trabajo doméstico femenino, la función tradicionalmente asignada a las mujeres que mejor pueden asumir los hombres maduros es el cuidado de otros familiares. El de los niños es sólo una de sus versiones, pero hay muchas otras que también están dejando de ser una excepción.

La función cuidadora de los enfermos es tan tradicionalmente femenina como la crianza de los niños. Hasta tal punto que incluso cuando los problemas de salud conllevan el internamiento en una institución sanitaria especializada, los hombres intervienen examinando, diagnosticando, prescribiendo tratamientos..., y acto seguido desaparecen. Quienes se encargan del seguimiento, del suministro de los fármacos, de la observación continuada, suelen ser mujeres. Tales instituciones reproducen así los roles de género existentes también fuera de sus paredes. Nuevamente encontramos en ello los signos de la diferente asignación de valor al tiempo según el sexo. El cuidado de los enfermos no es una función intensiva, sino extensiva en tiempo. El tiempo efectivamente dedicado por un médico a su paciente es reducido, pero el cuidado requiere mucho más. Requiere vigilancia, alerta, presencia continuada en previsión de imprevistos, y supone una mayor implicación emocional. Por tanto, el cuidado es, en muy buena parte, acción sin acción, estar sin hacer, «compartir el tiempo con...», cosas todas ellas que se alejan bastante de lo que se espera del hombre adulto y que, en cambio, parecen propias de los roles femeninos tradicionales.

Con la evolución actual de la supervivencia en las edades más avanzadas, no hay ninguna duda de que la modalidad de cuidados que más va crecer es la que se presta a las personas muy ancianas con dependencias funcionales importantes. Hasta hace poco, mientras el número de tales personas era todavía reducido y la principal actividad de las mujeres era la del hogar, el perfil típico de los cuidado-

res de personas mayores en España podía definirse como de «género femenino, número singular»⁵⁹. El primer cambio en dicho perfil que ha provocado la madurez de masas es aumentar notablemente (no disminuir) el número de mujeres que proporcionan tales cuidados, y concentrar extraordinariamente las funciones cuidadoras en los años de madurez:

*... en cuanto a la edad, también se confirma en España lo que sucede en otros lugares, que el intervalo de edad del potencial cuidador se sitúa entre los 45 y los 69 años. Según la encuesta de la que estamos ofreciendo algunos resultados, tienen más de 45 años el 70% del total de personas cuidadoras. La edad media de éstas es de 52 años*⁶⁰.

¡Las mujeres jóvenes ya no son cuidadoras de ancianos! Se trata de una constatación importante para la previsión del futuro, y conviene dejar claros los motivos: el trabajo extradoméstico es muy difícilmente compatible con la función cuidadora. Esta realidad no es nueva. Lo novedoso es el aumento de la actividad laboral de las mujeres adultas, y ésa es la principal explicación de los datos antes citados. Sería vano, por tanto, buscar explicaciones morales, apelar a la degradación de los valores familiares tradicionales o a cualquier otro factor cultural, cuando lo que han cambiado son las condiciones objetivas de vida.

Como siempre, hay quien ve en tales cambios signos de catástrofes futuras. Al fin y al cabo, la «masculinización laboral» de las mujeres jóvenes elimina del panorama una proporción considerable de los potenciales cuidadores. Como todo señala que no va a hacer más que crecer, cabe suponer que, en el futuro, todos los cuidados a ancianos se concentrarán en las personas maduras.

Si esto es cierto, y lo parece cada vez más, la madurez de masas debería ser una buena noticia. Las edades potencialmente cuidadoras están experimentando un aumento numérico mucho más rápido que las edades anteriores. Sin embargo, cuando se hacen proyecciones, no se incluye a los hombres maduros. Se parte del supuesto de que sólo las mujeres de esas edades pueden cuidar de los muy ancianos.

⁵⁹ Rodríguez Rodríguez, P. (1999), «El problema de la dependencia en las personas mayores», incluido en Ricardo Moragas Moragas, *El reto de la dependencia al envejecer*, Barcelona, Herder, p. 206.

⁶⁰ Rodríguez Rodríguez, P., ob. cit., p. 207.

A título de ejemplo: uno de nuestros mejores demógrafos estimaba recientemente la evolución futura de la relación entre cuidadores potenciales y potenciales ancianos dependientes. Para ello, partía de las proyecciones de población de España por sexo y edad. Pues bien, el indicador elegido para presentar los resultados se calcula dividiendo a las mujeres de 45 a 69 años por los mayores de 64. El resultado nos dice supuestamente cuántos cuidadores disponibles habrá por cada persona susceptible de necesitar cuidados, y arroja resultados preocupantes. Si en 1950 había 1,61, en el 2011 la relación será ya inversa, y habrá menos de un cuidador potencial (0,96) por cada mayor de 64 años⁶¹.

Nuevamente el pesimismo se cierne sobre nosotros por culpa de la demografía. Sin embargo, hay que entender bien los supuestos de tales cálculos, porque son ellos, y no la demografía, los que acaban por teñir de negro el futuro. Se está dando por supuesto que los cuidadores sólo serán mujeres, haciendo que el presente se congele indefinidamente.

Pero eso es precisamente lo que no se puede hacer cuando se pretende prever el futuro. Es cierto que, en la actualidad, la mayor parte de los cuidadores de ancianos son sus hijas, ya maduras. En la España de inicios de los años noventa, sólo es hombre uno de cada diez hijos que se encarga de cuidar a algún progenitor anciano. Pero dicha proporción aumentará sustancialmente, con toda seguridad, en el futuro. En otros países, en los que la madurez de masas se ha alcanzado mucho antes que en el nuestro, y donde ya hace tiempo que los hombres maduros constituyen una parte muy importante de la población, su papel de cuidadores es tan importante como el de las mujeres de su misma edad. En Estados Unidos, por ejemplo, hay cuatro hombres por cada cinco mujeres cuidadoras. Si se tiene en cuenta que la sobremortalidad masculina hace que en las edades maduras haya más mujeres que hombres, una relación de 4 a 5 supone prácticamente que ambos sexos están ejerciendo funciones cuidadoras con la misma intensidad.

No hay nada en los hombres que les impida, en principio, asumir esas funciones hasta ahora «femeninas» una vez acaba la vida laboral. Cuando en Estados Unidos se ha profundizado en el conocimiento de los abundantes cuidadores masculinos, las investigaciones revelan que los hombres son perfectamente competentes

⁶¹ Fernández Cordon, J. A. (1992), *Les personnes âgées en Europe: Rapport national, Espagne*, Bruxelles.

en el desempeño de tales funciones e, incluso, que el estrés resultante es mucho menor en ellos que en las mujeres⁶².

Por tanto, una vez más, el pesimismo y las alarmas son resultado del modo en que se presentan los datos y, a menudo, de concepciones previas que resultan perfectamente criticables. Pese a todo, consiguen transmitirse a la opinión pública. Las preferencias mayoritarias entre nuestros mayores siguen siendo que, si llegan a necesitar cuidados especiales por culpa de alguna discapacidad, tales cuidados se les dispensen en su propio hogar, y que sean sus propios hijos los cuidadores. Quienes todavía no han llegado a la vejez también opinan mayoritariamente que tales deben ser las condiciones en que se cuida de los ancianos⁶³. Pese a todo, y de manera contradictoria, también son mayoría los mayores convencidos de que sus deseos no se verán cumplidos, especialmente porque las mujeres cada vez trabajan más y porque se está perdiendo el sentido de la obligación hacia los padres. Lo primero es cierto. Lo segundo no lo es en absoluto. Nadie parece contar con la madurez de masas ni tener en cuenta la redefinición de roles que se está operando entre diferentes edades tanto en un sexo como en el otro.

No puedo dar por terminado este capítulo sin hacer alusión a las importantes implicaciones económicas y políticas de los temas que se acaban de abordar. Por la primacía que los españoles otorgan a la familia en la vejez, resulta evidente que la dependencia familiar no se ha convertido una función del pasado, finalmente trasladada al Estado. En otros países europeos, como Francia, Alemania o Gran Bretaña, donde la intervención de las instituciones sanitarias y protectoras estaba más desarrollada, hace años que se pretende la reorientación de esos gastos, especialmente los derivados de las plazas públicas en residencias de ancianos, hacia otras formas de cuidado. Las alternativas más convenientes parecen la asistencia a domicilio y el fomento del apoyo familiar, porque impiden el aislamiento del entorno social y mejoran la calidad de las condiciones anímicas y emocionales. En vista de ello, quizá quepa plantearse si el protagonismo de la familia española en la asistencia a los mayores indica que nuestro sistema de bienestar lleva retraso en la

⁶² Chang, C. F. y White-Means, S. I. (1991), «The men who care: An analysis of male primary caregivers who care for frail elderly at home», publicado en *Journal of Applied Gerontology* (10): 343-358.

⁶³ INSERSO (1995), *Las personas mayores en España. Perfiles. Reciprocidad familiar*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, p. 83.

senda ya transitada por otros países europeos, o si más bien ha tomado un atajo hacia lo que se esboza como una situación futura alternativa.

La respuesta que se dé a esta pregunta va a tener repercusiones importantes. En mi opinión el retraso en España sí existe, porque lo que se plantean esos otros países es una nueva «orientación del gasto», no su eliminación, mientras que en nuestro país parecen existir tentaciones de delegar funciones en las familias sin gasto público alguno. Las consecuencias podrían ser graves, porque el cuidado de la dependencia somete a los cuidadores a presiones considerables, y los maduros podrían ver sobrecargadas sus responsabilidades si, paralelamente, no se crean los mecanismos públicos necesarios para facilitarles la tarea. Corremos simultáneamente varios riesgos: perder la oportunidad histórica de que el final de la vida laboral sea realmente una etapa de libertad comparativa; degradar la calidad e intensidad de la atención a nuestros dependientes; bloquear la necesaria y predecible inversión de roles entre los hombres que alcanzan la madurez. En tales condiciones, España no habría tomado ningún atajo. Esa situación, se mire como se mire, sería un atraso.

7. EL FUTURO: LA CONQUISTA DE LAS GRANDES EDADES

«Allà no hi haurà cap infant que no visqui més d'una estació, ni vell que no compleixi els seus dies. Ja que el més jove morirà als cent anys...»⁶⁴.

Isaies 65:20 (*La Biblia de Montserrat*, p. 1652)

El nuevo sistema demográfico que empieza a consolidarse está teniendo una consecuencia muy visible en las edades muy avanzadas. A diferencia de la madurez de masas, ya plenamente consolidada, la vejez de masas se está produciendo ante nuestros propios ojos. Intentemos olvidar por una vez la cuestión de si tales edades aumentan su porcentaje o no, y centrémonos exclusivamente en el número. El número actual de españoles mayores de sesenta, de ochenta o de cien años no depende, de momento, de si la fecundidad es alta o baja, o del peso que tengan los niños y los jóvenes en el conjunto. En cambio, ese número, y no su porcentaje, es lo que realmente importa a la hora de prever cómo evolucionarán las situaciones, necesidades y demandas protagonizadas por los que tienen más años.

Que esa previsión se base en proyecciones demográficas por edades resulta en este caso mucho más fiable de lo que suele serlo. Todos los que habrán de cumplir sesenta y cinco años en el 2026 forman parte ya de la población actual, y su número es bien conocido. Para hacer la proyección sólo habrá que hacer hipótesis sobre la evolución futura de sus migraciones y de su mortalidad. Ahora bien, las migraciones, una vez pasados los cuarenta años, tienen una intensidad mucho menor que en las edades anteriores, por lo que no es de esperar que dicho factor produzca un abanico demasiado amplio de posibilidades. Por su parte, la evolución de la mortalidad por edades a partir de los cuarenta años tampoco debe presentar inflexiones importantes en las tendencias que ha mostrado en las últimas décadas. Mucho más imprevisible resultaría la evolución del conjunto de edades,

⁶⁴ «Allí no habrá ningún niño que no viva más de una estación, ni viejo que no cumpla todos sus días. Porque el más joven morirá a los cien años...».

porque en ellas juega un papel fundamental la evolución futura del número de nacimientos, evolución que sí muestra inflexiones espectaculares y difícilmente previsibles a tenor de lo que ya sabemos sobre las últimas décadas. En suma, renunciando a estimar porcentajes, muy dependientes de la futura natalidad, podemos confiar bastante en que la proyección de mayores de sesenta y cuatro años es una buena aproximación a la evolución futura real.

CUADRO 12. Población de más de 64 años, por grupos quinquenales de edad, 1986-2026

Año	65-69	70-74	75-79	80-84	85 y más	TOTAL
1986	1.661.709	1.399.947	1.044.888	648.548	391.333	5.146.425
1991	1.826.872	1.323.717	1.051.690	695.617	447.312	5.345.208
1996	1.977.695	1.650.239	1.112.821	770.660	538.648	6.050.063
2001	2.032.827	1.799.250	1.398.325	832.662	626.495	6.689.559
2006	1.780.048	1.858.641	1.538.780	1.055.580	711.335	6.944.384
2011	1.944.201	1.636.705	1.594.047	1.166.416	867.211	7.208.580
2016	2.136.953	1.795.483	1.414.708	1.219.867	1.007.086	7.574.097
2021	2.227.749	1.981.110	1.559.734	1.091.493	1.110.575	7.970.661
2026	2.543.515	2.071.626	1.729.469	1.209.707	1.105.398	8.659.715

Fuente: Los datos proyectados corresponden a la variante media de los cálculos realizados por el Instituto de Demografía, *Proyección de la población española*, Vol. 1, CSIC, Madrid, 1994.

Ya ha podido comprobarse en un capítulo anterior que la población de más de sesenta y cuatro años no ha hecho más que aumentar a lo largo de todo el siglo, desde menos de un millón en 1900 a más de seis en 1996 (véase el Cuadro 5). Curiosamente, es la década de los sesenta cuando más se acelera ese crecimiento, en unos años en que también el número de niños crecía con rapidez. Desde entonces los crecimientos son ya espectaculares, de más de 100.000 personas por año. Ese continuado crecimiento no es explicable porque las generaciones que van alcanzando los 65 años fuesen cada vez más voluminosas al nacer. Por el contrario, el número de nacimientos en España se ha mantenido muy estable, en torno a 650.000 anuales, a lo largo de todo el siglo hasta el gran descenso que se inicia a mediados de los años setenta (salvando, eso sí, las crisis de la gripe del 18 y la de la guerra civil). Por tanto,

independientemente de las variaciones en la natalidad, lo que empieza a ocurrir ya bien entrada la segunda mitad del siglo es que se recogen los frutos de las mejoras de la mortalidad; son los supervivientes adicionales de cada generación los que hacen aumentar tan rápidamente el número de mayores de sesenta y cuatro años.

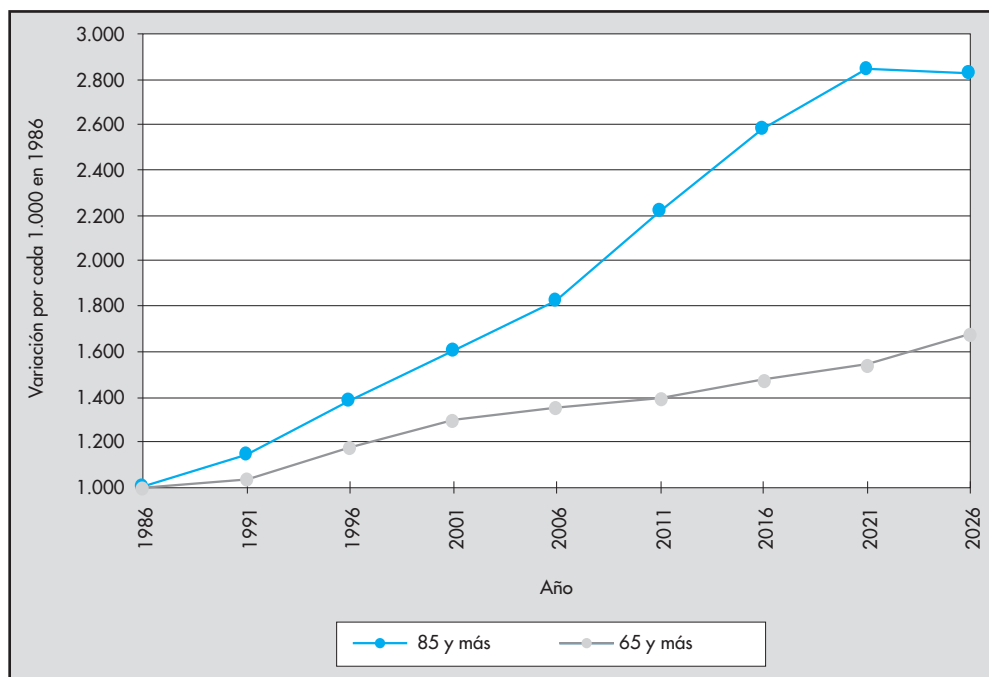
Pero no son el único motivo. Si centramos la atención, en el cuadro anterior, sobre la franja de edad 65-69, podremos comprobar que su crecimiento es mucho más lento. Incluso es previsible que entre el 2001 y el 2006 las personas de tales edades disminuyan temporalmente, al ser alcanzadas por los nacidos durante la guerra civil, bastante escasos. Sin embargo, conviene insistir en ello, el crecimiento del conjunto de mayores de 64 años es de una magnitud muy superior y no va a detenerse.

La explicación es simple: las mejoras de la mortalidad no se han producido únicamente en las edades previas a la vejez, sino que están siendo muy notables, más de lo previsto, también en las edades posteriores. Los mayores de 64 años no aumentan únicamente porque cada año cumplan dicha edad contingentes generacionales cada vez más numerosos; los que ya la cumplieron viven cada vez más años.

Conviene detenerse a analizar los efectos numéricos de tales tendencias. Aunque suele creerse que sólo en los últimos años ha mejorado sensiblemente la esperanza de vida a edades avanzadas, lo cierto es que las mejoras se están produciendo hace muchas décadas. Ahora bien, los resultados no eran demasiado espectaculares, porque quienes llegaban a tales edades eran escasos. Ha hecho falta que cada generación recoja los frutos de toda una vida de mejoras de la supervivencia en todas las edades para que quienes alcanzan la vejez sean una proporción suficiente de los nacimientos iniciales. Eso, como ya se ha comentado anteriormente, no se cumple en España prácticamente hasta las generaciones nacidas después de la guerra civil. Esas generaciones son las que cumplen 65 años a partir del 2001. En ellas sí van a resultar muy visibles, numéricamente, los grandes avances que se están produciendo en la supervivencia de las edades avanzadas.

Entre el 2001 y el 2006 el número de personas de más de 85 años será el doble de las que había en 1986. Los que llegan a los 85 años al empezar el siglo son los que nacieron a partir de 1925, que todavía tuvieron una mortalidad infantil muy alta, y tuvieron que padecer, además, la guerra civil durante su adolescencia. Cuando sean las generaciones nacidas entre 1936 y 1940 las que cumplan los 85 se notará un estancamiento, porque fueron generaciones vacías. Pero ¿cómo aumentará el número de personas en edades muy avanzadas cuando las cumplan los supervivientes de las

GRÁFICO 25. Incremento del número de mayores de 84 años y del conjunto de mayores de 64, respecto a los existentes en 1986

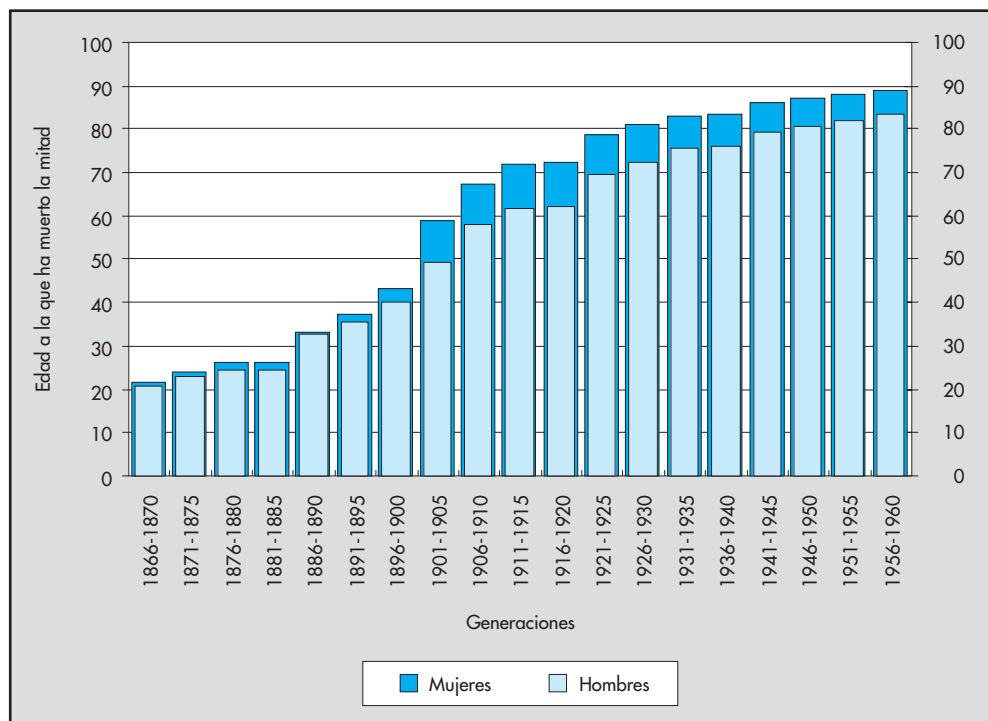


Fuente: Pérez Díaz, J. (1999), «Proyección de personas dependientes al horizonte 2021», incluido en Ricardo Moragas Moragas, *El reto de la dependencia al envejecer*, Barcelona, Herder.

generaciones nacidas después? Los nacidos a partir de los años cuarenta ya tienen mortalidad infantil baja y, por lo tanto, son muchos los que sobreviven a los peligros prematuros para beneficiarse de las mejoras de la mortalidad experimentadas por la población española desde entonces. La proyección no se aventura más allá del 2026, pero es fácil imaginar cómo continuará la tendencia cuando los que cumplan los 85 años pertenezcan a las generaciones nacidas en los años cincuenta y sesenta.

El Gráfico 26 representa las edades hasta las que sobrevive más de la mitad de los nacidos en cada generación. Para las generaciones más antiguas los datos son reales, pero es obvio que las más recientes todavía mantienen con vida más de la mitad de sus efectivos iniciales, de manera que ha debido recurrirse a previsiones demográficas sobre la evolución futura de su mortalidad. Conviene insistir en

GRÁFICO 26. Edad a la que ha fallecido la mitad del efectivo inicial de cada generación (edad mediana a la defunción). Generaciones 1866-1960



Fuente: Elaborado a partir de las tablas de mortalidad de Cabré i Pla, A. (1996).

que tales previsiones no son resultado de un delirio pasajero. Por el contrario, parten de hipótesis muy moderadas sobre la posible mejora de la supervivencia en edades avanzadas. Si tal escenario de futuro provoca los temores de alguien, que no espere confiado en que las previsiones se equivocarán, como casi siempre. Con toda seguridad se equivocarán, pero en una dirección totalmente opuesta, porque ya están siendo ampliamente superadas por la realidad.

¿Qué es lo que nos dice el gráfico? Que los nacidos en los años sesenta llegarán a cumplir ochenta y cinco años en más de la mitad de sus efectivos iniciales. La magnitud de esta afirmación se acentúa si recordamos que se trata de los protagonistas del *baby boom* español. Conviene insistir en que, pese a todo, tales

datos no prefiguran cómo será la evolución de la pirámide de población en su conjunto, porque de aquí al año 2045 lo que ocurra con la natalidad es imprevisible. Pero debemos hacernos a la idea de que, independientemente de lo que ocurra con el número de nacimientos o con las migraciones, las grandes edades van a sufrir un proceso de colonización similar al que ya se ha producido en las edades maduras.

Si en el pasado la madurez era un privilegio al alcance de los escasos supervivientes de cada generación, la vejez era, todavía más, una auténtica excepción. Pues bien, debemos concluir que la segunda mitad de este siglo ha supuesto el final de dicho carácter excepcional. Si ya en los años cincuenta estaban llegando a edades maduras, por primera vez, generaciones que no habían perdido más de la mitad de sus nacimientos todavía, los años sesenta fueron ya los de los primeros atisbos de la vejez de masas. Por primera vez en la historia española llegar a viejo dejaba de ser el privilegio que había sido siempre. Aquellos recién llegados a la primera vejez eran todavía una parte muy pequeña en el conjunto de los que ya habían alcanzado los sesenta y cinco años en las décadas anteriores, pero en la actualidad ellos, y los que les han seguido, son ya el grueso de la vejez española. La vejez de masas es ya una realidad, y es la que alimenta el rápido crecimiento de las edades muy avanzadas. Los centenarios, todavía hoy tan escasos, se van a convertir en una parte más del paisaje social.

A quien le parezcan temibles estas perspectivas de futuro le asaltará inmediatamente una duda crucial: ¿es que no va a tener fin esta aparentemente imparable «masificación» de la supervivencia? Pero la propia pregunta incluye la clave con que debe encontrarse la respuesta, clave implícita en el propio concepto de supervivencia: por mucho que la esperanza de vida aumente, por mucho que disminuya la mortalidad en las edades infantiles, adultas y avanzadas, debe recordarse que dicha disminución tiene límites. Los seres humanos no se han vuelto inmortales. Lo que está ocurriendo es que disminuyen las muertes «prematuras» y algo que a todos debe ocurrirnos se está posponiendo en el tiempo. Todos hemos de morir algún día, «tarde o temprano» se hubiese dicho hasta ahora. El cambio crucial es que va a ser más «tarde» que «temprano» para la mayoría. Pero ¿cuánto más tarde? ¿Cuánto es posible posponer lo inevitable? Y, lo que es más importante para los estudios de población, ¿cuántas personas podrán beneficiarse de ese retraso de la muerte?

Para responder a esa pregunta la demografía parece ser insuficiente, y se hace necesario recurrir a otro tipo de ciencias. La esperanza de vida no nos dice cuál es el límite de la vida humana «posible», sino el número medio de años de

vida que cabe esperar con las condiciones de mortalidad existentes en la actualidad. Pero lo que nos interesa ahora no es la situación actual, sino el límite hasta el que puede ser mejorada. Para ello es mejor dejarse de promedios y acudir a la historia y a los registros, para ver cuál es el récord de supervivencia entre las personas, o incluso a la biología, para que nos diga hasta dónde puede resistir un organismo humano.

Pues bien, ni siquiera por esas vías parecen estar las cosas claras. Si se descartan los mitos acerca de ciertos personajes especialmente longevos, como el famoso Matusalén, los datos fiables de que disponemos son escasos y recientes, pero sugieren que las personas que más años han vivido jamás deben buscarse entre los longevos actuales. Para el libro «Guinness» de los récords el hombre con más años tiene 115, y la mujer es Sarah Knauss, de Estados Unidos, con 118. Pero en agosto de 1997 había fallecido una mujer francesa, parece ser que después de vivir 122 años, lo que supondría el máximo jamás documentado. Sin embargo, no tenemos ninguna garantía de que tales edades sean realmente el techo biológico de la vida humana.

Podría objetarse, además, que el techo biológico no es lo relevante cuando se trata de poblaciones enteras. Lo realmente importante debería ser cuántas personas podrán aproximarse a dicho máximo, hasta el punto de tener repercusiones visibles en los indicadores relativos al conjunto de las poblaciones. Pero resulta sospechoso que sea precisamente en los países más desarrollados, con mayor esperanza de vida y con una estructura por edades más envejecida, donde el número de personas centenarias es mayor y donde dicho número crece más rápidamente. Japón se lleva la palma, pero también en Europa el aumento está siendo muy rápido. Tanto en Japón como en Francia, los centenarios son veinte veces más que hace treinta años. En España eran 3.590 al empezar esta década, y es muy probable que se hayan doblado antes de acabarla. Si en ciertas poblaciones se vuelve frecuente la supervivencia hasta los cien años es casi seguro que el libro «Guinness» tendrá que renovar sus récords en muy poco tiempo.

Por tanto, los límites de la esperanza de vida, es decir, del promedio, sí parecen guardar relación con los casos de longevidad máxima. No era eso lo que se creía hasta hace poco. Por el contrario, se ha pretendido siempre evaluar cuál sería la esperanza de vida máxima de una población sin tener en cuenta los casos aislados de gran supervivencia. Lo que se barajaban eran hipótesis supuestamente realistas sobre las mejoras que podían esperarse en las principales causas de muerte

en cada edad, desde las enfermedades hasta los accidentes. Tales intentos son tan antiguos como el de Bourgeois-Pichat en 1952⁶⁵. Pero el promedio de años de vida más alto que según él jamás había de conseguir ninguna población humana, fue rebasado en menos de tres décadas en muchos países desarrollados. Sin desanimarse por ello, Bourgeois-Pichat revisó sus cálculos a finales de los setenta⁶⁶, y de nuevo el tiempo se ha encargado de desmentirlos. Está visto que lo que hoy se considera realista deja de serlo en muy poco tiempo.

Si aceptamos que, en efecto, la longevidad máxima del organismo humano sí tiene que ver con los límites que puede llegar a alcanzar la vida media de una generación, lo más lógico será que recurramos a la biología. Al fin y al cabo, el envejecimiento físico de los organismos es un fenómeno biológico, y hace mucho tiempo que se investigan sus causas⁶⁷.

En efecto, la investigación sobre las causas del envejecimiento vive un auge sin precedentes. Tras mucho tiempo persiguiendo explicaciones erróneas, desde el desgaste por el uso hasta la acumulación de «toxinas», deshechos tóxicos de las propias actividades del metabolismo, los biólogos parecen haber encontrado, por fin, la auténtica clave del envejecimiento físico en la biología molecular y en la genética.

Paradójicamente, es la evolución de la vida la que ha hecho inevitables, parece ser, el envejecimiento y la muerte. A la vida no le interesan los individuos, sino la perpetuación de la vida misma. En el orden evolutivo se han ido acumulando, porque tenían éxito en reproducirse, genes que garantizan la resistencia y la vitalidad de los organismos hasta que tienen descendencia. Lo que hagan esos genes después ya no importa, ya no están sujetos a la selección natural. Y muchos de ellos son fatales para los organismos individuales. No ha habido un plan prefijado, pero el resultado final es que los seres vivos más evolucionados envejecen, dejan de reno-

⁶⁵ Bourgeois-Pichat, J. (1952), «Essai sur la mortalité "biologique" de l'homme», publicado en *Population*, 7 (3): 381-394.

⁶⁶ Bourgeois-Pichat, J. (1979), «The Demographic Transition: Aging of Population», presentada en *La science de la population au service de l'homme*, Viena, IUSSP & Institut de la Vie, pp. 211-240.

⁶⁷ Para un estado de la cuestión sobre la investigación actual de las causas biológicas del envejecimiento, riguroso a la vez que divulgativo, véase Kirkwood, T. (1999), *El fin del envejecimiento*, Barcelona, Tusquets.

varse internamente, pierden la funcionalidad de sus órganos y mueren. No les ocurre como a las piedras de un río, o a las herramientas de un carpintero. Los organismos se renuevan a sí mismos, se autorreparan, podrían durar indefinidamente. Pero están preprogramados para dejar de hacerlo una vez han transmitido sus genes a un nuevo ser.

Sobre esta nueva comprensión de los mecanismos que explican el envejecimiento han vuelto a realizarse intentos para determinar los límites hasta los que puede llegar el aumento de la esperanza de vida⁶⁸. Sin embargo, siguen sin producir resultados fiables. Ni siquiera la biología, a pesar de haber mejorado la comprensión de las causas por las que envejecemos, ha conseguido responder a la sencilla pregunta sobre los límites máximos de la vida humana, y aún menos sobre los de la vida media de las poblaciones.

Quizá las preguntas no están bien planteadas. Quizá nos equivocamos, una vez más, al suponer que son la naturaleza y la influencia inevitable de la edad, y no las acciones humanas, las que deben dar las respuestas. Por mucho que parezca que la duración máxima de la vida no es susceptible de cambios, ¿es realmente así? Al fin y al cabo han sido las acciones humanas las que han rebajado la mortalidad infantil, que afectaba a más de una quinta parte de los recién nacidos a principios de siglo, hasta el cuatro o cinco por mil en la actualidad. Sin embargo, ya vimos que mucha gente consideraba inevitable, «natural» e incluso beneficiosa una eliminación tan masiva y prematura de los recién nacidos. ¿No estaremos cayendo en el mismo error respecto a la mortalidad en la vejez?

Hay muchos indicios de que, en efecto, lo estamos haciendo. La lucha humana contra la muerte, casi a imitación de lo que ha hecho la evolución biológica, se ha venido concentrando hasta ahora en quienes todavía no tenían edades avanzadas. Durante todo este siglo, al mismo tiempo que se desarrollaban los medios de prevención, las nuevas técnicas médicas, la farmacología moderna y los sistemas públicos de salud, todo giraba alrededor de los jóvenes. No es exagerado afirmar que la medicina contemporánea se ha construido en torno a la salud materno-filial. A las sociedades contemporáneas ha llegado a obsesionarles la infancia de un modo que no tiene precedentes, y no sólo respecto a su salud. El desarrollo del sistema educativo, la centralidad de la infancia en el psicoanálisis, la construcción

⁶⁸ Ése es el propósito principal de Olshansky, S. J.; Carnes, B. A. y Cassel, C. K. (1993), «Envejecimiento de la especie humana», publicado en *Investigación y Ciencia* (junio): 8-15.

de las familias contemporáneas en torno a los niños son otras ilustraciones evidentes del mismo fenómeno:

*Todo lo que concierne a los hijos y a la familia se ha convertido en una cosa tan seria como digna de atención. El niño ha conquistado un lugar central en la familia, la cual no se interesa sólo por su porvenir, su futuro en la sociedad, sino también por su presencia y su mera existencia*⁶⁹.

Las Naciones Unidas crearon, ya en sus inicios, una agencia especializada como la UNICEF, pero han tardado varias décadas en conceder una atención similar a la vejez (hubo que esperar nada menos que hasta 1982 para que dicha organización internacional convocase en Viena una «Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento de las Personas y de las Poblaciones»).

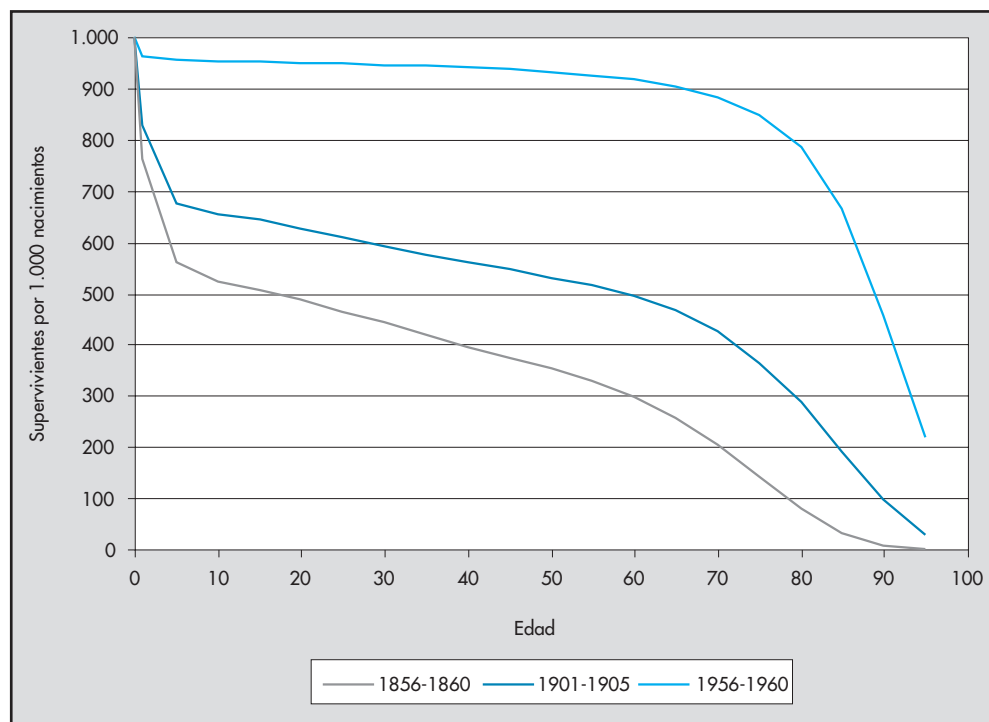
Era como si nadie quisiera darse cuenta de que la madurez de masas ya había llegado, y que el siguiente paso, el que presenciamos actualmente, sería que también la supervivencia hasta la vejez fuese masiva. De hecho, hace mucho tiempo que los que cumplen cincuenta años tienen unas probabilidades muy altas de llegar también a los sesenta y cinco. Sólo hacía falta que quedase asegurado aquel primer paso; el siguiente ha sido mucho más fácil, y más rápido, casi una consecuencia inevitable del primero.

Como puede observarse en el gráfico, la gran merma de efectivos que antaño inauguraba la andadura de cualquier generación se ha vuelto apenas perceptible entre quienes nacieron en la segunda mitad de los años cincuenta, personas que en la actualidad se aproximan a los cincuenta años.

En segundo lugar, el descenso, más suave pero continuado, que se producía en las edades posteriores y que da a las líneas esa inclinación característica hacia la derecha, prácticamente ya no existe. Las curvas generacionales llevan camino de volverse completamente horizontales, lo que indica que nos hemos vuelto momentáneamente inmortales, al menos a efectos estadísticos. Sólo entre los 60 y los 70 años empieza realmente a inclinarse la curva, para caer en picado en las edades posteriores. Si fuese cierto que hay un límite biológico a la vida humana, es fácil imaginar cómo será la forma de la curva en las generaciones futuras: una línea completamente horizontal, que se quiebra en vertical cuando todos han vivido ya el

⁶⁹ Ariès, Ph. (1987), *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, p. 187.

GRÁFICO 27. Proporción de supervivientes por edad. Generaciones femeninas 1856-1860, 1901-1905 y 1956-1960 (España)



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Cabré i Pla, 1999.

máximo que la naturaleza les permite⁷⁰. Pero, como hemos insistido en señalar, las cosas no son tan claras. Ahora que la supervivencia está asegurada en las edades anteriores, toda la atención se está volviendo hacia la vejez, y ésta se ha convertido, en sí misma, en un auténtico ariete que presiona para desplazar los límites teóricos de la vida humana.

⁷⁰ Este proceso de «rectangularización» de la curva de supervivencia está en el núcleo de uno de los principales debates actuales sobre la mortalidad en edades avanzadas y es el correlato de la «compresión de la morbilidad» y de la mortalidad, conceptos a los que se asocia automáticamente el nombre de J. F. Fries (1980, 1989) por ser uno de los primeros en suscitar abiertamente esta cuestión.

La consciencia de ese giro puede llegarnos con retraso, pero el cambio de orientación es ya antiguo y sus efectos son muy importantes, aunque a veces no resulten demasiado evidentes. La Organización Mundial de la Salud se queja, en los últimos años, de que están decayendo las inversiones de los países más ricos en la investigación médica y farmacológica para luchar contra las enfermedades infecciosas, con consecuencias preocupantes para los países menos desarrollados, que son los que más padecen ese tipo de enfermedades. Mientras tanto, la investigación se vuelca sobre las enfermedades degenerativas, aquellas que más personas matan en los países más desarrollados. El Premio Nobel de medicina de 1998 se concedió a los últimos descubrimientos sobre las causas de la degradación del sistema circulatorio. El año anterior habían sido premiados ciertos descubrimientos sobre el agente que produce algunos síndromes degenerativos del sistema nervioso. Este cambio de orientación podría achacarse a los intereses económicos de las multinacionales farmacéuticas, al posible desinterés de los países ricos por los pobres, o incluso a la recesión económica de algunos países escasamente desarrollados. Pero lo cierto es que las enfermedades infecciosas son la principal causa de muerte entre los niños y los jóvenes, mientras que las degenerativas caracterizan la mortalidad de los ancianos. La supervivencia masiva hasta la vejez en los países más avanzados ha generado un nuevo tipo de demanda y ha abierto un nuevo campo de investigación.

Poco se podía investigar sobre las enfermedades degenerativas, como la de Alzheimer, cuando muy pocos vivían hasta las edades en que es más probable su aparición. Por eso, y porque todavía había mucho por hacer respecto a la mortalidad de los más jóvenes, durante muchos años los alicientes para invertir en ese tipo de investigaciones han sido escasos; los beneficios que pudieran recogerse en un mercado tan limitado no eran demasiado atractivos y el poder adquisitivo de la mayoría de los ancianos dejaba mucho que desear. Por lo tanto, el cambio de orientación no se debe a intereses ocultos o perversos, sino al éxito anterior en asegurar la supervivencia hasta edades avanzadas y al legítimo derecho de quienes alcanzan tales edades a no aceptar la resignación, casi la indiferencia, con que se les veía morir hasta ahora. Existen, ahora sí, casos abundantes de afectados por las patologías propias de la vejez, por lo que la investigación tiene ya terreno en el que moverse. Existe, también, una demanda masiva que hace interesante la inversión.

Aunque parezca mentira, esta nueva orientación de las cosas no había sido prevista ni por las ciencias sociales, ni por las Administraciones públicas, ni siquiera por la demografía. Las proyecciones de población se hacían siempre suponiendo

do que las mejoras se iban a agotar rápidamente, de modo que han resultado ser poco realistas de manera casi sistemática.

Shigemi Kono realizó en su día el ejercicio de comparar los cambios en la estructura de edad proyectados por la División de Población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales Internacionales de la Secretaría de las Naciones Unidas en sus tres series más recientes, concluidas en 1984, 1986 y 1988 (Kono, 1989). Estas proyecciones se hacen para los diferentes continentes, pero también para el conjunto de los países más desarrollados. Pues bien, cada una de las proyecciones se ha quedado corta, sistemáticamente, en la previsión del crecimiento del peso de la población de 60 y más años ¡en todas las unidades proyectadas! La causa parece ser siempre la misma: la repetida subestimación del descenso de la mortalidad a edades avanzadas, pese a que en cada edición dicho elemento de la proyección era corregido al alza precisamente para evitar dicho resultado.

Sin embargo, resulta muy difícil prever el efecto del vuelco que se está produciendo en la ciencia médica, antaño tan absorbida por la salud infantil y hoy despertando con fuerza ante el reto de prolongar la vida humana más allá de longevidades teóricas. Las nuevas perspectivas abiertas por el conocimiento y la manipulación de los genes todavía son sólo promesas en lo que se refiere a la prolongación de la vida, pero en vista de lo conseguido hasta ahora, las posibilidades son inimaginables.

8. CONCLUSIONES

«Uno ve a la gente durante años, a veces décadas, y poco a poco se acostumbra a evitar las cuestiones personales y los temas realmente importantes; pero tiene la esperanza de que en algún momento, en circunstancias más favorables, tendrá ocasión de abordar esos temas, esas cuestiones; nunca desaparece la perspectiva, aplazada una y otra vez, de un modo de relación más humano y más completo, porque ninguna relación humana encaja bien en un marco preestablecido y definitivamente estrecho. Así pues, sobrevive la idea de una relación "auténtica y profunda"; sobrevive durante años, a veces décadas, hasta que un acontecimiento brutal y definitivo (normalmente la muerte) le dice a uno que es demasiado tarde, que esa relación "auténtica y profunda" con la que había soñado nunca se hará realidad...».

Houellebecq, M. (1999), *Las partículas elementales*

Mi intención ha sido reflexionar sobre ciertos cambios demográficos sin incurrir en excesivos tecnicismos ni caer en la mera descripción de indicadores estadísticos. Pese a ello, soy consciente de haber utilizado un sinfín de conceptos poco familiares para quienes no se dedican a la demografía, a la vez que se aventuraban hipótesis discutibles y merecedoras de una investigación mucho más rigurosa. Si el lector ha llegado al final de este libro merece agradecimiento y una declaración abierta tanto de sus conclusiones como de las intenciones que me han movido a escribirlo.

Una que quisiera haber establecido con suficiente claridad es que va siendo hora de revisar el uso tradicional de los datos demográficos para provocar alarmas. Ahora hace cien años del nacimiento de Joan Antoni Vandellós, el principal demógrafo catalán de los años treinta, al que diversas publicaciones recientes han rendido admirativo (pero no acrítico) homenaje por fin. Pese a trabajar en unos años en los que las estadísticas de población, las herramientas de análisis y los medios materiales disponibles eran todavía susceptibles de grandes progresos, los métodos

y los cálculos de Vandellós son intachables incluso hoy día, y revelan al científico apasionado por su materia de investigación. Pero también se ha mostrado en tales revisiones y reediciones que Vandellós se equivocaba al usar la demografía para predecir los mayores desastres. Su centenario constituye una buena oportunidad para demostrar que hemos avanzado respecto a la actitud de antaño.

Entre otras cosas, la preocupación por un ente abstracto, la población, debería dejar paso a la preocupación por un ente concreto, las personas. Vandellós escribió en una época en la que lo más habitual era lo primero, y su tono no era diferente del que caracterizaba a los más notables especialistas europeos. Probablemente sus trabajos estuvieron muy influidos por Corrado Gini, el más importante demógrafo italiano de la época y autor del célebre *Nacimiento, crecimiento y muerte de las naciones*. Sin embargo, por mucho que el juego de los promedios acabe por asignar a los países tales atributos, son las personas las que nacen, crecen y mueren, y las que son más o menos ricas, altas, felices o instruidas. Mediante los datos sobre la estructura o la dinámica poblacional, podemos conocer mejor el marco en el que se mueven sus vidas y sus relaciones, pero sigue siendo cierto que los «problemas demográficos» no son problemas de las poblaciones, sino de los seres humanos que las integran.

Otra de las conclusiones de este libro es que tales «condiciones de vida» han experimentado una mejora crucial, que va a suponer una inflexión en la manera de vivir y, consecuentemente, en las propias dinámicas demográficas. Las nuevas condiciones no explican los comportamientos individuales, no determinan si alguien estudia o trabaja, se casa o no se casa, si tiene trabajo o no, o si trata mejor o peor a sus hijos. Pero han modificado sustancialmente el marco en el que se hacen todas esas cosas. El marco nunca es la causa de los actos particulares, pero sí es el límite que hace imposibles ciertos actos alternativos. Cuando una habitación cuadrada tiene diez metros de lado no puede explicar que alguien situado en su interior camine siempre menos de tres metros en línea recta. Cuando la habitación tiene dos metros de lado sí. Las «dimensiones» de la supervivencia actual han dejado de ser las de una habitación reducida, y los comportamientos reproductivos, familiares, económicos y sociales han respondido a las nuevas oportunidades así creadas. Sería un error considerar que la relación entre las condiciones actuales y los comportamientos responde al mismo grado de determinación existente en el pasado. El cambio consiste precisamente en que el grado de determinación actual es mucho menor. La madurez de masas no es sólo un cambio cualitativo en el modo en el que la muerte condiciona a la vida. La madurez de masas es, por el contrario, una libe-

ración de la vida. Lo que de ahora en adelante hagamos con ella seguirá sujeto a múltiples determinaciones, incluida la de nuestro carácter temporalmente efímero, pero esta última determinación ha perdido la fuerza con la que la historia humana ha debido padecerla hasta ahora.

A los pioneros de la madurez y de la vejez de masas se les puede ver como una carga social y económica, o se les pueden reconocer sus sobrados méritos y las múltiples innovaciones de la estructura social que permiten. Yo creo más realista la segunda actitud. Esas generaciones están colonizando territorios hasta hace poco casi despoblados, y abren el camino para las generaciones siguientes. Lejos de los tópicos sobre el conservadurismo y tradicionalismo de los más ancianos, se trata de auténticos innovadores a los que nosotros deberemos agradecer haberse adentrado en un espacio vital que opone resistencia y para el que sus antecesores no les habían preparado. Como en las bandadas de patos, el que va en cabeza es el que más esfuerzo debe hacer, y el que debe tomar las decisiones sobre la ruta a seguir. Los que le siguen ya ven rota la oposición del aire ante ellos, y su esfuerzo para llegar al mismo lugar es mucho menor.

Una de las consecuencias más importantes de la madurez de masa es la eficiencia reproductiva. El aumento de la supervivencia ha atravesado el punto crítico en el que la mayor parte de los nacimientos consigue a su vez completar sus años fértiles, y la todavía mayor supervivencia de los hijos así habidos hace innecesarias las elevadas fecundidades de antaño. La consecución de esta «eficacia demográfica» ha descargado a las mujeres jóvenes y adultas de buena parte de sus obligaciones ancestrales dentro de las familias, y ha abierto para ellas posibilidades de igualdad real insospechadas hasta hace poco.

Para los hombres, en cambio, el nuevo marco vital revela sus principales consecuencias más tarde, al llegar la madurez, situación actualmente mayoritaria y con expectativas de permanencia sumamente elevadas. En mi opinión, en los hombres de tales edades puede estarse produciendo un desplazamiento de roles que les acercará a la vida familiar y a tareas de relevancia social similares a las que hasta ahora caracterizaban exclusivamente a las mujeres.

No creo, por tanto, que alimentar los fantasmas de la despoblación o de la senectud nacional deba seguir siendo una de las mayores utilidades de los indicadores demográficos. Pero tampoco creo que del panorama descrito en este libro deba extraerse la única impresión de que el mundo va a ser un lecho de rosas a

partir de ahora. Las nuevas condiciones abiertas por la madurez de masas conllevan también riesgos emergentes, y uno de ellos tiene que ver con la verticalización de las estructuras familiares antes descrita.

En un mundo en el que crece la independencia económica de cada cual, la familia ha dejado de ser el obligado ámbito de subsistencia. El progreso de la salarización laboral permite desvincular la producción de la reproducción, y la familia ha dejado de ser el recurso cotidiano y habitual para la subsistencia económica para convertirse en el ámbito privilegiado de las relaciones emocionales y en la red principal de solidaridades ante las situaciones de extrema necesidad.

Pues bien, la baja fecundidad española podría ocultar un fenómeno generacional que sí considero peligroso, no para «la patria» ni para la «población», sino para los propios individuos afectados. Tras el «número medio de hijos por mujer» se oculta un complejo procedimiento de cálculo en el que se incluye tanto a quienes tienen hijos como a quienes no los tienen. La fecundidad puede ser reducida porque quienes tienen hijos tienen pocos, pero también porque sean muchos los que no tienen ninguno. Eso es lo que ocurre en la actualidad. Que el número de hijos sea reducido forma parte de la transformación previsible. Pero los que no tienen ninguno resultan una sorpresa imprevista. Muchos indicios relacionados con las condiciones económicas y laborales y con la redistribución del tiempo de vida hacen pensar que, en realidad, lo que ocurre es que se está posponiendo mucho el momento de tener el primer hijo. Pero podría ocurrir que las generaciones más afectadas por las dificultades lleguen demasiado tarde y permanezcan infecundas definitivamente en proporciones muy elevadas.

Alguien podría objetar que no hay motivo de preocupación. Al fin y al cabo, ha habido otras generaciones en España con elevados porcentajes de soltería y de infecundidad. Sin embargo, la situación no es la misma, como espero haber dejado claro a lo largo de este libro. Y el motivo es la verticalización de las familias provocada por la madurez de masas. La elevada soltería de los nacidos a principios de siglo se producía en un contexto de relaciones familiares ampliamente horizontales. Las personas sin hijos tenían no sólo a sus propios padres sino, sobre todo, hermanos y hermanas, cuñados, primos, tíos y sobrinos. La red familiar era amplia y no se veía interrumpida por la infecundidad de uno de sus miembros. No ocurre lo mismo en la actualidad. Quienes hoy no tengan hijos apenas tendrán relaciones familiares horizontales y verán reducirse las relaciones verticales a aquellas que mantienen con los mayores de la familia. Ya se ha comentado antes que la asistencia en

las situaciones de necesidad extrema o, simplemente, las relaciones más corrientes de afecto y de apoyo se están concentrando en la línea de filiación. Por mucho que el Estado del Bienestar ampliase sus apoyos y coberturas (ampliación que no parece la tendencia más probable en los próximos años), por mucho que los propios recursos permitan acudir al mercado de servicios, por mucho que las relaciones afectivas no familiares también sean posibles, es improbable que las relaciones de filiación puedan ser sustituidas plenamente por otras instancias externas a la familia.

Cuando los «jóvenes» finalmente hayan estudiado lo suficiente, hayan consolidado su trayectoria profesional, tengan por fin un trabajo suficientemente seguro y bien remunerado y empiecen a considerar factible emanciparse, vivir en pareja, pagar su propia vivienda, pueden haberse situado en la segunda mitad de su treintena. Es posible que la precariedad y el sobreesfuerzo para llegar a ese punto les haga dudar sobre sus fuerzas, sus recursos y su preparación o, simplemente, su deseo real de añadir a todo ello la crianza de un hijo. Las dudas pueden durar varios años y, para entonces, ya puede ser demasiado tarde (quizá uno de los efectos perversos de la madurez de masas sea esa falsa sensación de inmortalidad que nos embarga y que nos hace creer que siempre habrá tiempo para todo). Vendrán entonces las prisas, las consultas médicas, las consideraciones sobre si conviene o no la adopción. Y, en muchos casos, la frustración. Todos esos signos empiezan a ser hoy abundantes. Los avances médicos que han permitido algún embarazo excepcional en mujeres que, por su edad, ya habían perdido la plena funcionalidad física para ello, constituyen una buena demostración.

No es una cuestión poblacional. No estoy proponiendo la vuelta a un natalismo o un familiarismo trasnochados, políticos, nacionalistas. Sólo señalo una realidad simple: por culpa quizá del desprestigio en que incurrieron esas ideologías en el pasado, llevamos décadas de absoluta desatención a la creación de nuevas familias⁷¹. Las existentes se han desenvuelto bastante bien sin ayuda, hasta el punto de hacer hablar del resurgir de la familia. Pero no nos engañemos, ha sido la mayor supervivencia de los padres y los abuelos y el retraso en la emancipación de los hijos lo que ha producido esta impresión de salud familiar. Lo cierto es que el país sobrevive, la economía funciona como nunca, la modernización productiva es ya una realidad, pero ciertas generaciones corren actualmente el riesgo de ver llegar a la madurez a proporciones muy elevadas de sus componentes sin haber tenido ningún hijo.

⁷¹ Iglesias de Ussel, J. (1998), *La familia y el cambio político en España*, Madrid, Tecnos.

Los problemas que nos anuncian quienes se preocupan por la pirámide de edades o por la baja fecundidad no suelen mencionar esta situación personal. Sin embargo, las catástrofes colectivas que predicen tienen remedios diversos, como la mayor actividad femenina, la reducción del paro, la apertura a la mano de obra extranjera o, simplemente, el sostenido aumento de la productividad. Lo que no consigue ninguno de tales remedios es resolver el problema de los individuos concretos que alcanzan la madurez sin haber tenido hijos y sin que ése sea el resultado de una decisión previa, consciente y premeditada. Les quedan muchos años de vida por delante, pero para ellos la madurez de masas podría resultar una victoria pírrica.

9. BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alberdi, I. y Escario, P. (1986), *Estudio sociológico sobre las viudas en España*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Ariès, Ph. (1987), *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus.
- Banca Catalana (1999), *Evolució econòmica de Catalunya 1998*, Manresa, Servei d'Estudis de Banca Catalana.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (1998), *El normal Caos del Amor*, Barcelona, El Roure.
- Bourgeois-Pichat, J. (1979), «The Demographic Transition: Aging of Population», presentada en *La science de la population au service de l'homme*, Viena, IUSSP & Institut de la Vie.
- (1952), «Essai sur la mortalité "biologique" de l'homme», publicado en *Population*, 7 (3): 381-394.
- Cabré i Pla, A. (1989), «El efecto demográfico en el seguro de asistencia sanitaria», incluido en A. Salazar *et al.*, *Homenaje a D. Juan Guillem Galí, «El seguro de asistencia sanitaria en España»*, Madrid, Agrupación Nacional de Enfermedad y Asistencia Sanitaria de UNESPA y Unión Española de Entidades Aseguradoras y Reaseguradoras.
- (1990), «¿Es compatible la protección de la familia con la liberación de la mujer?», incluido en Instituto de la Mujer, *Mujer y Demografía*. Madrid, Serie Debate, n.º 10.
- (1992), «Les migracions en la reproducció de la població catalana, 1880-1980», publicado en *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (19-20): 33-55.

- (1993), «Volverán tórtolos y cigüeñas», incluido en Luis Garrido Medina y Enrique Gil Calvo, *Estrategias familiares*, Madrid, Alianza Universidad.
- (1994), «Tensiones inminentes en los mercados matrimoniales», incluido en Jordi Nadal, *El mundo que viene*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1995), «Si sólo subiera la natalidad...», publicado en *El Periódico*, 24.12.1995.
- (1999), *El sistema català de reproducció*, Barcelona, Ed. Proa.
- Calot, G. y Sardon, J.-P. (1999), «Les facteurs du vieillissement démographique», publicado en *Population*, 54 (3): 509-552.
- Chang, C. F. y White-Means, S. I. (1991), «The men who care: An analysis of male primary caregivers who care for frail elderly at home», publicado en *Journal of Applied Gerontology* (10): 343-358.
- Chesnais, J. C. (1988), *La revancha del Tercer Mundo*, Barcelona, Ed. Planeta.
- (1995), *Le crépuscule de l'Occident*, Paris, Eds. Robert Laffont.
- Domingo i Valls, A. (1997), *La formación de la pareja en tiempos de crisis. Madrid y Barcelona, 1975-1991*, Tesis doctoral presentada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED.
- Donzelot, J. (1979), *La policía de las familias*, Valencia, Pre-Textos.
- Ehrlich, P. (1968), *The Population Bomb*.
- Fernández Cordón, J. A. (1986), «Análisis longitudinal de la fecundidad en España», incluido en Alberto Olano, *Tendencias demográficas y planificación económica*, Madrid, Ministerio de Economía y Hacienda.
- (1992), *Les personnes âgées en Europe: Rapport national, Espagne*, Bruxelles.
- (1993), «Familia y regulación demográfica», incluido en Luis Garrido Medina y Enrique Gil Calvo, *Estrategias familiares*, Madrid, Alianza Universidad.
- Fries, J. F. (1980), «Aging, Natural Death, and the Compression of Morbidity», publicado en *The New England Journal of Medicine* (303): 130-135.
- (1989), «The Compression of Morbidity: Near or Far?», publicado en *The Milbank Quarterly*, 67 (2): 208-232.
- Garrido Medina, L. (1993), «La familia estatal: El control fiscal de la natalidad», incluido en Luis Garrido Medina y Enrique Gil Calvo, *Estrategias familiares*, Madrid, Alianza Universidad.

- (1996), «La revolución reproductiva», incluido en Cecilia Castaño y Santiago Palacios, *Salud, dinero y amor. Cómo viven las mujeres españolas de hoy*, Madrid, Ed. Alianza.
- Garrido Medina, L. J. y Requena y Díez de Revenga, M. (1995), *Proyección de hogares y familias*, Madrid.
- Gómez Díaz, D. y Céspedes Lorente, J. (1994), «Ausentes, transeúntes y nacidos en otra provincia, un sistema de flujos y stock para evaluar la movilidad migratoria española, 1860-1930», presentada en *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Universidad del País Vasco.
- Henry, L. (1965), «Réflexions sur les taux de reproduction», publicado en *Population* (1): 53-76.
- Iglesias de Ussel, J. (1998), *La familia y el cambio político en España*, Madrid, Tecnos.
- INSERSO (1995), *Las personas mayores en España. Perfiles. Reciprocidad familiar*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- Jarrison, H. (1966), *Make room, Make room!*
- Jones, J. R. (1988), «Viellissement et équité entre générations: le cas des États-Unis», presentada en *Colloque international sur le vieillissement démographique: tendances, enjeux et stratégies*, Paris, 4 y 5 de octubre.
- Kaufmann, R. (1982), «Remarques sur l'évolution de la place des personnes âgées dans la famille», incluido en Pierre Gilliland, *Vieillir aujourd'hui et demain*, Lausanne, Réalités sociales.
- Kellerhals, J.; Coenen-Huther, J.; von Allmen, M. y Hagmann, H.-M. (1995), «Les formes de réseau de soutien dans la parenté», incluido en Claudine Attias-Donfut, *Les solidarités entre générations. Vieillesse, familles, état*, France, Editions Nathan.
- Kirkwood, T. (1999), *El fin del envejecimiento*, Barcelona, Tusquets.
- Miguel, A. (1986), *España cíclica. Ciclos económicos y generaciones demográficas en la sociedad española contemporánea*, Madrid, Fundación Banco Exterior.
- Minc, A. (1987), *La machine égalitaire*, Paris, Grasset.
- Monlau, P. F. (1871), *Elementos de higiene pública*, Madrid, 3.ª ed.

- Monreal, J. (ed) (2001), *Un nuevo mercado turístico: jubilados europeos en la región de Murcia*, Murcia, Universidad de Murcia.
- Nadal, J. (1971), *La población española*, Barcelona, Ariel.
- Olshansky, S. J.; Carnes, B. A. y Cassel, C. K. (1993), «Envejecimiento de la especie humana», publicado en *Investigación y Ciencia* (junio): 8-15.
- Parsons, T. (1949), «The social structure of the family», incluido en Rut Anshen, *The Family: Its Function and Destiny*, New York, Harper and Brothers.
- Pérez Díaz, J. (1996), «Jubilació i vida activa», incluido en Generalitat de Catalunya, *Pla de preparació per a la jubilació activa*, Barcelona, Departament de Benestar Social.
- (1999), «Proyección de personas dependientes al horizonte 2021», incluido en Ricardo Moragas Moragas, *El reto de la dependencia al envejecer*, Barcelona, Herder.
- (2001), *Transformaciones sociodemográficas en los recorridos hacia la madurez. Las generaciones españolas 1906-1945*, Tesis doctoral, UNED, Madrid.
- (2002), «Avantatges internacionals de l'envelliment demogràfic», publicado en *dcidob* (82): 14-17.
- Pérez-Díaz, V.; Chuliá, E. y Álvarez-Miranda, B. (1998), *Familia y sistema de bienestar. La experiencia española con el paro, las pensiones, la sanidad y la educación*, Madrid, Fundación Argentaria-Visor.
- Peset, M. y Peset, J. L. (1972), *Muerte en España (política y sociedad entre la peste y el cólera)*, Madrid, Seminarios y Ediciones S.A.
- Preston, S. H. (1984), «Children and the Elderly: Divergent Paths for America's Dependents», publicado en *Demography*, 21 (4): 435-457.
- Ramiro Farinas, D. (1998), *La evolución de la mortalidad en la infancia en la España interior, 1785-1960*, Tesis doctoral en la UCM.
- Requena, M. (1993), «Formas de familia en la España contemporánea», incluido en L. Garrido Medina y E. Gil Calvo, *Estrategias familiares*, Madrid, Alianza Editorial.

- Requena y Díez de Revenga, M. (1992), «Secularización, clases de edad y generaciones; el caso de la sociedad española», incluido en C. Moya; A. Pérez Argote; J. Salcedo y J. F. Tezanos, *Escritos de teoría sociológica*, Madrid, CIS.
- Rodríguez Ocaña, E. (1985), «Medicina y acción social en la España del primer tercio del siglo xx», incluido en *De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social*, Madrid, Siglo XXI.
- (1990), «La asistencia médica colectiva en España, hasta 1936», incluido en *Historia de la Acción social pública en España. Beneficencia y previsión*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Rodríguez Rodríguez, P. (1999), «El problema de la dependencia en las personas mayores», incluido en Ricardo Moragas Moragas, *El reto de la dependencia al envejecer*, Barcelona, Herder.
- Salido Banús, J. L. e Ibars Álvaro, J. (1999), «Sistema de pensiones. Situación actual y previsiones de futuro», incluido en Ricardo Moragas Moragas, *El reto de la dependencia al envejecer*, Barcelona, Herder.
- Sarrible, G. (1995), «Maternidad e infecundidad: más madres, menos hijos», publicado en *Revista Internacional de Sociología* (11): 115-137.
- Segalen, M. (1995), «Continuités et discontinuités familiales: approche socio-historique du lien intergénérationnel», incluido en Claudine Attias-Donfut, *Les solidarités entre générations. Vieillesse, familles, état*, France, Éditions Nathan.
- Shorter, E. (1977), *Naissance de la famille moderne*, Paris, Éditions du Seuil.
- Spengler, O. (1923), *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa Calpe.
- United Nations (1994), «Ageing and the Family», New York, Proceedings of the *UN International Conference on Ageing Populations in the Context of the Family*, Kitakyushu (Japan), 15-19 October 1990.
- Vandellòs i Solà, J. A. (1935, reedición de 1985), *Catalunya, poble decadent*, Barcelona, Edicions 62.

COLECCIÓN OBSERVATORIO PERSONAS MAYORES

1. Informe de Valoración del Plan Gerontológico Estatal 1992-1997.
2. Vejez y protección social a la dependencia en Europa. Iniciativa. Recomendaciones del Consejo de Europa.
3. Año Internacional de las Personas Mayores 1999. Memoria.
4. Las personas mayores y las Residencias. Tomos I y II.
5. Sintomatología depresiva como predictor de mortalidad en el anciano que vive en Residencias.
6. La soledad en las personas mayores. Influencias personales, familiares y sociales. Análisis cualitativo.
7. Modelos de atención sociosanitaria. Una aproximación a los costes de la dependencia.
8. Envejecer en España.
9. Intervención psicoterapéutica en afectados de enfermedad de Alzheimer con deterioro leve.
10. Percepciones sociales sobre las personas mayores.
11. Las personas mayores en España. Informe 2002.
12. La madurez de masas.

